
Tan sólo hallé la tapera

(objetos, territorios y memorias en la historia de Benito Juárez)

- 1.*(obj)* Objetos y documentos para leer una historia local.
 - 2.*(mem)* Territorios, memorias y vidas desplazadas en la formación del orden pampeano.
 - 3.*(tap)* Un ensayo sobre las huellas materiales de la tierra, el Estado y el capital.
-

GONZALO DARRIGRAND

LIMEN

Tan sólo hallé la tapera

Objetos, territorios y memorias en la historia de Benito Juárez

Gonzalo Darrigrand

Edición digital · 2026

Texto y selección documental: Gonzalo Darrigrand.
Diseño editorial: sistema multiformato de Limen.
Fuente textual: Markdown vigente del proyecto.
Benito Juárez, provincia de Buenos Aires.

Dedicatoria

A mis viejos, mamá y papá.

*A mi hermano Valentín, y a Juani y Carolina, por el
cariño, la compañía y los días compartidos.*

A mis amigos de toda la vida.

*Al Pelado, por aquellas charlas peripatéticas con las
que recorrimos, durante nuestra juventud, las calles de
Benito Juárez y aprendimos a mirar el mundo.*

A María Elena, que siempre supo.

Índice

Dedicatoria	4
Prólogo · Sólo estaba la tapera	6
Introducción metodológica	35
Primera parte	39
Fundar, medir, trazar	
XVI Las dos caras de Jano	40
XV La génesis del Partido de Benito Juárez	47
XIV Del rancho a la estancia capitalista	65
XIII La estancia como forma de organización capitalista temprana	86
XII Tiempos lineales y espacios medidos	97
XI Aniquilar el espacio, dominar el tiempo	109
X Arquitecturas del orden	131
IX De la promesa al desencanto	157
Segunda parte	170
Memorias desobedientes	
VIII La frontera, el malón y las tensiones del orden	171
VII Cantones y toderías	179
VI José Gerónimo Iraola	190
V El ciclo lanar	196
IV De la tierra al mercado	204
III La pampa como escenario	214
Tercera parte	227
El paisaje como archivo	
II De fósiles y gauchos	228
I El espacio pampeano como archivo vivo	237
Tabla de ilustraciones	245
Referencias	251
Agradecimientos	256
Acerca del autor	257

Prólogo

Sólo estaba la tapera

"¿Y qué iba a hallar al volver? tan sólo hallé la tapera."¹

La tapera es la forma material de una ausencia. Donde hubo una casa hubo también una mujer, hijos, animales, trabajos, esperas, objetos, recorridos y un pago. Cuando Fierro regresa, la tierra sigue allí, bajo el mismo cielo; pero ya no existe el entramado de relaciones que hacía de ese lugar una morada. Ésa es la pregunta de este ensayo: ¿qué transformaciones deben ocurrir para que un hombre vuelva a su pago y encuentre sólo una tapera? La respuesta no puede reducirse a la desgracia individual de un gaucho. En la pampa bonaerense del siglo XIX, y particularmente en la geografía que luego sería el Partido de Benito Juárez, la expansión de la propiedad, la estancia capitalista, la mensura, el alambrado, la leva y el Estado produjeron una alteración más profunda: deshicieron un modo de habitar el mundo.

No se trató de que una pampa vacía recibiera, al fin, población, trabajo y orden. La palabra "desierto", tan decisiva en la imaginación política argentina, no describía una ausencia: preparaba una apropiación. Declarar vacío un territorio habitado permitía presentar su ocupación como fundación, su división como racionalidad y el despojo como progreso. Pero antes del plano, del título y del partido había poblaciones indígenas, gauchos, peones, familias rurales, comerciantes, baqueanos y soldados; había ranchos, aguadas, rastrilladas, postas, caballadas y formas de conocimiento que no necesitaban la escritura estatal para orientar una vida.

Habitar no era poseer legalmente una porción de suelo. Era conocer los vados, leer una huella, encontrar reparo, criar hijos, cuidar animales, reconocer el cambio del tiempo, llegar a un fogón o recibir a quien cruzaba la llanura. Era estar ligado a la tierra sin que la tierra hubiera sido reducida por completo a propiedad, renta y mercancía. El caballo, el poncho, el recado, el mate y el rancho no son emblemas de una esencia gaucha. Son cosas que reúnen una vida: permiten moverse, trabajar, descansar, abrigarse, conversar, sobrevivir.

El nuevo orden no eliminó de inmediato esos objetos ni esas destrezas. Durante décadas necesitó del jinete, del baqueano, del peón conocedor del ganado y de la intemperie. Pero cambió su lugar. El saber de la pampa abierta fue subordinado a la estancia; la movilidad

comenzó a ser vigilada; la tierra se volvió superficie medible; el tiempo, jornada y rendimiento; el gaucho, trabajador dependiente, soldado de frontera, vago perseguido o matrero.

La estancia San Antonio permite advertir tempranamente esa transformación. Establecida a mediados de la década de 1830, fue uno de los núcleos más extensos de la región y un enclave de control territorial frente a las tolderías cercanas. Allí se articulaban ganado, frontera y poder político: la gran estancia anticipaba una forma de concentración que el orden posterior profundizaría.

La estancia El Porvenir condensa esa unión entre tierra y Estado. Desde allí, antes de que existiera un centro urbano consolidado, Mariano Roldán actuó como juez de paz y la propiedad funcionó como asiento de funciones judiciales, policiales y municipales. El caso obliga a abandonar la imagen de un Estado neutral que llega después para custodiar una riqueza ya creada. El juzgado instalado en El Porvenir muestra que la ley y la gran propiedad crecieron juntas, y que la autoridad local contribuyó a convertir una relación de fuerzas en un orden durable.

Después de San Antonio y de El Porvenir, Sol Argentino, fundada por Mariano Roldán hacia 1870, da a esa lógica una forma espacial más elaborada. La fotografía con Bartolomé Mitre no muestra el establecimiento en su extensión: muestra a Roldán sentado junto al expresidente, rodeado de jóvenes vestidos de traje. Es una escena de sociabilidad y legitimidad de élite, donde los cuerpos, la indumentaria y la cercanía con Mitre presentan al estanciero como figura moderna y confiable. Los objetos conservados de Sol Argentino prolongan esa lectura. El llavero clasificado entre "piezas de familia", "piezas de empleados" y "dependencias de servicio" dibuja, en miniatura, una geografía social. Los tinteros, sellos y plumas indican otra forma de poder: desde el escritorio, la carta podía convertirse en gestión, el papel en título, informe, solicitud de armas o mandato administrativo. El sable ceremonial completa la serie: junto a la llave y al tintero recuerda que el orden de la propiedad tuvo también una dimensión armada.

Ésa es también la escena que Martín Fierro vuelve visible desde el reverso. Roldán y Fierro no son sólo nombres de una época. Ocupan posiciones opuestas dentro de una misma transformación histórica. Uno administra, registra, delimita y funda; el otro es arrancado de su rancho por la leva y, al regresar, encuentra la pérdida. Uno dispone de papeles, vínculos políticos, armas y tierra; el otro posee el cuerpo, el caballo, la memoria del pago y una voz que sólo puede cantar aquello que el orden ha deshecho.

El capitalismo agrario llegó organizando el espacio para que la tierra pudiera ser vendida, cercada, valorizada y defendida. Separó a los pobladores de condiciones que sostenían una autonomía precaria e hizo del patrón de estancia una figura de mando sobre el trabajo y, con frecuencia, un interlocutor privilegiado del poder público. Aceleró la circulación de mercancías, animales, órdenes y noticias, mientras volvía más incierta la posibilidad de

que los desposeídos permanecieran en su lugar.

David Harvey permite nombrar ese proceso como producción capitalista del espacio. La pampa no fue un escenario inmóvil sobre el cual actuó la economía: fue rehecha para integrarse al mercado mundial. Pero, junto a Harvey, conviene escuchar la pregunta de Heidegger por el habitar. Porque lo que estaba en juego no era sólo la propiedad de la tierra. Era la conversión de la tierra en recurso, del ganado en capital, del cuerpo en fuerza de trabajo, del tiempo en rendimiento y de la casa en una ruina prescindible.

Las fotografías de Francisco Ayerza, tomadas cuando el nuevo orden ya se ha afirmado, vuelven a mostrar esa tensión. Allí el gaucho aparece junto a su caballo, su perro, su carreta o el horizonte de la estancia. La imagen conserva algo de una presencia que aún resiste a desaparecer, pero también anuncia su domesticación visual: el gaucho puede convertirse en figura pintoresca de una pampa que ha dejado de pertenecerle. La fotografía guarda su imagen mientras el orden que la hace posible reduce las condiciones de su autonomía.

Este ensayo comienza, por eso, con un regreso. No para restaurar un pasado puro ni para negar las violencias que existían antes de la consolidación capitalista. Comienza ante una tapera para preguntar qué mundo había allí y quiénes lo deshicieron. La ruina no es la prueba de que antes no había nada. Es la prueba de que hubo una casa, una familia y una forma de estar en la tierra.

Sólo estaba la tapera. Pero esa frase no cierra la historia: la abre.

I. Antes del orden: el mundo no estaba vacío

La tapera obliga a mirar hacia atrás. No hacia una pampa inmóvil ni hacia una edad de oro, sino hacia las formas de vida que precedieron a la ruina. Antes de que el regreso de Fierro terminara ante un rancho deshecho, había habido un pago. Y antes de que el Partido de Benito Juárez fuera fundado, medido y administrado, había un territorio vivo.

Esa historia local tampoco comienza con el gaucho ni con la frontera. El Cerro El Sombrero, en el sistema de Tandilia, conserva huellas de grupos cazadores-recolectores que habitaron estas tierras durante milenios: lascas, instrumentos líticos y rastros de actividades que hacen del relieve un archivo de tiempo profundo. La tapera es una ruina reciente en un territorio de memorias mucho más antiguas. No conviene confundir esas temporalidades, pero sí dejar que se interroguen entre sí: antes de toda estancia, todo alambrado y toda fundación partidaria, el paisaje ya había sido recorrido, conocido y transformado por otras presencias humanas.

La palabra que el orden liberal eligió para negar esa evidencia fue "desierto". No describía una llanura sin hombres, sin rutas ni sin memoria. Nombraba un territorio cuya población no era reconocida como legítima. El desierto fue una operación política y literaria: permitió imaginar la campaña como extensión disponible y presentar su ocupación como fundación, su división como racionalidad y el despojo como progreso.²

Pero no estaba vacío el sudeste bonaerense. Lo atravesaban rutas como el Camino de la Posta; había parajes, aguadas, ranchos, pulperías, tolderías, fortines y establecimientos ganaderos. San Antonio, La Paloma y los núcleos de población en torno de El Junco prueban que, antes de la organización formal del partido, ya existía una ocupación efectiva, heterogénea y conflictiva. La futura jurisdicción no nació sobre una hoja en blanco: el Estado vino a regularizar, jerarquizar y excluir usos anteriores de la tierra.

San Antonio de Iraola resulta particularmente reveladora. Establecida hacia mediados de la década de 1830, fue uno de los grandes núcleos de la región y una base de operaciones en la frontera con las tolderías cercanas. Su existencia señala que el avance de la estancia precede a la fundación del partido y que la ocupación capitalista no debe pensarse como un acontecimiento súbito. Antes de ser una institución consolidada, la estancia fue ya un punto de concentración territorial, económico y militar. En torno suyo se articulaban ganado, trabajo, poder político y relaciones con la frontera.

Pero reconocer la presencia temprana de San Antonio no autoriza a confundir el territorio con la estancia. La estancia era una forma de poder entre otras, no el nombre de toda la pampa. Más allá de sus límites —y muchas veces en sus márgenes y dentro de sus propias relaciones de trabajo— persistían poblaciones indígenas, gauchas y mestizas, familias rurales, peones móviles y ocupantes sin título. La pampa no era homogénea. Estaba hecha de coexistencias difíciles, intercambios, alianzas, violencias y desplazamientos.

Habitar ese espacio no significaba poseerlo legalmente. Significaba saber orientarse en él. El baqueano leía las huellas, reconocía el estado del barro, encontraba un vado y podía decidir un rumbo cuando no había más camino que la marca dejada por quienes habían pasado antes. El jinete conocía las aguadas, los reparos, las distancias entre un rancho y otro, el temperamento de una caballada. La familia rural organizaba su vida según las estaciones, los animales, el clima, los vínculos de proximidad y la necesidad de sostener un hogar en condiciones materiales inciertas.

Ése es un saber que rara vez queda inscrito en el plano o en la escritura de propiedad. No por eso es menor. El conocimiento del territorio no comenzaba con la mensura; la mensura llegó para sustituir una forma de legibilidad por otra. El agrimensor ve una superficie divisible, una extensión que puede traducirse en leguas, lotes y límites. Quienes habitan la campaña ven también un campo de relaciones: un bajo que se inunda, un arroyo que permite cruzar, un lugar de pasto, un camino peligroso, una casa donde puede encontrarse hospitalidad, una zona de conflicto, una distancia que debe medirse según la

marcha del caballo.

La diferencia no es sólo técnica. La mensura transforma lo que mide. Al convertir la tierra en parcela, hace posible que sea vendida, hipotecada, cercada y defendida como propiedad exclusiva. El mapa no se limita a representar una realidad previa: ayuda a producir una geografía nueva. Allí donde había una continuidad de recorridos, establece unidades; donde había usos diversos, fija pertenencias; donde había memoria oral y práctica, instala coordenadas, mojones, títulos y nombres.

La estancia Sol Argentino permite observar esa mutación en una escala visible. Sus avenidas arboladas, la disposición de sus edificios, el escritorio desde el cual se administraba y la separación entre espacios de familia, empleados y servicio no son simples detalles arquitectónicos. Forman una pedagogía del orden. Frente a la pampa de caminos informales y viviendas dispersas, Sol Argentino organiza accesos, jerarquías y funciones. La estancia no es un hogar como el rancho: es una institución productiva y de mando.

El llavero conservado de Sol Argentino vuelve tangible esa diferencia. Sus llaves no abren únicamente puertas; clasifican espacios y cuerpos. Las "piezas de familia", las "piezas de empleados" y las "dependencias de servicio" componen un pequeño plano social. Cada llave indica quién puede entrar, quién debe permanecer afuera y qué lugar ocupa cada cual dentro de la estancia. La jerarquía ya no está sólo en la autoridad del patrón de estancia ni en la distribución de los salarios: se vuelve parte de la vida cotidiana, de los pasillos, de los cuartos, de las cerraduras.

El tintero y los sellos de Mariano Roldán muestran otra dimensión del mismo proceso. La escritura que sale del escritorio ordena el territorio de una manera que la huella no puede hacer. Registra, solicita, certifica, comunica, reclama, dispone. Desde El Porvenir, donde Roldán ejerció como juez de paz antes de la consolidación de un centro urbano, esa escritura podía unir propiedad y autoridad. El papel no venía después de la tierra: contribuía a decidir quién podía ser reconocido sobre ella, quién tenía derecho a hablar en nombre del vecindario y quién quedaba reducido a presencia sin título.

La diferencia entre la huella y el documento no debe entenderse como oposición entre ignorancia y saber. El problema no es que el orden estatal haya reemplazado un mundo sin conocimientos por otro más racional. El problema es que reconoció como conocimiento legítimo sólo aquello que podía ser traducido a sus propias formas: escritura, registro, plano, título, expediente. El saber de la campaña quedó subordinado, convertido en folklore o aprovechado selectivamente cuando resultaba útil para el patrón de estancia, la policía rural o el ejército.

William MacCann dejó constancia de ese mundo en transición. Su viaje a caballo registra una campaña todavía organizada por recorridos largos, hospitalidades, caballadas, pulperías y ranchos. El viajero inglés describe un paisano que vive a caballo, mide el

tiempo por días antes que por horas y conserva una movilidad que no responde por completo a la disciplina de la estancia. Su mirada es la de un comerciante: observa precios y busca oportunidades, pero registra también una vida rural que desborda el cálculo económico.³

MacCann no encuentra un vacío. Encuentra gente que indica caminos; hogares que reciben viajeros; hombres y mujeres que trabajan; animales que organizan las jornadas; paisajes atravesados por usos y conocimientos. Su relato permite ver que el futuro orden capitalista no viene a producir sociabilidad donde no la había. Viene a reorganizar una sociabilidad existente según otras necesidades: la renta, la propiedad, la vigilancia, el mercado y la disponibilidad de trabajo.

No hay que idealizar ese mundo. La campaña anterior a la consolidación capitalista estaba atravesada por desigualdades, autoridad patriarcal, violencia de frontera y relaciones de dependencia. La autonomía del gaucho era relativa, insegura y desigual; aun así, subsistían márgenes de movilidad, de uso y de relación con el territorio que el orden posterior procurará reducir.

La conversión del campo en propiedad excluyente no elimina de inmediato los saberes ni las formas de vida anteriores: los reaprovecha. El patrón de estancia necesita al jinete que conoce el ganado, al baqueano que reconoce los caminos y al peón que sabe trabajar a la intemperie. San Antonio, luego El Porvenir y, más tarde, Sol Argentino no podrían funcionar sin esos saberes; pero los inscriben en una relación distinta. El conocimiento deja de orientar, ante todo, una vida propia y pasa a ser capacidad de trabajo subordinada a una organización ajena.

Ése es el punto en el que el "desierto" revela su violencia. No vacía porque no haya habido nadie; vacía porque transforma en ilegítimas las formas de habitar que no caben en el título de propiedad ni en el trabajo bajo patrón. El Estado funda el partido sobre un territorio ya transitado. La estancia cerca campos que ya eran conocidos y usados. El plano ordena una geografía que ya poseía nombres, recorridos y memorias. El orden no llega a llenar una ausencia: viene a producir una nueva.

La tapera, entonces, no pertenece a un paisaje vacío. Es lo que queda cuando el mundo que daba sentido al rancho ha sido apartado por esa nueva geografía de la propiedad. Antes de la ruina hubo casa; antes de la casa hubo territorio habitado; antes del orden hubo vidas que el orden necesitó declarar invisibles.

II. Habitar: la tierra, el cielo y las cosas

Decir que la pampa estaba habitada no significa solamente que había personas sobre ella. Un censo cuenta pobladores; un plano mide extensiones; un registro consigna propietarios. Pero ninguno de esos instrumentos explica qué vuelve habitable a un lugar.

Habitar no es ocupar un punto en el espacio ni disponer de una escritura. Se puede poseer una gran extensión de tierra y no habitarla; se puede vivir durante años en un sitio sin que la ley reconozca ese vínculo. Habitar es sostener una relación con la tierra, con los otros, con los animales, con los ritmos del tiempo y con las cosas que permiten vivir. Es saber dónde encontrar agua, qué rumbo tomar, cómo atravesar una noche, qué caballo conviene elegir, dónde resguardarse de la tormenta y en qué casa puede esperarse hospitalidad.

En la pampa, el caballo vuelve concreta esa relación. No era una pertenencia secundaria ni un mero medio de transporte. Permitía que la distancia fuese vivible. Con él se arreaba, se buscaba trabajo, se visitaba a un pariente, se llegaba a una pulpería, se perseguía una tropilla o se escapaba de una partida. Fierro lleva a la frontera "un moro de número", "sobresaliente el matucho", y enumera junto a él las prendas que cargó desde su casa: poncho, jergas, lazos, boleadoras y maneadas. Cuando el comandante se queda con su caballo moro "pa enseñarle a comer grano", no le quita sólo un animal: lo deja a pie y le arrebató una condición material de trabajo, movimiento y supervivencia. El caballo hacía posible un territorio extenso sin que esa extensión se transformara necesariamente en aislamiento; perderlo podía significar perder trabajo, movilidad, seguridad y posibilidad de regreso.¹

El rancho era el otro centro de ese mundo. La mirada del progreso lo juzga desde sus carencias: barro en lugar de ladrillo, techo precario, escaso mobiliario, vulnerabilidad ante el clima. Pero el rancho no debe ser leído sólo por lo que le falta. Allí se cocinaba, se cuidaba a los niños, se guardaban objetos, se reparaban aperos y se encontraba reparo. El rancho reunía lo que la llanura dispersaba. No era una propiedad burguesa ni una vivienda estable en el sentido urbano; era una forma modesta, frágil y decisiva de arraigo.

La tapera duele porque muestra que ese arraigo no resiste por sí solo. El regreso de Fierro demuestra que no basta con que el lugar físico permanezca. La tierra puede seguir allí, el horizonte puede conservar su forma, incluso pueden quedar rastros de las paredes; sin embargo, el mundo desaparece cuando se disuelven los vínculos que lo sostenían. La leva no aparta a Fierro únicamente de su casa: deja a la casa sin quien pueda contribuir a sostenerla. La frontera le roba tiempo y, mientras él está ausente, el hogar se vuelve ruina.

Heidegger ofrece una palabra útil para pensar esa pérdida, siempre que no se la convierta en una explicación ajena a la historia pampeana. Habitar, para él, no es dominar una extensión ni reducir las cosas a su utilidad. Es permanecer sobre la tierra como mortal, cuidar y construir un mundo de relaciones. La casa, el puente, el jarro, el camino o el

campo pueden reunir tierra, cielo, tiempo y vida humana.⁴

La pampa no necesita a Heidegger para haber sido mundo. Pero su pregunta permite advertir lo que se pierde cuando la tierra empieza a aparecer exclusivamente como propiedad, recurso y plataforma productiva. Un arroyo deja de ser sólo una aguada situada en una trama de recorridos y pasa a integrar un establecimiento. El caballo deja de ser condición de autonomía relativa y se vuelve, de manera creciente, herramienta de trabajo para una producción ajena. El rancho deja de ser centro de una vida y aparece, desde la mirada estanciera, como construcción precaria, improductiva o desplazable.

San Antonio, Sol Argentino y El Porvenir expresan, con diferencias entre sí, esa transformación. En San Antonio, la gran extensión y la relación con la frontera anticipaban una nueva manera de concentrar tierra, ganado y poder. Sol Argentino materializó una organización más minuciosa del espacio: avenidas, galpones, jerarquías domésticas, tareas distribuidas, sectores de familia, empleados y servicio. El Porvenir concentró, además, funciones estatales: desde allí, el patrón de estancia y juez de paz intervenía en el ordenamiento de la vida local.

No se trata de oponer el rancho bueno a la estancia mala, como si fueran dos figuras puras. El rancho podía estar atravesado por privaciones y relaciones de dependencia; la estancia podía ofrecer trabajo, infraestructura, alimento y, para algunos, nuevas posibilidades. La cuestión es otra: la estancia capitalista somete cada vez más la vida rural a una separación entre quienes controlan la tierra y quienes dependen de ella sin poseerla. Su espacialidad no está organizada primordialmente para habitar, sino para administrar, producir, vigilar y rendir.

El llavero de Sol Argentino resume esa diferencia. La clasificación de las llaves no ordena simplemente habitaciones: distribuye posiciones sociales. Hay espacios de la familia propietaria, espacios de empleados y espacios de servicio. La llave hace visible una frontera cotidiana. En el rancho, la precariedad no equivale a igualdad; pero el mundo doméstico no se encuentra trazado con la misma minuciosidad administrativa. En la estancia, en cambio, cada puerta puede ser parte de una jerarquía: indica quién descansa, quién trabaja, quién manda, quién sirve y quién controla el acceso.

El tintero de Mariano Roldán agrega otra capa. Desde el escritorio de la estancia, la palabra escrita se vuelve poder territorial. Allí se escriben cartas, se tramitan pedidos, se firman documentos, se administran asuntos que exceden el campo mismo. El tintero no sustituye al sable; lo acompaña. La escritura organiza, legaliza y comunica; el arma recuerda que la autoridad que organiza también dispone de una dimensión coercitiva. La estancia se vuelve, así, algo más que unidad productiva: es un centro desde el cual se articulan propiedad, administración y fuerza.

David Harvey permite devolver esa escena a una escala histórica mayor. El capitalismo no actúa sobre un espacio neutral: produce el espacio que necesita. Construye caminos,

concentra tierra, organiza redes de transporte, fija jurisdicciones y crea centros de intercambio. La estancia, el pueblo y el ferrocarril forman parte de una geografía que acerca la producción rural a los mercados y vuelve más previsible la circulación de capital. [5, 6]

Pero esa reorganización tiene un costo desigual. La tierra se vuelve más accesible al capital mientras se vuelve menos accesible para quienes dependen de ella sin título. Los caminos pueden hacer más rápida la circulación de mercancías y, al mismo tiempo, facilitar la vigilancia sobre los cuerpos. La nueva infraestructura acerca la estancia al puerto; no necesariamente acerca al peón a una vida más autónoma. La velocidad que gana la mercancía puede ser la distancia que pierde quien ya no puede recorrer libremente el campo.

El conflicto no es, entonces, entre una pampa inmóvil y una pampa moderna. Es entre modos distintos de relacionarse con el territorio. De un lado, una tierra vivida mediante trayectos, usos, cuidados y saberes prácticos; del otro, una tierra organizada como superficie divisible, capitalizable y controlable. Entre ambos no hay una ruptura instantánea. Hay transiciones, adaptaciones, resistencias y coexistencias. Pero la asimetría es clara: una de esas formas adquirirá el respaldo de la ley, del mercado, de la autoridad local y de la fuerza armada.

La tapera pertenece al lado herido de esa asimetría. No muestra una casa vencida por el tiempo natural. Muestra una vida que ha perdido las condiciones de su continuidad. El rancho se vuelve ruina cuando quienes lo habitaban ya no pueden decidir sobre su tiempo, su trabajo, su tierra o su regreso.

III. MacCann: escenas de una vida común

William MacCann llegó al Río de la Plata como comerciante inglés. Miraba la campaña con el interés de quien quiere conocer precios, tierras, ganados, jornales y posibilidades de inversión. Esa condición no le resta valor como fuente; obliga a leerlo con mayor cuidado. Su viaje registra, a la vez, la promesa de una pampa incorporable al comercio británico y las formas de vida que esa incorporación transformaría.

MacCann calcula el valor de los campos y describe la calidad de los pastos. Observa las majadas, los caballos, los modos de crianza y el trabajo de los peones. Pero, entre una anotación económica y otra, aparece otro registro: el de una campaña recorrida a caballo, sostenida por la hospitalidad, marcada por senderos inciertos y organizada alrededor de ranchos, fogones, pulperías y caballadas. No ve un vacío; ve un mundo.

Cuando el viajero necesita orientación, pregunta en un rancho. Cuando necesita descansar, es recibido. Cuando debe atravesar un arroyo, busca las huellas de otros jinetes

para encontrar el vado. El camino, en esa pampa, no está enteramente separado de quienes lo usan. No hay todavía una infraestructura que garantice el trayecto mediante señales, puentes, estaciones y horarios. El recorrido depende de la memoria, de la observación y de la disposición de los otros. La huella es, al mismo tiempo, camino y testimonio: alguien pasó por allí antes y dejó una marca que puede ayudar a otro a no perderse.

La hospitalidad tiene, por eso, un valor que excede la cortesía. En una región de grandes distancias y población dispersa, alojar a un viajero, darle indicaciones, compartir comida o permitir que sus caballos descansen forma parte de una red práctica de supervivencia. MacCann encuentra esa hospitalidad en estancias, pero también en casas y ranchos modestos. La desigualdad de la campaña está a la vista: no todos poseen la misma tierra, los mismos animales ni las mismas comodidades. Sin embargo, la vida rural no se reduce todavía a la relación entre patrón de estancia y trabajador asalariado. Subsisten tramas de ayuda, intercambios y reconocimientos que no se dejan explicar sólo por el salario o por el precio.

La pulpería concentra esa ambivalencia. MacCann la describe como almacén y taberna, con el pulpero protegido detrás de una reja de madera. Hay allí mercancías, crédito, alcohol y una separación visible entre quien vende y quienes compran. Pero hay también reunión. Para una población extendida por el campo, la pulpería es lugar de noticias, conversación, trato y descanso. No debe ser idealizada: podía ser espacio de endeudamiento, conflicto y vigilancia. Pero tampoco puede ser reducida a comercio. Su existencia muestra que, aun en la dispersión, había formas de sociabilidad que no dependían enteramente de la estancia ni de la autoridad estatal.

El fogón cumple una función semejante. No es una imagen decorativa del mundo gaucho. Alrededor del fuego se cocina, se descansa, se cuenta y se escucha. El fogón reúne los cuerpos que la llanura separa. Puede ser ámbito de autoridad masculina y de jerarquías familiares, pero también de conversación, transmisión oral y compañía. Una historia de la pampa que sólo atiende a la tierra, al ganado y a los contratos pierde la escena elemental donde la vida se repone cada día: alguien enciende fuego, prepara comida, cuida a un niño, cura una herida, espera al que se fue a caballo.

MacCann observa también las tareas con animales. El lazo, las boleadoras, la doma, el arreo y el cuidado de las majadas aparecen en su relato con el interés de un extranjero sorprendido por una destreza que no pertenece a su mundo. Es fácil leer esas descripciones como costumbrismo. Pero cada una contiene un saber corporal. Enlazar no es sólo disponer de una herramienta: exige cálculo, equilibrio, relación con el caballo, práctica repetida y conocimiento del animal. La boleadora no es una pieza pintoresca: forma parte de una técnica de desplazamiento y captura. El recado, el apero y el poncho permiten habitar jornadas largas, atravesar cambios de tiempo y sostener la movilidad. Las cosas importan porque revelan modos de vida. El recado no equivale a una montura

cualquiera; permite que el caballo se vuelva compañero de trayectos y tareas. El mate no equivale a una bebida; crea una pausa y una relación de intercambio. El poncho abriga, sirve de manta y acompaña al cuerpo en el movimiento. La pulpería, el fogón, la aguada y el rancho no son simples escenarios: son condiciones materiales de una sociabilidad rural.

La estancia San Antonio participa de ese mundo y, al mismo tiempo, anuncia su transformación. La fotografía de Francisco Ayerza de 1891, que muestra a trabajadores luxemburgueses en la cosecha de San Antonio de Iraola, permite ver un paisaje ya más intensamente organizado por la producción. Mujeres y hombres trabajan con haces de trigo, carros y caballos; la escena parece, a primera vista, una imagen apacible de labor compartida. Pero la fotografía debe leerse junto con el régimen de arrendamiento y las promesas de poblamiento que atrajeron a esas familias. La pampa de la hospitalidad y el trayecto se vuelve también pampa de la colonización dirigida, de la cosecha vigilada y del trabajo ordenado para el mercado.

La imagen de Ayerza no desmiente a MacCann. Muestra la transformación del mundo que MacCann había alcanzado a describir. Entre uno y otro registro se despliega el pasaje desde una campaña donde la movilidad, aunque precaria, conserva márgenes propios, hacia una organización rural que necesita fijar población, especializar tareas y vincular cada vez más estrechamente el trabajo con la productividad de la tierra.

En Sol Argentino, ese proceso adquiere otra forma visible. La casa del capataz próxima al galpón de esquila, la organización de las dependencias, la clasificación de las llaves y la presencia de planillas o registros vuelven palpable una nueva disciplina. La estancia necesita el saber de los trabajadores rurales, pero lo sitúa dentro de una jerarquía estable. El capataz media entre el patrón de estancia y la peonada; el trabajo se distribuye; el acceso se regula; el tiempo se ordena. Lo que en MacCann aparece como destreza incorporada a una vida móvil se convierte, en Sol Argentino, en capacidad productiva sometida a vigilancia.

La vajilla conservada de la estancia permite advertir que esa jerarquía no se limita al trabajo en el campo. Comer también organiza una diferencia. La mesa, los cubiertos, el servicio y el comedor forman parte de una puesta en escena del confort de la familia propietaria. MacCann, al comentar el uso del tenedor, observa que éste supone una cadena de hábitos: plato, mesa, silla y cierta forma de domesticidad. Esa observación, atravesada por los prejuicios civilizatorios de su tiempo, puede ser vuelta del revés. No muestra una escala natural de progreso; muestra cómo los objetos participan en la producción de distinciones sociales. En Sol Argentino, la vajilla no es sólo signo de refinamiento: delimita una experiencia de la mesa y del hogar distinta de la que corresponde a empleados y peones. El contraste no debe volverse una oposición simple entre el mundo libre de MacCann y el mundo disciplinado de la estancia. MacCann describe una campaña donde ya hay propietarios, peones y comercio; la estancia no destruye toda forma de convivencia ni vuelve irrelevantes los saberes rurales. Lo que

cambia es la relación de esos saberes con el poder. La destreza de montar, arrear y conocer los animales sigue siendo indispensable, pero queda cada vez más subordinada a una organización que otros controlan. El caballo sigue presente, pero ya no garantiza por sí mismo autonomía. El fogón puede seguir encendiéndose, pero el tiempo de la jornada pertenece de manera creciente al patrón de estancia.

La fuerza del relato de MacCann está en que conserva, sin proponérselo, las escenas de una vida común antes de su completa subordinación al orden capitalista. Conserva un rancho que recibe, una pulpería que reúne, una huella que orienta, una caballada que da movilidad, un fuego que acompaña la noche. No son restos de una esencia nacional ni pruebas de una armonía perdida. Son formas históricas, conflictivas y vulnerables de hacer mundo.

La estancia capitalista no llega a un lugar sin vida. Llega a una pampa donde ya hay modos de trabajar, desplazarse, recibir, cuidar y saber. Su triunfo consiste, en parte, en convertir esos modos en subordinados, pintorescos o residuales. La fotografía de Ayerza, los objetos de Sol Argentino y la crónica de MacCann deben leerse juntos: entre el fogón y el escritorio, entre la huella y el llavero, entre el caballo de camino y el caballo de trabajo, se abre la historia de una transformación.

IV. El capital entra a caballo, pero no cabalga como el gaucho

El capitalismo llegó a la pampa a caballo. Llegó con propietarios, comerciantes, militares, jueces de paz, agrimensores y viajeros que atravesaban los mismos caminos de tierra, se detenían en las mismas postas y dependían, muchas veces, del conocimiento de baqueanos y hombres de campo. Pero no cabalgaba como el gaucho.

El gaucho se movía porque el desplazamiento era una condición de su vida. Podía buscar trabajo, visitar a un pariente, llevar ganado, llegar a una pulpería, huir de una partida o simplemente seguir el rumbo que imponían la necesidad y la estación. El capital se movía para fijar. Recorría la tierra para medirla, delimitarla, valorizarla y someterla a un cálculo. Su movilidad preparaba inmovilizaciones: mojones, títulos, cercos, jurisdicciones y establecimientos.

Ésa es una de las paradojas del orden nuevo. Necesitaba caminos, tropas, caballadas, mensajeros, carretas y trabajadores capaces de atravesar grandes distancias. Pero desconfiaba del hombre que se desplazaba sin patrón, residencia fija o documentación. Quería hacer más rápida la circulación de la riqueza y más controlada la circulación de los pobres.

Harvey llama a esta tendencia "aniquilación del espacio por el tiempo": el capital procura reducir los tiempos de transporte, comunicación y realización de las mercancías. La tierra del sudeste bonaerense debía estar cada vez más cerca de Buenos Aires, de los puertos y de los mercados atlánticos. Para ello hicieron falta caminos, infraestructura, instituciones, información y un territorio organizado de manera previsible. [5, 6]

Pero la aceleración no tuvo el mismo significado para todos. Para el propietario, la reducción de distancias podía ser promesa de renta. Para el patrón de estancia, significaba mayor conexión con compradores, créditos y autoridades. Para el Estado, permitía extender su presencia sobre una campaña que buscaba volver administrable. Para el gaucho sin tierra, para el peón móvil o para la familia que vivía de recursos precarios, podía significar otra cosa: mayor vigilancia, menos posibilidades de circular, una dependencia más estricta del trabajo bajo patrón y la pérdida paulatina de los lugares donde antes podía encontrar amparo.

La estancia Sol Argentino muestra ese doble movimiento. No se limitaba a producir animales o mercancías: organizaba el espacio para volverlo controlable. El escritorio instalado en el ingreso, las avenidas, los galpones, las dependencias separadas y la autoridad del capataz componían una geografía de funciones. Allí se concentraban la planificación, la vigilancia y el mando. El patrón de estancia podía residir en Azul o en Buenos Aires, pero el establecimiento conservaba su lógica: se delegaba la ejecución de las tareas, no el control sobre la producción.

El llavero de Sol Argentino expresa, en una escala mínima, esa geografía. Clasifica accesos y, con ellos, jerarquías. El tintero y los sellos hacen lo propio en el plano de la escritura. Las llaves organizan puertas; la tinta organiza derechos, pedidos, títulos, informes y órdenes. El sable conservado junto a esos objetos recuerda que la distancia entre administración y fuerza nunca fue absoluta. La propiedad debía ser registrada, pero también protegida; el orden debía escribirse, pero podía necesitar imponerse.

El Porvenir añade una dimensión decisiva. Allí, la estancia fue también sede de la autoridad local. Mariano Roldán, juez de paz y propietario, encarnaba una articulación que no debe ser entendida como excepción: la ley, la policía, la administración y la tierra podían reunirse en el mismo punto. El Estado no aparecía después de la estancia para moderar o garantizar un orden ya existente. Ayudaba a producirlo desde adentro.

Marx llamó acumulación originaria al proceso por el cual los productores directos son separados de las condiciones que les permiten reproducir su vida. El capitalismo no nace, en esta perspectiva, de una competencia pacífica entre individuos equivalentes, sino de expropiaciones, cercamientos, leyes, castigos y violencias que concentran medios de producción y obligan a otros a depender de la venta de su fuerza de trabajo.⁷

En la pampa bonaerense, el proceso no repite exactamente los cercamientos ingleses. Pero comparte una operación fundamental: transformar tierras habitadas y recorridas de

modos diversos en propiedad concentrada; reducir los márgenes de subsistencia independientes; producir una población disponible para el trabajo rural; garantizar, mediante el Estado, que la relación resultante sea reconocida como normal y legítima.

La figura del vago revela esa operación con particular crudeza. Vago no era, necesariamente, quien no trabajaba. Con frecuencia era quien no podía demostrar que trabajaba para alguien. La diferencia es decisiva. El hombre que combinaba tareas, se movía por la campaña, vivía de saberes diversos o no estaba sujeto a un patrón estable podía ser convertido en sospechoso. La ley no castigaba una falta previa: contribuía a fabricar una nueva condición social. Obligaba a elegir entre la subordinación laboral, la persecución o la leva.

Martín Fierro da a esa violencia una voz que los papeles oficiales no registran. Fierro no va a la frontera por decisión propia ni por patriotismo. Es llevado. La leva transforma su cuerpo en recurso militar del Estado y, al mismo tiempo, deshace las condiciones de su vida doméstica. Mientras él está en el fortín, el rancho queda sin sostén; la familia se dispersa; el pago se vuelve irreconocible. La frontera no es un paréntesis en su historia: es el mecanismo que hace posible la tapera.

San Antonio permite ver que la frontera y la estancia no pertenecían a historias separadas. La gran propiedad de Iraola funcionaba como enclave territorial en una región atravesada por las tensiones de la frontera. El ganado, la tierra, las redes políticas y la defensa se articulaban. La expansión de la estancia requería seguridad; la seguridad estatal protegía una forma de apropiación que volvía rentable la expansión. El avance militar sobre los pueblos originarios y el disciplinamiento de los gauchos no fueron escenas laterales respecto de la economía rural: contribuyeron a crear las condiciones de su consolidación.

El ciclo lanar intensificó esa necesidad. La oveja no fue sólo una fuente nueva de riqueza. Requirió organización de majadas, galpones, capataces, peones, animales seleccionados, trabajo regular y conexión con mercados de exportación. El campo debía ser más previsible; el trabajo, más estable; la producción, más mensurable. En Sol Argentino, la cercanía entre la casa del capataz y el galpón de esquila revela esa racionalidad: el trabajo se concentra, se supervisa y se orienta hacia una mercancía destinada a circular más allá de la pampa.

La proletarianización del gaucho no fue instantánea. Un mismo hombre podía alternar entre la estancia, el arreo, el servicio militar, el trabajo ocasional y la huida. Las familias combinaban recursos; los saberes rurales no desaparecían; el caballo seguía siendo indispensable. Pero la dirección del proceso es visible: cuanto más se concentraba la tierra y más se cerraban los accesos a medios propios de subsistencia, más dependía el trabajador de vender su fuerza de trabajo.

La estancia necesitó del gaucho y, a la vez, deshizo las condiciones que habían permitido su autonomía relativa. Necesitó su habilidad para montar, enlazar, arrear y conocer el

terreno. Pero procuró que esas destrezas se ejercieran bajo supervisión, dentro de un establecimiento, a cambio de un salario o una ración, y no como saberes que habilitaban una relación más abierta con la campaña.

El capital entró a caballo porque no podía prescindir de los cuerpos y conocimientos que ya habitaban la pampa. Pero no cabalgaba como el gaucho porque su destino no era recorrer: era fijar. No buscaba un rumbo; buscaba una propiedad. No seguía una huella; trazaba una línea. No encontraba un mundo; lo reorganizaba para que pudiera rendir.

Desde la tapera, el progreso pierde su inocencia. El alambrado deja de ser sólo una mejora técnica; la estancia, una empresa privada; el juzgado, una oficina de justicia; el ferrocarril, una promesa de comunicación. Todo aparece como parte de una transformación que convirtió el espacio pampeano en geografía del capital y dejó a muchos de quienes lo habitaban sin lugar al cual volver.

V. Del tiempo de la intemperie al tiempo del patrón de estancia

Transformar el espacio es transformar el tiempo. La mensura, el cerco, la estancia y el pueblo no sólo cambian la forma de la tierra: cambian las maneras de trabajar, esperar, descansar, trasladarse y regresar. El capitalismo necesita tierra, animales y cuerpos; necesita también disponer del tiempo de esos cuerpos.

La pampa que describe MacCann estaba lejos de ser una vida sin trabajo. Había que cuidar hacienda, ensillar, arrear, reparar un apero, buscar agua, preparar comida, domar un potro, atravesar una distancia o encontrar refugio antes de la noche. Pero esas tareas no aparecían todavía enteramente separadas de la vida cotidiana. Su ritmo dependía de la luz, del clima, de los animales, de la estación, del cansancio y de las urgencias de cada familia. El día no se dividía con precisión en horas de trabajo y horas de descanso: se organizaba alrededor de la intemperie.

La intemperie no era libertad pura. Podía ser frío, lluvia, enfermedad, aislamiento y peligro. Pero tampoco era abandono. Era el medio en el que se aprendía a vivir. El hombre de a caballo sabía que una tormenta podía cambiar la jornada, que un arroyo crecido obligaba a modificar el rumbo, que una caballada requería cuidado y que el fuego debía encenderse antes de que cayera la noche. La vida no era segura, pero conservaba una temporalidad ligada a los cuerpos y al paisaje.

El patrón de estancia introduce otra forma de tiempo. No inventa el trabajo rural: lo ordena de acuerdo con la producción, la vigilancia y el rendimiento. La esquila debe hacerse en determinada temporada; la majada debe reunirse; el animal debe ser marcado; el peón debe estar disponible; la tarea debe ser distribuida y supervisada. El día deja de

obedecer sólo a las exigencias de la vida inmediata y comienza a responder, de manera creciente, a las necesidades de una empresa.

Sol Argentino permite ver esa reorganización. El galpón de esquila, la casa del capataz próxima al sector productivo, los espacios diferenciados para familia y empleados, el escritorio desde el cual se administraba la estancia y los objetos de escritura conservados muestran que no se trataba sólo de un campo con más ganado. Era una organización del tiempo. El capataz mediaba entre el patrón de estancia y la peonada; cada puesto definía una función; cada salario daba un precio al trabajo; cada horario convertía una parte de la vida en tiempo disponible para otro.

El llavero de la estancia vuelve a decirlo desde las cosas. No sólo establece quién entra a cada habitación; fija ritmos de presencia y ausencia. Hay cuartos para descansar, lugares para servir, dependencias para trabajar y puertas que sólo algunos pueden abrir. La jerarquía no se expresa únicamente cuando el patrón ordena. Se vuelve cotidiana en la arquitectura, en la distribución de los cuerpos y en el acceso desigual al confort.

La diferencia entre el tiempo del patrón de estancia y el tiempo de la intemperie no debe pensarse como una oposición absoluta. En el mundo rural anterior ya había patrones, obligaciones y dependencias; en la estancia capitalista persisten ritmos de clima, estaciones y animales que ningún reloj puede eliminar. Pero cambia la relación dominante. El trabajador ya no se ocupa solamente de hacer aquello que permite sostener su vida y la de los suyos. Debe, cada vez más, vender su capacidad de trabajar a quien controla la tierra, el ganado y los medios de producción.

El salario parece una relación simple: tiempo de trabajo a cambio de dinero. Sin embargo, transforma la vida entera. Quien depende del salario no vende sólo una tarea; vende horas, fuerza, destreza y disponibilidad. Su jornada pertenece en parte a otro. El producto de su trabajo también. Puede conservar su caballo, su mate, sus conocimientos y su modo de hablar; pero la dirección de la producción no está en sus manos. El patrón de estancia decide qué se produce, para quién, con qué ritmo y bajo qué reglas.

La leva muestra la forma más violenta de esa expropiación del tiempo. Fierro no pierde su hogar únicamente porque lo aparten físicamente de él. Lo pierde porque el Estado dispone de años de su vida. Mientras permanece en la frontera, el rancho se deteriora, la familia se dispersa y los animales se pierden. La ausencia no puede recuperarse cuando termina el servicio. El regreso llega tarde. La tapera es el resultado de un tiempo robado.

La frontera cumple, así, una doble función. Sirve a la expansión estatal sobre territorios indígenas y disciplina una población rural cuya movilidad resulta incómoda. El gaucho puede ser considerado sospechoso cuando circula sin patrón, pero indispensable cuando el Estado necesita hombres para los cantones. Su tiempo no le pertenece ni como trabajador ni como soldado. Puede ser reclamado por la estancia a través de la necesidad económica o por la autoridad mediante la fuerza.

El sable de Sol Argentino adquiere aquí otro sentido. No representa solamente una distinción militar ni un recuerdo de élite. Junto a los tinteros y sellos, permite leer la coexistencia de dos formas de ordenar el tiempo y el espacio: la pluma que registra, solicita y dispone; la espada que protege, reprime o impone. La estancia, el juzgado y la frontera no son instituciones separadas. Participan de una misma producción de disponibilidad.

Harvey insiste en que el capital busca reducir los tiempos de circulación. La mercancía debe viajar, venderse y retornar convertida en más capital. Por eso importan los caminos, el transporte, la información, la conexión con los puertos. Pero la rapidez de las cosas exige una disciplina sobre los cuerpos. Si la lana de San Antonio o de Sol Argentino debe llegar a los mercados con mayor eficacia, alguien tiene que esquilar, enfardar, cargar, cuidar y transportar bajo tiempos cada vez más previsibles. La compresión del espacio y del tiempo no beneficia a todos por igual. El propietario puede saber con mayor rapidez cuánto vale su producción. El comerciante puede recibir noticias de precios. La autoridad provincial puede enviar una orden o solicitar un contingente. Para el trabajador, en cambio, la aceleración puede tener otro rostro: la convocatoria ante el juez de paz, el llamado a una partida, la presión de la jornada, la obligación de presentarse, la pérdida del tiempo necesario para cuidar una casa o acompañar a una familia.

La modernización produce, así, una desigualdad de ritmos. Algunos pueden proyectar el futuro, esperar una ganancia, ampliar un establecimiento o comprar más tierra. Otros viven en la urgencia: conseguir un trabajo, evitar la leva, alimentar a los hijos, recuperar un caballo, pagar una deuda o encontrar un lugar donde pasar la noche. Para el patrón de estancia, el porvenir puede ser expansión. Para el peón, puede ser la incertidumbre del próximo día. Para la familia de un reclutado, puede ser una espera sin fecha.

Heidegger permite nombrar una pérdida que las estadísticas del crecimiento no alcanzan a registrar. Cuando el tiempo se vuelve sólo recurso, rendimiento y cálculo, resulta más difícil reconocer los tiempos que necesita una vida: el de la crianza, el descanso, la conversación, el duelo, el aprendizaje y el regreso. La estancia puede medir horas, tareas y salarios; no el daño de una ausencia que deshace una familia.⁴

La tapera conserva ese tiempo que no vuelve. Sus paredes caídas muestran que nadie pudo repararlas. Su puerta ausente recuerda que no hubo quien regresara a abrirla. El fogón apagado señala una vida doméstica interrumpida. No se trata de una ruina producida por la naturaleza: es una ruina histórica. La hicieron posibles la leva, la concentración de la tierra, la dependencia laboral y un Estado que, mientras fundaba el orden, disponía de la vida de quienes no tenían propiedad ni autoridad.

El tiempo del patrón de estancia se presenta como previsión y productividad. El tiempo estatal, como deber y administración. El tiempo del mercado, como circulación y oportunidad. Pero vistos desde el rancho que se vuelve tapera, esos tiempos revelan otra

cosa: una expropiación de la presencia. Se expropia el tiempo de estar con los propios, de decidir los movimientos, de cuidar una casa y de volver a encontrarla en pie.

VI. El Estado no llega después: funda el mercado

El relato liberal suele imaginar una secuencia sencilla: primero aparece la riqueza; después llega el Estado para protegerla. Primero un propietario trabaja, mejora sus campos, reúne ganado y funda una estancia; luego la ley garantiza el contrato, castiga el delito y asegura la paz.

En el sudeste bonaerense ocurrió algo menos inocente. La propiedad no fue solamente protegida por el Estado: fue producida junto con él. El mercado rural no se formó por la acción espontánea de propietarios emprendedores sobre tierras disponibles. Necesitó mensuras, títulos, jueces de paz, policías rurales, milicias, campañas militares, registros y una autoridad capaz de decidir quién podía ocupar, circular, trabajar y reclamar.

Fundar el Partido de Benito Juárez no fue, por eso, un acto administrativo menor. Significó establecer una jurisdicción sobre una geografía ya habitada; fijar autoridades; ordenar contribuciones; certificar derechos; organizar la policía y extender una legalidad que favorecía determinadas formas de propiedad. El partido no vino a poner nombre a un espacio neutral. Contribuyó a convertir el territorio en una unidad administrable, dividida y apta para la valorización de la tierra.

La estancia El Porvenir permite ver cómo se produjo esa articulación. Antes de la consolidación de un centro urbano, fue asiento del juzgado de paz y de funciones municipales. El hecho importa menos como anécdota que como estructura. Desde una propiedad rural se ejercían atribuciones judiciales, administrativas, policiales y políticas. La distancia entre interés privado y autoridad pública no desaparecía: se volvía difícil de separar.

Mariano Roldán no debe ser leído sólo como fundador, ni únicamente como propietario. Su trayectoria concentra ambas posiciones. Como juez de paz, podía intervenir en conflictos, certificar, informar, organizar; como estanciero, participaba del régimen de tierra que esas decisiones ayudaban a consolidar. El Porvenir no era un simple campo desde el cual un vecino prestaba servicios públicos. Era un lugar donde la propiedad se volvía Estado y donde el Estado reforzaba la propiedad.

El tintero y los sellos conservados de Roldán permiten nombrar esa relación sin convertirla en abstracción. Desde el escritorio se escribían cartas a funcionarios, se elevaban informes, se gestionaban pedidos de armamento y se tramitaban asuntos rurales. La tinta no era un ornamento de la autoridad: era uno de sus instrumentos. Un

documento podía volver legítimo un título, ordenar una medida, certificar una ocupación o transformar una demanda de los propietarios en asunto público.

El sable, conservado junto a esos objetos, impide imaginar que la escritura hubiera reemplazado por completo a la fuerza. La pluma y el arma pertenecen a la misma constelación. Una organiza y formaliza; la otra recuerda el trasfondo armado de ese orden. La campaña bonaerense del siglo XIX no fue pacificada por la ley: la ley se asentó sobre una violencia que no desapareció, sino que cambió de forma. La ocupación militar, la frontera y el reclutamiento prepararon el terreno para que después el expediente, la mensura y la escritura consolidaran lo conquistado.

Marx llamó acumulación originaria al proceso por el cual los productores son separados de sus condiciones de existencia. La fórmula permite abandonar la ficción de que la gran propiedad nace de un trabajo originario y pacífico. Para que algunos concentren tierra, otros deben perder acceso a ella; para que exista una población obligada a vender su fuerza de trabajo, debe estrecharse la posibilidad de vivir por fuera de esa dependencia. Las leyes, los castigos y las instituciones públicas forman parte de ese proceso.⁷

En la pampa bonaerense, la acumulación originaria tuvo formas propias. No se trató de copiar los cercamientos ingleses. Hubo apropiación de tierras fiscales, reparto y concentración de extensiones, avance militar sobre territorios indígenas, control de los caminos, persecución de pobladores sin patrón y organización de la autoridad rural. Cada operación tenía su lenguaje: propiedad, orden, seguridad, progreso, civilización. Pero todas contribuían a una misma transformación: convertir la tierra en capital y a quienes no la poseían en población dependiente.

La palabra "desierto" fue decisiva para esa transformación. Si el territorio aparecía vacío, la ocupación podía ser llamada fundación. Si los pueblos originarios aparecían como amenaza, la guerra podía presentarse como defensa. Si el gaucho sin patrón era nombrado vago, la persecución podía ser llamada moralización del trabajo. La violencia se hacía aceptable al convertirse en lenguaje administrativo y político.

La frontera fue el laboratorio de ese orden. No era una línea fija entre civilización y barbarie, sino una zona de contactos, intercambios, combates, cautiverios, alianzas y resistencias. Allí convivían pueblos originarios, gauchos, soldados, comerciantes, familias y propietarios. Sin embargo, el Estado necesitaba convertir esa complejidad en borde. Debía avanzar sobre ella, vigilarla, administrarla y, finalmente, volverla tierra disponible para una economía rural en expansión.

San Antonio de Iraola expresa esa unión entre gran propiedad y frontera. Su importancia no se agota en la extensión de sus campos ni en la figura de José Gerónimo Iraola. Funcionó como núcleo territorial en una región donde la defensa, el ganado y la ocupación estaban estrechamente ligados. La estancia no era sólo lugar de producción: podía ser punto de apoyo para redes de poder económico y político, base de operaciones y

anticipación de una geografía que el Estado terminaría de formalizar. Sol Argentino muestra una fase posterior y más organizada de esa misma lógica. Allí la jerarquía ya no depende sólo de la posición pública de un gran propietario. Está inscrita en la distribución del espacio, en el galpón de esquila, en la cercanía del capataz al trabajo, en las llaves, en la vajilla, en el escritorio y en las avenidas. El orden se vuelve visible en las cosas. La estancia no es únicamente una gran unidad económica: es una institución que administra cuerpos, tiempos y accesos.

La figura del vago permite entender cuál era el costo humano de esa administración. No se llamaba vago solamente a quien no trabajaba. Podía llamarse así a quien no demostraba trabajar para un patrón. El problema no era la ausencia de esfuerzo, sino la falta de subordinación verificable. El hombre que recorría la campaña, alternaba tareas o vivía de recursos diversos resultaba difícil de clasificar. La ley intervenía para forzarlo a entrar en una relación estable de dependencia o para convertirlo en objeto de persecución.

Martín Fierro narra esa experiencia desde abajo. La leva lo arranca de su pago, lo vuelve soldado forzado y lo devuelve a una vida destruida. La frontera no le otorga ciudadanía ni reconocimiento: le quita tiempo, hogar y familia. Mientras el Estado se afirma sobre el territorio, Fierro pierde el lugar donde su vida tenía continuidad.

En ello reside la violencia más persistente del orden. No se limita a expulsar mediante un acto visible. También produce exclusión a través de documentos, deudas, registros, cercos y obligaciones. El golpe puede convertirse en expediente; la ocupación militar, en mensura; la desigualdad, en derecho de propiedad. La violencia se vuelve más duradera cuando adquiere apariencia de normalidad.

El Estado no llega, entonces, después del capital para limitarlo. En la formación del orden pampeano, lo acompaña, lo organiza y lo hace posible. El juzgado de El Porvenir, los objetos de Sol Argentino y la presencia temprana de San Antonio permiten leer esa trama sin necesidad de abstraerla: la tierra concentrada, la escritura, la autoridad y la fuerza se reúnen para producir una nueva geografía.

Lo que se presenta como fundación tiene un reverso. Mientras algunos obtienen títulos, poder local y reconocimiento, otros pierden movilidad, acceso a la tierra y capacidad de sostener un hogar. La tapera no es ajena a la fundación del partido. Es una de sus huellas.

VII. Las familias de la tapera

La historia del gaucho suele contarse en singular. Un hombre a caballo frente al horizonte, con un poncho, un facón, una guitarra y un caballo. La imagen tiene fuerza, y Martín Fierro le dio una forma perdurable. Pero puede ocultar aquello que el propio poema deja ver: ningún gaucho vivía realmente solo.

Antes de ser llevado a la frontera, Fierro tenía mujer, hijos, hacienda y pago. La enumeración parece breve, pero contiene una economía de la vida cotidiana. Hay una casa que debe mantenerse, animales que deben cuidarse, comida que debe prepararse, niños que deben criarse, objetos que deben guardarse, enfermedades que deben atenderse y ausencias que deben soportarse. Cuando el gaucho es arrancado de ese mundo, no queda sólo un hombre sin libertad: queda una familia en condiciones de mayor vulnerabilidad. Más tarde, Fierro sabrá que su mujer murió después de ir al pueblo en procura de uno de sus hijos y de terminar "a un hospital", casi moribunda. El poema no permite identificar con certeza la institución, pero la imagen remite a un refugio final de pobres y desamparados: la dispersión de la familia culmina en una muerte fuera del pago y lejos del rancho.¹

La tapera es, por eso, una ruina familiar. No se derrumba únicamente el refugio de Fierro. Se pierde el sitio donde se cocinaba, se dormía, se reparaban las cosas necesarias, se protegía a los niños de la lluvia y se esperaba a quien volvía a caballo. El rancho podía ser frágil y pobre, pero era el centro desde el cual una familia organizaba su existencia. Cuando se convierte en tapera, no quedan solamente paredes caídas: se interrumpe una trama de cuidados.

Las fuentes suelen dificultar la reconstrucción de esa trama. Los documentos administrativos registran con mayor facilidad al propietario, al juez de paz, al comandante, al peón contratado, al hombre detenido o al vecino que firma una petición. Las mujeres aparecen menos y, a menudo, sólo como esposas, madres, viudas o herederas. Los niños aparecen menos todavía. El archivo conserva con precisión las extensiones de una estancia, la compra de animales, un título o un nombramiento; conserva mucho menos los trabajos que hacían posible que una familia atravesara el día.

Sin embargo, la escasez documental no equivale a ausencia histórica. Sin mujeres, niños y trabajos de cuidado no habría persistido ningún rancho, ninguna estancia, ningún fortín ni ninguna comunidad rural. Cocinar, lavar, curar, remendar, cuidar a los enfermos, criar, administrar lo poco disponible, cultivar un pequeño espacio o sostener el fuego eran labores indispensables. La campaña no se hacía sólo con arreo, esquila, doma y guerra. Se hacía también en esa economía íntima que sostiene los cuerpos antes de que vuelvan al trabajo.

La estancia capitalista interviene en esa economía. Cuando la tierra se concentra y se cercan los accesos a recursos antes disponibles, una familia depende más del salario, de la ración o de la tolerancia del patrón de estancia. Cuando la leva aparta a un hombre de su casa, aumenta la precariedad de quienes quedan. Cuando el trabajo se vuelve más regular y disciplinado, el tiempo de cuidado debe adaptarse a ritmos decididos por otro. El despojo no ocurre solamente en una expulsión visible: también se infiltra en la comida que escasea, en el caballo que se pierde, en el rancho que no puede repararse y en la distancia que ya no se puede recorrer.

La estancia San Antonio permite observar esa dimensión desde otra experiencia histórica. La llegada de familias luxemburguesas a fines de la década de 1880 fue presentada como promesa de tierra, trabajo y estabilidad. La fotografía de Francisco Ayerza de 1891 muestra mujeres y hombres reunidos en la cosecha: haces de trigo, carros, caballos y cuerpos trabajando en un paisaje que parece ordenado y fecundo. La imagen puede leerse como celebración de la colonización y de la labor agrícola. Pero, vista con atención, también permite preguntar por las condiciones de esa promesa.

Aquellas familias no llegaban a una tierra propia, sino a un régimen de arrendamiento condicionado dentro de la estancia. El proyecto de poblamiento se inscribía en la estructura de poder estanciero. Mujeres, hombres y niños no eran sólo inmigrantes en busca de futuro: eran fuerza de trabajo incorporada a una economía orientada por la gran propiedad y el mercado. La fotografía conserva una escena de labor compartida; no dice por sí sola quién decidía sobre la tierra, quién controlaba las condiciones del arrendamiento, quién retenía los frutos principales de la producción ni qué ocurría cuando la promesa de prosperidad no se cumplía.

La escena obliga a ampliar la pregunta. La transformación capitalista de la pampa no afectó únicamente a los gauchos criollos expulsados o disciplinados. También alcanzó a las familias inmigrantes que llegaban atraídas por una promesa de ascenso y propiedad. El sistema podía recibirlas como trabajadoras y desecharlas cuando sus expectativas de autonomía entraban en conflicto con la estructura de la estancia. La pampa agroexportadora necesitaba población; no necesitaba, necesariamente, pequeños propietarios libres.

Esa continuidad no borra las diferencias entre el gaucho de Fierro y la familia luxemburguesa retratada por Ayerza. Sus trayectorias, lenguas, expectativas y formas de inserción son distintas. Pero ambas experiencias revelan que el orden capitalista organiza la vida familiar desde una relación desigual con la tierra. Unos son separados violentamente de sus condiciones de existencia; otros llegan esperando acceder a ellas y descubren que el acceso está subordinado a quienes ya controlan el suelo. Sol Argentino permite ver otra cara de esa desigualdad. La clasificación de las habitaciones entre familia, empleados y servicio señala que la estancia no era sólo un espacio productivo: era una forma de ordenar vidas domésticas. La vajilla, el lavabo, el comedor y el mobiliario de la familia propietaria muestran una experiencia del hogar fundada en comodidad, intimidad y distinción. Las dependencias de empleados revelan una experiencia distinta, más próxima al trabajo, a la función y a la vigilancia. La desigualdad no se expresa solamente en el salario: se vuelve arquitectura, hábitos, acceso al agua, tiempo de descanso y posibilidad de privacidad.

No hay que imaginar que las familias rurales fueron víctimas inmóviles de estas transformaciones. Buscaron recursos, cambiaron de lugar, se apoyaron en parientes, organizaron trabajos, conservaron saberes y rehacieron hogares en condiciones difíciles.

Las mujeres, en particular, debieron tomar decisiones que los documentos registran mal: cómo alimentar a los hijos, a quién pedir ayuda, cuándo abandonar un puesto, qué guardar, qué vender, dónde encontrar refugio. Reconocer esa capacidad de acción no disminuye la violencia de las condiciones. Muestra el esfuerzo que requiere sobrevivir cuando la tierra, el trabajo y el tiempo están controlados por otros.

El silencio de las fuentes debe convertirse, entonces, en una pregunta de escritura. No corresponde inventar voces ni atribuir experiencias que no pueden demostrarse. Pero tampoco conviene reproducir el silencio del archivo. Cada vez que en esta historia se hable de una leva, de un desalojo, de una estancia o de un campo cercado, debe preguntarse qué sucede con las familias. ¿Quién queda a cargo del rancho? ¿Quién sostiene la comida y el cuidado? ¿Quién carga con la incertidumbre? ¿Qué memoria se corta cuando una casa se abandona?

La tapera guarda esas preguntas. En ella faltan Fierro, su mujer y sus hijos; faltan los animales, el fuego y los objetos cotidianos. Pero no está vacía. Está llena de la vida que no pudo continuar allí. El rancho destruido no es un detalle sentimental de la historia nacional. Es el lugar donde la gran transformación de la pampa se vuelve íntima: la propiedad concentrada, la leva, el trabajo dependiente y el orden estatal alcanzan el cuerpo de una familia.

Por eso, cuando Fierro vuelve y encuentra la tapera, su dolor no debe leerse como el drama de un individuo aislado. En esa ruina doméstica se condensa una experiencia colectiva: la de quienes perdieron no sólo tierra, trabajo o libertad de movimiento, sino la posibilidad elemental de reunir una vida alrededor de una casa.

VIII. Desde la tapera hacia el mundo

La tapera parece pequeña frente a la historia. Un rancho derruido en una llanura extensa; unos restos de barro, madera y silencio; un lugar que no figura en los grandes mapas del comercio ni en las genealogías de la riqueza. Sin embargo, mirar desde allí permite ver conexiones que los relatos generales suelen ocultar. La tapera no está fuera del mundo. Es uno de los lugares donde el mundo capitalista se hizo pampa.

La lana producida en las estancias del sudeste bonaerense no terminaba su historia en el galpón de esquila. El vellón debía ser enfardado, transportado, vendido y embarcado. Su recorrido unía el trabajo de un peón, el cuidado de una majada, el precio de una estancia y las necesidades de mercados lejanos. San Antonio y Sol Argentino no eran sólo establecimientos situados en una geografía local: participaban de una economía que conectaba la pampa con Buenos Aires, los puertos del Atlántico, los capitales británicos y la industria europea.

Ésa es una de las claves del siglo XIX. El capitalismo no produce un mundo uniforme, sino una red desigual de regiones especializadas. Algunos espacios concentran finanzas, comercio, manufacturas y decisiones; otros son reorganizados para proveer materias primas, alimentos, ganado o fuerza de trabajo. La integración al mercado mundial no equivale a una participación igualitaria en la riqueza.⁸

La pampa bonaerense fue incorporada a esa división como región agropecuaria. Sus pastos, su extensión y sus animales no bastaban para explicar esa incorporación. Hicieron falta propiedad concentrada, seguridad para la inversión, infraestructura, trabajo disponible, expansión militar y una administración estatal capaz de organizar el territorio. La riqueza natural se vuelve riqueza capitalista sólo cuando una relación social permite apropiarla, medirla, transportarla y venderla.

Por eso la estancia no debe ser pensada como unidad aislada. En San Antonio, la frontera, la gran propiedad y la producción ganadera se articularon tempranamente. El Porvenir muestra luego cómo esa racionalidad se extendió hacia el juzgado de paz y la administración partidaria. En Sol Argentino, finalmente, las avenidas, el galpón de esquila, la división interna de los espacios y los objetos de administración revelan una forma más elaborada de control y rendimiento.

Cada una de estas estancias pertenece a una historia local, pero ninguna se explica sólo en la escala local. El precio de la lana, la llegada de capitales, la posibilidad de exportar, la demanda de productos rurales y el desarrollo de los transportes influyen sobre el uso del suelo, el tipo de ganado y la organización del trabajo. La pampa se vuelve parte de una red más amplia sin dejar de ser pampa: los mercados lejanos se inscriben en el galpón, en el cerco, en el salario, en el capataz y en el ritmo de la esquila.

Hobsbawm permite comprender el carácter contradictorio de esa expansión. El período de crecimiento del comercio mundial, de los ferrocarriles, del capital financiero y de los imperios ofreció oportunidades efectivas para las élites terratenientes argentinas. Hubo inversiones, aumento de exportaciones, fundación de pueblos y cambios visibles en el paisaje. Negar esa materialidad sería reemplazar una historia crítica por una negación abstracta del progreso.

Pero el ensayo debe preguntar siempre: ¿qué se construyó y sobre qué despojos? La estación ferroviaria, el pueblo en cuadrícula y la estancia modernizada pueden ser signos de un futuro abierto para unos; para otros, son parte de un proceso que cierra accesos a la tierra, disciplina el trabajo y vuelve más difícil sostener una vida autónoma. La prosperidad exportadora no llega a todos bajo la misma forma. Mientras un propietario puede ampliar su campo o mejorar su casa, un gaucho puede perder su pago; mientras una familia inmigrante llega con promesas de tierra, puede encontrarse trabajando bajo condiciones de arrendamiento que no controlan.

La colonia luxemburguesa de San Antonio muestra esa ambivalencia. El proyecto convocó familias con la promesa de estabilidad, trabajo y poblamiento. La fotografía de Ayerza registra una cosecha y parece condensar una escena de futuro: hombres y mujeres trabajando, carros cargados, caballos y trigo. Pero la promesa de poblamiento se organiza dentro de una estancia y bajo un régimen de arrendamiento condicionado. La imagen no debe ser negada; debe ser interrogada. ¿Qué porción de la cosecha pertenecía a quienes la trabajaban? ¿Quién decidía sobre el suelo? ¿Qué margen de autonomía tenía una familia cuya existencia dependía de las condiciones fijadas por el gran propietario? La diferencia entre esa familia inmigrante y el gaucho de Fierro es decisiva, pero ambos quedan alcanzados por una misma lógica. El primero puede ser expulsado de un mundo que ya habita; la segunda puede llegar a un mundo nuevo con la expectativa de hacerse propietaria. En los dos casos, la tierra permanece bajo control de quienes concentran capital y autoridad. El capitalismo agrario puede integrar poblaciones diversas, pero lo hace de manera desigual: incorpora fuerza de trabajo, no necesariamente derechos sobre la tierra.

Harvey permite comprender esa desigualdad como producción capitalista del espacio. El capital necesita fijarse en infraestructuras, estancias, caminos, pueblos y transportes; pero se fija para volver a moverse. Invierte en tierra y construcciones duraderas para acelerar luego la circulación de mercancías, información y ganancias. La estancia se vuelve capital fijo: una forma estable de paisaje organizada para que la producción pueda salir hacia mercados distantes.⁵

El contraste entre la estación ferroviaria y la tapera condensa esa historia. La estación anuncia conexión, movimiento, comercio y futuro. La tapera anuncia interrupción, pérdida y abandono. Pero no pertenecen a historias separadas. La vía necesita un territorio previamente organizado para producir mercancías exportables. La tapera puede ser uno de los resultados de esa misma organización: la casa que ya no puede sostenerse cuando la tierra se concentra, el trabajo se subordina y la familia pierde las condiciones de su continuidad.

Mirar ambas imágenes juntas evita dos errores: celebrar la modernización como fuerza naturalmente benéfica o condenar toda transformación técnica como si el pasado pudiera permanecer intacto. La pregunta decisiva es histórica: quién controló los medios de la transformación, quién obtuvo sus beneficios, quién soportó sus costos y qué alternativas fueron clausuradas.

La pampa no fue arrastrada pasivamente por intereses extranjeros. Propietarios, comerciantes, militares y funcionarios locales participaron activamente en su integración al capitalismo mundial. Buscaron vínculos, defendieron privilegios, organizaron instituciones y promovieron un modelo territorial que los favorecía. La conexión con mercados externos no elimina esa responsabilidad; explica el horizonte en el que sus decisiones adquirieron sentido.

Desde la tapera se ve, entonces, una historia de escalas superpuestas. Se ve el rancho abandonado y la familia dispersa; se ve al patrón de estancia y al juez de paz; se ve el galpón de esquila y la majada; se ve la colonia de San Antonio y el trigo reunido en carros; se ve la lana emprendiendo un camino hacia el puerto. La historia local no es una versión menor de la historia mundial. Es el punto donde la economía mundial se vuelve cuerpo, paisaje, trabajo y pérdida.

La tapera no es pequeña porque pertenezca a una historia menor. Es pequeña como una puerta. Pero detrás de ella se abre el mundo.

IX. La tapera como archivo y como acusación

Toda ruina corre el riesgo de ser domesticada por la mirada. Puede volverse paisaje, curiosidad, objeto pintoresco o simple prueba de que el tiempo pasó. La tapera corre ese riesgo. A la distancia parece apenas una pared vencida, unas maderas, un hueco donde hubo puerta. Quien la mira puede imaginar vagamente una vida anterior y seguir camino.

Pero la tapera no es muda. Está hecha de una ausencia que no termina de desaparecer. Señala que hubo casa donde ahora sólo quedan restos; que hubo una familia, un fuego, objetos, animales, conversaciones y esperas. No entrega una historia completa de quienes la habitaron. No da nombres, fechas ni títulos. Pero impide que la historia comience con el plano, con la escritura de propiedad, con la fundación del partido o con el retrato del estanciero.

La tapera es archivo, aunque sea un archivo roto. Conserva indicios y silencios. Obliga a preguntar qué formas de vida existieron antes de que el territorio fuera organizado según el título, el cerco y la jurisdicción. Obliga a confrontar la historia registrada con la historia vivida.

Benjamin enseñó a interrumpir el relato continuo del progreso y a leer, en sus restos, la historia de aquello que fue vencido o dejado atrás. Desde esa perspectiva, la tapera no devuelve una totalidad perdida ni promete restaurarla: forma una constelación con el presente. Obliga a mirar la fundación, la estancia y el mercado desde la ruina que esos procesos produjeron.⁹

El archivo estatal tiene otra forma. Guarda leyes, mensuras, padrones, cartas, registros de marcas, planos, expedientes y títulos. Es indispensable: sin él no podría reconstruirse cómo se creó el Partido de Benito Juárez, cómo se distribuyó la tierra, cómo se organizó la frontera ni cómo se consolidaron ciertas autoridades locales. Pero es también un archivo producido desde el poder. Registra con mayor facilidad al propietario, al juez de paz, al funcionario, al soldado y al contribuyente. Conserva menos de quienes habitaban sin

título, de las familias rurales, de los trabajos de cuidado y de los saberes que no podían traducirse a la escritura administrativa.

Los objetos de Sol Argentino permiten hacer visible esa diferencia. El llavero clasificado, el tintero, los sellos, la vajilla y el sable constituyen, también, un archivo. Pero no cuentan la misma historia que la tapera. El llavero habla de accesos regulados; la vajilla, de una mesa y una domesticidad diferenciadas; el tintero, de la escritura que organiza y legitima; el sable, de la fuerza que sostiene el orden. Juntos muestran cómo una estancia podía producir jerarquías en los gestos más cotidianos: quién abre, quién entra, quién escribe, quién come, quién manda y quién obedece.

No corresponde mirar esos objetos como reliquias de una grandeza local ni como simples piezas de museo. Tampoco se trata de condenarlos por sí mismos. Su potencia está en las preguntas que hacen posibles. ¿Qué puerta abría esa llave? ¿Qué habitación permanecía cerrada? ¿Qué escritura salió de ese escritorio? ¿Qué órdenes, reclamos o títulos ayudaron a producir? ¿Qué vínculos políticos condensa el sable? ¿Qué mundo doméstico representa la vajilla y quiénes quedaban fuera de él?

Leídos junto con *El Porvenir*, esos objetos devuelven una imagen concreta de la articulación entre propiedad y Estado. La estancia que alojaba funciones de juzgado y administración no era un escenario privado aislado de la historia pública. Era un centro desde el cual se podía ejercer autoridad territorial. El documento, la llave y el arma no son episodios separados: integran una misma maquinaria de ordenamiento.

Ayerza ofrece, además, otra imagen decisiva de la transformación pampeana: la del arado de discos que abre la tierra bajo el mando de un trabajador sentado en un pequeño asiento de hierro y tirado por cuatro mulas. La fotografía no registra una faena aislada ni una escena pintoresca; muestra una mecanización todavía apoyada en la fuerza animal, donde el hierro, las riendas y el cuerpo del trabajador reorganizan el suelo para la producción. El arado corta e invierte la superficie, prepara el campo para el ciclo agrícola y vuelve visible el pasaje desde una pampa recorrida y pastoreada hacia una pampa sometida a la productividad, al cálculo y a las demandas del mercado. La cámara fija así un momento en que la tierra deja de ser sólo paisaje o condición de vida y aparece como materia que debe ser trabajada, medida y valorizada.

Las fotografías de gauchos tomadas por Ayerza plantean otra pregunta. El gaucho junto a su caballo, su perro o una carreta queda preservado como imagen en el momento mismo en que se estrechan las condiciones de su autonomía. La cámara guarda una presencia que el orden capitalista puede convertir en tipo pintoresco, en tradición o en emblema nacional. El gaucho ya no aparece como problema político ni como habitante de un mundo que disputa la tierra: puede convertirse en figura estética de una pampa que ha comenzado a dejarlo atrás.

Ése es uno de los modos más eficaces del olvido. Primero se disciplina, se expulsa o se subordina; después se conserva la imagen de aquello que fue desplazado. La fotografía, el museo y la conmemoración pueden preservar sin incomodar. El desafío de esta historia consiste en invertir esa operación: leer las imágenes y los objetos no como decoración del pasado, sino como huellas de relaciones sociales conflictivas.

La tapera interviene en ese trabajo de memoria. Frente al llavero que clasifica espacios, recuerda una casa sin llave. Frente al tintero que vuelve orden la escritura, recuerda vidas que no dejaron documentos. Frente al sable que conserva la forma armada de la autoridad, recuerda los cuerpos sobre los que esa autoridad se impuso. Frente a la vajilla de la estancia, recuerda el fogón y la comida precaria de quienes no disponían de mesa, servicio ni resguardo. Frente al retrato del fundador, recuerda a quienes no podían convertir su presencia en un legado.

No se trata de oponer una memoria verdadera de los vencidos a una memoria falsa de los vencedores. Las cosas no hablan por sí solas y ninguna fuente entrega una inocencia completa. El llavero, la tapera, la fotografía y el expediente exigen interpretación. Lo decisivo es impedir que una sola memoria se imponga como si fuera la historia entera. El orden se vuelve más sólido cuando puede nombrar sus propias huellas como patrimonio y dejar fuera de la memoria las huellas de aquello que deshizo. La tapera es también acusación. Acusa a la idea de desierto, porque muestra que hubo vivienda donde se dijo que no había nada. Acusa al relato de la fundación, porque recuerda que toda jurisdicción se impuso sobre tierras ya recorridas y habitadas. Acusa a la idea de progreso, porque obliga a preguntar qué fue necesario destruir para que unos pocos pudieran llamar riqueza, orden y civilización a la nueva pampa.

Esa acusación no exige nostalgia. El mundo gaucha no fue una comunidad igualitaria ni libre de violencia; la vida de las familias rurales estuvo atravesada por pobreza, patriarcado, dependencia y conflicto. Pero había otros vínculos con la tierra, otros márgenes de movilidad y otras formas de sostener la vida que fueron subordinados o anulados por la expansión de la propiedad concentrada y del trabajo dependiente.

La pregunta de Heidegger por el habitar permite nombrar una parte de esa pérdida. Cuando la tierra aparece sólo como reserva productiva, el animal como capital, el cuerpo como fuerza disponible y el tiempo como rendimiento, el mundo se empobrece. Una aguada deja de ser lugar de vida y se vuelve recurso; un caballo deja de ser compañero de camino y se vuelve instrumento de trabajo; una casa deja de ser morada y se vuelve construcción sin valor.⁴

Harvey obliga a devolver esa pérdida a la historia. El mundo no se empobrece solo. Hay relaciones de propiedad, estrategias de acumulación, instituciones estatales y decisiones de clase que convierten la tierra en mercancía y a los habitantes en trabajadores dependientes o poblaciones desplazables. La crítica del habitar sólo adquiere fuerza

histórica cuando pregunta quién organiza ese empobrecimiento, quién se beneficia y quién soporta sus consecuencias.⁶

La tapera está en el punto donde ambas preguntas se encuentran. Dice que se ha perdido un mundo, y obliga a preguntar quién lo deshizo. Dice que hubo una casa, y obliga a preguntar por qué ya no pudo seguir siendo hogar. Dice que el paisaje conserva restos, y obliga a leer esos restos como huellas de cercamientos, levas, fronteras, concentración de la tierra y trabajo subordinado.

El siglo XIX no ha quedado atrás porque sus lógicas continúen sin cambios, sino porque dejó una pregunta abierta. Cada vez que una condición común de vida queda bajo control exclusivo de quienes pueden cobrar por ella o decidir su acceso, reaparece el problema del cercamiento. Cada vez que un territorio se organiza sólo según lo que puede rendir, exportar o valorizar, reaparece el problema del habitar. Las formas contemporáneas no son idénticas al alambrado pampeano, pero pueden ser interrogadas desde su memoria.

Este ensayo no busca restaurar el rancho de Fierro ni devolver una pampa anterior al capital. Busca impedir que el orden se convierta en olvido. Busca leer la historia local desde las cosas que permanecen y desde las ausencias que esas cosas señalan.

Cuando Fierro vuelve y encuentra la tapera, no descubre una desgracia privada al margen de la historia nacional. Encuentra el reverso de una nación que se estaba fundando. Mientras unos consolidaban estancias, títulos, juzgados, caminos y mercados, otros perdían el lugar donde su vida tenía continuidad.

No estaba vacía la pampa cuando el orden vino a medirla.

Vacía quedó, en cambio, la casa de quienes la habían sabido habitar.

Notas

1. José Hernández, *El gaucho Martín Fierro*, canto III.
2. Fermín A. Rodríguez, *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010.
3. William MacCann, *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, especialmente caps. I, IV y VII.
4. Martin Heidegger, «Building Dwelling Thinking», en *Poetry, Language, Thought*.
5. David Harvey, *La condición de la posmodernidad*, especialmente tercera parte y caps. 14 y 16.
6. David Harvey, *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*.
7. Karl Marx, *El capital*, libro I, cap. XXIV.
8. Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*.
9. Walter Benjamin, «Sobre el concepto de historia», tesis V, VI y XVII.

Introducción metodológica

Objetos, archivos y territorio como formas de leer la historia local

00 · Apertura

Leer la historia local desde los márgenes del poder

Esta obra no es una compilación de fechas, nombres y homenajes. No intenta elevar una estatua, ni embellecer los relatos fundacionales. Por el contrario, se propone leer la historia del Partido de Benito Juárez como un proceso conflictivo de ocupación territorial, de institucionalización de la violencia y de producción desigual del espacio. Desde esta perspectiva, fundar un partido no es un acto administrativo ni un momento celebratorio, sino una práctica política que clausura memorias, ordena cuerpos y distribuye privilegios.

Los marcos conceptuales de esta obra se nutren de Karl Marx (acumulación originaria, cercamientos y división del trabajo), Michel Foucault (disciplinamiento de cuerpos y saberes), Walter Benjamin (crítica del progreso, constelación histórica y política de la memoria), Norbert Elias (la civilización como transformación de hábitos y jerarquías sociales) y David Harvey, cuya noción de aniquilación del espacio por el tiempo permite leer las transformaciones territoriales del capitalismo como parte de una lógica global de reproducción y control.¹⁰

La constelación no designa una simple acumulación de restos ni una propiedad encerrada en los objetos. Se forma cuando una imagen del pasado entra en relación con las preguntas y los peligros del presente. El trabajo histórico construye esa relación: detiene la sucesión cronológica, separa un fragmento del relato continuo del progreso y reconoce en él una tensión que afecta tanto al tiempo estudiado como al tiempo desde el cual se lo interroga.¹¹

La memoria tampoco restituye un mundo completo. Conserva huellas parciales, silencios y materiales dispersos. Eduardo Grüner recuerda que una política crítica de la memoria debe construir un montaje con esas ruinas sin convertir a los vencidos en una totalidad pura o ideal. José Pablo Feinmann destaca que la historia benjaminiana carece de una garantía automática de progreso. Ricardo Forster, por su parte, recupera la dimensión mesiánica de una memoria que reconoce en las derrotas del pasado posibilidades todavía incumplidas. Estas lecturas permiten comprender la historia local no como una marcha

uniforme, sino como un campo de tensiones entre lo que se impuso, lo que fue desplazado y aquello que todavía puede interpelar al presente.

Junto a ellos, se incorporan referentes de la historiografía social argentina, como Rolando Astarita, Guillermo Banzato, David Viñas y Fermín Rodríguez, cuyas investigaciones sobre el campo, la frontera, la violencia estatal y la construcción del "desierto" son fundamentales para comprender el proceso fundacional en clave estructural y simbólica.

Esta perspectiva se sostiene sobre un entrelazamiento metodológico que articula múltiples registros:

- **Documentación administrativa y estatal del siglo XIX** (leyes, decretos, correspondencia oficial, planos y registros catastrales).
- **Producción literaria**, especialmente *El gaucho Martín Fierro*, interpretado como documento político y poético que da cuenta de una subjetividad expulsada del nuevo orden.
- **Objetos históricos conservados en el museo local** (ponchos, tinteros, vajilla, llaveros, sables, etc.), abordados como huellas materiales que permiten leer la cultura política y social de una época, en diálogo con los aportes de Carlo Ginzburg y Camilo Retana sobre la memoria encarnada en lo cotidiano.
- **Fotografías y mapas**, analizados con herramientas teóricas provenientes de la historia visual (Peter Burke), la geografía crítica (Harvey) y la crítica cultural (Rodríguez), que permiten pensar el trazado del pueblo, la llegada del ferrocarril y el disciplinamiento del espacio como formas de inscripción material de la ideología capitalista.
- **Aportes de la teoría social, la sociología rural y la etnografía**, con especial énfasis en las tensiones entre oralidad y escritura, territorio y representación, vida campesina y racionalización estatal.
- **Arqueología e historia ambiental**, incorporadas para pensar el espacio pampeano como un archivo viviente de tiempos largos, donde capas geológicas, fósiles y rastros materiales dan cuenta de un territorio habitado y en transformación antes de toda frontera y alambrado. En diálogo con Fernand Braudel y con aportes de la arqueología regional, se abordan las ocupaciones tempranas de la pampa, los desplazamientos de fauna y las memorias encarnadas en el paisaje, reconociendo en la tierra y sus sedimentos un texto anterior a la escritura estatal.
- **Viajes y relatos de exploración científica**, utilizados como fuentes para interrogar la mirada europea sobre el espacio pampeano. En particular, se analiza el paso de Charles Darwin por estas tierras como un momento de observación y clasificación de un territorio que no era vacío, sino un espacio

habitado, conflictivo y mutable. La lectura crítica de su *Diario* y de su obra permite articular ciencia, política y geografía, explorando las tensiones entre naturaleza, violencia de frontera y expansión del capital.

El uso de estos objetos no responde a una búsqueda estética ni anecdótica, sino a la convicción de que los objetos también escriben historia.

Como propone Carlo Ginzburg, los materiales que nos rodean son huellas vivas de los modos de vida, de las jerarquías simbólicas y de los órdenes sociales que nos preceden. En ese sentido, un plato, una llave o un retrato no son restos del pasado: son lenguajes del poder, formas de organizar la vida y naturalizar desigualdades.

Este enfoque se articula también con una perspectiva territorial y situada: no se trata de aplicar modelos teóricos universales al caso de Juárez, sino de leer críticamente la historia local a la luz de sus tensiones internas, sus actores concretos, sus archivos y silencios. En ese marco, la figura de Mariano Roldán —fundador, estanciero, juez de paz y articulador del orden— es leída no como un "prócer local", sino como agente privilegiado de un proceso mayor de transformación capitalista del espacio rural. En esta misma lógica, la estancia San Antonio, establecida a mediados de la década de 1830, se consolidó como uno de los núcleos más extensos de la región, funcionando como enclave de control territorial y como base de operaciones frente a las tolderías cercanas. Su propietario, José Gerónimo Iraola, desempeñó un papel central en este proceso, articulando redes de poder político y económico que sostuvieron la expansión estanciera en el sudeste bonaerense y anticiparon la consolidación del orden capitalista en el Partido de Juárez.

Cada capítulo concluye con dos preguntas destinadas a prolongar la lectura más allá de sus páginas. No buscan comprobar la retención de información ni proponen respuestas únicas. Invitan a establecer relaciones entre procesos, cambiar la escala de observación e interrogar los silencios de los documentos, los objetos y las imágenes.

Esta propuesta retoma los aportes de Sandra Fernández y Darío Barrera sobre la historia local y regional, entendidas no como versiones reducidas de la historia nacional, sino como perspectivas capaces de revelar configuraciones sociales, territoriales e institucionales que las explicaciones generales suelen ocultar.^{15, 16} También recupera las reflexiones de Silvia Gojman y Beatriz Aisenberg acerca de una enseñanza de la historia organizada alrededor de problemas, interpretaciones y prácticas de lectura que promuevan un trabajo intelectual genuino.^{17, 18}

El cambio de escala no supone abandonar la perspectiva materialista que orienta esta obra. Por el contrario, permite observar cómo las relaciones entre capital, trabajo, propiedad y Estado adquirieron formas concretas en el territorio de Benito Juárez. Las preguntas constituyen, por ello, una invitación a examinar esas relaciones y a reconocer

que la historia local forma parte de procesos más amplios, pero también puede modificar la manera en que los comprendemos.

Por último, esta obra no pretende cerrar un relato, sino abrir una conversación. Cada capítulo deja resonancias abiertas, preguntas pendientes, memorias por explorar. Se invita así a los lectores —vecinos, estudiantes, docentes, investigadores— a repensar la historia no desde la distancia conmemorativa, sino desde la incomodidad reflexiva, desde el reconocimiento de que todo lo que hoy parece estable y legítimo fue, en su origen, objeto de lucha, exclusión y disputa.

Notas

10. Benjamin, 2009, Tesis II, V, VI y XVII.
11. Benjamin, 2009, Tesis V, VI y XVII.
12. Feinmann, 2002.
13. Grüner, 2018.
14. Forster, 2014.
15. Fernández, Sandra R. (2018). “La historia regional y local, y las escalas de investigación. Un contrapunto para pensar sobre desafíos historiográficos”. *Quinto Sol*, 22(3), 13-20. <https://doi.org/10.19137/qs.v22i3.3337>
16. Barrera, Darío G. (2022). “La historia regional argentina y el archipiélago malvinense: comprender desencuentros, fabricar conexiones”. *Quinto Sol*, 26(2), 1-24. <https://doi.org/10.19137/qs.v26i2.6516>
17. Gojman, Silvia (1994). “La historia: una reflexión sobre el pasado. Un compromiso con el futuro”. En Beatriz Aisenberg y Silvia Alderoqui (comps.), *Didáctica de las ciencias sociales. Aportes y reflexiones* (pp. 42-62). Buenos Aires: Paidós.
18. Aisenberg, Beatriz (2005). “La lectura en la enseñanza de la historia: las consignas del docente y el trabajo intelectual de los alumnos”. *Lectura y Vida*, 26(3), 22-31.

01

Fundar, medir, trazar

La pampa bajo la lógica del capital

Las dos caras de Jano

Guerra, alambrado y expansión estatal

La historia del Partido de Benito Juárez se inscribe en un proceso de larga duración: la formación del Estado nacional argentino mediante la expansión de sus fronteras, la apropiación de territorios y la instalación de un orden económico orientado hacia la exportación.

Ese proceso no avanzó sobre un espacio vacío. Reorganizó territorios ya habitados, alteró relaciones sociales y subordinó formas diversas de vida a nuevas exigencias políticas, jurídicas y económicas.

La figura de Jano ofrece una imagen para leer esa simultaneidad. Una cara mira hacia el norte, donde la Guerra de la Triple Alianza moviliza ejércitos, mercancías, créditos y lealtades políticas. La otra mira hacia el sur bonaerense, donde el Estado delimita partidos, afianza autoridades locales y crea condiciones para convertir la tierra en propiedad y mercancía. No se trata de afirmar que ambos procesos fueron idénticos ni de reducirlos a una causa única. La comparación resulta fecunda cuando permite observar las mediaciones que los unieron: el poder estatal, la violencia armada, las redes mitristas, la circulación comercial y las trayectorias de una misma familia.

El documento que permite aproximar esas dos caras es una extensa carta que Raymundo Roldán envió desde Corrientes a su hermano Mariano, quien se encontraba en la estancia El Porvenir. La carta está fechada el 21 de septiembre de 1866 y fue transcrita y publicada por Fernando Saúl Santa Cruz en *Historia de mi pago chico*. En sus páginas conviven las noticias familiares, la marcha de los negocios, los movimientos de los ejércitos, las opiniones sobre sus jefes y la expectativa ante el ataque inminente contra Curupaytí. No se trata, por lo tanto, de una crónica escrita después de la batalla, sino de un testimonio producido cuando su resultado todavía permanecía abierto.¹⁹

Curupaytí: la guerra como umbral



Ilustración 1 Cándido López, Después de la batalla de Curupaytí, 22 de septiembre. Bajo el humo de Curupaytí se prefigura el alambre de la pampa bonaerense: el campo sembrado de cuerpos anuncia el avance del capital y del Estado, allí donde la muerte se convierte en preludio de alambrados, mercados y tierras parceladas.

Al contemplar el cuadro de Cándido López, Después de la batalla de Curupaytí, 22 de septiembre, la mirada se enfrenta con un paisaje que es, al mismo tiempo, campo de muerte y geografía de poder. Los cuerpos se confunden con el terreno; las trincheras y las baterías imponen una geometría militar sobre la naturaleza. La pintura representa el momento posterior a la derrota aliada. La carta que Santa Cruz recuperó había sido escrita apenas un día antes y anunciaba el ataque como un acontecimiento todavía futuro. Leídos en conjunto, los documentos permiten reconstruir dos tiempos sucesivos de una misma experiencia: la carta conserva las expectativas del 21 de septiembre; la pintura muestra el campo de batalla que esas expectativas no podían prever.

Esta proximidad cambia el valor de la carta. Raymundo no conoce todavía el resultado de Curupaytí. Ha recibido noticias de los movimientos aliados, de los bombardeos y de la fortificación paraguaya; interpreta esos indicios desde Corrientes y dentro de una red mercantil ligada a la marcha de los ejércitos. Su texto no anticipa el cuadro de Cándido López: conserva el horizonte de posibilidades que la batalla clausurará.

21 de septiembre de 1866: escribir antes de la derrota

La fecha permite ordenar el documento con precisión. Curuzú había sido tomada por las fuerzas aliadas el 2 de septiembre. El 12, Bartolomé Mitre y Francisco Solano López habían mantenido la entrevista de Yataytí Corá. Nueve días después, Raymundo escribía que las expectativas de paz se habían desvanecido y que se esperaba una pronta resolución por las armas. Al día siguiente, el asalto contra Curupaytí produciría una de las mayores derrotas de la alianza.

"De los acontecimientos de la guerra te diré que, según todas las probabilidades, pronto se verá el fin de este episodio sangriento y desolador. [...] En estos días anteriores se creía mucho en la paz

*como resultado de la conferencia entre López y Mitre; pero hoy se encuentran desvanecidas esas esperanzas, y se cree en un desenlace pronto por medio de las armas, derramando nuevos torrentes de sangre."*²⁰

El pasaje combina sensibilidad ante la matanza y confianza en la victoria. Raymundo reconoce que el ataque exigirá un gran sacrificio, pero afirma que el resultado final no ofrece dudas. Esa seguridad no debe leerse como un simple error de cálculo individual. Expresa la información disponible, el clima político de los aliados y la posición del propio autor: un comerciante argentino que observa la guerra desde una ciudad convertida en retaguardia y mercado.

Como toda correspondencia privada, la carta no habla desde ninguna neutralidad exterior. Selecciona rumores, jerarquiza protagonistas y formula juicios. Raymundo califica a los soldados argentinos como "leones", atribuye la resistencia paraguaya al fanatismo, cuestiona a la escuadra imperial y procura justificar a Mitre frente a las críticas. Precisamente por eso el documento resulta valioso: no sólo informa sobre operaciones; permite reconstruir el lenguaje con el cual un contemporáneo cercano a las redes mitristas daba sentido a la guerra.

Dos hermanos, dos frentes

La carta publicada por Santa Cruz reúne en una misma fuente dos espacios que la historia suele estudiar por separado. Raymundo escribe desde Corrientes acerca de buques, tiendas, depósitos de aduana, ejércitos y baterías. Mariano recibe esas noticias en El Porvenir, en el sur bonaerense, donde desarrolla una actividad ganadera y participa del proceso político que culminará, en 1867, con la creación del Partido de Benito Juárez y con su designación como primer juez de paz.

El intercambio epistolar no coloca simplemente a un hermano en la guerra y al otro en la frontera. Raymundo pregunta por los campos, las vacas y las posibilidades comerciales de Mariano; informa sobre sus propios negocios y menciona a personas conocidas por ambos. La guerra ingresa así en la vida familiar mediante noticias, recomendaciones, expectativas y cálculos económicos. A la vez, El Porvenir aparece dentro de una red que excede la escala local y conecta la producción ganadera con Buenos Aires, Corrientes y los movimientos más amplios del comercio atlántico.

Esta simultaneidad no demuestra, por sí sola, que la campaña paraguaya y la fundación del partido respondieran a un plan único. Sí permite advertir que la expansión estatal se desplegaba en varios frentes y que una misma red familiar se vinculaba con ellos de modos diferentes. Raymundo procuraba transformar la movilidad militar en oportunidad

mercantil. Mariano consolidaba su posición como propietario y mediador político en una frontera cuyo orden administrativo todavía estaba en formación.

Los negocios familiares, por lo tanto, no estaban encerrados en una economía puramente local. En la carta aparecen campos, ganado, dinero, sociedades mercantiles y proyectos que conectaban Buenos Aires, Europa, Estados Unidos, Corrientes y Paraguay. El Porvenir y el campamento no constituían mundos incomunicados: formaban parte de circuitos de información, crédito, parentesco y poder que atravesaban el territorio nacional en construcción.

La guerra como mercado

*"El negocio que hemos hecho hasta hoy no ha sido malo, salvo ahora —es decir, de uno o dos meses a esta parte—, que está bastante paralizado, tanto por haberse aglomerado la plaza como por la escasez de dinero en los ejércitos."*²¹

La observación contiene una economía política en miniatura. La llegada de comerciantes había saturado la plaza; la demanda militar no desaparecía, pero la falta de numerario impedía realizarla plenamente. Raymundo pensaba cargar los artículos en un buque y avanzar hacia Paraguay cuando fuera posible llegar a Asunción. En esa decisión se cruzaban el riesgo personal, la circulación fluvial y la expectativa de que el avance aliado abriera un mercado nuevo.

Milcíades Peña permite ampliar la escala de esa experiencia. En "Sangre, empréstitos y negociados" sostiene que la guerra produjo endeudamiento para el Estado argentino y, al mismo tiempo, oportunidades extraordinarias para sectores de la burguesía comercial y para los proveedores de los ejércitos. Los préstamos, el oro brasileño, las proveedurías y el abastecimiento militar impulsaron negocios privados dentro de un conflicto financiado con recursos públicos y deuda externa.

El testimonio de Raymundo no prueba que él perteneciera al núcleo de los grandes contratistas estudiados por Peña, ni autoriza a confundir una tienda correntina con los principales negociados de provisión. La correspondencia muestra, en otra escala, que la guerra había creado un espacio mercantil en el cual comerciantes de diferente magnitud buscaban colocar bienes, extender créditos y acompañar el desplazamiento de las tropas. La experiencia singular confirma el mecanismo general sin borrar las diferencias entre sus actores.²²

Esta articulación permite evitar dos simplificaciones. La guerra no fue sólo un choque de ejércitos aislado de la economía; tampoco puede reducirse a un negocio sin atender a decisiones políticas, lealtades y experiencias concretas. Fue una relación social compleja

en la que la destrucción, el endeudamiento y la acumulación podían producirse al mismo tiempo, aunque recayeran sobre sujetos distintos.

Ignacio Rivas: entre la guerra y los Roldán

La carta introduce a Ignacio Rivas en esa trama de manera directa. Raymundo afirma que el coronel hacía una "figura respetable" en el ejército, aunque recibía críticas por el desastre sufrido por su batallón el 24 de mayo. Defiende su reputación, atribuye parte de los cuestionamientos a la envidia que despertaban sus vínculos con el presidente y confía en que habrá de destacarse en los combates futuros. Escritas un día antes de Curupaytí, esas palabras adquieren una intensidad involuntaria: Rivas sería herido en el brazo durante el asalto y promovido a general en el campo de batalla.

*"Hace algunos meses estuvo en esta ciudad, donde tuve el gusto de visitarle y fui objeto de sus finas atenciones. Poco después volví a verle en el Paso de la Patria [...]. Con posterioridad, le dirigí una carta recomendando a mi socio, a lo cual me contestó de manera muy satisfactoria, deseándome el mejor éxito en mis negocios. En todo momento se mostró solícito en recordarte."*²³

El fragmento obliga a corregir una precaución anterior. Ya no estamos sólo ante dos trayectorias que coincidieron en el mismo período. La carta documenta un trato personal entre Raymundo y Rivas, una gestión vinculada con los negocios del primero y un conocimiento previo entre el militar y Mariano. No sabemos todavía cuándo ni en qué circunstancias se inició esa relación, qué alcance tuvo la recomendación ni si produjo beneficios concretos. El documento prueba la existencia del vínculo; no sus consecuencias.

La figura de Rivas reúne, además, escenarios que el libro interroga desde otros objetos y territorios. Antes de Paraguay había actuado en las guerras civiles y en la frontera; después participaría junto a Mitre en la revolución de 1874. Su trayectoria muestra que el Ejército nacional no se formó en una sola campaña: circuló entre la coerción sobre las provincias, la guerra exterior, la frontera indígena y las disputas facciosas. En esa movilidad, los vínculos personales podían acompañar tanto las carreras políticas como los negocios y las lealtades.

El capítulo XIV retomará esta relación a partir del sable que Ignacio Rivas obsequió a Mariano Roldán. La pieza permite seguir la perduración material de un vínculo que la carta documenta en 1866, aunque ninguna fuente autoriza a fechar el obsequio en ese año ni a identificarlo con la gestión comercial de Raymundo.

Del norte al sur

Las dos caras de Jano no designan una identidad completa entre Paraguay y la frontera bonaerense. Señalan una coyuntura en la que el Estado amplió su capacidad para movilizar hombres, contraer deuda, garantizar negocios, nombrar autoridades y reorganizar territorios. Cada escenario tuvo actores, conflictos y temporalidades propios; pero ambos formaron parte de la construcción de un orden nacional dirigido por fuerzas sociales concretas.

La fundación del Partido de Benito Juárez, formalizada poco más de un año después de la carta, deja de aparecer como un episodio exclusivamente administrativo. Mariano Roldán pasaría de propietario de frontera a autoridad estatal local. La ley, la mensura, el juzgado de paz, la policía rural y el alambrado contribuirían a fijar derechos, movimientos y jerarquías. La violencia no adoptaba allí la forma concentrada del campo de batalla, pero permanecía en la capacidad de decidir quién podía ocupar la tierra, circular por ella y trabajar bajo qué condiciones.

Raymundo y Mariano no representan dos historias paralelas. La carta muestra una familia distribuida entre campos y comercios, entre la frontera y el río, entre la autoridad local en formación y las redes militares del mitrismo. La pintura de Curupaytí, la correspondencia y los objetos conservados en Sol Argentino forman una constelación documental: no ofrecen una explicación por separado, pero juntas permiten reconocer las relaciones entre guerra, mercado, Estado y memoria.

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Cómo modifica nuestra lectura de la fundación de Benito Juárez saber que, mientras Mariano Roldán consolidaba su posición en la frontera sur, Raymundo participaba de una economía de guerra y recurría a vínculos militares para sostener sus negocios?
- 02** ¿Qué cambia en el significado del sable de Ignacio Rivas cuando se lo pone en relación con la carta del 21 de septiembre de 1866, y qué aspectos de ese vínculo permanecen todavía fuera del alcance de las fuentes?

Notas

- 19.** Santa Cruz, Fernando Saúl, Historia de mi pago chico, Buenos Aires, Dunken, 2017, págs. 41-46. Carta de Raymundo Roldán a Mariano Roldán, Corrientes, 21 de septiembre de 1866.
- 20.** Santa Cruz, Fernando Saúl, Historia de mi pago chico, Buenos Aires, Dunken, 2017, págs. 41-46.
- 21.** Santa Cruz, Fernando Saúl, Historia de mi pago chico, Buenos Aires, Dunken, 2017, págs. 41-46.
- 22.** Peña, Milcíades, La era de Mitre. De Caseros a la Guerra de la Triple Infamia, 3.^a ed., Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1975, págs. 95-97.
- 23.** Santa Cruz, Fernando Saúl, Historia de mi pago chico, Buenos Aires, Dunken, 2017, págs. 41-46.

La génesis del Partido de Benito Juárez

La fundación local dentro del orden agroexportador

La fundación local dentro del orden agroexportador

Fundaciones y Fronteras

La fundación del Partido de Benito Juárez, en el sudeste de la provincia de Buenos Aires, fue un eslabón en la maquinaria de expansión territorial y consolidación estatal que atravesó a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX. La creación de pueblos, el trazado de calles y la organización de la tierra se vincularon con el avance del modelo agroexportador, que transformó la pampa en superficie productiva bajo el imperativo del mercado mundial y las exigencias del capital. Este modelo, dominante desde la segunda mitad del siglo XIX, fue articulado a través de un entramado complejo de violencia, migraciones forzadas y transformaciones espaciales que configuraron nuevas formas de poblamiento y producción en la llanura pampeana.

La fundación del Partido no fue un acto aislado ni espontáneo: se inscribe en una genealogía histórica tejida por la guerra contra los pueblos originarios — principalmente mapuches —, las campañas militares conocidas bajo el nombre de "Conquista del Desierto", y la reorganización del espacio según las necesidades del capital agrario. En este sentido, el caso de Benito Juárez puede leerse como un microcosmos de las tensiones fundacionales del país.

David Viñas, en su obra *Indios, ejército y frontera*, permite leer este proceso no como una simple expansión de límites geográficos, sino como una operación de orden simbólico, económico y político que implicó el aniquilamiento — físico y cultural — de poblaciones originarias, la imposición de una racionalidad productiva capitalista y el despliegue de una retórica civilizatoria funcional al proyecto liberal del siglo XIX. Como señala el autor:

"la conquista del Desierto argentino resulta ejemplar en tanto modelo de complejo histórico (...) con sus programas, mediaciones y resultados, sus idas y vueltas, miserias, convocatorias y frustraciones, que legitiman las posibilidades de la dialéctica".²⁴

Es en este marco que debe comprenderse el carácter fundacional de estancias como "Sol Argentino", que no sólo definen el territorio sobre el que luego se erigirá el ejido urbano del actual Partido, sino que también sintetizan en su espacialidad el espíritu de la empresa colonizadora. Estas estancias respondían a un patrón de ocupación extensiva, jerárquico y patriarcal, opuesto a las formas de organización del espacio y del tiempo propias de los pueblos originarios y los sectores populares criollos, como el gauchaje.

Leída desde la categoría marxiana de acumulación originaria, Sol Argentino no fue solamente una estancia más extensa o mejor organizada. Su consolidación participó de una separación histórica entre los habitantes del territorio y las condiciones materiales que hacían posible su autonomía. La mensura, el título, la marca y, más tarde, el alambrado no se limitaron a reconocer una propiedad ya constituida: establecieron derechos exclusivos, restringieron circulaciones y convirtieron la tierra en una condición de valorización privada.

En este sentido, fundar también fue cercar. El cercamiento material tuvo un correlato jurídico y político: allí donde coexistían desplazamientos, usos abiertos y formas inciertas o colectivas de ocupación, el nuevo orden fijó límites, propietarios y autoridades. Sin trasladar mecánicamente la experiencia inglesa a la pampa bonaerense, el capítulo XXIV del Libro I de *El capital* ofrece una clave para reconocer este movimiento: la propiedad capitalista no nace de una inclinación natural al ahorro, sino de una historia de desposesión, coerción y transformación de la tierra en mercancía.



Ilustración 2 Mariano Roldán y su familia en 'Sol Argentino'. La fundación de Benito Juárez se inscribió en las tramas de ocupación y disciplinamiento del espacio pampeano, donde la estancia capitalista operó como dispositivo de poder y el alambrado selló las transformaciones que las campañas militares habían preparado.

La estancia, como forma económica y social, contradice así el modelo minifundista promovido retóricamente por figuras como Domingo Faustino Sarmiento durante su presidencia. Mientras el discurso liberal celebraba la pequeña propiedad como vehículo de civilización, el resultado efectivo fue la concentración de la tierra en manos de unos pocos, fenómeno que tuvo su correlato en la marginación del gaucho y en la proletarianización progresiva del inmigrante europeo.

El testimonio del viajero británico William Mac Cann, especialmente en el capítulo VII de Viaje a caballo por las provincias argentinas (1853), ofrece una valiosa mirada sobre este momento de transición. Allí describe una forma de vida gauchesca aún no sometida completamente a la lógica del trabajo disciplinado y del reloj. La temporalidad que registra Mac Cann es cíclica, morosa, hospitalaria y autosuficiente, muy distante del orden productivo impuesto por la estancia capitalista. El gaucho que retrata, "hombre moroso", "de hábitos migratorios", es parte de una cultura que aún resiste, aunque de forma cada vez más acorralada, al ordenamiento espacial y laboral impuesto por el nuevo régimen económico²⁵.

Esta tensión entre formas de vida es también una tensión entre mundos en pugna: entre la oralidad y la escritura, la movilidad y el sedentarismo, la lógica comunitaria y el afán acumulativo. En última instancia, la fundación del Partido de Benito Juárez es un acto de

inscripción territorial que clausura posibilidades y al mismo tiempo inaugura otras: la creación de un centro urbano, la llegada de inmigrantes europeos, la organización de instituciones civiles, pero también la ocultación — cuando no el olvido — de las violencias fundacionales.

La historia de este territorio no comienza con su fundación legal o administrativa, sino mucho antes: en los desplazamientos de pueblos originarios, en los rastros de tolderías y saladeros, en las rutas del arreo y la caza. Reconstruir esta historia exige interrogar los silencios de los archivos, revisar críticamente los mitos de origen y reponer la complejidad del entramado histórico que dio origen a esta comunidad.

Una clave para leer la historia argentina

Aunque Marx tomó a Inglaterra como el caso clásico de la acumulación originaria, la categoría permite formular preguntas decisivas sobre la historia argentina. No corresponde trasladar de manera mecánica el modelo inglés, pero sí examinar los procesos que separaron poblaciones, territorios y medios de subsistencia. La apropiación de tierras indígenas, la expansión de la frontera estatal, la concentración territorial, el alambrado, la mensura y la conversión de la tierra en mercancía constituyeron dimensiones centrales del capitalismo agrario argentino.

Estos procesos no reprodujeron exactamente los enclosures ingleses. Sin embargo, articularon, bajo condiciones históricas propias, violencia, propiedad, Estado y mercado. El alambrado expresa una mutación comparable en un punto fundamental: fija límites, restringe circulaciones y convierte en propiedad exclusiva un espacio que había sostenido otros usos. La mensura vuelve abstracto el territorio; el título jurídico define al propietario; la fuerza estatal garantiza la exclusión; el mercado establece el valor.

En esta perspectiva, el progreso agropecuario pierde su apariencia de desarrollo puramente técnico. La ocupación militar y estatal, el desplazamiento de pueblos originarios, la persecución de las poblaciones rurales y la consolidación de la gran propiedad no fueron antecedentes secundarios de la modernización: constituyeron sus condiciones históricas. La riqueza producida sobre la pampa ordenada exigió, antes, la fabricación política de esa superficie disponible para la propiedad y la valorización.

Acumulación originaria y violencia territorial en la fundación del Partido de Benito Juárez

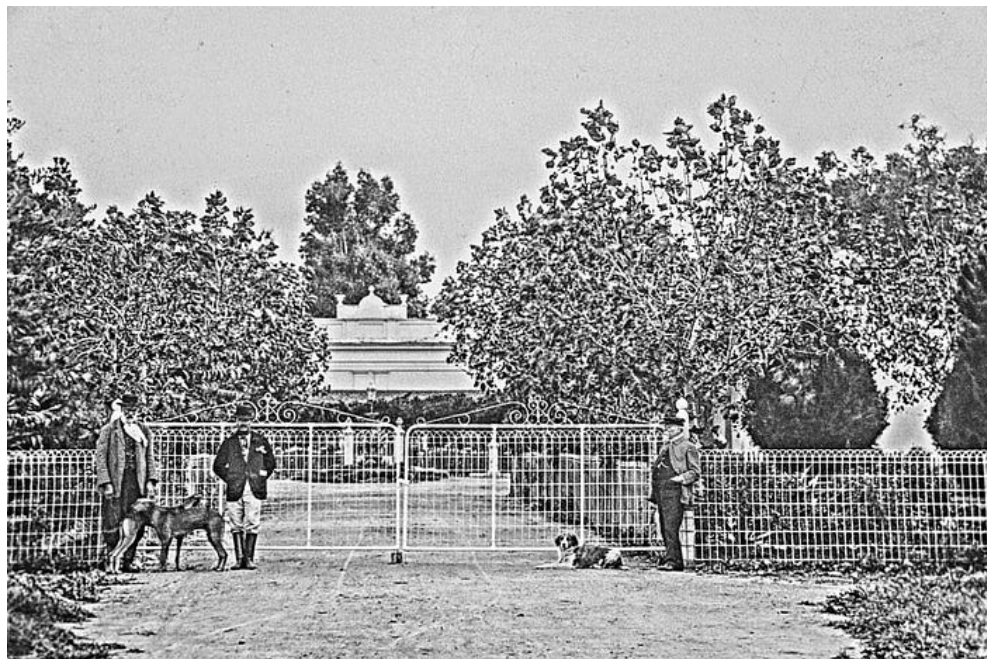


Ilustración 3 Mariano Roldán (derecha) junto a empleados. Estancia 'Sol Argentino', circa 1900. Núcleo fundacional del Partido de Benito Juárez. La creación del partido, lejos de ser un acto administrativo neutral, formó parte de la acumulación originaria en la pampa: cercó tierras, desplazó poblaciones y legalizó la apropiación capitalista del territorio bajo la forma de ley.

La fundación del Partido de Benito Juárez, formalizada el 31 de octubre de 1867 por ley provincial, no puede ser comprendida como un simple acto administrativo, ni como el resultado natural del poblamiento progresivo de la provincia de Buenos Aires. Por el contrario, debe leerse en clave histórica, como un capítulo local del proceso mayor de ocupación capitalista del espacio pampeano, a la manera en que Karl Marx analizó la acumulación originaria en Inglaterra²⁶, y que David Harvey amplió para mostrar su dimensión global²⁷.

Según Marx, el origen del capitalismo europeo no fue pacífico ni voluntario, sino el resultado de una violenta separación entre los productores rurales y sus medios de vida, es decir, la tierra. Este proceso, conocido como los cercamientos (enclosures), expropió tierras comunales bajo la protección del Estado para convertirlas en unidades privadas de producción orientadas al mercado, expulsando a los campesinos y generando una masa de trabajadores asalariados forzados. En *El Capital*, Marx señala que el cercamiento "libera" simultáneamente la tierra para la acumulación capitalista y a las personas de sus medios de subsistencia, volviéndolas dependientes del salario. Esta lógica de violencia fundante

es central en su teoría.

Ahora bien, cuando observamos los decretos, reclamos y operaciones que dieron lugar a la fundación del Partido de Benito Juárez, encontramos ecos concretos de esa estructura histórica. La ley provincial N.º 544 del 31 de agosto de 1865, al establecer nuevos partidos para "fiscalizar mejor" los campos del sur, no solo buscaba eficiencia administrativa: institucionalizaba la ocupación de territorios hasta entonces disputados o resistidos por pueblos originarios. La frontera, en este marco, no era una línea natural, sino una herramienta de diseño estatal y militar para facilitar la expansión de la propiedad privada.

Al igual que en los cercamientos ingleses, aquí también la acción estatal es clave: el decreto delimita, organiza, adjudica; los terratenientes presionan para legitimar su control sobre tierras que, por su lejanía de las autoridades de Necochea, requerían un nuevo marco legal. La gestión de Mariano Roldán ante el gobernador Adolfo Alsina y su red de contactos (Dardo Rocha, Cambaceres) da cuenta de la articulación entre los intereses del capital rural y el aparato político provincial, que finalmente reconoce a la estancia "El Porvenir" como primer asentamiento institucional del partido. Es decir, la estancia no solo es unidad productiva: es núcleo fundacional del orden estatal.

La fundación como acto de acumulación territorial y disciplinamiento social

La instalación del Estado en el sudeste bonaerense, a través de la creación del Partido de Benito Juárez, no fue una consecuencia natural del poblamiento, sino una forma de legalizar la apropiación territorial y disciplinar la población en función de los requerimientos del modelo agroexportador. En este sentido, el caso de Juárez encarna de manera ejemplar lo que Marx denominó acumulación originaria: la génesis no solo de capitales individuales, sino de las condiciones sociales, jurídicas y espaciales para la reproducción del capital en una región dada.

Así como en los enclosures ingleses la propiedad privada cercó las tierras comunales con apoyo parlamentario y judicial, en la Pampa Húmeda fueron los decretos, las leyes provinciales y los vínculos entre hacendados y autoridades los que cercaron campos anteriormente ocupados por pueblos originarios, comunidades mestizas o gauchas errantes. La ley provincial N.º 521 del 29 de octubre de 1867 y la posterior designación de Mariano Roldán como Juez de Paz ratifican este proceso: la estancia deviene institución, el patrón se convierte en juez, y el espacio es organizado según los requerimientos de la propiedad y el control social.

David Harvey, al analizar el desarrollo del capitalismo a escala mundial, advierte que los cercamientos no son un episodio exclusivo del capitalismo inglés, sino una lógica global del capital para apropiarse de recursos y territorios ajenos, muchas veces bajo el disfraz de

la legalidad, el orden y el progreso:

*"A medida que el capitalismo industrial se consolidaba en Europa y Norteamérica, fue cobrando cada vez más importancia el saqueo de las riquezas de India, China y otras formaciones sociales no capitalistas ya desarrolladas, en particular desde mediados del siglo XIX en adelante. Durante esa fase se produjo una inmensa transferencia de valor desde el este y el sur de Asia en particular, pero también en cierta medida desde Sudamérica y África, hacia la clase capitalista industrial localizada en los principales países capitalistas."*²⁸

En esta clave, el avance del Estado provincial sobre el sur bonaerense puede ser leído como parte del mismo proceso de desposesión que Marx analizó para Inglaterra, y que Harvey extiende al mundo colonial y semicolonial: una forma de garantizar la disponibilidad de tierras, trabajo y rutas de transporte para la reproducción ampliada del capital.

La existencia previa de rutas como el "Camino de la Posta", los establecimientos como "San Antonio" y "La Paloma", o los núcleos en torno a "El Junco", indican que ya existía una ocupación efectiva, informal y heterogénea del territorio, muy distinta del modelo ordenado que impone el Estado provincial. La fundación del partido, entonces, es una regularización excluyente, que no reconoce la legitimidad de las ocupaciones anteriores — sean indígenas, gauchas o mestizas — y las reemplaza por un orden basado en la propiedad individual, el título legal y la autoridad del Estado.

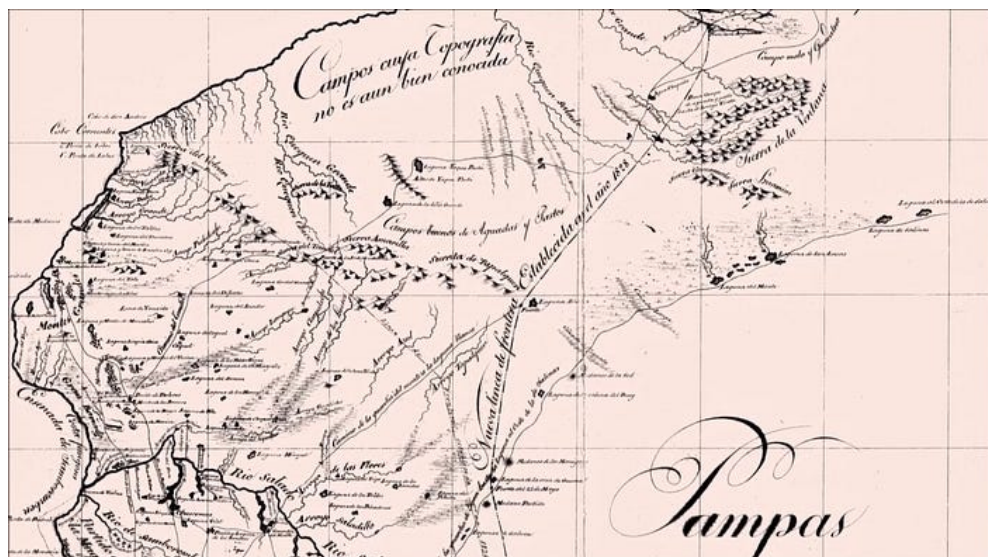


Ilustración 4 Mapa de 1825 muestra la región de las Pampas en Argentina, incluyendo la línea de frontera establecida en 1818. Se puede ver que la zona de la "Sierra de la Ventana" ya era conocida en esa época. El mapa también indica la ubicación de ríos como el Río Salado y la presencia de territorios ocupados por pueblos originarios.

Este pasaje de la informalidad a la legalidad, de la vida a campo abierto al partido organizado, del gaucho errante al peón asalariado, constituye el verdadero acto fundacional. El Partido de Benito Juárez nace, así, como concreción espacial del capital, como punto de condensación de las violencias estructurales que permiten que la estancia se convierta en partido, el patrón en juez, y el "desierto" en campo de producción. Lejos de ser un capítulo menor, la fundación de Juárez representa, en miniatura, la historia argentina de la tierra: expropiación, legalización y explotación.

Cercamientos contemporáneos

La imagen del cerco conserva una poderosa capacidad analítica porque permite reconocer procesos de exclusión que no siempre adoptan la forma visible de una cerca. Existe cercamiento cuando un recurso que sostenía usos compartidos queda sometido a un régimen de acceso exclusivo. Puede tratarse de tierra, agua, bosques, semillas, vivienda, conocimiento o infraestructura digital. El elemento decisivo no reside en la materialidad de la barrera, sino en la transformación de una posibilidad común en una propiedad que exige pago, permiso o autorización.

No toda regulación constituye, por sí misma, un cercamiento. Una comunidad puede establecer reglas colectivas para preservar un recurso y distribuir su uso. El cercamiento aparece cuando la regulación transfiere la capacidad de decisión y apropiación hacia propietarios privados o grupos que excluyen a quienes dependían del bien. El problema histórico no consiste, entonces, en la mera existencia de una norma, sino en la relación

social que esa norma instituye: quién decide, quién se apropia y quién pierde una condición de vida.

En el mundo rural, esta lógica persiste bajo la forma de desplazamientos, expansión extractiva, concentración territorial y eliminación de derechos consuetudinarios. En las ciudades puede reconocerse en la privatización del espacio, el desplazamiento de habitantes y la apropiación inmobiliaria de zonas valorizadas. En el ámbito digital aparece cuando conocimientos, datos o infraestructuras producidos de manera colectiva quedan bajo el control exclusivo de plataformas. Una parcela inglesa, una patente y una plataforma no son fenómenos idénticos; la comparación sólo resulta productiva si conserva las diferencias históricas.

La categoría adquiere precisión cuando orienta preguntas concretas:

- ¿Qué recurso antes accesible dejó de estarlo?
- ¿Qué derechos o usos fueron eliminados?
- ¿Quién obtuvo la capacidad de control y apropiación?
- ¿Quién quedó excluido o perdió autonomía?
- ¿Qué intervención jurídica o estatal hizo posible la transformación?
- ¿La pérdida obligó a las personas afectadas a depender en mayor medida del mercado?
- ¿Qué nuevas relaciones de trabajo, pago o endeudamiento surgieron?

El concepto pierde fuerza cuando se convierte en una metáfora general para cualquier límite o restricción. Su potencia reside en mostrar una relación históricamente determinada entre desposesión, propiedad y dependencia. El cerco importa porque no sólo separa espacios: reorganiza derechos, concentra decisiones y obliga a quienes quedaron afuera a buscar en el mercado aquello que antes formaba parte de sus condiciones de existencia.

La institucionalización de la frontera: Mariano Roldán, juez de paz y hacendado

La designación de Mariano Roldán como primer juez de paz del recién creado Partido de Benito Juárez en 1867 constituye un hito fundacional que excede lo meramente administrativo. Este nombramiento debe ser comprendido como una pieza clave dentro de la estrategia del Estado provincial para institucionalizar el control territorial y consolidar la ocupación de la frontera sur en un contexto de conflictividad latente y consolidación del orden capitalista.



Ilustración 5 Roldán, Mariano (1834-1923) Primer juez de paz de Benito Juárez, encarnó la articulación entre propiedad y justicia, ejerciendo funciones judiciales, administrativas y militares desde su estancia. Su figura ilustra el modo en que la ley se fundó en la tierra y en el poder de los propietarios durante la ocupación capitalista del sur bonaerense.

La figura del juez de paz en la campaña bonaerense decimonónica, como advierten Banzato y Valencia²⁹, no debe reducirse a un mero agente judicial de baja jerarquía. Por el contrario, se trató de una autoridad híbrida, con funciones judiciales, policiales, administrativas, fiscales, militares y hasta políticas, concentradas en una misma persona. Fue, en términos de Foucault, una figura de poder capilar que materializaba el vínculo entre el Estado en formación y la sociedad rural dispersa³⁰. En palabras del propio Roldán, se trataba de un cargo "delicado", asumido con la intención de corresponder "a las esperanzas que el vecindario debe fundar en su autoridad local" —una fórmula que conjuga paternalismo, liderazgo político y apropiación simbólica del orden público.

Desde su estancia El Porvenir, y en ausencia de un centro urbano, Roldán no solo encarnó la ley, sino que fue también juez y parte. Como muestran los casos analizados por Banzato y Valencia, la designación de jueces de paz recaía sistemáticamente en propietarios rurales, vecinos de peso, cuyos intereses individuales coincidían, o se alineaban, con los del gobierno provincial. Roldán responde con claridad a este perfil: estanciero, integrante de una familia patricia, con redes políticas en la capital y vínculos personales con figuras

como Adolfo Alsina y Bartolomé Mitre. La justicia, en este contexto, no se impartía desde la neutralidad sino desde la propiedad, y en muchas ocasiones, desde la estancia misma.

La trayectoria de Roldán condensa así una articulación decisiva entre propiedad y Estado. La autoridad que registraba marcas, certificaba ocupaciones, organizaba milicias y garantizaba contratos protegía, al mismo tiempo, el régimen territorial del que participaban los grandes propietarios. El Estado no llegó después del cercamiento para custodiar un orden ya concluido: intervino en su producción jurídica y práctica, definiendo quién podía ocupar, circular, trabajar y reclamar sobre la tierra.

Marx mostró que la expropiación rural no fue un resultado espontáneo del mercado, sino un proceso sostenido por leyes, castigos y poderes públicos. En Benito Juárez, Roldán vuelve visible esa dimensión estatal en escala local. Su figura señala el pasaje de la conquista a la administración: la violencia abierta de la frontera no desapareció, sino que se transformó en expediente, mensura, reglamento y autoridad cotidiana. El propietario convertido en juez fue, por eso, algo más que un mediador; fue una de las formas concretas que asumió el Estado en el territorio.

En esa trama, la ley no actuó como una envoltura externa de la economía. La delimitación del partido, la mensura de los campos, el reconocimiento de títulos, el control de las circulaciones y la persecución de quienes carecían de patrón produjeron las condiciones del mercado territorial y laboral. La intervención estatal convirtió una relación de fuerzas en un orden jurídico duradero. Roldán representó ese poder allí donde la distancia respecto de la administración provincial hacía de la autoridad local una presencia decisiva.

La estructura legal vigente otorgaba a los jueces atribuciones que iban desde la regulación de padrones y la contribución directa hasta el control del mercado de tierras públicas y las escrituras de propiedad. Tal como lo advierten Banzato y Valencia, el juez era clave en los procesos de distribución, control y certificación de tierras —es decir, en la legitimación del orden agrario emergente. Esto explicaría por qué la justicia de paz fue una bisagra entre la ocupación militar del espacio y su reorganización civil y capitalista. La estancia El Porvenir, asiento del primer juzgado y de la comisión municipal, se convierte así en epicentro del doble proceso de territorialización y legalización de la propiedad, inaugurando una racionalidad estatal donde antes hubo tolderías, ranchos y formas colectivas de apropiación.

A esta función administrativa, se sumaba el rol militar. Roldán organizó desde su propiedad la Guardia Nacional y colaboró en el alistamiento de contingentes para la Revolución de 1874³¹. En los términos del estudio de Banzato y Valencia, esta articulación entre jueces de paz y comandantes de la frontera era moneda corriente: reclutaban milicianos, organizaban caballadas, coordinaban con las autoridades militares y, de ser necesario, intervenían como agentes de pacificación o represión³². Su poder no era solo

simbólico, sino también efectivo y armado.

El pedido de refuerzo militar firmado por vecinos y canalizado por Roldán al comandante Álvaro Barros, reclamando la instalación de fuerzas en el Fortín Resistencia, confirma su papel como mediador entre la población rural y el aparato militar del Estado. Lejos de actuar como funcionario neutro, Roldán encarnaba los intereses de la elite ganadera local, interesada en la estabilización del territorio para garantizar la rentabilidad de sus inversiones y la valorización de sus tierras.

En este sentido, como afirman los autores del estudio, el juez de paz se convirtió en una figura "monstruosa" (en palabras de Manuel Quintana), que acumulaba las funciones de legislador, administrador y juez en un contexto donde el poder local estaba más asociado a la propiedad que al mandato democrático.

El juez de paz como administrador territorial y agente de control de la desigualdad

La designación de Mariano Roldán como juez de paz y su posterior accionar desde El Porvenir permiten comprender que la justicia de paz en la campaña bonaerense del siglo XIX no fue una institución menor ni improvisada, sino una pieza clave en la arquitectura del poder rural. Como analizan Banzato y Valencia, estos jueces no eran funcionarios judiciales en el sentido moderno, sino mediadores políticos, propietarios influyentes, y muchas veces, actores estratégicos en la consolidación de un nuevo orden territorial.

Roldán cumple con todos estos atributos: hombre de fortuna, estrechamente vinculado con el gobierno provincial, conocedor del territorio, y con iniciativa para organizar las instituciones básicas del nuevo partido. Su estancia no sólo fue el centro de su producción ganadera, sino también sede temporal de las autoridades judiciales, policiales y municipales. Como tal, se convirtió en un núcleo semioficial del Estado, donde se emitían disposiciones, se organizaban guardias, se redactaban cartas oficiales y se dirimían conflictos entre vecinos. La figura del juez, en este esquema, se entrelaza con la del patrón: la justicia y la propiedad se confunden.

Como muestran los autores, los jueces de paz ejercían una justicia "de proximidad", que atendía desde conflictos de límites hasta disputas por animales, reclamos laborales y denuncias de violencia doméstica. Pero en contextos de frontera —como el que rodeó la fundación de Benito Juárez—, esa justicia de proximidad tenía un fuerte componente político y territorial. No se trataba simplemente de aplicar la ley, sino de garantizar el orden social y la propiedad en un espacio recién anexado, aún inestable, permeado por la amenaza indígena y la conflictividad rural.

De allí que su figura haya sido una pieza central en la política de "ocupación legal del territorio" desarrollada por el Estado provincial. Se comprende que el poder del juez de paz estaba más ligado a la posesión del suelo que a una autoridad conferida exclusivamente por la ley. En otras palabras, la ley seguía a la propiedad, no la precedía. El juez de paz era eficaz no porque representara una justicia imparcial, sino porque su poder derivaba de su enraizamiento en el territorio y su capacidad para reproducir el orden que lo beneficiaba.

Además, este funcionario participaba activamente en el mercado de tierras: podía certificar ocupaciones, mediar en conflictos de herencia, y en algunos casos, intervenir en el circuito informal de transferencias. Así, su rol no era neutral frente a los procesos de concentración de la tierra, sino funcional a ellos. En el caso de Roldán, esta posición se reforzaba con su inserción en las redes provinciales: su amistad con Mitre, su correspondencia con Alsina, su presencia en las listas de cargos elaboradas por el Ministerio de Gobierno. No era un vecino cualquiera que asumía el juzgado: era un estanciero con proyecto político.

Este modelo de juez-propietario-articulador político fue, en muchos sentidos, el eslabón que permitió al Estado pasar de la ocupación militar del territorio al control civil, sin necesidad de desplegar una burocracia masiva. El patrón rural absorbía funciones del Estado y las ejecutaba en su beneficio, presentándolas como gestos de servicio público. El discurso de Roldán al aceptar el cargo, en el que expresa su "deseo de contribuir con mi grano de arena", resulta ejemplar: la administración del poder se disfraza de compromiso cívico, legitimando el dominio social como si fuera una responsabilidad personal.

En suma, la figura del juez de paz en la frontera bonaerense debe ser leída como una pieza clave en la producción del orden capitalista del siglo XIX. No solo como administrador de justicia, sino como agente de disciplinamiento social, garante del derecho a la propiedad, colaborador del reclutamiento militar y regulador de la vida cotidiana. En la historia del Partido de Benito Juárez, Roldán cumple esa función con claridad: es el rostro local del Estado liberal en expansión, el mediador entre el gobierno central y los pobladores, el fundador de una legalidad hecha a imagen y semejanza del capital y la tierra.

Fundar un partido, ocupar un territorio

Cuando el gobernador Adolfo Alsina designó a Mariano Roldán como primer juez de paz del nuevo Partido de Benito Juárez en 1867, lo hizo en el marco de un proceso mayor, que excedía largamente las necesidades locales de orden o seguridad. La creación de nuevos partidos en la frontera sur bonaerense, como el de Juárez, respondió a la necesidad de territorializar el poder estatal, consolidar la apropiación privada de la tierra y organizar un régimen productivo funcional a la acumulación capitalista en clave agroexportadora. En este esquema, el juez de paz no fue un mero intermediario: fue un actor político clave. Y su figura encarna, en lo local, una dinámica general que Karl Marx definió como acumulación originaria.

La noción de acumulación originaria, desarrollada por Marx en el capítulo XXIV de *El Capital*³³, designa el proceso histórico mediante el cual se escinde a los productores directos de los medios de producción, transformándolos en trabajadores asalariados "libres" solo en el sentido de estar libres de todo capital y de todo acceso a la tierra. A diferencia de la acumulación propiamente capitalista —basada en la compra-venta "libre" de fuerza de trabajo y producción de plusvalía—, la acumulación originaria se apoya en la violencia, el robo, la expropiación y la represión estatal.

Rolando Astarita, retomando a Marx, reconstruye este proceso en la historia argentina del siglo XIX: la apropiación de tierras fiscales por parte de sectores ligados al Estado, la entrega de miles de hectáreas a militares y políticos afines, la represión de indígenas y el disciplinamiento de los gauchos a través de figuras como el juez de paz y el Código Rural³⁴. Este proceso de formación del orden liberal-capitalista en el campo argentino no se basó en la competencia ni en la eficiencia productiva, sino en el despojo y la legalización de la desigualdad a través del poder estatal.

En este contexto, la figura de Roldán debe ser leída con nuevos ojos. No sólo como un vecino activo que "colabora con la organización del partido", sino como un agente central en la transformación del territorio en propiedad privada y del campesinado rural en mano de obra sujeta. Su designación como juez de paz, su rol en el reclutamiento de milicias, su gestión desde su propia estancia, la instalación del juzgado en El Porvenir, y su participación en redes políticas provinciales revelan un perfil típicamente compatible con la fase argentina de la acumulación originaria.

La propiedad como violencia organizada

Marx afirma que la propiedad privada de la tierra no es una relación "natural", sino una relación social violenta que se presenta como si fuera jurídica o espontánea. En sus palabras, supone el "monopolio de ciertas personas sobre determinadas porciones del planeta, con exclusión de los demás"³⁵. La idea de "fundar un partido" debe entenderse, entonces, como el acto institucional que clausura ese proceso violento y lo presenta como legalidad naturalizada.

Astarita profundiza este punto al mostrar que, en el caso argentino, esa apropiación se tradujo en donaciones estatales, ventas a precios irrisorios en moneda devaluada, concesiones previas a las campañas militares, especulación crediticia con tierras y concentración latifundista. Lejos de una narrativa de progreso ordenado, la formación de la clase terrateniente pampeana fue el resultado de una economía política del saqueo legalizado, en connivencia con sectores del aparato estatal. Y es en ese esquema donde se inscribe la actuación de Roldán como juez de paz: certificando, organizando, distribuyendo, reprimiendo y legalizando.

Por eso, cuando en su carta de aceptación del cargo Roldán afirma que lo hace "para corresponder a las esperanzas del vecindario", lo que en realidad dice es que se compromete con el bloque de poder que lidera y representa. Su administración no fue la de un magistrado imparcial, sino la de un propietario armado de legitimidad estatal, que interviene en conflictos de tierras, organiza milicias, negocia con militares y actúa como centro del poder local.

Además, su vínculo directo con el Código Rural de 1865 —que establecía duras condiciones para los trabajadores sin tierra y criminalizaba la vagancia— permite entender su figura como la del ejecutor del disciplinamiento social en la campaña. Como señala Astarita, el Código Rural consagró un régimen que convertía al gaucho sin patrón en vago, y al vago en delincuente o conscripto, disponible para el servicio de armas. En palabras de Panettieri, era una "servidumbre rural legalizada"³⁶. Y el juez de paz, junto al comandante militar, era el ejecutor práctico de ese régimen.

De la propiedad al poema: acumulación originaria y Martín Fierro

En un momento particularmente iluminador de su análisis, Rolando Astarita afirma que El Gaucho Martín Fierro de José Hernández es uno de los documentos más valiosos que tenemos para comprender las consecuencias sociales del proceso de acumulación originaria en la campaña bonaerense. No como documento histórico en sentido estrecho, sino como registro poético de una experiencia social concreta: la del gaucho desplazado, perseguido, expropiado, forzado a integrarse al orden estatal en calidad de miliciano o delincuente. El Martín Fierro es, en este sentido, la voz subalterna del mismo proceso que la figura del juez de paz representa desde arriba.

Fierro, a lo largo del poema, expresa una y otra vez su relación conflictiva con el juez de paz. Es perseguido, detenido, sancionado, conducido a la frontera como soldado, despojado de sus vínculos, y finalmente convertido en errante. Esa figura del juez no aparece como símbolo de justicia, sino como representación del despotismo rural, de la ley que protege al poderoso y castiga al libre. Dice Fierro:

*“A mí el juez me tomó entre ojos
en la última votación:
me le había hecho el remolón
y no me arrimé ese día,
y él dijo que yo servía
a los de la esposición.
Y así sufrí ese castigo
tal vez por culpas ajenas;
que sean malas o sean güeñas
las listas, siempre me escondo:
yo soy un gaucho redondo
y esas cosas no me enllenan.”*

Este verso, como tantos otros, condensa el contraste entre la ley escrita y la ley vivida. Para el gaucho, el juez de paz no es garantía de orden, sino instrumento de opresión, parte de una maquinaria que incluye jueces, patrones, comandantes y vigilantes. En términos marxistas, es la forma institucional de la violencia de clase. Y es también, como señala Astarita, la forma subjetiva de la acumulación originaria: aquella en que el productor directo es separado no solo de sus medios de vida, sino también de sus derechos, su dignidad y su identidad cultural.

Aquí es donde se cierra el círculo: la estancia Sol Argentino, organizada jerárquicamente, legalizada desde el juzgado de paz de El Porvenir, sostenida por milicias reclutadas en la

región, es la cara institucional del mismo mundo que expulsa a Fierro de su rancho. Roldán y Fierro no son simplemente dos personajes: son dos posiciones en la estructura social. Uno funda el partido; el otro es expulsado de él. Uno firma cartas con Alsina; el otro escapa de la leva. Uno se sienta a la mesa del poder; el otro canta en la soledad del campo abierto.

Preguntas que persisten

Este contraste no clausura el análisis: lo abre a nuevas preguntas. ¿Qué tipo de Estado se estaba formando en estas fronteras? ¿Qué tipo de sujeto pretendía producir? ¿Qué tensiones culturales, jurídicas y políticas dejó abiertas ese proceso, cuyas huellas aún persisten en los relatos fundacionales de los pueblos bonaerenses?

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Qué permite comprender el caso de Sol Argentino acerca de la articulación entre propiedad territorial, poder estatal y formación del orden agroexportador?
- 02** ¿Qué experiencias, derechos y formas de habitar quedaron fuera de los documentos que transformaron el territorio en una propiedad jurídicamente reconocida?

Notas

- 24.** (Viñas, 1982, pág. 152)
- 25.** (Mac Cann, 1939, Cap. VII)
- 26.** (Marx, 2004, pág. 930)
- 27.** (Harvey, 2014, págs. 281-295)
- 28.** (Harvey, 2014, pág. 318)
- 29.** (Banzato & Valencia, Los jueces de paz y la tierra en la frontera bonaerense, 1820-1885, 2005)
- 30.** (Foucault, Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión, 1975, pág. 140)
- 31.** La Revolución de 1874 fue un movimiento armado impulsado por el ex presidente Bartolomé Mitre tras denunciar fraude en las elecciones de diputados nacionales (febrero) y presidenciales (abril) de ese año, que habían favorecido a Nicolás Avellaneda. El levantamiento comenzó el 24 de septiembre de 1874, un día antes

de la asunción presidencial, debido a que los preparativos fueron descubiertos. Con base principalmente en la provincia de Buenos Aires, Mitre y los generales Ignacio Rivas y José Miguel Arredondo movilizaron cerca de 5.000 hombres, incluidos tropas regulares, milicias de la Guardia Nacional y lanceros indígenas, especialmente aliados del cacique Cipriano Catriel. La derrota principal ocurrió en la batalla de La Verde <mark>(26noviembre1874</mark>), donde las fuerzas de Rivas y Mitre fueron rechazadas por el teniente coronel José Inocencio Arias. Concluyó el 7 de diciembre de 1874, en Santa Rosa (Mendoza), con la victoria gubernamental y la rendición, arresto o exilio de los cabecillas mitristas, entre ellos Rivas.

32. (Banzato & Valencia, Los jueces de paz y la tierra en la frontera bonaerense, 1820-1885, 2005, pág. 9)

33. (Op. cit. pág. 930-940)

34. (Astarita, 2024)

35. (Op. cit. pág. 793)

36. (Panettieri, 1982, pág. 23)

Del rancho a la estancia capitalista

El caso de Sol Argentino

El caso de Sol Argentino

La estancia como símbolo espacial de un orden productivo



Ilustración 6 'Establecimiento Sol Argentino'. Visita del ex Presidente Bartolomé Mitre, una de las avenidas, lleva su nombre. Estanciero y visitante recorren una de sus avenidas arboladas, emblema de la racionalidad productiva y simbólica del orden capitalista que consolidó la pampa bonaerense. El espacio ordenado de la estancia se opone al rancho criollo, inscribiendo en la tierra una nueva lógica de propiedad, jerarquía y control.

La Estancia Sol Argentino, fundada por Mariano Roldán hacia 1870, puede ser leída no solamente como una unidad productiva de gran escala, sino como un nodo fundacional del orden capitalista en la región pampeana, materialización territorial de un nuevo régimen de propiedad, trabajo y sociabilidad. Declarada Monumento Histórico Nacional en 1994, no sólo condensa una parte importante de la historia institucional del Partido de

Benito Juárez — siendo su propietario el primer juez de paz y principal gestor de su fundación —, sino que encarna un tipo de espacialidad y racionalidad económica radicalmente distinta de la que predominaba en los años previos a la consolidación del modelo agroexportador.

Desde su misma disposición, Sol Argentino expresa un proyecto de control y optimización del espacio. El ingreso al predio está dominado por el escritorio: no es sólo una habitación, sino un símbolo del poder patriarcal y racionalizador del patrón sobre la tierra y las personas. Allí Roldán, incluso cuando residía en otras ciudades — Azul primero, Buenos Aires después — mantenía el control de la producción, delegando la ejecución, pero no la planificación ni la vigilancia. El "modelo estancia" se basa, como señala Marx al describir el pasaje del feudalismo al capitalismo rural, en la separación entre la propiedad y el trabajo, y en el establecimiento de jerarquías funcionales al capital: capataces, administradores, peones.

La estancia no es un hogar, como lo era el rancho criollo, sino una institución productiva. Está organizada en torno a tres avenidas, todas ellas con nombres cargados de sentido: Bartolomé Mitre (figura del liberalismo militar), Ignacio Rivas (apellido ligado a la elite, militar que participó en las guerras civiles, en la guerra del Paraguay y secundó a Bartolomé Mitre en la revolución de 1874) y 25 de Mayo (símbolo del origen nacional). Desde allí se accede a zonas con funciones específicas: la productiva (galpón de esquila, matera, casa del capataz), la agrícola (huerta, tambo), la residencial (casas de visita, comedor principal), e incluso la recreativa (laguna El Hunco). En esta disposición se revela el principio fundamental del espacio capitalista: segmentación, vigilancia y rendimiento.

La escala también es significativa. Con sus 13.000 hectáreas, Sol Argentino no sólo consolidó la concentración de la tierra — rasgo central del agro pampeano pos-Conquista del Desierto —, sino que posibilitó la aplicación de tecnologías específicas (crianza de razas laneras, instalaciones para esquila, mejoras habitacionales selectivas). La visita del general Bartolomé Mitre, quien pasó un mes en la estancia en 1898, consolida esa dimensión de centro del poder: la estancia no es solo un lugar de producción, sino también de representación simbólica y política de la elite terrateniente.

Contrasta fuertemente con esta espacialidad ordenada, elocuente y jerárquica la descripción que William Mac Cann hace, tan sólo unas décadas antes, de los paisanos de la campaña. En su capítulo VII, el viajero británico describe un paisaje humano y territorial donde la vida transcurre sin relojes ni planos, con escasa o nula intervención técnica, sin segmentación del tiempo ni especialización del espacio³⁷. Las chozas de barro y paja de los criollos pobres eran construcciones rudimentarias, funcionales a una vida basada en la movilidad, el autoconsumo y la repetición de rutinas mínimas. El rancho no era un lugar de acumulación ni de estrategia productiva, sino un refugio improvisado ante la intemperie. Los días, iguales entre sí, eran estructurados por el sol, el mate, el caballo y

el azar de la faena.

Mac Cann enfatiza que el paisano "no trabaja a pie", "no toma arado", "no cultiva", y "no cuenta el tiempo por horas, sino por días". Esta forma de vida nómada, "en un eterno mañana"³⁸, es incompatible con la lógica del capital, que requiere trabajadores asentados, tareas especializadas, valorización del tiempo y subordinación del cuerpo a ritmos exógenos. Allí donde el gaucho vive a caballo, cuidando ganado y comiendo lo que ofrece el entorno, el peón de la estancia debe cumplir jornadas, ser supervisado, generar productos vendibles (lana, carne, chacinados) y aceptar la disciplina del trabajo asalariado.

Disciplinamiento, control social y domesticación del paisaje

Si el paisano criollo descrito por William Mac Cann representa un sujeto relativamente autónomo, sin vinculación estable con el capital ni con el Estado, la estancia Sol Argentino cristaliza el proceso de transformación estructural que lo convierte en peón, en fuerza de trabajo regulada, asentada, vigilada y explotada. El cambio no es sólo físico, espacial o técnico: es una reorganización profunda de las relaciones sociales.

Para que la tierra cercada funcionara como capital no alcanzaba con delimitarla: era necesario producir una fuerza de trabajo disponible, estable y regular. El gaucho, habituado a desplazarse, alternar tareas y sostener saberes ligados a la pampa abierta, debía ser separado de las condiciones que permitían esa autonomía relativa. El alambrado restringió recorridos; las leyes contra la vagancia castigaron la vida sin patrón; el reloj, la planilla y la supervisión de la estancia reorganizaron el tiempo del trabajo.

Esta es la otra cara del cercamiento: no sólo encierra una parcela, sino que deja afuera a quienes antes hacían uso del territorio. La libertad jurídica del peón coexistió con una dependencia material creciente. Libre de vínculos serviles personales, pero también privado de tierra y de medios propios de subsistencia, quedó obligado a vender su fuerza de trabajo. La domesticación del paisaje y el disciplinamiento del gaucho fueron, por lo tanto, momentos de un mismo proceso histórico.

La separación respecto de los medios de producción no afectó únicamente la economía. También modificó el tiempo, el espacio, los vínculos comunitarios y las formas de autoridad. Una familia que conservaba tierra, herramientas y derechos de uso poseía cierto control sobre sus ritmos laborales. La proletarianización subordinó esos ritmos al tiempo abstracto del salario, la productividad y las necesidades de una producción destinada al mercado.

La jornada dejó de organizarse principalmente de acuerdo con las necesidades domésticas, las estaciones o las costumbres locales. El cercamiento territorial anticipó así otros cercamientos: la cerca delimitó el espacio; el reloj delimitó el tiempo; el contrato delimitó las obligaciones; la vigilancia delimitó los movimientos del cuerpo. La expropiación económica abrió el camino para una reorganización más amplia de la experiencia social.

El trabajador no sólo debía carecer de medios propios. También debía aceptar horarios, jerarquías, sanciones y criterios de rendimiento. La fuerza de trabajo pudo convertirse en mercancía regular cuando el cuerpo y el tiempo ingresaron de manera previsible en el proceso productivo. Por eso, el disciplinamiento no fue un complemento moral de la estancia capitalista: constituyó una de sus condiciones materiales.

La planilla salarial, el capataz, la división de tareas y la organización jerárquica de los espacios de Sol Argentino permiten observar esa transformación en objetos y prácticas concretas. Cada salario asignó un valor; cada puesto fijó una función; cada llave reguló un acceso; cada horario convirtió una porción de vida en tiempo de trabajo. La estancia produjo mercancías, pero también produjo hábitos, obediencias y diferencias sociales adecuadas al nuevo orden.

En el corazón del sistema, la figura del capataz: habitando cerca del sector productivo, con amplias comodidades, el capataz se convierte en el intermediario entre el patrón ausente y la peonada. No es casual que la casa del capataz esté contigua al galpón de esquila, espacio neurálgico del boom lanero. Allí, donde se crían razas selectas (Lincoln, Rambouillet), el trabajo se intensifica y se sistematiza, siguiendo lógicas exportadoras. El acto de esquilar, enfardar y preparar la lana para su venta se vuelve ritual repetido, ajeno a los tiempos naturales y profundamente alineado con las demandas del mercado mundial.

En este escenario, el espacio doméstico y el productivo se separan y jerarquizan, rompiendo con la fusión típica del rancho campesino, donde cocinar, dormir, trabajar y descansar ocurrían en el mismo entorno. La casa principal, donde se alojan visitantes ilustres como Mitre, está cuidadosamente preservada; tiene comedor formal, retratos, servicios de agua caliente, baño principal y huerta especializada. En cambio, el personal de servicio dispone de espacios menores, diferenciados, relegados a la funcionalidad mínima. Se consagra así una separación simbólica entre quienes producen y quienes mandan, entre los que habitan el país y quienes lo administran.



Ilustración 7 El lavabo de la estancia Sol Argentino encarna la transformación del espacio doméstico en un dispositivo de orden, jerarquía y confort, integrando higiene y previsión en la lógica de domesticación capitalista de la pampa. Pieza del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.

La experiencia del "día de baño" semanal, o el énfasis en los productos seleccionados (chacinados artesanales, verduras de semilla importada), muestra cómo la estancia también funciona como dispositivo de domesticación del paisaje. Allí donde Mac Cann observaba un campo sin árboles, sin pan, sin baños, sin aseo, sin más fuego que el que pudiera hacerse con grasa animal, la estancia instala confort, previsión y control. La naturaleza, desordenada y abundante, es aquí regulada, cultivada, procesada. El rancho, que se abastecía de la hospitalidad itinerante y de las bondades del entorno, es reemplazado por un espacio planificado, con infraestructura y jerarquía.

Leer la historia en los objetos

Toda cultura deja huellas. Algunas se inscriben en documentos, otras en relatos orales, y muchas, de forma silenciosa pero perdurable, en los objetos. Así como la tierra conserva las cicatrices del alambrado, las estancias resguardan, en sus piezas materiales, una memoria social que es tanto individual como colectiva. En el caso de la Estancia Sol Argentino, ese archivo se despliega en múltiples formas, pero pocas son tan elocuentes como el llavero histórico, el tintero, el sable y la vajilla para las comidas, piezas del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez³⁹.

Así como Ginzburg descifraba mentalidades a través de los libros prohibidos de un molinero del siglo XVI (*El queso y los gusanos*), la cultura material, leída con lupa, delata lo que los discursos oficiales ocultan: la microfísica del poder inscrita en los gestos más triviales⁴⁰. La cultura material debe ser entendida como un sistema simbólico que expresa, conserva y transmite los modos de vida de un grupo social. Los objetos, lejos de ser inertes o neutrales, forman parte del entramado cultural que define una época, una clase, una visión del mundo. Desde esta perspectiva, un llavero como el de la estancia Sol Argentino no es un simple instrumento para organizar accesos; es un artefacto de poder. Cada llave abre no sólo una puerta física, sino un espacio socialmente determinado, asignado con nombre propio según la función de quien lo habita: el mayoral, la cocinera, el mucamo, el patrón.

Siguiendo el método conjetural de Ginzburg, cada llave —etiquetada con nombres como "mayoral", "cocinera" o "patrón"— opera como un emblema que codifica roles, accesos y exclusiones. Estos pequeños objetos, aparentemente banales, son huellas materiales de un orden social que se naturaliza en lo cotidiano. Este orden no es aleatorio ni práctico: es ideológico. Jerarquiza no solo habitaciones, sino vidas, cuerpos, labores, posibilidades. Del mismo modo que el plano de la estancia divide funciones, el llavero reproduce y naturaliza la estructura social de la estancia capitalista pampeana. Un espacio para la familia, otro para los trabajadores, y otro para los servicios: así se modela también una visión del mundo, donde cada quien tiene "su lugar".

La mirada indiciaria que propone Ginzburg permite ampliar esta lectura. Para este autor, los objetos no son solo testimonios del pasado, sino formas condensadas de experiencia histórica, lenguajes que pueden y deben ser leídos. Su análisis no se limita al contenido material, sino que considera también el contexto social, la función simbólica, la carga afectiva. En este sentido, el llavero —junto con otros artefactos conservados en el museo— constituye un verdadero archivo alternativo, desde donde se puede reconstruir no solo el funcionamiento de una estancia, sino las relaciones de poder, género, trabajo y clase que la sostenían.

Este tipo de lectura se inscribe en una historia crítica: una historia que no se contenta con fechas fundacionales ni con biografías oficiales, sino que interroga los silencios, los márgenes, los objetos menores. La estancia ya no es solo un edificio; es un dispositivo. El llavero, un plano de dominación. El museo, una oportunidad de relectura. Leer la historia en los objetos es, por tanto, un acto político de interpretación, una forma de hacer visible lo que el relato hegemónico tiende a desdibujar: la materialidad de la desigualdad, la arquitectura del orden, la memoria de la exclusión.

En suma, los objetos que hoy pueblan las vitrinas del museo juarense, lejos de ser meros adornos o curiosidades del pasado, constituyen puertas abiertas hacia una lectura profunda de la historia local. Una historia donde el capital no solo se expresó en hectáreas, sino también en llaves, piezas, galpones y avenidas. Y donde el poder no solo se

impuso con leyes, sino también con cerrojos, jerarquías espaciales y memorias selectivas.



Ilustración 8 Llavero de la estancia Sol Argentino: artefacto de poder cotidiano que revela la microfísica disciplinaria del espacio doméstico. Cada llave —catalogada por función— codifica y reproduce roles sociales, accesos y jerarquías en un régimen de gobierno capilar, donde los mecanismos más sutiles operan como tecnologías eficaces de control. Pieza del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.

La preservación del llavero de Sol Argentino, cuidadosamente clasificado en tres categorías —"Piezas de familia", "Piezas de empleados" y "Dependencias de servicio"— constituye una evidencia concreta de lo que hemos definido como la separación simbólica y funcional del espacio en la estancia capitalista. Este llavero, convertido hoy en pieza museística, sintetiza visualmente una organización social basada en la desigualdad, la vigilancia y la segmentación del espacio. Es, en términos foucaultianos, una tecnología menor del poder, pero no por ello menos eficaz.

Cada número remite a una habitación, una función, una vida cotidiana diferenciada. En la sección A (Piezas de Familia), figuran estancias destinadas al ocio, la intimidad, la representación y la comodidad: la sala, el comedor, el cuarto de baño, la cocina (como espacio doméstico y no productivo), la biblioteca, la cochera. Es el espacio del patrón, del administrador del territorio, del anfitrión ilustrado que recibe a Mitre. Este primer grupo expresa la esfera del confort, del ocio burgués, del poder sin esfuerzo visible.

La sección B (Piezas de Empleados) incluye habitaciones que no solo están claramente numeradas, sino que también identifican roles específicos dentro del engranaje productivo: la cocinera, el mayoral, el capataz, el mozo, el mucamo, el peón. Cada pieza no es sólo un lugar físico, sino una función laboral, una identidad subordinada, una vida

encuadrada. El hecho de que los empleados estén alojados cerca del trabajo y sus llaves figuren como categoría intermedia entre la familia y las dependencias refuerza su rol de engranaje funcional entre el patrón y la maquinaria productiva.

Por último, la sección C (Dependencias de Servicio), que incluye la despensa, la fiambrería, el galpón de frutos, el galpón de esquila, el taller de útiles, la herrería y hasta la carpintería y el palomar, señala los espacios materiales donde el trabajo se realiza, la materia prima se transforma, el cuerpo se esfuerza. Es el espacio del capital fijo y del capital variable. El hecho de que estas llaves estén clasificadas y centralizadas en el mismo panel sugiere no sólo control sobre el acceso, sino una gestión centralizada del movimiento, de las funciones y de los cuerpos.

Este llavero, entonces, opera como una cartografía jerárquica del poder doméstico y productivo. A diferencia del rancho criollo —donde el dormir, cocinar, trabajar y descansar se daban en un mismo ámbito, sin distinción precisa entre funciones—, la estancia de Roldán jerarquiza, separa, nombra y clausura el espacio, delimitando claramente quién puede ingresar a dónde y para qué. Las llaves no abren habitaciones: regulan el acceso a roles, a jerarquías, a formas de vida.

En esta estructura, el patrón tiene acceso a todas las puertas, pero sus propias piezas están protegidas. El empleado accede solo a su cuarto, a su función, a su dependencia. El peón no accede al comedor principal ni al baño con agua caliente. Esta diferenciación física se vuelve social, y la repetición cotidiana naturaliza esa segmentación, como si el orden espacial no fuera una construcción histórica sino una necesidad funcional.

Así, el llavero no es una simple herramienta de organización: es una representación material del orden estamental impuesto por el capitalismo rural bonaerense, con su frontera visible entre los que mandan y los que obedecen, entre los que descansan y los que trabajan, entre los que administran el tiempo y los que lo sufren.

Escritura, poder y territorialidad: el escritorio como centro de mando

Entre los objetos conservados por el museo de Benito Juárez que nos permite leer la historia se encuentran los tinteros, frascos, sellos, plumas y recipientes de vidrio que conformaban el conjunto de escritura utilizado por Mariano Roldán. Estas piezas, de apariencia modesta, resultan fundamentales para comprender el funcionamiento simbólico y operativo de la estancia Sol Argentino como núcleo de poder territorial. Si el llavero organizaba el acceso físico a los espacios, el tintero organizaba el acceso al lenguaje del poder: la ley, la orden, el reclamo, el decreto.



Ilustración 9 Tintero y sellos de Mariano Roldán. La palabra se convertía en orden y la letra en ley: el escritorio como núcleo de mando donde la escritura organizaba el territorio, administraba cuerpos y fijaba límites en la estancia capitalista pampeana. Piezas del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.

En el universo estatal decimonónico, escribir era gobernar. Roldán no era simplemente un estanciero productivo; era juez de paz, administrador local, interlocutor político. Desde el escritorio de su estancia redactó cartas dirigidas a figuras centrales del liberalismo bonaerense como Dardo Rocha, Adolfo Alsina, Antonio Cambaceres, entre otros. Desde allí gestionó la creación del partido, organizó pedidos de armamento, resolvió conflictos rurales y elevó informes al poder central. En este contexto, el tintero no es un objeto decorativo ni un instrumento burocrático menor: es una herramienta de gobierno.

La presencia del tintero, junto con otros elementos de escritorio, debe leerse como símbolo de la palabra institucionalizada, es decir, del pasaje de la oralidad rural dispersa a la escritura reguladora del Estado liberal. No es casual que este proceso se diera simultáneamente con la expropiación de tierras indígenas, la conversión del gaucho en peón y la organización de los partidos como unidades político-administrativas. La letra escrita fija, codifica, delimita y ordena. La palabra del patrón-juez se convierte en documento, y el documento en ley.

La cultura material aquí nos muestra, una vez más, el entrelazamiento entre propiedad y representación, entre espacio y discurso. Así como el galpón de esquila estructuraba el trabajo físico, el escritorio de Roldán —con sus tinteros, plumas y sellos— estructuraba el trabajo simbólico. Desde allí se delineaban límites, se distribuían roles, se fundaba autoridad. El objeto no sólo permite escribir: permite hacer que algo sea, jurídicamente y

socialmente, a través del acto de escribirlo.

La teoría de Carlo Ginzburg sobre cultura y memoria se vuelve nuevamente pertinente. Estos objetos, leídos en su contexto, no sólo remiten a un pasado administrativo: son huellas vivas del modo en que se construyó el poder local. No eran herramientas cualquiera, sino instrumentos de inscripción del orden, que a su vez produjeron exclusiones, silenciamientos y jerarquías. El tintero no sirve solo para redactar: sirve para excluir, legitimar, castigar o garantizar.

Integrar estos elementos al relato histórico no implica embellecerlo con detalles, sino restituir el espesor simbólico y político de la cultura material. Frente al imaginario romántico de la estancia como espacio noble de progreso, estos objetos revelan la densidad del poder que allí se ejercía, en sus formas más visibles y más sutiles. Leer el pasado en estos artefactos es, entonces, un ejercicio crítico: implica desnaturalizar lo heredado, interrogar lo conservado y resignificar lo que hoy se exhibe tras una vitrina.

El sable y la forma armada del orden

A diferencia del tintero o el llavero —ligados al orden administrativo y doméstico—, el sable ceremonial que conforma el patrimonio histórico de la estancia Sol Argentino, hoy preservado por el museo municipal, introduce la dimensión militar del poder y remite a la genealogía bélica del Estado liberal, así como a la figura del fundador no solo como juez o estanciero, sino también como combatiente y agente armado del orden territorial.

La pieza, finamente trabajada, conserva una empuñadura ornamentada y restos de una dragona de hilo trenzado, indicios tanto de su posible uso funcional como de su carácter simbólico. Según la documentación que obra en el museo, este sable fue un obsequio del general Ignacio Rivas a Mariano Roldán. Este dato agrega otra capa de lectura: el sable no es simplemente un arma o una reliquia, sino una condensación material de vínculos políticos, de una biografía compartida y de un momento en que las redes personales y las lealtades políticas se trenzaban con la violencia fundacional del Estado.

Ignacio Rivas había combatido en la Guerra del Paraguay y participado, junto a Bartolomé Mitre, del levantamiento de 1874, inscribiéndose en las guerras civiles que dieron forma al Estado argentino. Roldán, enrolado en las filas unitarias a los 19 años, había participado del sitio de Buenos Aires en 1853 como segundo jefe y secretario de comandante de los cantones porteños. Ese conflicto, lejos de ser una anécdota personal, lo inscribía en la guerra civil que dio origen al Estado moderno argentino y lo vinculaba directamente con figuras como Mitre, con quien forjaría una amistad y afinidad política duraderas. El regalo de Rivas a Roldán simboliza la continuidad de esas alianzas y el entramado de lealtades y violencias sobre las que se constituyó el orden liberal en la provincia.

La carta que Raymundo Roldán escribió a Mariano el 21 de septiembre de 1866, analizada en el capítulo XVI, permite precisar esa relación. Raymundo afirma que visitó a Rivas en Corrientes y en Paso de la Patria, que le escribió para recomendarle a su socio y que el militar se mostró solícito en recordar a Mariano. La carta prueba, por lo tanto, que el vínculo entre Rivas y los Roldán existía durante la Guerra del Paraguay. No demuestra que el sable se originara en aquellos encuentros ni permite fechar el obsequio en 1866; sí devuelve al objeto una trama de relaciones personales, comerciales y políticas anterior al levantamiento de 1874.⁴¹

Aunque no sabemos con certeza si este sable fue utilizado en combate o si cumplió una función de representación, su presencia convoca una dimensión fundacional de la estancia y del partido: la violencia que participó en la ocupación del espacio y en la formación del Estado liberal. El sable remite a un tiempo en el cual el poder estatal todavía se afirmaba mediante guerras, levantamientos y campañas de frontera. A diferencia del escritorio o del galpón de esquila, el sable no organiza ni produce: impone. Representa la capacidad de decidir sobre cuerpos y territorios mediante la fuerza. También recuerda la advertencia de Walter Benjamin: todo documento de cultura es, al mismo tiempo, un documento de barbarie.⁴²

Al pasar de los cantones porteños al despacho en Sol Argentino, Roldán transita de la guerra a la administración, del combate a la escritura, pero ese paso no elimina la violencia: simplemente la transforma y la formaliza. El poder de la estancia se asienta tanto en la pluma como en la espada, tanto en el tintero como en el sable. Ambos objetos coexisten en el museo y en la historia: uno traza la frontera simbólica, el otro la protege o la impone.

La exhibición del sable en el presente, bajo una vitrina azul, nos habla también del modo en que la memoria social elige conservar, encuadrar, estetizar o neutralizar ciertos símbolos del poder. Recuperar su significado en el contexto de esta historia crítica no implica celebrarlo, sino leerlo como parte del archivo material que narra el orden armado del capitalismo rural bonaerense.



Ilustración 10 Sable obsequiado por el general Ignacio Rivas a Mariano Roldán. Más que un objeto, una trama de lealtades políticas, violencias fundadoras y redes de poder que inscriben al Partido en la historia armada del Estado liberal argentino. Pieza del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.

Leer el poder en la trama: el poncho, el traje y la política del vestir

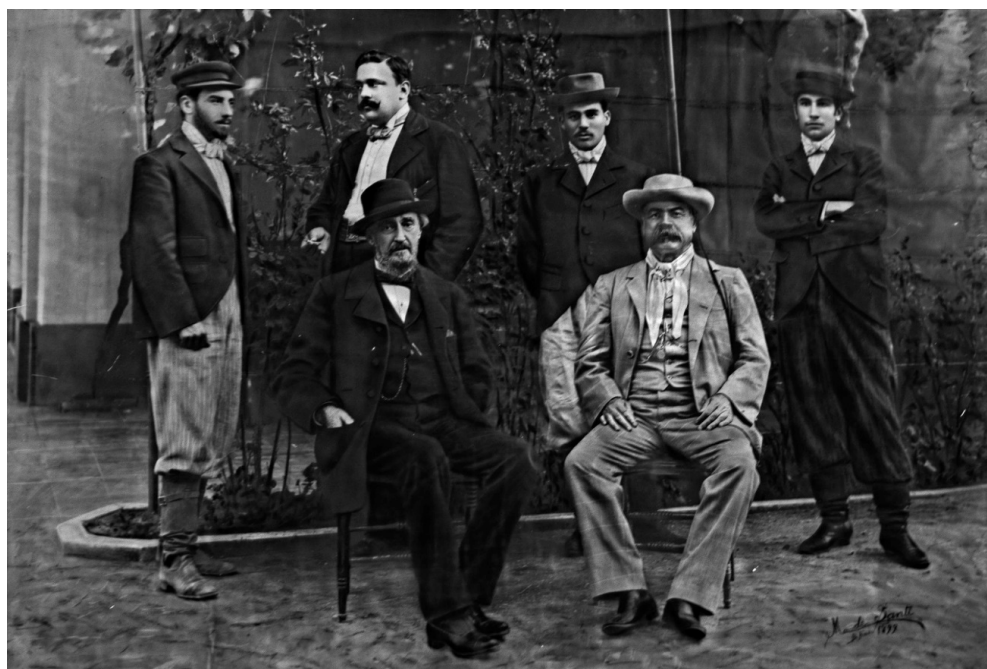


Ilustración 11 En el año 1898 visitó la estancia Sol Argentino, el ex Presidente Bartolomé Mitre, recibido por el fundador de nuestro partido, Mariano Roldán. Foto: Miguel De Santi

La fotografía tomada en la estancia Sol Argentino muestra a Mariano Roldán sentado junto a Bartolomé Mitre, rodeado de jóvenes vestidos de etiqueta, probablemente familiares o allegados políticos. Es una puesta en escena cuidadosamente orquestada. Roldán no aparece como paisano ni como capataz, sino como miembro de una elite ilustrada: traje claro, chaleco, pañuelo de seda, sombrero al tono. Nada hay en su indumentaria que lo vincule a las formas tradicionales del vestir rural. La foto, como toda imagen pública, produce un mensaje: este es un hombre civilizado, moderno, confiable, republicano. Su cuerpo no desentona junto al de Mitre; al contrario, lo legitima.

Sin embargo, el museo que conserva la memoria material de Roldán guarda, entre otros objetos, un poncho. Lo que la foto no muestra, el poncho lo evoca. No solo por lo que fue, sino por lo que dejó de ser. En este contraste visual —poncho frente a traje— se condensa una transformación profunda del orden social: el disciplinamiento del cuerpo y de la identidad a través de las formas del vestir.



Ilustración 12 Poncho conservado en el museo local de Benito Juárez. Prenda de trabajo, abrigo y símbolo, este poncho evoca la pampa heterogénea desplazada por la 'civilización del traje'. Más que un resto textil, es un archivo de memorias silenciadas en la historia del orden capitalista rural. Pieza del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.

Como plantea Camilo Retana en su análisis sobre el poder disciplinario del vestido, la vestimenta no es un mero adorno, sino una tecnología de ordenamiento social⁴³. El uso del traje implicaba no solo una elección estética, sino una toma de posición política y cultural. En un contexto en el que el Estado nacional intentaba "blanquear" y "europeizar" la figura del gaucho, el uso del poncho se asociaba cada vez más al atraso, la barbarie o la amenaza del desorden rural. A la inversa, el traje representaba una adecuación al ideal civilizatorio que se buscaba consolidar: sobriedad, racionalidad, higiene, modernidad. Como dice Retana, "las ropas civilizan los cuerpos; los someten a una narrativa visual de obediencia".

El poncho, en tanto, cargaba otras memorias. Era abrigo y refugio, prenda de trabajo y de combate, escudo y mortaja. Había sido parte del vestuario habitual del gaucho, del peón rural, del baqueano. Su uso en la pampa no respondía a criterios estéticos, sino de funcionalidad y supervivencia. Pero también era símbolo: de la vida nómada, de la resistencia indígena, del criollo no integrado al orden estatal. En el poema de Hernández, Fierro viste poncho; en las campañas militares, lo llevan tanto unitarios como federales; en la cotidianeidad de la estancia, era la prenda que unía a capataces, peones y puesteros.

Carlo Ginzburg nos propone "leer la historia en los objetos" no como un complemento visual de los grandes relatos, sino como un punto de partida para comprender cómo se vive, se imagina y se disputa el poder en lo cotidiano⁴⁴. En ese sentido, el poncho no es

una reliquia del pasado, sino un archivo de memorias silenciadas: la del gaucho desplazado, la del peón marginado, la de la pampa heterogénea que fue reducida a una retícula de orden productivo.

La fotografía de Roldán, en contraste, testimonia una voluntad de integración al nuevo régimen. Su cuerpo vestido de traje —como el de Mitre, como el de los jóvenes del fondo— no es solo un cuerpo individual: es un cuerpo codificado para representar un tipo de masculinidad, de liderazgo, de pertenencia. En esta escena no hay caballos ni alpargatas, ni cuchillos ni ponchos. Hay zapatos lustrados, moños, bastones y posturas correctas. Es una coreografía visual del orden burgués.

Podemos leer aquí lo que Michel Foucault llamó una "microfísica del poder": la forma en que el poder opera no solo desde arriba, mediante leyes e instituciones, sino también desde abajo, en los gestos, en los objetos, en las formas de estar, de vestir, de mirar⁴⁵. El poncho plegado, conservado, aislado en una vitrina, ya no abriga ni nombra: está allí como testimonio de lo que fue desplazado.

El traje, en cambio, aún se proyecta: en los códigos de vestimenta, en los modos de representación pública, en las reglas tácitas del buen gusto. El tránsito del poncho al traje, entonces, no fue neutro. Fue parte de un proceso mayor de reconfiguración del espacio rural argentino, que implicó también el alambrado, el despojo, la disciplina del trabajo, la escolarización obligatoria, el reemplazo del rancho por la estancia racional.

En ese marco, la imagen de Roldán y el poncho se convierten en dispositivos pedagógicos. No para exhibir un pasado muerto, sino para interrogar un presente naturalizado. ¿Qué cuerpos quedan por fuera de la escena oficial? ¿Qué saberes fueron excluidos junto con las ropas? ¿Qué relatos aún podemos hilvanar a partir de las tramas que la historia dominante quiso destejer?

El plato del patrón: poder, estética y domesticación del comedor estanciero

El plato de losa con el sello de la Estancia Sol Argentino y el nombre de Mariano Roldán ofrece una de las más potentes manifestaciones de la dimensión simbólica de la cultura material en el ámbito rural bonaerense del siglo XIX. En este objeto cotidiano y aparentemente neutro, se concentran significaciones densas sobre propiedad, domesticidad, jerarquía, prestigio y civilización.



Ilustración 13 Plato de loza con el sello de la estancia Sol Argentino y el nombre de Mariano Roldán. Este objeto cotidiano se convierte en marca de propiedad y disciplina, inscribiendo en cada comida la jerarquía del orden estanciero y la pedagogía del autocontrol en la pampa liberal del siglo XIX. Pieza del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.

El plato no es sólo un utensilio. Es una marca. Su inscripción transforma el acto de comer en una declaración de pertenencia y dominio. En él se inscriben dos afirmaciones simultáneas: la pertenencia del plato a la estancia, y la identificación de la estancia con el nombre de su fundador. Se come, literalmente, bajo el signo del patrón. El comensal, sea visitante o miembro de la familia, reproduce con cada comida un ritual de jerarquización simbólica. El plato es, en este sentido, una miniatura del orden estanciero.

En la lógica de la estancia moderna, el comedor ya no es una extensión del fogón, sino un espacio cuidadosamente diseñado, con vajilla, mobiliario, normas de etiqueta y separación de funciones. En la arquitectura del Sol Argentino, el comedor principal aparece como un ámbito central de sociabilidad política y familiar, donde Roldán y Mitre compartían almuerzos, cenas y conversaciones de Estado. La vajilla, el retrato, la disposición espacial, el servicio: todo configura una escena de autoridad y buen gusto, legitimada por su estética.

Aquí es donde el contraste con el mundo rural de Mac Cann cobra fuerza. En el Capítulo IV de su Viaje a caballo⁴⁶, el viajero británico señala con agudeza que el tenedor es el verdadero índice del progreso en las costumbres. Al hacer noche en un rancho, Mac Cann observa:

"Hay aquí otro índice de civilización, acaso más evidente, y es el tenedor. El tenedor no se usa jamás entre las clases pobres, y, en realidad, creo que no se usa porque exigiría la adopción de otros hábitos domésticos que resultarían fastidiosos: un cuchillo y un tenedor requieren un plato, el plato requiere una mesa. Sentarse en el suelo con un plato resultaría inconveniente y ridículo. Una mesa, pide, a la vez, una silla y así las consecuencias del uso del tenedor, importarían una completa revolución en las costumbres domésticas."

Su razonamiento es brillante: el tenedor exige plato, el plato exige mesa, la mesa exige silla, y todo ello implica una revolución doméstica que separa el comer del suelo, de la improvisación, del cuerpo inmediato. Lo que Mac Cann está describiendo —sin llamarlo así— es un proceso civilizatorio: la transformación del comer en un ritual regulado, mediado, contenido.

El plato de Roldán, con su sello y su diseño, no sólo contiene los alimentos: contiene el cuerpo, las emociones, los gestos. No hay aquí espacio para el gaucho que come con la mano un cacho de carne al pie del fogón. Hay cubiertos, hay mantel, hay formas. El cuerpo debe estar recto, los modales controlados, las porciones medidas. Lo que se impone no es sólo una estética, sino una pedagogía del autocontrol.

Lo que William Mac Cann observaba con asombro en la ausencia de tenedores en la campaña argentina —esa crudeza del acto de comer "a la barbarie" como signo de atraso civilizatorio—, Norbert Elias lo transforma en categoría teórica. En su monumental obra *El proceso de civilización*⁴⁷, Elias estudia cómo, desde la Edad Media en adelante, las clases dominantes europeas fueron desarrollando formas progresivas de autocontrol corporal, emocional y gestual, ligadas a la consolidación de una estructura social más compleja, interdependiente y jerarquizada.

El plato de porcelana —como el tenedor, la servilleta o la silla— no es un simple utensilio, sino una tecnología de la conducta, un dispositivo para contener el cuerpo, ordenar el espacio y sujetar los impulsos. Elias muestra cómo la mesa se convierte en el escenario central de ese proceso: no solo se come, se escenifica el dominio de uno sobre sí mismo, se distingue al "civilizado" del "vulgar", al señor del sirviente, al europeo del bárbaro. Es en ese marco donde debemos leer el plato de la Estancia Sol Argentino: no como una pieza de vajilla, sino como una superficie sobre la que se proyectan siglos de disciplina del cuerpo y del gusto.

Este patrón de comportamiento —propio de la aristocracia cortesana europea— es transplantado al campo argentino por las elites terratenientes liberales del siglo XIX, que se ven a sí mismas como herederas del proyecto civilizador. En la estancia de Roldán no se

come en el suelo, ni con la mano, ni en ronda, ni en comunidad. Se come en plato individual, con cubiertos, en comedor segmentado, con jerarquía espacial. El patrón y sus visitas —Mitre incluido— reproducen ese ritual civilizatorio que naturaliza la desigualdad como forma de buen gusto.

En este sentido, el plato con la inscripción de la estancia y el nombre del patrón no solo organiza el espacio físico de la comida, sino también el espacio simbólico de la autoridad. El nombre impreso recuerda a cada comensal —incluso a los niños de la familia— que el acto de comer no es sólo una necesidad fisiológica: es cultura, es identidad, es clase. Y también es propiedad. El plato dice: "esto es mío", "esto representa una casa", "aquí se come según normas".

A diferencia del gaucho de Mac Cann, que come lo que encuentra, cuando puede, donde puede, el habitante de la estancia come según horarios, porciones, protocolos. Se trata, diría Elías, de una creciente regulación de la vida cotidiana, donde la espontaneidad da lugar a la previsibilidad, y el cuerpo salvaje es sustituido por un cuerpo sujeto, higienizado, estetizado.

La cultura material, entonces, nos revela que el poder no solo se ejerce con sables o decretos, sino en el modo de servirse una comida, en cómo se toma la cuchara, en cuándo se calla para dejar hablar al patrón. El plato no es solo huella del pasado: es espejo de un orden social, archivo de un proyecto político, síntoma de una pedagogía del control. En el museo, tras el vidrio, puede parecer inofensivo. Pero leído en contexto, como propusimos aquí, se vuelve clave para entender cómo se forjaron las subjetividades obedientes, moderadas y jerárquicas del mundo estanciero.

Sol Argentino, como ya hemos dicho, no es una estancia más: es un nodo del poder estatal y económico, una instancia de control del espacio, del cuerpo y del tiempo. Y en esa lógica, el llavero es una miniatura del todo. Podría incluso decirse que es el archivo espacial de la estancia, el índice material del mundo que Roldán fundó.

Esta transformación no es sólo material: es política. En el modelo criollo previo, Mac Cann detecta una ausencia de clase media, una sociedad escindida entre grandes propietarios y peones. En la estancia, ese patrón se reproduce, pero ahora bajo una forma más sistemática. La clase terrateniente se vincula al Estado, lo representa (como lo hizo Roldán al ser juez de paz), construye una territorialidad propia y fija en el espacio las relaciones de dominación. Sol Argentino no es un campo cualquiera: es un centro logístico, un nodo de poder, una pieza del engranaje estatal en el sur del Salado.

Esta nueva territorialidad no surge sin conflicto. El gaucho, como el indio, es un obstáculo a domesticar o eliminar. Mientras la Conquista del Desierto define la avanzada militar sobre los pueblos originarios, la estancia modela la avanzada económica y cultural sobre las formas populares de habitar el espacio. El paisano criollo, con sus hábitos morosos, su desdén por la acumulación, su sentido comunitario, es antitético al capitalismo. Es por

eso que debe ser reemplazado por el peón asalariado, vigilado por el capataz, alojado en cuartos funcionales, y controlado por la racionalidad del patrón, ausente pero omnipresente.



Ilustración 14 Jean Pierre Léon Pallière, *Idilio criollo* (c. 1860). Una escena de la pampa abierta donde el comer se vive sin mesa ni plato, sin horarios ni protocolo: el cuerpo en contacto con la tierra, la comida compartida, la intimidad sin jerarquías. Este idilio contrasta con la lógica de la estancia moderna, donde la vajilla, la mesa y el comedor segmentado instauran la pedagogía del autocontrol y la jerarquía del orden estanciero.

La estancia Sol Argentino, entonces, es mucho más que un establecimiento rural. Es una estructura de poder que modela el espacio, disciplina cuerpos, organiza el tiempo y naturaliza la desigualdad. Frente al mundo abierto, incierto y horizontal del gaucho de Mac Cann, se levanta el mundo cerrado, jerárquico y vertical de Roldán. No es un pasaje evolutivo: es una conquista social, una reconfiguración histórica del territorio en función de la lógica del capital.

Interrogar el orden, escuchar sus márgenes

Al cerrar estas páginas, no buscamos consagrar un modelo, sino abrir la posibilidad de pensar en sus tensiones no resueltas. La estancia aún nos habla, no solo por lo que conserva, sino por lo que omite: ¿qué tipo de subjetividad se produjo bajo ese orden? ¿Qué memorias o estéticas fueron expulsadas en el tránsito de la vida nómada a la estancia disciplinada? ¿Qué otras formas de habitar, de trabajar o de compartir fueron silenciadas bajo la lógica del capital? Su arquitectura, sus objetos, sus nombres inscritos, sus habitaciones divididas, nos siguen preguntando: ¿quién manda? ¿Quién sirve? ¿Quién recuerda? ¿Y quién no tiene ni voz ni plato en la mesa?

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Qué cambia en nuestra comprensión de la estancia cuando un llavero, un sable, un poncho o un plato dejan de ser curiosidades del pasado y se leen como huellas de relaciones sociales?
- 02** ¿Qué cuerpos, prácticas y sensibilidades quedaron desplazados por el orden doméstico, productivo y cultural que los objetos de Sol Argentino ayudaron a construir?

Notas

37. (Op. cit. Cap. VII)

38. (Op. cit. Cap. VII)

39. El Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez, creado por la Ordenanza Municipal 4767/2013, también conocido como Museo Municipal Mariano Roldán, se dedica a la preservación, conservación y difusión del patrimonio cultural y natural del partido de Benito Juárez. Funciona bajo la dependencia de la Dirección Municipal de Cultura.

40. Ginzburg explica cómo el paradigma indicial se originó en el rastreo cinegético y se extendió a la medicina, la historia del arte y el psicoanálisis, resaltando que detalles aparentemente insignificantes (una oreja, un lóbulo, una mancha) permiten inferir realidades más complejas. Esto habilita el trabajo con objetos materiales (fotos, objetos de la vida cotidiana, imágenes, documentos) para inferir significados históricos o sociales. El autor menciona que el paradigma indicial se basa en rastrear huellas mínimas (un plato, un tanque de agua) para reconstruir historias. Esto ofrece una puerta para actividades de exploración del entorno rural o urbano: Releva objetos en el área urbana (construcciones, herrajes antiguos, placas en casas, señalizaciones ferroviarias) para inferir cambios en el espacio urbano. Analizar marcas de uso en

herramientas o en utensilios antiguos conservados en el ámbito rural para reflexionar sobre oficios y la distribución social del trabajo. (Ginzburg, Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia, 2008, págs. 144-157)

41. Santa Cruz, Fernando Saúl, Historia de mi pago chico, Buenos Aires, Dunken, 2017, págs. 41-46. Carta de Raymundo Roldán a Mariano Roldán, Corrientes, 21 de septiembre de 1866.
42. Benjamin, 2009, Tesis VII, pág. 50. La tesis no identifica cultura y barbarie como términos excluyentes. Benjamin sostiene que todo documento de cultura participa, al mismo tiempo, de la barbarie y de una transmisión histórica que tampoco permanece libre de ella. El sable, por ejemplo, puede ser valorado como símbolo de identidad, de coraje o de pertenencia a una élite. Pero Benjamin nos obliga a preguntarnos a costa de quién fue posible esa construcción cultural: ¿quiénes fueron silenciados o desposeídos en nombre de ese orden? Lo mismo podríamos aplicar al llavero, al tintero, a la vajilla o a la imagen de Roldán junto a Mitre: objetos cargados de autoridad que solo se vuelven legibles en toda su densidad si los miramos desde los márgenes de la historia.
43. (Retana, 2014)
44. Carlo Ginzburg, en El hilo y las huellas, destaca la importancia de los restos materiales como fuentes legítimas para la investigación histórica. Señala que, desde el siglo XVI, la historiografía comenzó a incorporar inscripciones, monedas, medallas, edificios y otros vestigios materiales como elementos capaces de testimoniar el pasado, superando la dependencia exclusiva del relato textual y del testimonio ocular. Esta incorporación de la cultura material a la práctica historiográfica no implicó un abandono de la narración, sino la conformación de un método que combina análisis de rastros materiales con interpretación crítica, permitiendo interrogar tensiones, exclusiones y silencios de las fuentes escritas (Ginzburg, El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio, 2010, págs. 19-54). En este sentido, leer la historia en los objetos de la estancia Sol Argentino se inscribe en esta tradición que reconoce a la cultura material como archivo alternativo, capaz de iluminar las lógicas de poder, las jerarquías y las transformaciones del espacio en la provincia de Buenos Aires. Siguiendo a Ginzburg, los objetos no solo constituyen testigos mudos del pasado, sino huellas materiales que abren interrogantes y permiten construir interpretaciones críticas sobre las formas de vida, los procesos de domesticación y las violencias fundacionales que configuraron la identidad bonaerense.
45. (Foucault, Microfísica del poder, 1979, págs. 103-111)
46. (Op. cit. Cap. IV)
47. (Elias, 1987, pág. 129 Capítulo segundo. IV La compostura en la mesa)

La estancia como forma de organización capitalista temprana

Trabajo, cooperación y jerarquía

Trabajo, cooperación y jerarquía

Samuel Amaral discute con eficacia la idea de que las estancias del siglo XIX representaban una forma "precaria" o "precapitalista" de organización económica⁴⁸. Por el contrario, su análisis muestra que las estancias fueron firmas agropecuarias modernas, adaptadas a los cambios en la demanda externa, capaces de coordinar recursos, asumir riesgos y reproducir capital en un marco institucional inestable.

Amaral rechaza tanto la visión nostálgica que celebraba la estancia como emblema nacional, como aquella que la presentaba como expresión de un latifundismo estéril o improductivo. En cambio, propone verla como núcleo funcional del capitalismo rioplatense, basado en:

- el ajuste productivo a estímulos del mercado internacional (lana, cueros, carnes),
- una organización jerárquica del trabajo, y
- la racionalización creciente del espacio rural.

La esquila, la oveja y la lógica del capital: el ciclo lanar como transformación del espacio y del trabajo

El crecimiento de la estancia Sol Argentino durante las décadas finales del siglo XIX no puede comprenderse en toda su densidad sin referirnos al fenómeno más decisivo de la economía agraria bonaerense del período: el auge del ciclo lanar. Esta fase expansiva de la ganadería ovina — que desplazó temporalmente a la vacuna y transformó las estructuras sociales, productivas y territoriales de la provincia — encuentra en estancias como Sol Argentino su expresión más contundente y paradigmática.

Cuando se menciona que la estancia contaba con más de 30.000 ovejas de razas Lincoln y Rambouillet, no se está aludiendo meramente a una cifra productiva: se está dando cuenta de una mutación estructural en la lógica de la producción agropecuaria pampeana.

Frente a la escasa tecnificación y a la producción extensiva del ganado criollo de comienzos de siglo, el desarrollo del lanar implicó una inversión decidida en genética, infraestructura, trabajo calificado y planificación a gran escala. En términos marxistas, se trata de un momento avanzado de la subsunción real del trabajo al capital, donde no solo los productos, sino los cuerpos, los tiempos y los espacios son reorganizados en función del rendimiento económico.

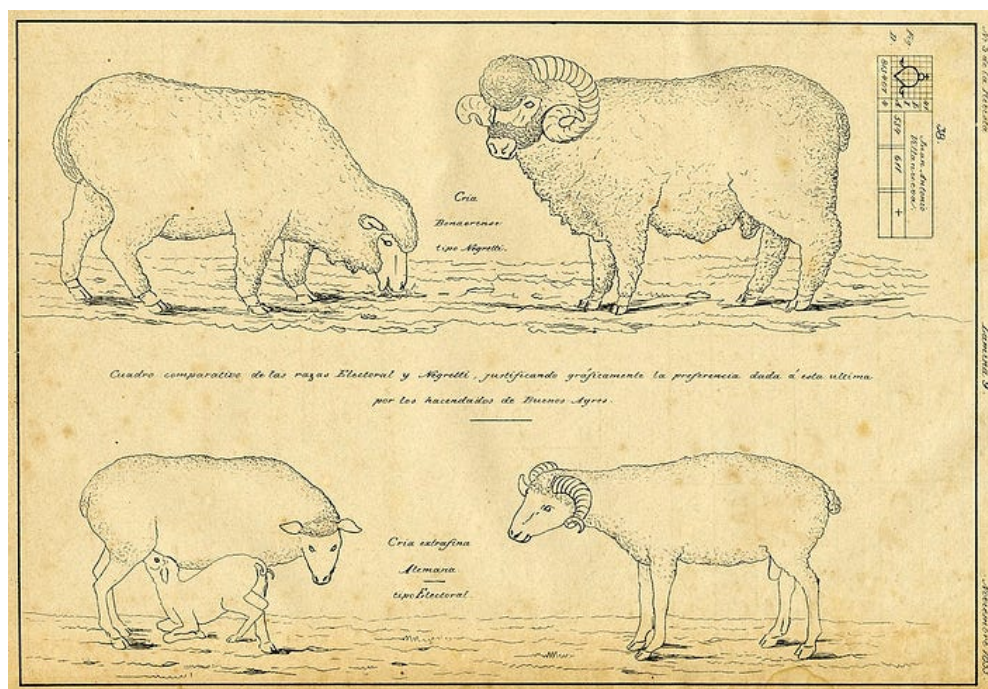


Ilustración 15 El ciclo lanar. 'Tipos de ovejas de la campaña bonaerense'. Revista del Plata, noviembre de 1853.

La esquila, como práctica concentrada y periódica, exigía una organización productiva nueva. El galpón de Sol Argentino, por su tamaño y equipamiento, constituía una unidad fabril rural, en la que se procesaban diariamente miles de kilos de lana. La faena implicaba tareas previas (reunión de majadas, clasificación por lotes), acciones técnicas específicas (esquila, limpieza, selección, atado) y etapas logísticas posteriores (acopio, empaquetado, transporte). Tal complejidad dio lugar al surgimiento de una división del trabajo que no existía en el universo del paisano tradicional. Mujeres, niños, peones y técnicos extranjeros ocupaban puestos diferenciados: el campo se volvía una fábrica horizontal, donde cada quien tenía una función específica dentro de una cadena productiva más amplia.

Este nivel de organización productiva resulta impensable en el mundo gaucho que retrata William Mac Cann. Aquel paisano "moroso", que "rehúye todo trabajo cuyo éxito dependa del transcurso del tiempo", que "vive a caballo" y que "no cultiva, no arrea ni esquila salvo por necesidad inmediata", es, para el capital, un sujeto improductivo⁴⁹. La lógica lanar, por el contrario, exige sujetos disponibles, disciplinados, insertos en un régimen de tareas

regulares y rendimiento medible. El gaucho es reemplazado por el peón. El pastoreo autónomo da paso al cuidado intensivo. El rodeo abierto cede ante el corral segmentado. El tiempo circular del campo se convierte en tiempo lineal del capital.

Además, este ciclo lanar se inserta plenamente en el mercado mundial. A diferencia de las formas de vida autosuficientes o semi-cerradas de los paisanos preexistentes, los productos de la estancia — especialmente la lana — no están destinados al consumo local sino a una red de exportación global, con epicentro en los mercados textiles europeos. En la década de 1860, los envíos de lana representaban casi el 50% del total de las exportaciones argentinas, y Bélgica y Francia eran los principales compradores. Sol Argentino, por su tamaño, especialización y capital invertido, no era una excepción sino una pieza clave de este engranaje internacional de acumulación.

Esta dimensión internacional refuerza la transformación territorial. Ya no se trata de una estancia ubicada en el "interior" o la "frontera" en sentido estricto, sino de un territorio integrado a las lógicas del capital global. La laguna El Hunco, las avenidas internas, las rutas hacia Azul, los caminos hacia los puertos de embarque: todo el entorno se reconfigura en función de la movilidad del producto y la eficiencia de la extracción. El territorio ya no es un lugar, sino un dispositivo de valorización.

División del trabajo, jerarquías y valorización capitalista en la estancia Sol Argentino (1910)

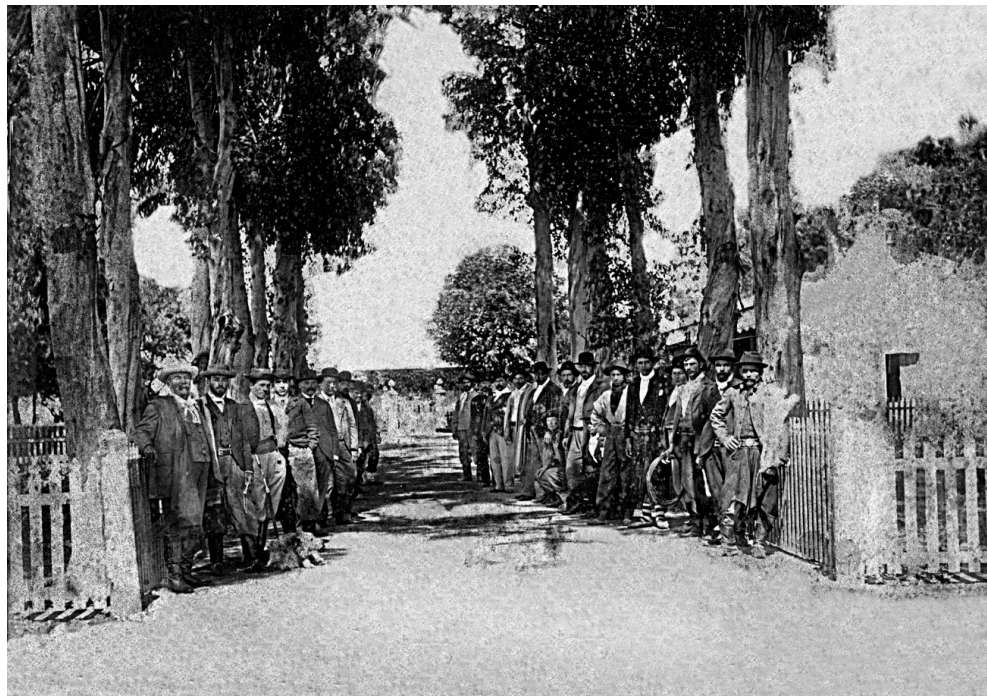


Ilustración 16 Los peones de la estancia Sol Argentino, registrados en la planilla de sueldos de 1910, reflejan la jerarquía y la segmentación del trabajo rural bajo el capitalismo, donde cada cuerpo, cada tarea y cada salario ordenan el espacio productivo y naturalizan la desigualdad.

Una planilla de sueldos correspondiente al mes de septiembre de 1910, hallada entre los registros administrativos de la estancia Sol Argentino, permite acceder a una radiografía detallada de las relaciones laborales que organizaban el mundo rural bonaerense en los albores del siglo XX⁵⁰. Si bien esta información se encuentra ya fuera del período fundacional estricto del Partido de Benito Juárez, no cabe duda de que constituye una prolongación estructural del orden social instituido en la etapa de la acumulación originaria, y de sus dispositivos jurídicos y materiales. Esta continuidad refuerza la hipótesis de que la estancia no fue una forma transicional, sino una estructura estable de organización capitalista del espacio, del tiempo y de los cuerpos.

La nómina salarial está compuesta por veinticuatro cargos remunerados en pesos moneda nacional, cuya distribución permite observar con claridad el carácter jerárquico y funcionalmente segmentado del trabajo rural en una unidad capitalista madura, articulada en torno a la producción lanar y la explotación intensiva del suelo.

1. División técnica y social del trabajo: la jerarquía del salario como reflejo de la valorización

En la cima de la estructura se encuentran el capataz (\$100) y el escribiente (\$70). Este último ocupa un lugar notable, no solo por el monto que percibe, sino por el rol que encarna: la administración, el control, la contabilidad. No produce con las manos, pero garantiza la circulación del valor, el registro, la supervisión. Es, en términos de Marx y de Harvey, el trabajador que internaliza funciones del capitalista, reemplazando su presencia física pero operando bajo su lógica. La centralidad del "escribiente" da cuenta del grado de formalización administrativa alcanzado por la estancia hacia 1910: ya no basta con producir —es necesario ordenar, clasificar, medir, documentar.

Le sigue el capataz general, que encarna la mediación directa con el mundo del trabajo físico. En términos marxistas, podríamos decir que la subordinación real del trabajo al capital ya no se expresa solamente en la apropiación de la plusvalía, sino en la estructuración concreta de funciones diferenciales al interior del proceso productivo.

El segundo capataz (\$50), los galponeros (\$60 y \$35), el carpintero y cocinera (\$90) y el quintero (\$40) configuran un cuerpo intermedio de oficios especializados y tareas logísticas, cuya función es mantener en funcionamiento el aparato productivo en sentido amplio: esquila, mantenimiento, cocina, horticultura. Aquí aparece lo que Marx —y luego Harvey— analizan como división técnica del trabajo, es decir, una fragmentación planificada de funciones que permite al capital controlar el proceso y aumentar su rendimiento sin ceder autonomía al trabajador.

2. La reproducción de la fuerza de trabajo: la lógica del mínimo vital

Un segundo conjunto de trabajadores recibe salarios menores: peones de campo (\$30), peones de herrería (\$15), cuidadores de capones (\$20), cocineros (\$30), aradores (\$25 a \$40), sembradores (\$40), puesteros (\$40), y peones de a pie (\$35). Estos sueldos corresponden a tareas directamente asociadas con la fuerza física, la tracción animal, el laboreo de la tierra, el mantenimiento del rodeo y la alimentación de los trabajadores.

En este segmento se expresa con nitidez lo que Harvey define como el cálculo capitalista del tiempo socialmente necesario de reproducción, es decir, el costo mínimo indispensable para que esa fuerza de trabajo pueda regenerarse día a día, sin que eso implique una mejora en sus condiciones de existencia. El salario, aquí, no retribuye la totalidad del valor generado, sino apenas el valor de la fuerza de trabajo misma, lo cual garantiza la apropiación de plusvalía por parte del patrón sin interrupciones.

La amplia brecha entre los sueldos del capataz y el del peón herrero, por ejemplo, no responde a una simple diferencia de destreza, sino a un diseño económico que jerarquiza funciones según su cercanía con la gestión del capital, y devalúa las tareas manuales y repetitivas cuya única función es sostener la acumulación.

3. El salario como tecnología de control y segmentación

La planilla no solo informa sobre ingresos: también reproduce un orden simbólico y político. Al dividir, diferenciar, calcular y remunerar de manera desigual, el salario naturaliza jerarquías sociales, impone un ritmo de trabajo y desactiva solidaridades horizontales. No hay allí "trabajadores del campo" en bloque, sino una constelación ordenada de funciones, rangos y precios humanos, ajustados a las necesidades de un modo de producción capitalista en expansión.

Harvey señala que el espacio bajo el capitalismo no es homogéneo ni neutro, sino producido. En esta planilla puede leerse también esa producción del espacio: el galpón, el taller, la cocina, la caballeriza, el monte, el huerto, cada uno con su trabajador asignado, su tarea pautada, su paga establecida. La estancia ya no es territorio rural: es una empresa territorial.

4. Género, invisibilidad y reproducción social

Un dato llamativo en la planilla es el registro de "carpintero y cocinera" con un pago conjunto de \$90, correspondiente a una pareja que residía en la estancia y cumplía funciones complementarias: él como trabajador técnico especializado, ella en las tareas de cocina. Este pago por unidad doméstica y no por individuo revela la persistencia de una lógica patriarcal en la estructura salarial: el ingreso es registrado como "familiar", pero las funciones están sexualmente diferenciadas.

La mujer, en este esquema, trabaja, pero no figura como sujeto asalariado autónomo: su contribución está subsumida dentro de la figura masculina y su visibilidad queda absorbida en la unidad conyugal. Este tipo de registro refuerza lo que la historiografía ha identificado como invisibilización estructural del trabajo femenino, especialmente en el ámbito rural, donde las tareas de cocina, cuidado, limpieza y sostenimiento eran fundamentales para la reproducción del orden estanciero, pero raramente reconocidas en términos salariales.

La inclusión de esta familia trabajadora en la nómina permite, sin embargo, observar cómo el capital utilizaba las relaciones familiares como forma de organización laboral, beneficiándose de la naturalización de esas tareas como "deberes de género", sin necesidad de retribuir las plenamente.

Valor, cooperación y mando: anatomía del trabajo en Sol Argentino

Desde el punto de vista empírico, la planilla de sueldos de la estancia Sol Argentino en 1910 permite observar una división técnica y jerárquica del trabajo plenamente consolidada. Sin embargo, una mirada más fina, atenta a las lecturas de Marx que propone David Harvey⁵¹, nos permite complejizar esta escena más allá de su dimensión funcional y económica. Lo que emerge en el corazón de la estancia no es solamente una segmentación del trabajo orientada a la extracción de plusvalía, sino también —y esto es clave— una forma embrionaria de cooperación social que revela una potencia humana colectiva aún no realizada.

Marx no condena en sí misma ni la cooperación ni la división del trabajo. Por el contrario, reconoce en ambas una capacidad generativa y emancipadora del género humano⁵². La cooperación, señala, permite que los trabajadores se desprendan de sus limitaciones individuales y desarrollen su potencia como especie: lo que llama la "capacidad de la especie". En esa dimensión, el trabajo colectivo organizado puede ser fuente de plenitud, dignidad y expansión de las capacidades humanas.

Lo que critica Marx —y Harvey refuerza— no es la cooperación en sí, sino la forma en que el capital se apropia de esa potencia y la subsume a su lógica particular de valorización. Es decir, transforma una facultad universal y creativa en una herramienta de explotación. Bajo el régimen capitalista, la cooperación se vuelve cooperación alienada, y la división del trabajo, una cadena de subordinaciones donde el trabajador queda reducido a una función mínima, repetitiva y fragmentada, lejos de la conciencia del conjunto.

En la estancia Sol Argentino, esta dinámica se expresa con nitidez. La producción lanar, las faenas agrícolas, el cuidado del rodeo, la administración de la huerta, la cocina, la herrería, la esquila, el transporte y el mantenimiento: todas esas tareas no son posibles sin un elevado grado de cooperación planificada. Los cuerpos están articulados en una red de interdependencias, donde cada uno sostiene el funcionamiento del conjunto. Y sin embargo, esa cooperación no les pertenece: es dirigida, gestionada y apropiada por el capitalista —en este caso, el patrón de la estancia—, que obtiene del trabajo común una ganancia privada.

Más aún, la planilla misma actúa como dispositivo de invisibilización del carácter colectivo del proceso: al listar salarios individuales, oculta las tramas de cooperación, los vínculos laborales horizontales, los aprendizajes compartidos, las reciprocidades cotidianas. Es decir, separando las cifras separa también los cuerpos. Lo que aparece como un conjunto de individuos asalariados es, en realidad, una maquinaria humana ensamblada por la cooperación planificada del trabajo. Pero esa maquinaria está regida por un principio ajeno: la valorización del capital, no la realización de la humanidad.

Esta es, en términos de Harvey, la gran paradoja marxiana: el capital necesita del trabajo cooperativo para funcionar, pero al mismo tiempo estrangula su potencia emancipadora,

impidiendo que esa forma de organización se vuelva democrática, equitativa o deliberada⁵³. En lugar de liberar a los trabajadores de su aislamiento, los atrapa en funciones parciales, fragmentadas y subordinadas. Así, la posibilidad de desarrollo de la especie queda aplazada, diferida hacia un horizonte aún no alcanzado: el del socialismo o comunismo, donde esa misma cooperación podría ser reapropiada por los productores y transformada en fuente de emancipación.

‘Aquello no era trabajo’: la memoria ambigua del trabajo rural

En este punto, vale recuperar una voz fundamental del siglo XIX argentino, no por su valor documental, sino por su densidad simbólica y su potencia crítica: el gaucho Martín Fierro. Fiel a su propósito inicial, José Hernández construye en los primeros cantos una pampa mítica, casi idílica, que evoca la edad de oro pastoril: "Aquello no era trabajo / Más bien era una junción". Allí, el trabajo no está impuesto ni fragmentado; no se impone como tiempo del capital, sino que fluye como parte del ritmo natural de la vida. "Era una delicia el ver / Cómo pasaba los días", dice Fierro, y con ello celebra no el ocio, sino una forma de trabajo no separada del placer, no sometida a la ley ni al mercado.

Pero esa edad de oro es breve. Lo que la destruye no es el progreso técnico ni el alambrado en sí: es el ingreso de la autoridad estatal, la ley, el tintero, es decir, el proceso por el cual el capital y el Estado comienzan a organizar racionalmente la tierra y los cuerpos. "Estaba el gaucho en su pago / Con toda seguridad; / Pero aura... barbaridá! / La cosa anda tan fruncida, / Que gasta el pobre la vida / En juir de la autoridá". La estancia ya no es solo espacio de trabajo y comida compartida, sino escenario de disciplinamiento, de vigilancia, de sometimiento.

Sin embargo —y esta es la ambigüedad más profunda del texto—, en medio de esa crítica, asoma la figura del patrón, no como enemigo, sino como parte del mundo perdido. "Después de un güen tirón... solía llamarlo el patrón", recuerda Fierro. El patrón no es aún representación del capital abstracto, sino figura ambigua del mando tradicional, a mitad de camino entre el vínculo paternal y el mando autoritario. No es aún el juez con tintero, pero ya no es solo un criollo más.

Esta evocación no puede tomarse al pie de la letra. Como bien recuerda la crítica, la estancia sigue siendo el marco, el centro del orden simbólico, y la nostalgia que el poema condensa es una nostalgia de la armonía perdida, no del igualitarismo radical. Es una edad de oro sin ley, pero con Dios y con patrón. Es, en cierto sentido, la memoria melancólica de una cooperación prealienada, idealizada y contradictoria.

Frente al presente del capital —registrado en listas, salarios, papeles, sueldos y cercamientos—, Martín Fierro ofrece una imagen pasada de la cooperación como "junción", como encuentro, como trama vital, que ya no existe, pero cuya ausencia ilumina la naturaleza profundamente violenta del orden estanciero moderno.

Así, el poema de Hernández no desmiente el análisis histórico: lo humaniza, lo tensa, lo complica. Frente a la racionalidad del valor y del salario, nos recuerda que hubo otra forma de trabajar, otra forma de vivir el tiempo rural, aunque fuera incompleta, desigual o mitificada. Lo que se perdió no fue solo el rancho o el potrero: fue una relación más densa, más vital y menos fragmentada entre el trabajo y la vida.

En la matriz productiva de la estancia capitalista, como vimos en la planilla de sueldos de 1910, cada función tiene precio, cada cuerpo tiene tarea, y cada tarea tiene una medida. Pero en esa organización racional del trabajo, ciertos saberes quedan fuera de toda valorización posible. No porque no produzcan, sino porque no pueden ser capturados por el régimen del valor. Tal es el caso del saber del gaucho —su "cencia", como dice Fierro—, una forma de conocimiento experiencial, poético, práctico y no letrado, que el capital y el Estado consideraron inútil, subversivo o directamente peligroso.

Cuando José Hernández pone en boca de Fierro aquellos versos —"Aquí no valen Doctores: / Solo vale la esperencia"— no está solamente celebrando una sabiduría popular. Está marcando una diferencia epistemológica radical. El gaucho no sabe como el doctor, el agrimensor, el juez o el escribiente. Sabe de otro modo: lee el viento, escucha los ruidos, interpreta el suelo, compara con animales. Su saber no está codificado ni registrado. Circula de boca en boca, de cuerpo en cuerpo, de generación en generación. Y es por eso mismo que resulta inútil para el orden productivo capitalista, que necesita transformar todo conocimiento en instrucción, en técnica, en mercancía.

Este saber oral, metafórico, fragmentario, ligado al cuerpo y al territorio, no puede entrar en la planilla de sueldos. No tiene función asignada ni salario fijo. El baqueano que orienta en la inmensidad del desierto, el rastreador que descifra huellas en el barro, el gaucho que nombra al zorro, al tigre, al bagre o al carancho para hablar de sí mismo: todos ellos producen sentido, producen vínculo, producen orientación, pero no producen valor para el capital.

Esta "zoología popular" que estructura el Martín Fierro —donde lo humano se piensa a través de lo animal— no es decoración poética, sino la forma concreta que adquiere un saber minoritario, excluido de la academia y del mercado. Es, también, una manera de nombrar el mundo que se aleja radicalmente de la neutralidad ilustrada y del discurso técnico. Comparar a un patrón con un puma o a un gaucho perseguido con un tigre cebado no es una licencia literaria, sino una etnografía campesina oral que resiste a la racionalización estatal y mercantil.

En este punto, podemos retomar el concepto que David Harvey elabora a partir de Marx: el capital necesita homogeneizar el espacio y estandarizar el tiempo para poder valorizar. Necesita convertir el desierto en lote, el rancho en parcela, el nombre en número, la experiencia en función. Pero el saber del gaucho resiste esa operación. Porque es intransferible, localizado, muchas veces inefable. Porque no puede ser enseñado sin ser

vivido. Y porque no sirve para lo que el capital espera del trabajo rural: producir mercancías, generar excedente, ser contabilizado.

Como observa Martínez Estrada —con tono mordaz pero certero—, no hay nada sublime en el Martín Fierro: todo está puesto sobre la tierra, entre detritus, animales, pasto y viento⁵⁴. Es un mundo sucio, húmedo, real. Un mundo que el capital necesita limpiar simbólicamente para poder colonizar materialmente. Por eso, en la nueva estancia racionalizada, el saber del gaucho es reemplazado por el agrónomo. Su memoria, por el inventario. Su voz, por el plano. Su "cencia", por la ciencia.

La operación que se produce, entonces, no es solo económica: es epistemológica y cultural. El capital no solo reordena el trabajo y la tierra: también reordena el saber, decide qué conocimiento es válido y qué otro debe ser silenciado, folklorizado o expulsado. La "cencia" del gaucho no desaparece: queda como residuo, como relato, como refrán. Pero ya no organiza el mundo. Ya no sirve.

Lo que no figura en la planilla

El final de este capítulo no es un cierre: es una pausa inquieta. Porque repensar la estancia como forma de organización del capital no implica solo releer el pasado, sino reconocer los cimientos olvidados del presente. Todo lo que hoy parece legítimo —la propiedad, la división del trabajo, la administración racional del territorio— fue alguna vez objeto de disputa, de exclusión, de violencia normalizada. Y todavía lo es. Un conjunto de preguntas quedan abiertas, como heridas que el relato historiográfico no debe cerrar con apuro: ¿Qué formas de desigualdad se consolidaron en nombre del orden? ¿Qué capacidades humanas fueron desarrolladas —y cuáles sofocadas— en el marco de una cooperación subordinada? ¿Qué saberes, qué tareas, qué cuerpos quedaron por fuera de los registros contables, pero fueron esenciales para que todo funcionara? ¿Qué memoria se impone cuando el patrón aparece como figura benévola en el relato, y qué otras memorias quedan anuladas? ¿Qué subjetividad se formó al calor de la obediencia, la tarea repetida, el llamado del capataz?

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Qué relaciones de clase, género y autoridad permite reconstruir la planilla de salarios de Sol Argentino y qué dimensiones del trabajo permanecen fuera de sus registros?
- 02** ¿Hasta qué punto las jerarquías salariales y la división de tareas de la estancia pertenecen sólo al pasado, y qué persistencias podrían reconocerse en las actuales formas de organización del trabajo rural?

Notas

- 48.** (Amaral, 1998)
- 49.** (Op. cit. Cap. VII)
- 50.** (Santa Cruz, 2017, pág. 86)
- 51.** (Harvey, Guía de El Capital de Marx, 2014, págs. 187-210)
- 52.** "Cuando numerosos obreros trabajan juntos, de un modo planificado, en el mismo proceso de producción o en procesos conexos, su trabajo adopta la forma de cooperación. [...] La cooperación permite realizar lo que el trabajo individual aislado nunca podría lograr, tanto en la extensión (ej.: grandes obras) como en la intensidad (ej.: reducir tiempos de producción)." (Marx, 2004, págs. 333-334 Cap. XII)
- 53.** (Harvey, 2014, pág. 192)
- 54.** (Estrada, 1948)

Tiempos lineales y espacios medidos

La traza urbana como forma de valorización del capital

La traza urbana como forma de valorización del capital

"La construcción de nuevas concepciones mentales y prácticas materiales dominantes respecto al espacio y al tiempo fueron fundamentales para el ascenso del capitalismo."⁵⁵

— David Harvey, Justicia, naturaleza y geografía de la diferencia

En 1874, apenas siete años después de la fundación administrativa del Partido de Benito Juárez, se establece formalmente la traza del pueblo cabecera, inscribiendo en el suelo las líneas rectas del ejido urbano. El plano, con su cuadrícula de manzanas y su nomenclatura racional, marcaba mucho más que una delimitación espacial: representaba una nueva forma de organizar el mundo. Allí donde antes se desplegaban caminos abiertos, casas diseminadas, huellas informales y ritmos desiguales, ahora surgía un dispositivo técnico, jurídico y simbólico que ordenaba el espacio en función de la propiedad, el tránsito, el control y la acumulación.

Este capítulo parte de una hipótesis central: la traza urbana no es un simple proyecto de urbanización, sino una forma concreta de realización del capital. En otras palabras, el plano del pueblo no es ajeno a la lógica que fundó la estancia, al salario que jerarquizó tareas o al tintero que firmó escrituras: es su extensión territorial, su expresión espacial. Como ha explicado Harvey, retomando a Marx, el capital necesita producir un espacio homogéneo, con vías de circulación predecibles, tiempos sociales regulados y sujetos inscritos en una grilla normada. Sólo así puede asegurarse la valorización del suelo, la previsibilidad del intercambio, la legalidad de la transacción⁵⁶.

La fundación del Pueblo de Juárez, leída en esta clave, permite observar cómo el poder del capital no solo se expresa en la producción rural o en la explotación del trabajo asalariado, sino también en el diseño urbano, en la nomenclatura de las calles, en la jerarquía de los lotes, en la asignación de funciones a cada manzana: habitar, comerciar, rezar, castigar.

El ejido urbano, entonces, no surge como respuesta a una necesidad espontánea de los pobladores. Es, más bien, una decisión estratégica del Estado y de las elites locales para consolidar un orden espacial funcional a los intereses económicos y políticos que

estructuraron la campaña bonaerense. Este capítulo abordará esa operación territorial en sus múltiples dimensiones: como política de Estado, como reorganización simbólica del desierto, como reordenamiento de la experiencia y como forma de gobierno de los cuerpos.

Porque trazar un pueblo no es sólo dibujar calles: es escribir un nuevo lenguaje sobre la tierra. Y toda lengua, cuando se impone, borra otras.

El plano como dispositivo de homogeneización: lectura crítica de la traza de 1874

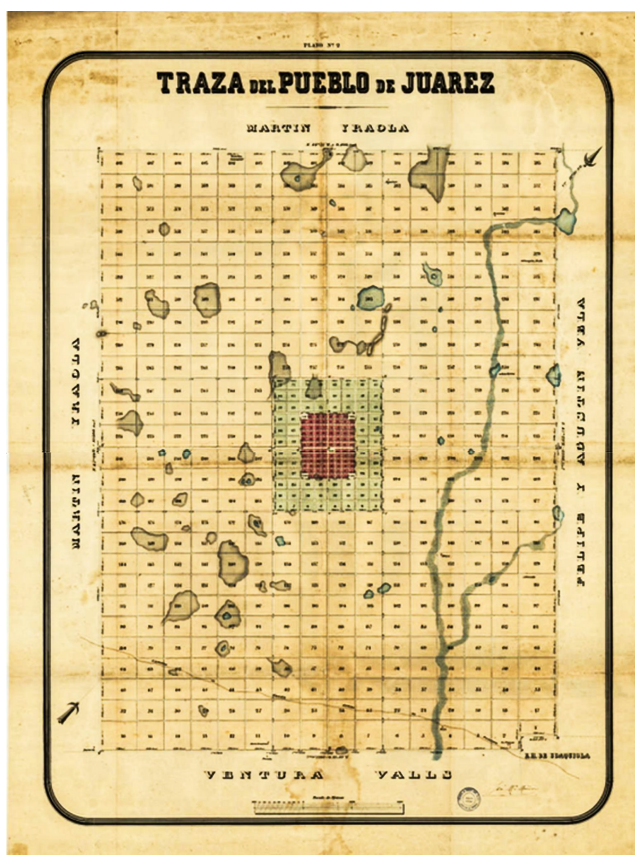


Ilustración 17 'El plano de la traza de Juárez de 1874 convierte el suelo en cuadrícula y mercancía, imponiendo un orden geométrico que anticipa la valorización capitalista del espacio, al tiempo que borra las huellas de la vida rural y las geografías sociales preexistentes.

El plano de la Traza del Pueblo de Juárez, fechado en 1874, no solo registra una operación topográfica. Es, ante todo, una herramienta de normalización del espacio, una forma gráfica de proyectar un orden que no surge de la vida rural previa, sino que le es impuesto desde el poder estatal en alianza con los intereses agrarios y comerciales de la región.

Lo primero que salta a la vista es la retícula regular de manzanas perfectamente cuadradas, dispuestas con simetría cartesiana. Esta cuadrícula responde al modelo colonial hispano adaptado a la lógica moderna del loteo capitalista: el suelo se transforma en módulo, la tierra en propiedad divisible y vendible. Cada manzana es potencial valor de cambio, y en conjunto, el trazado es la condición de posibilidad para una futura valorización del suelo. Es decir, el plano produce el espacio que luego será mercantilizado.

Espacio abstracto vs. territorio vivido

Nada en esta traza remite al uso real del suelo por parte de los habitantes originarios, ni a la experiencia de los gauchos, peones o pequeños productores previos. Las lagunas, los cursos de agua y los accidentes naturales están apenas señalados como obstáculos a vencer, y no como elementos que modelaban la vida cotidiana. Este plano borra la topografía social y simbólica preexistente para imponer una lógica geométrica.

Como advierte David Harvey, el capital requiere un "espacio abstracto", homogéneo, intercambiable, despojado de singularidades, sobre el que se pueda planificar, medir, dividir y vender⁵⁷. En esta traza, el espacio pierde historia y se convierte en superficie neutral: el mapa precede a la ciudad, la lógica mercantil precede a los cuerpos. El ejido urbano es así una forma de anticipación territorial del capital.

Centro, periferia y jerarquización espacial

Otro elemento a destacar es la presencia de una zona central coloreada en rojo (núcleo urbano inmediato), rodeada por un anillo verde (posible zona de quintas o primer cinturón productivo), y más allá, el loteo extensivo. Esta zonificación progresiva expresa una jerarquía funcional y simbólica:

En el centro se instalarán las instituciones del Estado, la plaza, la iglesia, la comisaría, la escuela y los comercios principales. Es decir, los aparatos de control, socialización y disciplinamiento.

En la periferia inmediata, las funciones productivas semiurbanas: huertas, quintas, tambos.

Más allá, el campo, ordenado en parcelas numeradas, disponibles para la venta o el arrendamiento.

La estructura espacial impuesta reproduce la jerarquía social esperada: los "notables" en el centro, los trabajadores en los márgenes, los indeseables fuera del plano. El plano no solo ordena calles: ordena cuerpos y relaciones sociales.

Nombres, escrituras y el poder de nombrar

Otro aspecto clave es la inscripción de nombres en los bordes del plano: Martín Iraola, Ventura Valls, Felipe y Agustín Vela. Esto indica los propietarios del entorno al momento del trazado, en una época en la que el acceso a la tierra era prerrogativa de los grandes estancieros. El plano consagra así la alianza entre Estado y propiedad privada, y lo hace de forma aparentemente neutral, técnica, científica.

Pero como bien sabemos, nombrar es dominar. Nombrar el suelo, trazarlo, dividirlo y numerarlo es apropiarlo desde el discurso del poder. Como afirmaba Foucault, el conocimiento técnico no es neutral: es parte del dispositivo de gobierno⁵⁸. Y en este plano, lo que aparece como saber cartográfico es en verdad un acto de ordenamiento político.

En esta lógica de poder que vincula el acto de trazar con el de nombrar, no resulta menor que el 27 de enero de 1879, bajo la presidencia municipal de Genaro Iranzo, se haya procedido a otorgar nombre a las calles y plazas del nascente pueblo. El listado es revelador: de norte a sur, las calles se denominaron América, Las Piedras, Suipacha, Moreno, Rivadavia, Lavalle, San Martín, Independencia, Belgrano, Ituzaingó, General Paz, Río Bamba y República; de este a oeste: Buenos Aires, Maipú, Chacabuco, Alsina, Otamendi, Juárez, San Antonio de Iraola y Los Andes. En cuanto a las plazas, se nombraron Los Andes, República, Buenos Aires y América, sumándose a la ya existente Plaza Independencia.

Este gesto de nombrar no es inocuo ni anecdótico: es el acto mediante el cual el Estado municipal imprime en el espacio una narrativa de nación y de historia oficial. Los nombres invocan batallas patrias, próceres y símbolos de la república, consolidando en cada intersección la pedagogía urbana de un orden nacional-liberal que pretende educar, disciplinar y legitimar la posesión estatal y capitalista del espacio. Como señala Lefebvre, el espacio urbano no solo se produce materialmente sino que se inscribe simbólicamente, y en cada placa de esquina se condensa el esfuerzo de convertir un territorio plural en un espacio unívoco y nacional⁵⁹.

Nombrar las calles es, en definitiva, una extensión del trazo y de la parcelación: cada nombre, cada cartel, cada plano actualizado en el catastro municipal, prolonga la acción fundacional y la transforma en pedagogía cotidiana. Los habitantes recorren día a día este espacio narrado por el Estado, recordando en cada paso que la ciudad no es solo un lugar de vida, sino también un dispositivo de control y de memoria oficial.

Los documentos municipales que registran este proceso —actas, intercambios con el gobierno provincial, debates sobre el terreno— permiten leer la fundación del pueblo no como un dato, sino como una lucha. En su centro aparece la figura de Mariano Roldán, quien ya no actúa solo como juez de paz o propietario estanciero, sino como mediador entre el Estado y el territorio, como agente articulador de una racionalidad política y productiva que busca cristalizarse en forma urbana.

El pueblo como necesidad política del capital

En 1869, el partido de Juárez no superaba los 2.000 habitantes. Las cuentas municipales reflejan un equilibrio precario: traslados de presos, cartas a la frontera, infracciones de abigeato, pagos a chasques. Es un orden que todavía funciona por mecanismos de frontera, rurales, dispersos, más ligados a la urgencia que a la planificación. Pero ya se vislumbra la necesidad de un centro: un lugar para asentar autoridad, concentrar funciones administrativas, codificar los intercambios, registrar los nacimientos, las muertes, las propiedades.

Entre la topografía y la política: el conflicto por la fundación del pueblo

La creación del Pueblo de Juárez no fue un acto técnico neutral ni un proceso espontáneo guiado por la racionalidad administrativa. Fue, por el contrario, el resultado de una disputa prolongada entre distintas racionalidades de organización territorial, de intereses políticos, tensiones entre el Estado provincial y las autoridades locales, y entre saberes técnicos y vínculos comunitarios. La figura de Mariano Roldán, en este punto, resulta clave no sólo como fundador del partido, sino como mediador entre el poder central y los habitantes de la frontera, entre la lógica del plano y la vida concreta.

Entre la “idea acariciada” y el plano del Departamento Topográfico

Los documentos revelan que ya en 1869 existía entre los vecinos una “idea acariciada” con entusiasmo: fundar un pueblo cabecera que sirviera de asiento a las autoridades y diera cohesión al territorio disperso. El crecimiento de la población, el incremento de actividades comerciales y la necesidad de contar con instituciones permanentes lo hacían imprescindible. Sin embargo, el espacio aún estaba cruzado por inestabilidad fronteriza, comunicaciones precarias y formas de vida rurales descentralizadas.

La propuesta inicial de ubicar el pueblo en cercanías de la Sierra La Tinta fue rechazada por razones técnicas: la dificultad del acceso al agua y la inconveniencia para la futura instalación de la vía férrea. El Departamento Topográfico —órgano técnico del Estado provincial— impuso su racionalidad sobre las decisiones comunitarias, desconociendo los vínculos afectivos y económicos que los vecinos tenían con determinados parajes. Esto generó un fuerte malestar en Roldán, que culminó en su renuncia a la presidencia de la Comisión Municipal en 1870.

La política como cartografía: el conflicto del lote 62

La negativa del gobierno a aceptar el lote N° 62 (Ignacio Lara) como lugar de asentamiento muestra con claridad que la elección del sitio para un pueblo no era una decisión local, sino una operación política sobre el territorio. El Estado, a través del Departamento Topográfico, se reservaba el derecho de determinar qué espacio era apto para el pueblo, sobre la base de criterios técnicos y estratégicos, que respondían a lógicas de control y valorización futura. La opinión de los vecinos era relevante, pero no soberana. En este gesto se revela lo que David Harvey señala con claridad: "el capital necesita producir un espacio homogéneo", incluso contra la voluntad local, para garantizar su reproducción.

Roldán como figura bisagra: entre el plano y el afecto territorial

Roldán insistió en ser parte del proceso, incluso tras su renuncia, participando activamente en la selección del nuevo terreno. El 4 de septiembre de 1870, junto con vecinos caracterizados, recorrieron y excavaron los terrenos propuestos con pala en mano. Finalmente eligieron, por unanimidad, el paraje San José de Iraola, zona en la que previamente había existido un cantón militar, y que ofrecía mejores condiciones de agua y accesibilidad.

Este acto, aparentemente anecdótico, condensa una forma distinta de conocer y organizar el espacio. A diferencia de la lógica del plano —geométrica, distante, numérica—, aquí el territorio se decide con el cuerpo, con el conocimiento práctico, con el juicio colectivo. Es, si se quiere, la "cencia" de los pobladores frente a la ciencia del agrimensor. No es casual que Roldán, que ya había sido militar, juez de paz y estanciero, se entregue con tal determinación a esta causa: para él, la fundación del pueblo era también una forma de consolidar el legado político del partido.

La fundación como proceso, no como acto

La fecha oficial de fundación del pueblo —26 de marzo de 1874— no refleja un hito aislado, sino el punto culminante de un proceso tenso, intermitente y cargado de resistencias. Entre 1871 y 1874, las dilaciones en el arribo del agrimensor José M. Muñiz, el malestar vecinal y la presión constante de los representantes locales dan cuenta de un ejercicio político sostenido de disputa territorial.

El plano de Muñiz no aparece, entonces, como la solución técnica a un problema logístico. Es, más bien, el cierre estatal de una controversia abierta. Cuando finalmente se aprueba el trazado, se homologa también una forma específica de ver, dividir y administrar el suelo. Se consagra un orden: el de las parcelas medidas, numeradas y vendibles; el de las calles con nombre y destino funcional; el de una ciudad planificada no desde la vida que la habita, sino desde los intereses que la gestionan.

El mapa como dispositivo capitalista: orden, abstracción y valorización

El Plano del Ejido de Juárez puede ser leído como testimonio material de la racionalización capitalista del espacio, en un contexto donde la valorización de la tierra y el disciplinamiento de las poblaciones se convirtieron en necesidades estatales urgentes. La "neutralidad" del diseño geométrico oculta el conflicto: no hay trazos del pasado indígena, ni de las tensiones políticas locales, ni de los vínculos afectivos con el territorio. Solo hay medidas, nombres, límites. En términos de David Harvey⁶⁰, se trata de una espacialización que responde a los imperativos de la acumulación, a la necesidad de una circulación fluida del capital —en este caso, el inmobiliario y agropecuario— y a la proyección futura de una economía de propietarios.

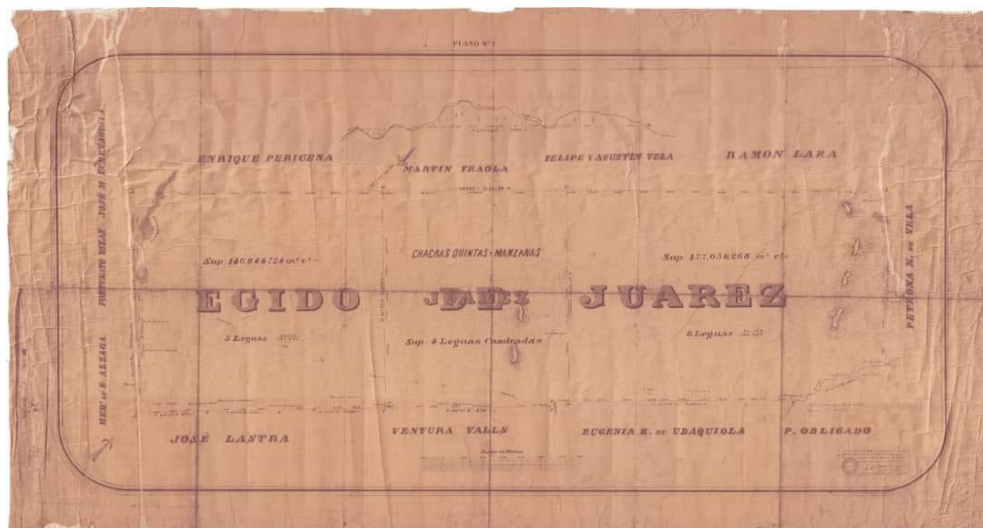


Ilustración 18 La incorporación del Plano N° 1 del Ejido de Juárez, realizado por el agrimensor José María Muñiz en 1873, ofrece una oportunidad invaluable para interpretar visual y conceptualmente la forma en que el capitalismo emergente organizó material y simbólicamente el espacio en el sudoeste bonaerense durante el último tercio del siglo XIX.

La cartografía como expresión del nuevo régimen espacio-temporal

Para Jaques Le Goff⁶¹ la transición del feudalismo al capitalismo fue también una revolución en la experiencia del espacio y el tiempo. En el plano del ejido de Juárez observamos esa transición en su etapa de consolidación local. Lo que era antes frontera indeterminada —zona de tolderías, fortines, estancias dispersas y movilidad relativa— se transforma en una retícula regular, donde cada lote puede ser intervenido, explotado, y controlado desde una lógica centralizada. La representación misma del plano —su escala, su orientación, su registro técnico— responde a una forma moderna de ver el mundo: ver es controlar; medir es poseer.

El plano no representa solo la geografía física, sino también la instauración de una nueva legalidad, donde el espacio entra al lenguaje estatal. A partir de él, cada parcela puede ser reclamada, defendida judicialmente, transferida. En otras palabras, este plano convierte el espacio en mercancía: el ejido es el dispositivo que traduce el territorio en propiedad privada o estatal, operando una disolución de memorias comunitarias, prácticas indígenas o formas de apropiación anteriores.

Capitalismo y destrucción creativa del paisaje

En sintonía con los desarrollos de David Harvey sobre la "destrucción creativa"⁶², este plano puede leerse como el acta de defunción de un orden espacial anterior. Si el trazado del pueblo de Juárez en 1874 simbolizaba el asentamiento definitivo de la institucionalidad estatal y la mercantilización del suelo, el ejido consolida ese proceso a través de una lógica expansiva y regulada. No sólo delimita un núcleo urbano, sino que proyecta la ciudad hacia sus alrededores bajo la forma de quintas, chacras y futuras subdivisiones. Aquí la grilla ya no se detiene en los límites del casco urbano: se extiende a lo rural, lo coloniza, lo normativiza.

Como indica David Harvey, el capitalismo necesita destruir anteriores formas de vida para establecer su dominio, y lo hace reconfigurando las coordenadas espaciales: allí donde antes existía un pozo de agua comunitario, un camino de huella o un mojón de pastoreo, ahora habrá una calle numerada, una manzana fraccionada, un título de propiedad. El mapa borra historias, pero también crea posibilidades nuevas, funcionales al capital.

El ejido como tecnología de poder: visibilidad, control y exclusión

Desde la perspectiva foucaultiana que David Harvey también incorpora en su crítica geográfica, el plano del ejido no solo representa un modo de organizar el suelo: es un artefacto de gobierno. Como en los hospitales, escuelas, cuarteles o fábricas, el espacio se vuelve inteligible y gobernable solo cuando es visible, dividido, clasificado. Así, el ejido es parte de lo que Foucault llamó "tecnologías de poder": una forma específica de administrar poblaciones a través del ordenamiento del espacio. Se delimita quién vive dónde, qué uso se le da a cada parcela, por qué vía circulará la gente y qué zona se reserva para la producción o la residencia.

Esto no es inocente. Como ya se ha visto con los planos de las estancias (el 'Sol Argentino' y sus tres avenidas, todas ellas con nombres cargados de sentido: Bartolomé Mitre, Ignacio Rivas y 25 de Mayo) y del propio trazado urbano, el diseño del espacio anticipa y reproduce relaciones de poder. Las quintas, chacras y manzanas del ejido de Juárez no están orientadas al uso comunal ni al poblamiento espontáneo, sino al fraccionamiento del suelo para la inversión, la especulación y el control. El acceso a la tierra queda limitado por la inscripción previa en catastros, por el precio, por la legalidad. Así, el ejido impone un nuevo régimen de territorialidad: el de la propiedad y la vigilancia.

Incluso los nombres que figuran en el plano —los propietarios linderos, los límites con estancias vecinas y la indicación de chacras y quintas— permiten leer un mapa de clase. Allí donde antes podían existir tierras fiscales, ranchos dispersos, recorridos abiertos o zonas de uso múltiple, aparecen espacios específicos, funciones determinadas y habitantes autorizados. La espacialización se convierte en estratificación. El plano de Muñiz de 1873 expresa una pretensión moderna de totalidad: procura cubrir el territorio con líneas rectas, superficies comparables y unidades previsibles. Esa capacidad técnica constituye un documento de cultura y, al mismo tiempo, de barbarie. El plano vuelve visible el orden de los propietarios, pero no registra a las personas expulsadas, desplazadas o privadas de acceso. Tampoco representa las formas de vida que la cuadrícula subordinó. La frase de Benjamin no autoriza a deducir esas experiencias únicamente a partir del mapa; exige contrastar sus silencios con otras fuentes capaces de documentarlas.⁶³

A partir del plano, el Estado puede vender tierras, otorgar títulos de propiedad, organizar impuestos, recaudar tasas, controlar la residencia, regular los mercados.

El ejido es, entonces, una plataforma logística para la gubernamentalidad, entendida como el conjunto de estrategias que permiten gobernar territorios, cuerpos y recursos en función de los fines del capital. Al mismo tiempo, es un punto de inflexión para el propio Partido de Juárez: a partir de aquí, ya no es solo un espacio habitado o administrado, sino también un lugar valorizado, representado y normalizado.

Resonancias para una historia crítica

Este análisis de la Traza del Pueblo de Benito Juárez y del plano del Ejido de Juárez no busca reducirlos a una mera herramienta técnica, sino abrirlos como documentos densos, cargados de historia, conflicto y proyección. Leídos junto a los aportes de Harvey, estos mapas y planos nos recuerdan que:

El espacio es una producción social e histórica.

La cartografía es una forma de poder, no de transparencia.

La grilla es una técnica de orden, pero también de exclusión.

La propiedad privada, la planificación urbana y la lógica capitalista no fueron procesos naturales, sino construcciones contingentes, disputadas y todavía hoy debatidas.

Cerrar esta sección del capítulo XII sobre la traza del pueblo de Juárez permite, además, interrogar los límites de la memoria histórica local. ¿Cuántos de quienes hoy habitan Juárez conocen la historia de ese mapa? ¿Qué memorias quedaron fuera del trazado? ¿Qué otras formas de habitar se perdieron en ese gesto de ordenamiento?

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Qué sucede con un territorio cuando la mensura, el plano y la cuadrícula lo convierten en una superficie divisible, intercambiable y disponible para el mercado?
- 02** ¿Qué memorias, recorridos y formas de habitar permanecen fuera del mapa cuando el espacio estatal se presenta como una representación neutral y completa?

Notas

55. (Harvey, 2018, pág. 309)

56. (Íbid, pág. 310)

57. (Harvey, 2018, pág. 365)

58. (Foucault, 2006, pág. 45 Clase del 19 de enero de 1978)

59. (Lefebvre, 2013)
60. (Harvey, Justicia, naturaleza y geografía de la diferencia, 2018)
61. (Le Goff, 1983)
62. (Harvey, 2012, pág. 155 Cap. VII)
63. Benjamin, 2009, Tesis VII, pág. 50.

Aniquilar el espacio, dominar el tiempo

Transportes y territorialización del capital

Transportes y territorialización del capital

La Galera San Julián

La imagen en perspectiva crítica: un mundo en transición

La Galera San Julián no es el pasado muerto: es el umbral entre dos formas de concebir la movilidad, el espacio y el tiempo. Mientras el ferrocarril promete velocidades inéditas, la galera ancla los cuerpos al terreno, los expone a la meteorología, los obliga a la pausa, a la espera, al roce físico. No hay anonimato en el carro: hay roce, hay voces, hay comunidad forzada. A simple vista, la fotografía parece conmemorar un momento colectivo de desplazamiento: una galera tirada por caballos, con su estructura robusta de madera y metal, cargada de pasajeros dentro y sobre su techo, flanqueada por una multitud diversa. Se trata de un testimonio visual de un sistema de transporte que precedió —y coexistió por un tiempo— con la llegada del ferrocarril.



Ilustración 20 La galera San Julián testimonia una movilidad colectiva y densa que entrelaza cuerpos, tiempos y voces en el umbral del orden ferroviario, configurando una forma de habitar el viaje en la pampa antes de la estandarización impersonal de los rieles.

El fondo urbano —con la iglesia, los árboles podados en forma simétrica, la arquitectura estatal al centro con bandera— sugiere que esta escena no transcurre en un "camino cualquiera", sino en una centralidad simbólica, acaso una plaza pública. El espacio está cuidadosamente dispuesto y jerarquizado, lo cual enmarca la escena dentro del orden estatal-republicano que comienza a consolidarse con fuerza en la segunda mitad del siglo XIX.

Lo que puede leerse: jerarquías, tensiones y representaciones

Siguiendo a Peter Burke, podemos ir "más allá de lo visible" e interrogar la estructura interna de la imagen⁶⁴. ¿Qué nos dice sobre el tiempo en que fue tomada?

Jerarquía de ocupación y visibilidad

El mayoral, conductor de la galera, aparece destacado, elevado, como en un podio: es el regente del viaje. En la cúspide del grupo, los varones de traje oscuro y sombrero, probablemente miembros de las elites locales o viajeros notables (incluso músicos, se distinguen instrumentos de viento), aparecen con postura firme y segura. Abajo, los cuerpos se amontonan: peones, ayudantes, trabajadores, muchos de ellos con manos en los bolsillos, otros sosteniendo herramientas. Nadie parece posar para la eternidad, pero

todos se saben parte de una representación pública del orden.

La ausencia de mujeres —salvo quizás alguna figura difusa— refuerza la lectura del transporte rural como dominio masculino. Sin embargo, sabemos que las galeras también trasladaban enfermeras, parteras, monjas, maestras. ¿Qué queda fuera del encuadre? ¿Qué tipo de movilidad es reconocida y cuál es invisibilizada?

La galera como tecnología de frontera

No es solo un transporte. Es una forma de reconfigurar el tiempo y el espacio en un territorio que aún no está plenamente atravesado por rieles. La galera reduce distancias, establece rutas y nodos, vincula pueblos dispersos y hace posibles nuevas formas de relación económica, afectiva y política. Es, en términos de David Harvey, una manera incipiente de aniquilar el espacio por medio del tiempo, aunque todavía inserta en las lógicas del ritmo animal y del terreno barro y piedra.

La multitud como heterogeneidad del mundo pampeano

Hay músicos, barberos, carpinteros, niños, paisanos. El viaje no es solo traslado: es intercambio, es relato, es mercado informal, es circulación de saberes y rumores. La galera como escena ambulante, como teatro del pueblo móvil, donde se cuentan noticias, se hace política, se comparten comidas. Frente al tren —más estandarizado, más impersonal—, la galera propone una forma horizontal y vivencial de habitar el viaje.

Aniquilar el espacio mediante el tiempo: de la galera al ferrocarril

Uno de los conceptos centrales que David Harvey retoma de Marx y profundiza en su obra es el de que el capital necesita "aniquilar el espacio mediante el tiempo". Es decir, para mantener su proceso de valorización —acelerar la circulación de mercancías, personas, información y capital— necesita constantemente superar las barreras geográficas, técnicas y culturales que ralentizan o encarecen el intercambio.

En ese sentido, la galera que se dirige de Azul hacia Sol Argentino no es un mero vehículo: es un eslabón transitorio en la evolución de una infraestructura que tiene como finalidad imponer una lógica de movilidad cada vez más rápida, eficiente y controlada. El capital necesita caminos, luego vías férreas, luego telégrafos, luego redes eléctricas y de comunicación para minimizar la fricción del espacio. La galera aún opera dentro de un régimen de fricción: el barro, el cansancio de los caballos, las postas, el clima.

Pero incluso con sus límites, esta imagen ya anticipa la forma racionalizada del transporte, con horarios, rutas, sistemas de carga y pasaje, y una economía de la movilidad que se profesionaliza y se vuelve servicio.

Temporalidades contrastantes: comunidad vs. velocidad

La fotografía nos permite capturar el instante en que conviven dos regímenes temporales:

El tiempo del mundo tradicional, vinculado al ciclo natural, al ritmo de los animales, al tiempo de la charla y del encuentro —la posta como espacio de sociabilidad y descanso.

El tiempo del mundo moderno-capitalista, que vendrá con el ferrocarril, cronometrado, técnico, inscripto en una red nacional de puntos nodales y estaciones, despersonalizado y dependiente del capital estatal o privado.

El análisis visual de esta galera, entonces, puede leerse como una fotografía del conflicto entre dos formas de entender la geografía social: una, la del mundo relacional, orgánico y fragmentario de la pampa pre-ferroviaria; la otra, la de la cuadrícula férrea, conectiva y nacionalizante que vendrá después. La imagen anticipa lo que está por ser derrotado: la lentitud, la mixtura, la experiencia corporal del viaje.

Lo visto y lo no visto

Como enseña Peter Burke, toda imagen también oculta, selecciona, encuadra, deja afuera⁶⁵. Lo que no vemos en esta fotografía —y que sugiere su interpretación crítica— es igualmente revelador:

No vemos los tiempos muertos del viaje, las penurias del barro, las enfermedades, el frío, los asaltos.

No vemos los costos sociales de la conectividad, como el desplazamiento de pueblos originarios, el alambrado, la violencia estatal.

No vemos tampoco al ferrocarril que ya se aproxima, que hará obsoleta esta escena, pero que tomará su lógica para reordenar el territorio bajo criterios de mayor eficiencia y menor fricción.

Así, la galera, como la fotografía misma, deviene ruina anticipada, documento de un mundo que será transformado radicalmente.

Epílogo para la imagen: de la galera al tren

La galera puede pensarse como el "último suspiro" de un tipo de movilidad mestiza y orgánica, en la que convivían clases, profesiones, saberes y cuerpos. Con la llegada del Ferrocarril Sud a Benito Juárez en 1885, se consolidará un nuevo régimen espacial, regido por la lógica del capital:

Las postas se convertirán en estaciones.

El mayoral perderá su jerarquía ante el maquinista estatal.

El paisaje dejará de ser aventura y se volverá cartografía.

Esta imagen es, entonces, un umbral entre dos mundos. Y al mismo tiempo, una advertencia: que cada forma de transportar no solo lleva cuerpos, sino también valores, jerarquías y sentidos sobre el espacio compartido.

Allí donde el tiempo empezó a marchar en línea recta: la estación de trenes como umbral de la producción capitalista



Ilustración 21 La estación del Ferrocarril Sud (1915) en Benito Juárez materializa la maquinaria temporal del capital, convierte el territorio pampeano en un nodo de tránsito regulado, subordinando la vida rural a horarios y recorridos que conectan al pueblo con el mercado. Impone al espacio local el pulso del capital y sus exigencias de velocidad y previsibilidad.

La imagen de la estación del Ferrocarril Sud en Benito Juárez, tomada hacia 1915, no muestra simplemente una infraestructura de tránsito. Representa una cristalización material de un cambio de época. Allí donde antes resonaban las ruedas irregulares de las galeras y las voces de mayorales y postillones, ahora se yergue un edificio de ladrillo inglés, previsible y ordenado, con su reloj sincronizador, sus andenes compartimentados, su lenguaje visual codificado. Como ya sabemos, el capital, para poder reproducirse y expandirse, necesita imponer nuevas configuraciones del espacio y del tiempo. La estación es una de esas matrices.

Lo que aquí se observa, entonces, no es solo una postal pintoresca del interior bonaerense a comienzos del siglo XX. Es la manifestación concreta de una lógica más profunda: la

aniquilación del espacio mediante el tiempo, tal como la define Harvey. La aceleración de los flujos, la previsibilidad de las llegadas y partidas, la subordinación del calendario rural a los horarios del tren, forman parte de esta transformación. La estación de Juárez es, en este sentido, una maquinaria temporal, donde el tiempo ya no es el de la naturaleza, ni el del relato oral, ni el del ritmo humano, sino el del capital: homogéneo, abstracto, mensurable.

Un nuevo tipo de espacio

La arquitectura misma de la estación es elocuente. Su estilo responde a la tipología estándar de las estaciones del Ferrocarril Sud: edificaciones de perfil bajo, sobrias pero eficaces, diseñadas según planos repetidos a lo largo del trazado pampeano. Como si cada estación fuera una clonación espacial, destinada a disciplinar el territorio. No hay lugar para la singularidad ni para el color local. Esta homogeneización de lo visible, como advertía Jacques Le Goff —y que retoma Harvey—, responde a una necesidad histórica del capital: la representación del espacio debe ser medida, legible, cartografiada, funcional a la acumulación.

Vista a través de los ojos de Peter Burke, esta imagen también nos advierte sobre lo que muestra... y lo que oculta. Lo que aparece en primer plano es la formalidad del edificio, la presencia civilizada del ferrocarril. Pero ¿quiénes no están en la imagen? ¿Dónde están los peones que descargan lanas y cueros? ¿Dónde las mujeres que despiden a sus maridos que parten hacia los frigoríficos o los campos más alejados? ¿Dónde los cuerpos no regulados, no fotografiables, no portadores de autoridad? La imagen opera como documento histórico, sí, pero también como dispositivo ideológico, que inscribe el relato de una "modernización feliz", dejando fuera los conflictos y desigualdades que esa modernización engendra.

La estación como frontera simbólica

Así como la galera condensaba en su trayecto la convivencia de lo múltiple —curas, herreros, músicos, estancieros— la estación separa, jerarquiza, regula. Ya no hay encuentros fortuitos ni trayectos compartidos: hay clases preferenciales, boletos diferenciados, zonas de carga y de espera. Como señala Harvey, el capital necesita producir no solo mercancías, sino también espacios diferenciados, aptos para distintos usos y usuarios. La estación es una de esas divisiones del mundo, donde cada cuerpo tiene su lugar (y su tarifa).

La llegada del ferrocarril a Juárez en 1885 no puede entenderse al margen de este proceso global. De acuerdo con Eric Hobsbawm, el crecimiento exponencial de los tendidos férreos en las economías periféricas fue una de las formas que adoptó la expansión imperialista del capital europeo⁶⁶. Lejos de responder a necesidades locales, la red ferroviaria respondía a imperativos de exportación: sacar la lana, el cuero, la carne, hacia los puertos y de allí al mundo. La estación de Juárez, entonces, no conecta simplemente

pueblos: conecta una economía extractiva con el mercado mundial, subordinando la vida local a los ritmos del comercio internacional.

La carreta frente al tren. Producción y circulación en el régimen agroexportador



Ilustración 22 Carretas cargadas de lana esperan su turno en la estación del Ferrocarril Sud en Benito Juárez, en un momento en que la tracción a sangre persiste como tecnología de transporte, mientras el tren comienza a reorganizar los flujos de la producción lanar hacia el mercado mundial.

La imagen que se presenta, en la que dos grandes carretas arriban con sus cargas de bolsas de lana hasta las inmediaciones de la estación del Ferrocarril Sud en Benito Juárez, es una escena que condensa un momento decisivo en la historia del capitalismo argentino: el pasaje desde una economía pastoril y dispersa hacia una economía capitalista integrada al mercado mundial, cuya articulación logística gira ahora en torno al tren.

Las carretas, monumentales en su tamaño y esfuerzo, están detenidas. Sus ruedas desproporcionadas, su armazón recubierta con lonas, las decenas de caballos que las traccionan, todo sugiere una tecnología del pasado reciente que aún sobrevive en un presente que ya le ha fijado fecha de caducidad. Si la galera simbolizaba la movilidad colectiva y social, la carreta representa la circulación productiva, el transporte de bienes en bruto desde los centros de producción —las estancias laneras— hasta los nodos de salida: primero, las estaciones; luego, los puertos.

El ferrocarril como dispositivo de valorización

En el modelo agroexportador que se consolida desde 1880, la lana es más que una materia prima: es una mercancía estratégica, un insumo fundamental para la industria textil europea, especialmente inglesa. Como señala David Harvey, el capital no solo necesita materias primas, sino también estructuras logísticas que aseguren su fluidez, su disponibilidad y su transformación continua en valor. En ese contexto, el tren no es un medio de transporte: es un dispositivo de valorización del capital, que acorta tiempos, reduce costos, controla distancias y produce nuevos espacios de acumulación.

La carreta, en cambio, pertenece a una lógica anterior: lenta, irregular, dependiente de las condiciones del terreno, sujeta a las inclemencias del clima y a la disponibilidad de mano de obra local. Pero no por ello prescindible: en esta imagen, el sistema carretero y el ferroviario coexisten en tensión. Las carretas alimentan al tren. El trabajo humano y animal empuja la mercancía hasta el riel, donde será absorbida por la maquinaria capitalista. En ese gesto se juega una transformación profunda: la subsunción del trabajo tradicional en el circuito moderno del capital.

La espacialización de la economía: centro y periferia

Esta escena nos permite observar lo que Harvey denomina la producción social del espacio: el territorio ya no es un conjunto de caminos naturales ni un mapa de relaciones locales. Es un espacio reorganizado por el capital, donde cada punto se valora en función de su conectividad, su eficiencia logística, su utilidad económica. La estación de Juárez —de espaldas en la imagen— funciona como centro nodal, mientras que las estancias, las quintas, los puestos rurales y los pequeños talleres se subordinan a su órbita.

Aquí, como advierte Eric Hobsbawm, el desarrollo ferroviario no fue neutral ni equilibrado. Fue selectivo, planificado desde los intereses del capital británico y de las oligarquías locales: las líneas no conectaban pueblos entre sí, sino regiones productivas con puertos; no unían personas, sino productos⁶⁷. En Juárez, esta lógica se evidencia en la progresiva especialización lanera, en la expansión de los campos ovejeros, en la concentración de tierras y en la declinación de otras formas de producción y transporte.

Cuerpos invisibles, mercancías visibles

En la imagen, las bolsas de lana dominan el cuadro: abultadas, ordenadas, protegidas. En cambio, los cuerpos humanos —los peones, los conductores, los encargados de carga— aparecen dispersos, relegados al margen, como si fuesen una parte incidental de la escena. La mercadería ocupa el centro; el trabajo, la periferia. Es un gesto visual que anticipa la alienación típica del capitalismo industrial, donde el producto es visible, acumulable, cuantificable, y el trabajo que lo produce, en cambio, queda borrado de la imagen y del relato.

Tal como advierte Peter Burke, toda imagen histórica es un texto que hay que leer entre líneas: no solo lo que muestra, sino lo que silencia. Aquí, el dinamismo y la potencia de los bueyes, los caballos, los hombres de a pie, quedan detenidos justo antes del momento de descarga. No vemos el movimiento: solo la antesala de la entrega. Es una fotografía tomada al borde de la transformación: cuando la producción local se convierte en mercancía global, cuando el esfuerzo humano se convierte en vagón.

Epílogo: la carreta frente al tren

Esta imagen no es nostálgica ni pintoresca. Es política. Porque en ella se concentra la tensión entre dos formas de organizar el mundo: una, territorial, mestiza, popular, basada en el trabajo físico, la memoria oral y la proximidad. Otra, abstracta, centralizada, maquinal, basada en la propiedad, la velocidad y el mercado. La carreta no se opone al tren: lo alimenta. Pero lo hace a costa de su propia desaparición. Como tantas otras formas de vida, saberes y oficios en el avance del capitalismo, termina siendo absorbida, invisibilizada, reemplazada. Solo queda su imagen, detenida en la fotografía, para advertirnos que toda modernización tiene su costo.

Cuando el mapa reemplazó al camino



Ilustración 23 El mapa ferroviario de 1889 inscribe a Benito Juárez en la red radial del Ferrocarril Sud, transformando el territorio en mercancía y subordinando la pampa a la lógica del capital y del Estado que, bajo la promesa de progreso, convierte distancias en tiempo y caminos en rieles.

El mapa de las líneas férreas de la República Argentina de 1889, incluido en la Guía Kraft, no es un mero registro técnico de infraestructura: es, ante todo, una representación ideológica del territorio nacional. Lo que vemos —y lo que no vemos— en esa imagen es el resultado de una lógica de poder que, como bien analizan David Harvey y Fermín Rodríguez⁶⁸, transforma el espacio para hacerlo funcional a los intereses de acumulación capitalista, control estatal y disciplinamiento social.

Desde la óptica de Harvey, el ferrocarril no es simplemente un medio de transporte, sino un dispositivo material central en el proceso de "aniquilación del espacio mediante el tiempo": un intento del capital por superar sus propias barreras espaciales, acelerando el flujo de mercancías, personas e información. En otras palabras: para que el capital se reproduzca, debe comprimir el tiempo y dominar el espacio. Y ese dominio requiere, necesariamente, una forma visual, técnica y planificadora: el mapa.

Desde la mirada de Rodríguez, el mapa ferroviario también es parte de la empresa moderna y estatal de producción del territorio. Si Sarmiento veía en el ferrocarril un agente civilizador, y en la llanura un espacio vacío sobre el que trazar la ley, entonces este mapa es la manifestación gráfica de esa voluntad política: transformar el "desierto" en "nación", la pampa en red, la dispersión en jerarquía⁶⁹.

El mapa de 1889 traza una red centrada en Buenos Aires, consolidando el modelo radial y exportador que organizó la economía argentina en el siglo XIX. Desde la capital, los rieles irradian hacia la periferia, configurando un espacio que no es homogéneo, sino profundamente jerárquico. Cada trazo, cada línea, cada bifurcación, expresa un orden: el de los centros y las márgenes, el de los nodos dominantes y los puntos subordinados, el de los centros de decisión y los territorios extractivos.

En este sistema, Benito Juárez aparece como un nodo menor, incorporado a la red en 1885 con la llegada del Ferrocarril Sud. Pero esa incorporación, lejos de ser un gesto de integración inocente, es parte de un movimiento más profundo: la subordinación del espacio local a la lógica nacional e internacional del capital. A partir de ese momento, Juárez deja de ser únicamente un punto aislado en la frontera ganadera y se convierte en parte funcional del circuito agroexportador, contribuyendo con sus lanas, cueros y cereales a la acumulación centrada en el puerto y, por extensión, en el mercado mundial.

Así, lo que el mapa muestra es una geografía del poder: una red impuesta desde arriba, que redefine las condiciones de posibilidad del desarrollo local, establece nuevas dependencias y visibiliza una estructura vertical y asimétrica del país. Esta red no sólo transporta mercancías: transporta sentidos, valores, formas de vida. Define quién puede circular y quién debe esperar, quién accede al mercado y quién queda fuera, quién se beneficia y quién se sacrifica en nombre del "progreso".

La inscripción de Benito Juárez en el mapa nacional de líneas férreas no implicó solamente un cambio en la infraestructura del transporte, sino una transformación radical en su configuración social, económica y simbólica. Al llegar el tren, no sólo llegaron mercancías y personas: llegaron nuevas formas de disciplinamiento espacial y temporal, nuevas jerarquías, nuevas representaciones del lugar.

Volvamos, entonces, a los conceptos de Harvey y Benjamin. El ferrocarril cumple un doble movimiento: reduce las distancias físicas de acuerdo con el tiempo necesario para recorrerlas y reorganiza la vida cotidiana mediante cronogramas, horarios y calendarios productivos. El tiempo agrario, ligado al clima y a los ciclos naturales, queda subordinado a la regularidad del reloj ferroviario. Esta disciplina horaria no equivale por sí misma al tiempo homogéneo y vacío de Benjamin. Aquel concepto nombra una representación de la historia como sucesión lineal, mensurable y orientada hacia un progreso que parece inevitable. La modernización ferroviaria articuló ambos niveles: impuso una regulación material del tiempo y ofreció una imagen histórica en la cual cada avance técnico aparecía

como un nuevo peldaño del desarrollo.⁷⁰

La imagen de la estación, vista anteriormente, cristaliza este nuevo régimen: un espacio regular, arquitectónicamente normado, habitado por actores diferenciados (jefes de estación, empleados ferroviarios, comerciantes, viajeros), todos ellos sometidos a la lógica del reloj y del ticket. Y ahora, el mapa complementa esa escena, mostrándonos que esa regularidad no es casual ni local, sino parte de un entramado nacional y global.

Desde la perspectiva crítica de Fermín Rodríguez, el mapa no sólo traza rutas: traza sentidos sobre el territorio. El ferrocarril "rellena" el desierto; convierte lo informe en forma, lo múltiple en grilla, lo indeterminado en nomenclatura. De allí que esta imagen cartográfica no sea neutra: es una intervención política y cultural sobre la tierra, que responde a una lógica colonial del espacio. El mapa es, en este contexto, una forma de discurso, un artefacto de poder que define lo visible, lo pensable y lo habitable.

La modernización ferroviaria, por tanto, no se puede entender como simple "progreso". Fue, más bien, una operación territorial de conquista, esta vez con rieles en vez de armas, con ingenieros en lugar de soldados. Como tal, tuvo consecuencias materiales y simbólicas: redefinió las economías locales, homogeneizó los paisajes, suprimió trayectos informales, impuso nuevas centralidades y dejó nuevas periferias.

En el caso de Juárez, la llegada del tren no abolió el viejo orden rural, pero lo subordinó a un orden superior, abstracto y mercantil, al cual los pueblos del interior debían adaptarse si querían sobrevivir. Así, los caminos de tierra se convirtieron en apeaderos, los galpones en depósitos de carga, las tramas comunales en grillas fiscales. El ferrocarril no trajo el futuro: trajo un presente sin retorno, que reconfiguró completamente la vida rural.

La línea recta como promesa | El tiempo atado al silbato del tren

Con la llegada del ferrocarril, el tiempo dejó de ser clima y el espacio dejó de ser suelo. Lo que antes era recorrido —camino, posta, vaivén— pasó a ser trayectoria recta y medida, insertada en un plan nacional. El mapa reemplazó al relato; el riel, a la huella. Desde entonces, ya no se viajaba sólo con las patas del caballo, sino con los ojos del ingeniero. El pueblo fue una estación más. Y en el vagón del tren, también viajaban la ley, el mercado y la historia.

Al finalizar este capítulo no deseamos clausurar el sentido de lo narrado, sino abrirlo al diálogo con el presente. Invitamos a leer los mapas no como verdades, sino como huellas del poder, a mirar las estaciones no solo como infraestructura, sino como archivos del tiempo, y a preguntarnos, todavía hoy, qué mundos quedaron al margen de esos rieles rectos y silenciosos. ¿Qué formas de vida, de movilidad y de relación con el entorno fueron anuladas o deslegitimadas por la nueva lógica ferroviaria? ¿Quiénes ganaron y quiénes perdieron con la inserción del pueblo en la red nacional de transporte? ¿Cómo se transformó el sentido del "centro" y la "periferia" tras la instalación del riel? ¿A qué centro

pasó a responder Benito Juárez? ¿Qué tensiones dejaron estos cambios en la memoria local, en los relatos fundacionales, en los vínculos con el territorio? ¿Es posible hoy pensar otros modos de habitar el espacio que no estén regidos por la velocidad, la eficiencia y la rentabilidad?

Postscriptum / Posdata del paisaje

Persistencias: ruinas del progreso, la memoria del hierro

En un rincón del entramado urbano de Benito Juárez, ocultas entre árboles desnudos y el óxido que muerde lentamente el metal, subsisten aún algunas huellas de la era ferroviaria. No son ya los trenes los que atraviesan la llanura ni los silbatos los que marcan el ritmo del día. En su lugar, se erige el silencio, perforado tan solo por el viento que se filtra entre estructuras abandonadas. La torre del tanque de agua, todavía en pie, se recorta contra un cielo intenso, como último vestigio de una infraestructura diseñada para la aceleración y el control. A su lado, un molino de hierro forjado se yergue como si fuera parte del decorado de otro siglo.



Ilustración 24 El tanque y los molinos de agua en Benito Juárez son vestigios donde el pasado se manifiesta como presencia y ausencia, símbolos de una modernidad inconclusa que intentó dominar el espacio y el tiempo. Foto: César Marini

Estos restos no son simplemente escombros industriales ni piezas de museo a cielo abierto. Son fragmentos de una promesa inconclusa, residuos del proyecto civilizatorio que soñó con conquistar el espacio por medio del tiempo, como lo formulara David

Harvey. Y son también, en los términos de Andreas Huyssen, ruinas auténticas de la modernidad, aquellas en las que el pasado aparece simultáneamente como presencia y como ausencia: un presente residual que ya no cumple función pero aún porta sentido⁷¹.

En la ruina ferroviaria, el tiempo se ha sedimentado. Su deterioro no es un accidente sino un signo. Los objetos —las palancas herrumbradas, los hierros con inscripciones extranjeras como Fazakerley Liverpool o Blakeborough— dan cuenta de un tiempo globalizado antes de que la globalización se volviera un concepto dominante. Cada inscripción, cada tuerca y cada remache hablan de redes transoceánicas, de capitales británicos, de ingeniería imperial, de la mundialización del espacio pampeano. Pero ya no hay trenes. Solo queda la materia, desgastada, resistiendo al olvido.



Ilustración 25 Las ruinas ferroviarias de Benito Juárez son vestigios materiales de un tiempo globalizado, evidencia silenciosa de redes transoceánicas e ingeniería imperial que transformaron la pampa en nodo del capitalismo mundial.



Ilustración 26 La estética de la ruina, lejos de ser un simple recuerdo nostálgico, revela la resistencia de la historia clausurada y la capacidad crítica para interrogar las promesas incumplidas de la modernidad.

La ruina —explorada por Piranesi en el siglo XVIII y convertida por Walter Benjamin en una figura crítica de la modernidad— no expresa solamente fracaso. Constituye un fragmento histórico en el cual la promesa de progreso pierde su apariencia de continuidad. El tanque no es bello en un sentido convencional; su fuerza reside en la precariedad, en la resistencia material y en la capacidad de hacer visible una historia que el presente podría considerar clausurada. Huyssen permite distinguir esta lectura de una nostalgia que idealiza el pasado: la ruina puede sostener una memoria reflexiva que examine tanto lo perdido como las contradicciones del proyecto que la produjo.^{72, 73}

En ese sentido, estos vestigios ferroviarios no representan tanto una nostalgia por el tren en sí, sino por el horizonte de futuro que el tren encarnaba. Por eso, las ruinas ferroviarias de Juárez no deben pensarse solamente como remanentes de infraestructura, sino como monumentos de la derrota del progreso lineal: en ellas reverbera la pregunta sobre los límites de la modernidad técnica, sobre el olvido de las promesas no cumplidas, sobre la violencia del trazado rectilíneo que impuso un ritmo homogéneo y mecánico a una geografía hasta entonces plural, diversa, incluso errática.



Ilustración 27 Estos restos no solo evocan la infraestructura perdida, sino también la derrota del progreso lineal, cuestionando la violencia del tiempo homogéneo impuesto sobre una geografía diversa y errática.

Pero no todo en estas ruinas remite al pasado. Su misma presencia en el presente —como objetos que interrumpen la continuidad de un entorno transformado— activa una forma de memoria crítica, de esas que Huyssen define como "fragmentos que nos devuelven imágenes de futuros posibles que nunca llegaron". En este sentido, las ruinas del tren en Juárez pueden leerse como arquitecturas del intervalo, como dispositivos que nos obligan a detenernos, a desandar la linealidad del relato fundacional, a interrogar lo que quedó fuera del marco optimista de la historia oficial.

Estos restos constituyen también un archivo material del capital. El tanque, la señal, las grúas y los herrajes conservan la huella de la función que alguna vez cumplieron. Sin embargo, la corrosión no habla por sí sola ni forma automáticamente una constelación. La constelación aparece cuando el presente relaciona esos fragmentos con las promesas, las jerarquías y las derrotas del orden ferroviario. La investigación interrumpe entonces la cronología que conduce de manera lineal desde la galera hasta el tren y desde el tren hasta el abandono. En esa detención, la ruina deja de ser un residuo pasivo y se convierte en una imagen desde la cual el pasado cuestiona la confianza ciega en el desarrollo.^{74, 75}

La nostalgia que despiertan —si se la piensa reflexivamente— no es un retroceso sentimental, sino una forma de pensar el tiempo desde la ruina, como aquello que permite volver a mirar la historia sin la anestesia del progreso. Son una suerte de "cadáver exquisito" de la modernidad pampeana, que conserva, sin embargo, la capacidad de

recordarnos que todo orden es contingente, toda infraestructura, perecedera, y que no hay territorio sin conflicto ni técnica sin política.

El ferrocarril, cuya presencia una vez organizó el espacio de Benito Juárez —estableciendo ritmos, orientaciones, accesos y exclusiones—, hoy sobrevive como ruina material y huella sensible, no solo del trazado de los rieles, sino del orden social que los sostenía. El hierro vencido por el óxido, las torres vacías, las vías ciegas, no son restos inocentes: su persistencia es la de un lenguaje que aún habla.

Y lo que dice no es simplemente lo que fue, sino lo que no llegó a ser.

La estación del tren: ruinas visibles de una modernidad inconclusa

A diferencia del óxido filoso del hierro que denuncia el paso del tiempo en las antiguas estructuras de señalización y abastecimiento, los ladrillos de la estación, aún firmes en sus líneas y aristas, insisten con su presencia física en recordarnos una arquitectura estatal del orden. El edificio del ferrocarril no fue sólo un punto de llegada y partida: fue también un centro de administración territorial, una caja de resonancia del lenguaje técnico del progreso y una expresión en clave edilicia del proyecto civilizatorio.



Ilustración 28 La ruina de la estación, más que abandono, es un testimonio ambiguo donde convergen la racionalidad humana y la fuerza inexorable del tiempo. Los ladrillos de la estación ferrocarril sud en Benito Juárez sostienen la memoria material de un proyecto político que buscó imponer un orden homogéneo y duradero al territorio pampeano.

Tal como advierte Georg Simmel, la ruina es "la forma en que el espíritu humano y la naturaleza sellan un pacto ambiguo": lo construido por la racionalidad y el cálculo se ve devorado lentamente por fuerzas que escapan al control humano⁷⁶. Pero, a diferencia de

los objetos metálicos que caen en el campo de la entropía industrial, los edificios ruinosos contienen todavía la promesa de una relectura crítica. En los ladrillos de la estación, su alineación precisa, las proporciones simétricas de sus aberturas y la jerarquía de su volumen expresan una voluntad de estilo que no fue estética, sino política: la voluntad de imponer una forma homogénea al territorio.

Gillian Rose sugiere que los paisajes son "textos" atravesados por relaciones de poder: lo que permanece, lo que se preserva, lo que se olvida⁷⁷. En este sentido, las estaciones ferroviarias de pueblos como Benito Juárez, aun cuando ya no operan como nodos centrales de movilidad, continúan funcionando como emblemas sedimentados del Estado liberal decimonónico, fijando en su arquitectura la memoria del trazado territorial capitalista.

Por eso, no es menor que estos edificios hayan sido construidos con ladrillos: no sólo por su resistencia y bajo costo, sino por el mensaje de duración, de permanencia y de organización modular que expresan. La estación era una forma de disciplinar el espacio, de fijar un centro, de crear un eje. Y aún hoy, en su aparente silencio, sus muros continúan hablándonos desde la ruina, como advierte Andreas Huyssen, en tanto testigos de un pasado que se niega a clausurarse del todo. La nostalgia que despiertan no es mero sentimentalismo: es una forma reflexiva de memoria, una invitación a pensar las promesas incumplidas del pasado moderno y los restos materiales de su hegemonía.



Ilustración 29 Estación ferrocarril, Benito Juárez. Foto: Arq. Alicia Lapenta (década del 80). Esta fotografía forma parte de una colección fotográfica que fue registrada durante una jornada realizada por ICOMOS.

La arquitectura de la estación de Juárez —observable en las fotografías, tanto históricas como contemporáneas— se inscribe en el canon tipológico del lenguaje ferroviario inglés que el Estado argentino adoptó desde fines del siglo XIX para los pueblos de campaña. El edificio, construido en ladrillo visto, responde a una estética funcionalista y austera, pero no por ello exenta de monumentalidad simbólica. La forma simétrica y alargada, compuesta por cuerpos consecutivos de una sola planta, con techos a dos aguas y remates en forma de frontones triangulares, configura una silueta severa y perfectamente reconocible, casi canónica en su repetición por otras estaciones del interior.

Los módulos constructivos articulan funciones específicas —boletería, sala de espera, oficina telegráfica, despachos administrativos y sector de encomiendas—, todos conectados por la galería de andén, techada con una marquesina metálica sostenida por columnas delgadas y espaciadas con regularidad, que funciona como transición entre el edificio y las vías. Este diseño permite pensar, como ha estudiado Lauro Zavala, en una lógica del umbral: el pasaje entre lo local y lo nacional, entre el tiempo del pueblo y el ritmo del capital.

Las aberturas altas y verticales, enmarcadas por arcos rebajados y protegidas por rejas de hierro, no sólo dotan de ventilación e iluminación a los espacios interiores, sino que refuerzan la sensación de control, vigilancia y solidez institucional. El uso del ladrillo no es un detalle menor: además de su economía, refuerza una imagen de permanencia, de obra pública duradera, de racionalidad ordenadora.



Ilustración 30 Estación ferrocarril, Benito Juárez. Foto: Arq. Alicia Lapenta (década del 80). Esta fotografía forma parte de una colección fotográfica que fue registrada durante una jornada realizada por ICOMOS.

Incluso los elementos ornamentales son mínimos pero significativos: los frisos, cornisas y molduras sencillas que coronan el perímetro superior remiten a una estética de la sobriedad, funcional pero no desprovista de intención simbólica. En conjunto, esta arquitectura constituye un verdadero dispositivo espacial estatal, un artefacto que, más allá de su función técnica, expresa un poder disciplinador, centralizador y organizador del espacio, acorde al proyecto territorial del Estado argentino liberal-oligárquico.

Al mantenerse en pie —aunque vaciada de su función original—, esta estación interpela al presente como testigo material de una forma de habitar, conectar y gobernar el territorio, hoy obsoleta, pero aún presente en su materialidad persistente. Su contemplación nos obliga a pensar no solo lo que fue, sino lo que ya no será, activando esa nostalgia reflexiva que, en palabras de Andreas Huyssen, no busca restaurar un pasado idealizado, sino comprender las ruinas como preguntas abiertas al porvenir.



Ilustración 31 Estación ferrocarril, Benito Juárez. Foto: Arq. Alicia Lapenta (década del 80). Esta fotografía forma parte de una colección fotográfica que fue registrada durante una jornada realizada por ICOMOS

En este marco, la arquitectura ferroviaria ruina no es sólo un objeto del pasado: es un artefacto cultural cargado de historicidad, una inscripción territorial que permite pensar críticamente las formas que adquirió la modernidad periférica y los rastros que aún imprime sobre nuestras ciudades.

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Qué formas de encuentro, trabajo y experiencia del paisaje se transformaron cuando el tiempo irregular de la galera y la carreta fue reemplazado por el tiempo uniforme del ferrocarril?
- 02** ¿Las ruinas ferroviarias representan solamente la pérdida de un medio de transporte o también el agotamiento de una determinada promesa de progreso?

Notas

- 64. (Burke, 2005, págs. 11-24 Introducción)
- 65. (Burke, 2005, págs. 129-146 Cap. VI. Visiones de la sociedad)
- 66. (Hobsbawm, 2009, págs. 65-94 Cap. III La era del imperio)
- 67. (Íbid. pág. 71)
- 68. (Rodríguez, 2010, págs. 21-31 Introducción al espacio)
- 69. (Rodríguez, 2010, pág. 264)
- 70. Harvey, 1990; Benjamin, 2009, Tesis XIII y XIV.
- 71. (Huyssen, 2006)
- 72. Giovanni Battista Piranesi fue un artista, arquitecto y grabador italiano, nacido en Mogliano Veneto en 1720 y fallecido en Roma en 1778. Piranesi se destacó principalmente por sus grabados de vistas de Roma y de ruinas de la Antigüedad clásica, los cuales tuvieron un impacto considerable en la cultura visual europea del siglo XVIII. Sus obras reflejan una visión monumental, dramática y a veces fantástica de las ruinas romanas, integrando una perspectiva que conjuga la arqueología con una sensibilidad estética que anticipa el romanticismo. Entre sus obras más conocidas se encuentran: – “Vedute di Roma” (Vistas de Roma): una serie de grabados que representan con gran detalle y dramatismo las ruinas romanas, plazas, iglesias y monumentos de la ciudad.– “Carceri d’invenzione” (Cárceles imaginarias): una serie de grabados que representan espacios arquitectónicos ficticios y laberínticos, de atmósfera oscura y grandiosa, en los que se mezclan escaleras imposibles, arcos colosales y estructuras complejas. Estas cárceles han sido interpretadas como una reflexión sobre el poder, el espacio y la opresión, y han influido en el arte, la arquitectura y la literatura posteriores.
- 73. Benjamin, 1972, págs. 123-170; Huyssen, 2006, págs. 6-21.
- 74. (Benjamin, Obras Libro 1 / Vol. 2, 1972, págs. 123-170 Sobre algunos temas en Baudelaire)
- 75. Benjamin, 2009, Tesis V, VI y XVII.
- 76. (Simmel, 1935)
- 77. (Gilliam, 2020, pág. 54)

Arquitecturas del orden

Instituciones, cuerpos y ciudadanía

Instituciones, cuerpos y ciudadanía

Toda fundación política requiere un espacio físico donde inscribir su legalidad. El pueblo, trazado en 1874 por el agrimensor José María Muñiz mediante una cuadrícula de líneas rectas, debía poblarse de símbolos, normas y rituales que anclaran el nuevo orden. Así, entre las primeras acciones del Estado y de las élites locales tras la mensura del ejido urbano, aparece la construcción de un conjunto de instituciones que, más que edificios, son tecnologías de organización del tiempo, del cuerpo y de la memoria colectiva.

La iglesia, el palacio municipal, la comisaría, la escuela y la plaza pública no son meras "necesidades" urbanas: son, en palabras de Michel Foucault, dispositivos⁷⁸. Configuran una arquitectura del orden que separa lo sagrado de lo profano, lo legal de lo ilegal, lo instruido de lo ignorante. Cada una de estas instituciones cumple una función específica en el proceso de producción de ciudadanía, de domesticación del espacio y de reproducción de las jerarquías.

En este capítulo se propone una lectura crítica de esas instituciones a partir de los aportes de la historia social, la geografía crítica y la teoría del poder. Siguiendo el hilo conceptual que recorre esta obra, estas arquitecturas no son entendidas como respuestas neutrales a las necesidades de una comunidad, sino como formas materiales del poder estatal y clasista, que inscriben en el territorio las lógicas del disciplinamiento y la modernidad capitalista.

La plaza como aula abierta: pedagogía del espacio, rituales, bancos y caminos que enseñan a caminar

La plaza principal del pueblo de Benito Juárez fue, como en tantas otras fundaciones decimonónicas, el corazón simbólico del trazado urbano. Ubicada en el centro de la cuadrícula, delimitada por avenidas simétricas y flanqueada por las instituciones clave, la plaza no es solo un espacio público: es el lugar donde se escenifica el ideal de comunidad que el nuevo orden político necesita.

Desde la perspectiva de David Harvey, la plaza responde a la necesidad del capital de producir espacios legibles y utilizables, capaces de concentrar circulación, vigilancia y simbolismo. Es allí donde se concentran los tiempos sociales: el descanso dominical, los

actos patrios, los sermones, las ferias, los desfiles. Pero también es donde se concentran los signos del poder: el mástil, el monumento, la banca municipal, la mirada policial.

Si el rancho era un mundo cerrado, íntimo, ambiguo, la plaza es un espacio abierto, normado, regulado. Y si el gaucho transitaba sin rumbo preciso, la plaza lo fija en un punto visible, vigilado y vigilante. La plaza separa —quién puede estar, cuándo, cómo— y también impone una noción de tiempo social: el día del desfile, la hora del izamiento, el recreo escolar, el toque de queda no escrito.

La centralidad de la plaza en el trazado de Juárez no puede dissociarse de la lógica estatal que —siguiendo a Foucault— genera visibilidad para controlar, que transforma lo público en escenario pedagógico. El pasto recortado, los canteros geométricos, las estatuas, los bancos, los caminos delimitados: todo eso habla de una estética de la regularidad, que materializa la autoridad en el paisaje.

A diferencia del descampado o el monte —espacios de fuga o resistencia—, la plaza está pensada para fijar, ordenar, ritualizar. Es, por tanto, el contrapunto urbano del desierto: allí donde antes había incertidumbre, ahora hay simetría. Y allí donde hubo toldos, fogones y guitarras, ahora hay himnos, banderas y escuelas.

La plaza Independencia como símbolo de orden y sociabilidad dirigida

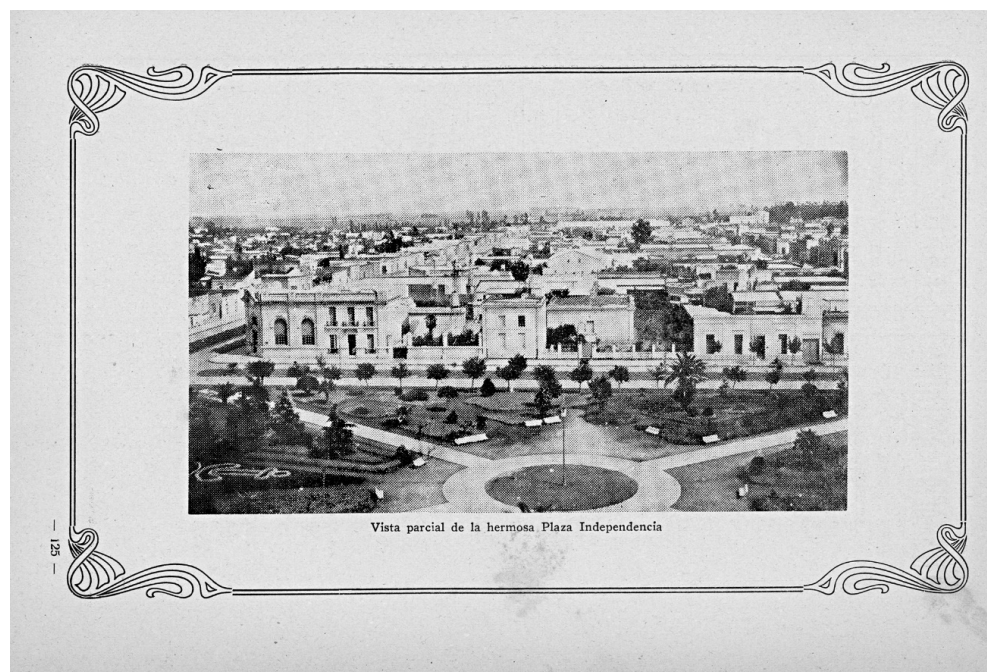


Ilustración 32 'Vista parcial de la plaza independencia' en Benito Juárez, espacio urbano diseñado para articular y proyectar el poder estatal, concebida como centro cívico regulado, materializa el modelo de ciudadanía liberal mediante un diseño que condiciona las prácticas sociales y naturaliza las jerarquías.

La imagen aquí incorporada ofrece una vista parcial de la Plaza Independencia de Benito Juárez, tomada en las primeras décadas del siglo XX, cuando los primeros pliegues del tiempo fundacional comenzaban a solidificarse en monumentos, árboles simétricamente dispuestos y edificios institucionales. Al frente, la cámara recoge con claridad el edificio del Banco de la Nación Argentina, y contiguo a él, la Escuela Primaria N.º 1, ambos emplazamientos clave de la arquitectura estatal, elementos que, como subraya Graciela Favelukes⁷⁹, integran un complejo de "saturación de funciones" características del modelo de plaza heredado del urbanismo colonial y reconfigurado por el proyecto moderno.

El pueblo, trazado en 1874 por el agrimensor José María Muñiz, fue imaginado desde sus orígenes como un espacio de líneas rectas, bordes definidos y funciones jerarquizadas. Dentro de esa cuadrícula racional se reserva a la plaza un rol central y ordenador, no sólo en términos geográficos sino simbólicos: es el espacio donde se ancla la idea de comunidad civilizada, donde se escenifica el poder del Estado y se proyectan las normas de la república. La plaza no es un vacío accidental ni un remanente de lo no-edificado: es, como señala Favelukes, una estructura de significación densa, pensada para "condicionar las interacciones sociales" y producir sociabilidad controlada.

Así, la Plaza Independencia no se concibe como lugar espontáneo de reunión, sino como espacio regulado de prácticas públicas. Bancos, caminos curvos y arboleda señalan los lugares permitidos para el paseo, la observación, la espera o la celebración. La propia ausencia, en esta fotografía, de los edificios de la iglesia, la comisaría y la municipalidad —ubicados en la cuadra desde donde se tomó la imagen— no resta fuerza a su presencia simbólica: esas instituciones actúan como bordes morales y disciplinadores del centro cívico, flanqueando y sosteniendo el modelo de ciudadanía que la plaza materializa.

En el marco de este análisis, es clave recordar que la plaza no es sólo una forma urbana, sino también un espacio performativo. Allí se realizan los rituales del poder: desfiles escolares, ceremonias patrióticas, actos religiosos o incluso silenciosas manifestaciones de jerarquía social en el mero acto de pasear o sentarse. A medida que se consolida el orden capitalista y se profundiza la especialización funcional del espacio urbano, la plaza se convierte —como lo advierte Favelukes— en un ámbito cada vez más simbólico y menos integrador. De articulador intergrupar pasa a ser, progresivamente, un escenario intragrupal, en el que las clases dominantes exhiben su presencia y la estetización del espacio reemplaza la diversidad de usos populares.

La fotografía nos muestra, en este sentido, una plaza "decorada", "civilizada", "domesticada", destinada a representar la estabilidad de un orden social emergente. La vegetación ordenada, los caminos circulares, los bancos blancos repetidos y la simetría del diseño contribuyen a esa estetización que naturaliza la jerarquía. Las plazas, nos recuerda Favelukes, fueron lugares de castigos públicos, de mercados abiertos, de ejecuciones y griteríos populares. Pero aquí, ya transformada por el tiempo republicano y la visión del

progreso, la plaza se convierte en paseo, en símbolo, en postal. Ya no integra lo diverso: selecciona, decora y exhibe.

Al igual que en las capitales provinciales o en Buenos Aires, donde el ferrocarril, los jardines y las estatuas reemplazan al bullicio y la venta callejera, en Benito Juárez también la plaza se convierte en una inscripción visual de la modernidad ordenadora, un lugar donde el tiempo avanza al ritmo del reloj de la escuela y la autoridad emana de los muros bancarios. Aquí no hay margen para el desvío, el juego improvisado o el conflicto. La plaza representa, en su orden visible, el orden invisible del poder.

Epílogo: preguntas abiertas

La plaza, como espacio inaugural de la sociabilidad urbana, funcionó desde su trazado como centro simbólico del nuevo orden. Fue pensada para ser recorrida, contemplada, reglamentada. Pero más allá de su geometría simétrica, de sus bancos alineados y de sus monumentos conmemorativos, la plaza también guarda tensiones no resueltas, usos impensados, apropiaciones no previstas.

A modo de cierre abierto, proponemos algunas preguntas para repensar ese cuadrado verde en el corazón de Juárez: ¿qué cuerpos estaban autorizados —y cuáles no— a circular, descansar o hablar en la plaza en sus primeras décadas? ¿Cómo se normativizó el uso del espacio público en función de valores como la decencia, la higiene, la respetabilidad? ¿Qué papel jugó la plaza en la construcción de una pedagogía visual del orden, donde cada elemento del paisaje (el césped, los senderos, el mástil) modelaba también una forma de ver y de estar? ¿Qué memorias se preservaron en sus monumentos, y qué otras fueron silenciadas en sus márgenes? ¿Cómo convivieron en ese mismo espacio el banco del jubilado, el juego del niño, la sombra del policía y el paso ceremonial del desfile escolar?

Porque la plaza no fue solo un jardín: fue un escenario donde se ensayó la nación en miniatura. Y por eso mismo, aún hoy, interroga nuestras formas de habitar el espacio común.

La letra con Estado entra

La escuela como frontera interior: alfabetizar el ciudadano, disciplinar los cuerpos

El pueblo de Benito Juárez, trazado en 1874 por el agrimensor José María Muñiz, no solo dibujó sobre la llanura una cuadrícula de calles rectas: inscribió una nueva lógica territorial, anudada a los proyectos de Estado, capital y civilización. Dentro de esa lógica, la escuela pública fue una de las instituciones clave para internalizar la autoridad, reproducir el orden y modelar el tiempo de la ciudadanía. Fue, como plantea Lucía Lionetti, una frontera simbólica: no entre dos países, sino entre dos modos de vida, dos sistemas de saber y de legitimidad.



Escuela No 1 con sus directoras y alumnos de ambos sexos

Ilustración 33 'Escuela N° 1 con sus directoras y alumnos de ambos sexos', un espacio clave en la consolidación del proyecto estatal de civilización, donde se internalizaba la autoridad y se modelaba el tiempo social de la ciudadanía liberal emergente.

Mientras el mapa avanzaba con rieles, mojones y registros de propiedad, la escuela avanzaba con lápices, bancos, cuadernos, campanas y timbres. Y si la cuadrícula trazada por Muñiz organizaba el espacio exterior, la escuela buscaba ahora ordenar el espacio interior de los sujetos, transformando costumbres, saberes y prácticas sociales en nombre de la civilización.

Los datos históricos de Benito Juárez reflejan con claridad este movimiento. Apenas unos años después de la traza fundacional, hacia 1878, la Comisión Municipal crea el primer Consejo Escolar, con vecinos notables como Ángel Zibecchi y Adolfo Martínez. En una carta enviada al entonces Director General de Escuelas, Domingo Faustino Sarmiento, Martínez informa sobre la existencia de dos escuelas particulares —una de niñas y otra de varones— que no cumplían con las condiciones legales, por lo que solicita la creación urgente de escuelas públicas. En menos de una semana, Sarmiento responde con celeridad burocrática y convicción ideológica: deben abrirse escuelas oficiales, con fondos públicos y maestros diplomados. La educación, insiste, no puede depender de esfuerzos aislados o de la benevolencia de particulares: debe ser una política del Estado.

Así, el 16 de marzo de 1879, se inauguran formalmente las primeras escuelas oficiales de Juárez, con Carmelo Álvarez como maestro de varones y Rita Bedoya como maestra de niñas. Los antiguos preceptores particulares —Domingo Fontana y Máxima Velásquez— pasan a ocupar roles secundarios. Se inscriben 275 alumnos, en un pueblo que aún era poco más que una promesa cartográfica. Para 1881, ambas instituciones se integran bajo la denominación de Escuela N.º 1, signo de que el número (el inventario, la clasificación, el archivo) comenzaba a normar lo que antes eran nombres y relaciones.

Este proceso local expresa, en miniatura, la estrategia estatal por estandarizar el tiempo y homogeneizar el espacio, tal como ha planteado David Harvey. La escuela, a través del timbre, el horario fijo, el programa oficial, el uniforme, las normas de aseo y comportamiento, impone una temporalidad regular que contrasta con el ritmo del rancho, del campo, del trabajo doméstico. Al mismo tiempo, sus paredes definen un nuevo adentro, separado del mundo exterior, donde se habilita el lenguaje del Estado: la escritura, la lectura, la historia patria, la aritmética, los símbolos nacionales.

Desde el enfoque de Foucault, podría decirse que la escuela no es solo un espacio educativo, sino un dispositivo de control social, una tecnología política de la infancia. A través del mobiliario, la distribución de cuerpos en filas, el acto de levantar la mano, el uso del pizarrón y el cuaderno, se organizan no solo los saberes, sino también las posturas, las voces, las emociones. En palabras de Norbert Elias, la escuela participa en la "civilización de las costumbres", enseñando a contener impulsos, a esperar el turno, a controlar el cuerpo y someterlo al ritmo institucional⁸⁰.

Pero esta civilización no era abstracta ni universal. En Benito Juárez, la escuela formaba parte de un ecosistema de poder: se ubicaba cerca de la comisaría, la plaza, la iglesia, el palacio municipal y el banco, y funcionaba como puente entre el mundo rural disperso y la autoridad centralizada. A partir de 1883, surgen escuelas rurales en los cuarteles, como la Escuela N.º 3 (dirigida por Eusebio de Urraza) y la N.º 2, dirigida por Juan Sánchez. También se consolidan las primeras directoras mujeres como Máxima Rodríguez de Velásquez, a cargo de la Escuela N.º 10 en 1889. En todos los casos, se observa una progresiva formalización: nuevas sedes, donaciones de terrenos, registro de alumnos, división por grados. El espacio educativo se vuelve más rígido, más institucional, más estatal.

Y con él, también cambian los vínculos sociales. La relación pedagógica sustituye a la relación familiar o comunitaria. La autoridad escolar reemplaza al consejo del mayor. El saber práctico del gaucho y del peón es reemplazado por el saber abstracto, racional, codificado del aula.

La escuela en Benito Juárez, entonces, no fue una consecuencia natural del crecimiento demográfico, sino una herramienta política para consolidar la soberanía del Estado nacional sobre la frontera interna. Fue un acto de pedagogía territorial. Un modo de construir argentinos no solo por nacimiento, sino por instrucción, disciplina y obediencia normativa.

La escuela como campo de legitimación: disciplina, honor y reproducción en los orígenes del sistema educativo juarense

Desde la fundación del Partido de Benito Juárez en 1867 y su traza urbana en 1874, el espacio educativo comenzó a delinearse no sólo como una infraestructura, sino como una institución clave en el proceso de conformación del orden social. Tal como señala Pierre Bourdieu, la escuela no es simplemente un lugar de instrucción neutral, sino un campo de lucha simbólica, donde se disputa qué saberes son legítimos, qué normas son deseables y qué cuerpos son educables.

Los primeros pasos de la educación en Juárez, registrados hacia 1875 con escuelas particulares dirigidas por Domingo Fontana y Máxima Velázquez, fueron formas incipientes de alfabetización en una sociedad aún atravesada por estructuras rurales, jerarquías de sangre y redes vecinales más informales que institucionalizadas. Pero ese

germen se transformó rápidamente con la llegada del Consejo Escolar en 1878, la instalación de las primeras escuelas públicas en 1879, y el establecimiento de una red creciente de instituciones tanto en el casco urbano como en las zonas rurales.

El presupuesto educativo aprobado por Sarmiento y el porcentaje obligatorio de las rentas municipales (15%) constituyeron no sólo una herramienta de financiamiento, sino un mecanismo para insertar al municipio en un circuito de control estatal centralizado. Desde el Consejo General de Educación se enviaban circulares que exigían cumplimiento irrestricto de la Ley de Educación Común, bajo amenaza de cierre de las escuelas o acciones legales. Las respuestas locales ante estos requerimientos fueron variadas, desde la colaboración y la gestión diligente de los Consejos Escolares —como se ve en las cartas dirigidas a Sarmiento y al Ministerio— hasta reclamos por falta de infraestructura, como la carta del presidente Esteban Duart pidiendo bancos por la "muchacha concurrencia de niños" en 1879.

Este entramado administrativo y legal, que se amplía en las décadas siguientes, revela que el sistema educativo juarense no fue un simple reflejo de una voluntad civilizadora abstracta, sino la puesta en práctica de un aparato de Estado que modela cuerpos, rutinas y expectativas sociales. Lo que Bourdieu denomina el "habitus escolar" comienza a consolidarse: puntuales registros de asistencia, partes de comportamiento, traslados de maestras entre escuelas, controles sobre la enseñanza religiosa, inspecciones a escuelas privadas, solicitudes de licencias médicas y pedidos de blanqueo edilicio conforman un universo donde el tiempo se racionaliza, el cuerpo se vigila y el conocimiento se jerarquiza⁸¹.

Uno de los documentos más significativos es la carta de la directora Javiera del Carmen Patiño en julio de 1904, solicitando la expulsión de un alumno violento. En ella se muestra claramente cómo la escuela deviene institución de control social, en la que la disciplina no es meramente pedagógica sino moral y espacial: controlar el recreo, los objetos (la piola) y el cuerpo (el castigo, la expulsión). En su respuesta, el comisionado Quadri exige que se hayan "empleado previamente todos los medios represivos individuales", citando el artículo 123 del Reglamento. Aquí se hace visible la estructura legal-burocrática del poder pedagógico, donde cada acción debe ajustarse a procedimientos formales, en un intento por transformar el juicio moral en una racionalidad administrativa.

La progresiva expansión de escuelas privadas desde 1880 —como el Colegio Salonio, el Colegio San José de las Hermanas Josefinas, el Colegio Italo-Argentino, la Escuela de La Invernada, y más tarde el Colegio de la Inmaculada Concepción y el Colegio La Salle— muestra la coexistencia (y en algunos casos, competencia) de distintos capitales culturales, religiosos y lingüísticos en el espacio educativo. Las hermanas francesas, los educadores italianos, los colegios de internado rural y urbano, con clases de piano, comercio y francés, consolidan un escenario de diferenciación social: la escuela no solo enseña a leer, sino a ocupar un lugar en el mundo.

A su vez, las cartas del comisionado Quadri en 1904 detallan con precisión esta regulación cotidiana: permisos para ausencias, reubicación de maestras, organización de exámenes, habilitación de enseñanza religiosa bajo condiciones estrictas, y participación de docentes en comisiones de inspección a colegios particulares. Estos documentos permiten visualizar lo que Bourdieu llamaría la microfísica de la dominación simbólica, donde el poder no se ejerce únicamente desde arriba, sino que se reproduce en la práctica ordinaria de cada boletín, cada banco y cada lección⁸².

La escuela, como destacan Pineau, Dussel y Caruso, no sólo transmite contenidos, sino que "forma sujetos modernos"⁸³. Es decir, moldea gestos, regula emociones, organiza el tiempo, dispone los cuerpos en bancos, las palabras en cuadernos y los silencios en reglamentos. La fotografía escolar de 1930 —con alumnos prolijos, en fila, uniformados— es una imagen del orden deseado, de la disciplina que la escuela impone y a la vez celebra. Como lo plantea Lucía Lionetti, la escuela no fue simplemente una respuesta al analfabetismo: fue una estrategia de gobierno de los cuerpos, de nacionalización de la infancia y de delimitación de lo aceptable⁸⁴.

Donde el saber se sienta en fila

Colegio de La Salle

Comienza sus actividades en el año 1911 por iniciativa del Presbítero Julio María Chienno, Cura Párroco de Juárez entre 1907 y 1916. Era un colegio exclusivamente para varones, donde se impartían materias como Lectura, Escritura, Aritmética, Contabilidad, Idioma Nacional, Historia, Geografía, Geometría y Dibujo, Instrucción Cívica, Conducta, Física, Química, Historia Natural, Francés, Italiano, Inglés, Piano, Religión, Urbanidad y Solfeo.

Durante la década de 1920, el colegio pasa a ser administrado por la congregación Hermanos de la Sagrada Familia de la ciudad de Tandil, y cambia su nombre a Colegio de la Sagrada Familia. Se mantiene activo hasta el año 1945.

El listado de materias no es neutral: expresa una visión del mundo, una idea de sujeto y una imagen del país que se pretendía formar. Se buscaba disciplinar el cuerpo (con urbanidad y conducta), organizar el pensamiento (con aritmética y contabilidad), forjar una sensibilidad estética (con música y dibujo), y asegurar la cohesión nacional (con historia, idioma nacional y religión). En ese currículum, la escuela emerge como aparato ideológico del Estado, al servicio de la formación de varones alfabetizados, obedientes y útiles para el orden social liberal.



Ilustración 34 Fotografía del aula del colegio La Salle en 1930, escenario del modelo pedagógico disciplinario que organizaba cuerpos y saberes bajo una lógica panóptica de vigilancia y control. El docente observa desde una posición dominante mientras los alumnos, alineados y concentrados en sus cuadernos, reproducen el orden regularizado y las normas de la escuela moderna.

La fotografía del aula del Colegio La Salle en 1930, pese a estar tomada varias décadas después de la traza del pueblo y la fundación de sus primeras instituciones educativas, condensa muchas de las tensiones, dispositivos y operaciones simbólicas que nuestra historia crítica busca revelar. En esta escena, detenida por el obturador, encontramos los rastros visibles del proceso de normalización escolar que, desde fines del siglo XIX, fue moldeando los cuerpos, las inteligencias y las subjetividades en Benito Juárez.

La disposición física de la escena responde a un modelo arquitectónico y pedagógico panóptico, en el sentido propuesto por Michel Foucault: los alumnos están alineados, fijos en sus bancos, con el rostro inclinado hacia cuadernos y libros, mientras el docente —en posición de pie, brazos cruzados— vigila, contiene y organiza el tiempo, la palabra y el silencio. La escuela, como ya vimos en documentos anteriores, es uno de los aparatos más eficaces del poder moderno para producir cuerpos dóciles y útiles, inscriptos en una temporalidad regularizada y sujetos a una racionalidad lineal, ascendente, meritocrática.

Aquí no hay niños dispersos, ni juegos, ni gestos fuera del protocolo. Cada alumno es su pupitre, su libro y su postura: la conducta se registra a través de la constancia, la obediencia y la repetición. Como lo señaló Pierre Bourdieu, en este tipo de instituciones

"la pedagogía actúa sobre el habitus", naturalizando prácticas, valores y formas de percepción que luego serán vistas como "sentido común"⁸⁵.

Las imágenes, los signos y la política de los objetos

El aula está organizada en función de un currículum moderno, nacional y comercial. Lo sugieren los mapas colgados a la izquierda, que muestran América del Sur y del Norte, y que —más que representar continentes— representan un orden geopolítico que naturaliza las fronteras, las naciones, las capitales, las rutas y los centros de poder. Los mapas, como bien lo sostuvo David Harvey, son tecnologías del capital: en este caso, enseñan a mirar el espacio desde el punto de vista de la mercancía, la administración estatal o el cálculo imperial⁸⁶.

A la derecha, el afiche anatómico humano recuerda otra dimensión del disciplinamiento: el cuerpo como objeto de conocimiento científico, divisible, etiquetable y corregible. La racionalidad biomédica entra al aula por el mismo lugar que lo hace el mapa: como representación jerárquica, clasificadora y utilitaria.

Sobre el pizarrón se lee "Curso Comercial", una expresión que nos ubica en el contexto de la expansión de las escuelas técnicas y comerciales para varones, típicas de la consolidación del modelo agroexportador argentino. Este tipo de cursos no solo enseñaban contabilidad o taquigrafía, sino que preparaban sujetos para insertarse en la nueva estructura social de la nación moderna, en la que el capital exigía una nueva clase media urbana: calculadora, ordenada, funcional.

El cuadro, el retrato y la autoridad simbólica

Por encima del pizarrón, se destaca un retrato militar, aunque no pueda identificarse con claridad si se trata de Roca, Sarmiento o Mitre. Su ubicación elevada no es casual: como sucede con los crucifijos en los colegios religiosos, esta imagen marca el origen de la autoridad y encarna el principio de verticalidad del poder. El aula, así, reproduce una escena jerárquica: el militar vigila al maestro, el maestro vigila al alumno. En términos de Bourdieu, este cuadro es parte del "capital simbólico del Estado", que se inscribe en los muros como lo haría en las monedas o en los sellos oficiales⁸⁷.

Una educación por acumulación

La cantidad de libros abiertos sobre los pupitres también permite interrogar una determinada relación con el saber. La escena sugiere una enseñanza que privilegia el registro, la repetición y la respuesta correcta. Walter Benjamin no definió este proceso como una conversión del saber en mercancía. Su crítica se dirigió, en cambio, contra una historia universal aditiva que reunía una masa de hechos para llenar un tiempo homogéneo y vacío. Frente a esa acumulación, propuso una operación constructiva: detener el pensamiento ante una constelación cargada de tensiones. La fotografía del aula no demuestra por sí sola la ausencia de pensamiento crítico, pero permite preguntar qué formas de conocimiento, obediencia y autoridad organizaron la experiencia escolar.⁸⁸

La nitidez del orden: lo que enseña el aula, lo que silencia la imagen

La fotografía es, en sí misma, un documento histórico. Pero no en el sentido ingenuo de "registro de lo que fue", sino en el sentido que le da Peter Burke: lo visible y lo no dicho son parte de la misma operación ideológica. Lo que no aparece en la foto es tan importante como lo que sí: las niñas, por ejemplo, están ausentes. También están ausentes los saberes populares, los idiomas de los migrantes, las canciones criollas o las lenguas indígenas. El aula no es solo una habitación: es un filtro, un embudo, un ritual de pasaje entre lo visible y lo legítimo.

Esta imagen del Colegio La Salle, tomada ya en la década de 1930, puede pensarse como la maduración de aquel dispositivo fundacional que vimos nacer en las escuelas de Juárez hacia 1879, cuando el Consejo General de Educación exigía, bajo amenaza legal, que la Municipalidad depositara el 15% de sus rentas. Desde entonces hasta esta escena, el capital simbólico del Estado ha logrado instalar un modo de ver, de oír y de estar en el mundo.

Y, sobre todo, ha logrado que todo eso parezca natural.

Epílogo: preguntas abiertas

Como cada sección de esta historia crítica, esta tampoco se cierra. Propone, en cambio, interrogantes que interpelan la naturalización del dispositivo escolar en el espacio local: ¿qué saberes y qué cuerpos fueron habilitados para ingresar en el mundo escolar, y cuáles quedaron por fuera? ¿Cómo operó la escuela como espacio de reproducción de jerarquías sociales, de género, de religión? ¿Qué resistencias, silencios o fisuras pueden leerse en los márgenes de este archivo disciplinario? Porque toda escuela, incluso la más silenciosa, habla. Y a veces, en sus gritos más apagados, resuena la voz de una historia que aún espera ser contada.

El orden por otros medios: policía, vigilancia y formas del castigo en el Juárez fundacional

A diferencia de otras instituciones fundacionales —la escuela, la iglesia, el banco—, la comisaría no se emplazó originalmente en torno a la plaza central de Benito Juárez. Esa decisión espacial, que puede parecer circunstancial, debe ser interpretada en el marco de lo que David Harvey denomina la producción del espacio social: un espacio no es neutro, sino que ordena, jerarquiza y modela conductas. Así como el aula, el atrio y el mostrador bancario proponen escenarios para el consenso, la comisaría inaugura otro tipo de régimen espacial, ligado al umbral, al borde, al disciplinamiento y a la vigilancia.



Ilustración 35 Personal de la subcomisaría del partido de Juárez hacia 1920, ubicado en la esquina de Maipú (actual 25 de Mayo) y C. Zibecchi, reflejo de un aparato estatal en expansión territorial y social. La subcomisaría, operaba como dispositivo de control y vigilancia en la campaña, proyectando poder sobre un territorio percibido como inestable y heterogéneo.

La descentralización espacial de la comisaría puede leerse como una expresión de su rol ambivalente: es, por un lado, la cara visible del aparato estatal en la campaña, pero también un dispositivo que opera a distancia del centro, proyectando su poder sobre un territorio que aún se percibe como inestable, mestizo o peligrosamente gaucho. Tal como señalan Magdalena Candiotti y Melina Yangilevich, la policía bonaerense en el siglo XIX fue más un instrumento de articulación social y política que una fuerza especializada⁸⁹. Su tarea era tanto reprimir como mediar, proteger como imponer.

El caso de Benito Juárez confirma esta doble naturaleza. Con la creación de comisarías rurales en 1878, la provincia de Buenos Aires se propuso ordenar su vasta geografía

mediante una malla de vigilancia permanente. Juárez pasó a ser cabecera de la segunda sección, lo que otorgó a su comisario funciones que excedían la vigilancia urbana: debía patrullar caminos, intervenir en conflictos laborales, perseguir cuatreros, contener motines y asistir al juez de paz. La policía, entonces, no sólo aplicaba la ley: la producía en su ejercicio cotidiano, muchas veces por fuera o en ausencia de normativas precisas.

En esta clave, la figura de Luis Aldaz, primer comisario del pueblo, se vuelve ejemplar. Vasco exiliado de las guerras carlistas, soldado del Batallón Guardia Provincial, y finalmente oficial de policía, encarna un tipo de agente estatal anterior a la profesionalización del cuerpo: un sujeto rudo, de fuertes convicciones personales, cuya autoridad se construía en el campo de batalla de la experiencia, no en el reglamento. Como señala Melina Yangilevich, el personal policial del siglo XIX era reclutado con escasa o nula formación específica, y su legitimidad se construía a partir de hazañas, relatos de captura, y formas carismáticas de liderazgo⁹⁰.

La captura del llamado "Tigre de Quequén", atribuida a Aldaz, da cuenta de este ethos policial: valor, astucia, lealtad, fuerza física. Pero también exhibe una política de subjetivación que celebraba al policía como héroe civilizador, cazador de salvajes y garante de una legalidad naciente. No es casual que Borges, en su texto "Las leyes del juego", ficcionalice este episodio bajo la forma de una narrativa gauchesca reformulada, donde el matrero deviene símbolo de un orden alternativo, y el comisario, su cancelación definitiva.

La biografía de Aldaz, sin embargo, también permite leer las fisuras del orden. Su detención por bigamia, el escándalo mediático que acompañó el caso y la intervención de figuras políticas como Aristóbulo del Valle, exhiben las tensiones entre vida privada y función pública, entre moralidad burguesa y realidades del desarraigo. Como sugiere el historiador Casagrande, el disciplinamiento no siempre fue vertical: la policía también fue objeto de control y vigilancia, y sus integrantes, portadores de un capital simbólico frágil, continuamente puesto a prueba⁹¹.

Papeles del escarmiento: archivos menores, pedagogías del castigo y domesticación del desorden

Lejos de las representaciones glorificadas del policía héroe o del Estado como estructura inmaculada, los documentos de la subcomisaría de Benito Juárez correspondientes al año 1887 permiten observar el funcionamiento real y cotidiano de la policía en un pueblo bonaerense en pleno proceso de consolidación institucional. Lo que allí se despliega —en la letra de los oficios firmados por el subcomisario Aureliano Pinedo— es una trama de conflictos menores, cuerpos desplazados, marginalidades, enfermedades y solicitudes administrativas que revelan una institucionalidad en formación, inestable y porosa.

Uno de los primeros elementos que llama la atención es el rol de la policía como intermediaria constante entre lo público y lo privado, entre el poder local y la vida

cotidiana de los habitantes. La subcomisaría funciona como un nodo de comunicación entre la intendencia, el sistema judicial incipiente, los vecinos y el territorio. No se trata únicamente de "hacer cumplir la ley", sino de resolver —con flexibilidad informal, a menudo improvisada— situaciones que oscilan entre el delito, el desborde y la miseria.

En este marco, la policía aparece como una administradora de cuerpos anómalos, una especie de guardiana sanitaria y moral. El caso más extremo es el del oficio fechado el 28 de enero de 1887, donde se da cuenta de dos detenidos "dementes" alojados en los calabozos. La descripción que realiza Pinedo es cruda y alarmante: "uno de ellos hasta agusanado se encuentra". El cuerpo enfermo, descompuesto, putrefacto, se transforma en amenaza no sólo para sí mismo sino para la salud de los agentes y la comunidad. Aquí se revela con nitidez lo que Michel Foucault llama la gestión biopolítica de las poblaciones: el poder se ejerce sobre la vida, pero también sobre la muerte, sobre los cuerpos sin autonomía, en los márgenes de la legalidad.

Otros oficios refuerzan esta imagen: menores de edad en situación de prostitución, mujeres "clandestinas", ebrios en pulperías, muertos enterrados en los campos sin registro oficial, una niña pobre traída en tren como testigo de un crimen. Todos estos episodios forman parte de un mapa paralegal, donde las normas formales coexisten con soluciones de hecho. El comisario previene, sanciona, solicita auxilio, traslada personas, recauda, advierte, pide querosén. Es un oficial del Estado que opera también como agente aduanero, mediador comunitario, asistente social, censor de costumbres y gestor de recursos. La institucionalidad está más definida por la letra del comisario que por la ley escrita.

Lo territorial, en este marco, es central. La policía no actúa en abstracto, sino en un territorio materialmente precario, poco urbanizado, expuesto al clima y la escasez. Se solicita forraje para los caballos, se advierte sobre la peligrosidad de los "cohetes de la India" en la vía pública, se reclaman recursos para mantener una lámpara encendida toda la noche. Estos pedidos refuerzan la idea de que el aparato estatal en la campaña no es omnipotente: es un Estado demandante, que sobrevive gracias al endeudamiento mutuo entre actores locales. Como señala Casagrande, la comisaría rural en estos contextos "carecía de infraestructura y funcionaba más por la voluntad de sus agentes que por la potencia del aparato burocrático".

En ese sentido, la economía del castigo también aparece en una clave localista: se aplican multas en moneda nacional por escándalos, ebriedad o tentativa de riña, pero los importes son bajos y muchas veces arbitrarios. El poder policial es, al mismo tiempo, simbólico y económico, produciendo ingresos para la municipalidad al tiempo que impone un modelo de conducta.

Desde una perspectiva crítica, podemos interpretar que este tipo de intervenciones policiales conforman un régimen de control difuso, donde la norma se aplica con

plasticidad, pero siempre para reafirmar el orden social dominante: se sanciona la pobreza ruidosa, la sexualidad desviada, la extranjería visible, el desborde emocional. La policía no actúa tanto sobre el crimen, sino sobre las formas de habitar el espacio público. Como sugiere Pierre Bourdieu, en estos casos el Estado actúa como un "monopolizador legítimo de la violencia simbólica", reproduciendo la dominación mediante prácticas cotidianas naturalizadas.

Una pedagogía del escarmiento: desórdenes, escándalos y correcciones menores

El elenco de sujetos que desfilan por los partes policiales de 1887 —ya no como grandes delinquentes, sino como figuras periféricas, inestables, incómodas para la moral y el orden— permite reconstruir una pedagogía del escarmiento orientada a moldear comportamientos, establecer límites y proyectar una forma deseada de ciudadanía. Ebrios, prostitutas, menores "clandestinas", peleadores con garrotes y rebenques, morenas sin nombre que sepultan cadáveres, vecinas pobres que viajan en tren sin poder pagar el pasaje: todos y todas configuran una topografía de los márgenes, donde lo social se vuelve objeto de corrección antes que de inclusión.

El castigo, en estos casos, no es ni espectacular ni ejemplarizante en los términos clásicos, pero sí profundamente pedagógico. Se trata de multas, advertencias, detenciones breves, prevenciones: sanciones mínimas que, sin embargo, señalan públicamente quiénes son los sujetos inconvenientes y cómo debe comportarse una comunidad decente. Se castiga el ruido, el desborde, el escándalo, y en esa insistencia por contener lo visible y lo audible se esboza una moralidad de la discreción, del control del cuerpo y del silencio ordenado.

La policía no sólo reprime, sino que escribe, y al escribir crea archivo, produce verdad. Lo que aparece en estos partes no es el delito en sí, sino su narración oficial, mediada por el lenguaje y la autoridad del comisario. Como advierte Michel Foucault, el poder moderno no necesita ejercer la fuerza todo el tiempo: le basta con clasificar, registrar, inspeccionar y anotar. De ahí que estas comunicaciones no sólo sean informativas: son performativas. Al identificar a una mujer como "prostituta clandestina", la nombra como tal en el archivo estatal, incluso si su práctica no estaba legalmente tipificada.

En esta línea, la administración del cuerpo femenino resulta especialmente reveladora. Las menores Atanasia y Margarita —una de 14 años— son "prevenidas" por su presunta participación en actividades sexuales, sin que medie ninguna formalización judicial. La policía asume una autoridad moral y paternalista, ejerciendo un poder médico-legal sobre la sexualidad femenina, en un contexto donde los márgenes de lo permitido se definen pragmáticamente, desde la mirada de los agentes y las suposiciones sociales.

Se observa, además, una doble moral institucional, donde la pobreza se castiga con multa, pero las necesidades materiales de la comisaría (desde forraje para los caballos hasta querosén para mantener encendida la luz nocturna) son gestionadas en clave de carencia.

La policía es, a la vez, ejecutora del orden y víctima de su precariedad. Pide lo indispensable para operar, denuncia la exposición a enfermedades y solicita colaboración a la intendencia para cumplir órdenes del Departamento General de Policía. Esto revela la fragilidad del aparato estatal en la campaña, que se sostiene menos por su poder estructural que por el capital simbólico y relacional de sus agentes, quienes deben negociar constantemente sus condiciones de existencia.

Finalmente, es posible leer en estos documentos una temprana articulación entre administración, moralidad y domesticación del espacio público. El mismo subcomisario que persigue la prostitución, el escándalo y la ebriedad es quien envía un parte sobre las licencias para los disfraces del carnaval (47 en total, por un valor de \$23,50). El carnaval —ritual popular y potencialmente subversivo— es absorbido por la lógica estatal mediante el control económico: se cobra, se contabiliza, se regula. Como sugiere James Scott, el Estado no tolera bien las zonas grises de la autonomía popular y las integra a su racionalidad mediante licencias, impuestos y reglamentaciones. La fiesta, el disfraz y la transgresión momentánea son permitidos sólo si son administrables.

De este modo, la policía de Benito Juárez hacia 1887 no es apenas una oficina armada del Estado, sino una institución microfísica del poder, productora de subjetividades, reproductora de jerarquías, reguladora de lo social y gestora de la precariedad. Su acción se inscribe en una visión de mundo donde el orden no se impone únicamente desde arriba, sino que se va construyendo en los gestos, los oficios, las prevenciones y los silencios que cruzan los caminos polvorientos del naciente pueblo bonaerense.

Epílogo: preguntas abiertas

Como cada sección de esta historia crítica, esta tampoco se cierra. Propone, en cambio, interrogantes que interpelan la naturalización del orden policial en el espacio local: ¿Qué tipo de vínculos entre poder, castigo y escritura inauguran los primeros papeles de la comisaría local? ¿Qué sentidos del "orden" se construyen cuando se persigue al pobre, al ebrio, a la mujer sola, al menor sin familia, y no al propietario violento o al especulador evasivo? ¿A quién protegía la policía de Juárez en sus orígenes y a quiénes disciplinaba con mayor insistencia? ¿Qué cuerpos fueron considerados peligrosos, escandalosos, indeseables? ¿De qué modo los partes policiales y las prácticas de encierro forjaron una pedagogía del miedo que marcó las calles, las casas y los cuerpos? ¿Qué persistencias del control policial decimonónico aún se adivinan en las formas contemporáneas del castigo y la vigilancia en los pueblos? ¿Puede la enseñanza de la historia recuperar estos documentos sin repetir su lógica? ¿Qué pedagogía del archivo y de las memorias subalternas puede hacer visibles los cuerpos y los castigos que el relato oficial dejó fuera?

Porque toda comisaría, incluso la más desactivada, deja marcas. Y a veces, en sus papeles olvidados, en sus calabozos clausurados, resuena una historia del poder que todavía busca quién la escriba.

Entre campanas y fronteras: la Iglesia en la construcción del orden local

La temprana instalación de la capilla católica en Benito Juárez debe entenderse como parte de una lógica social que articuló sistemáticamente el templo, la escuela y el municipio. Esta tríada institucional, sostenida en nombre del orden y el progreso, funcionó como andamiaje del proyecto de construcción nacional. La iglesia —y en particular la parroquia católica— no fue un complemento menor en el tejido institucional local, sino una pieza fundacional que participó en la producción de subjetividades, la organización de lo social y la homogeneización cultural del espacio.

Como muestra Di Stefano, durante el período de la Organización Nacional (1862-1880) y el régimen oligárquico (1880-1916), las élites políticas liberales no consideraron al catolicismo un obstáculo, sino un componente indispensable para civilizar y pacificar a una población percibida como dispersa y bárbara⁹². La parroquia cumplía así la función concreta de atraer y concentrar a los pobladores rurales, generando la ilusión de una vida comunitaria regulada por normas morales compartidas.

En este marco, la presencia eclesiástica en Juárez no debe leerse sólo como respuesta a demandas espirituales, sino como parte de una política de expansión estatal sobre un territorio recientemente ocupado y considerado marginal. Cada bautismo, matrimonio o entierro en la capilla significaba inscribir al individuo en el orden estatal y en la moral católica, legitimando un proyecto de domesticación política y simbólica del espacio.

Este proceso, sin embargo, no estuvo exento de tensiones. La relación entre Iglesia y Estado, lejos de ser armónica, fue el resultado de una negociación permanente entre el ideal de un "clero nacional" funcional a la soberanía estatal y las pretensiones de autonomía de un clero ultramontano. Las disputas sobre la formación de seminaristas, las subvenciones a instituciones confesionales y las leyes laicas de la década de 1880 reflejan estas fricciones. No obstante, el Estado siguió considerando al clero indispensable para modelar la subjetividad de sus futuros ciudadanos.

En este sentido, la capilla de Juárez fue más que un espacio de culto: fue una institución de poder, mediadora entre el proyecto estatal de moralización social y las prácticas cotidianas de disciplinamiento. Su proximidad con la plaza y la escuela primaria no fue azarosa, sino un gesto de racionalidad arquitectónica y simbólica que nuclearía las coordenadas del orden social. El cura párroco, como el maestro y el comisario, compartía la tarea de educar, vigilar y normativizar.

La iglesia local operó como productora de sentido, definiendo cuáles vidas podían considerarse dignas de ser nombradas y registradas, cuáles uniones eran legítimas, y cuáles cuerpos podían aspirar a una sepultura consagrada. En diálogo y competencia con la escuela pública, la parroquia delineó la moral sexual y familiar de la comunidad, mientras aseguraba la transmisión de valores cristianos que fortalecían el ideal de nación civilizada.

Como señala Di Stefano, incluso en la conflictividad, la Iglesia supo negociar con el Estado, asegurando su presencia en zonas rurales como Juárez, donde se consolidó como estructura de integración social y de control simbólico⁹³. Así, la parroquia se convirtió en una institución de frontera y de integración, alzándose como signo material de la presencia estatal y recordatorio de una moral trascendente que aspiraba a formar conciencias.

Su persistencia en el paisaje juarense —arquitectónica, documental y ritual— constituye testimonio del modo en que la Nación se construyó no solo con leyes, sino también con símbolos, costumbres y espiritualidades, en los registros de lo cotidiano y de lo trascendente.

Ladrillos, cúpulas y relojes: la iglesia como persistencia material y simbólica en el espacio fundacional

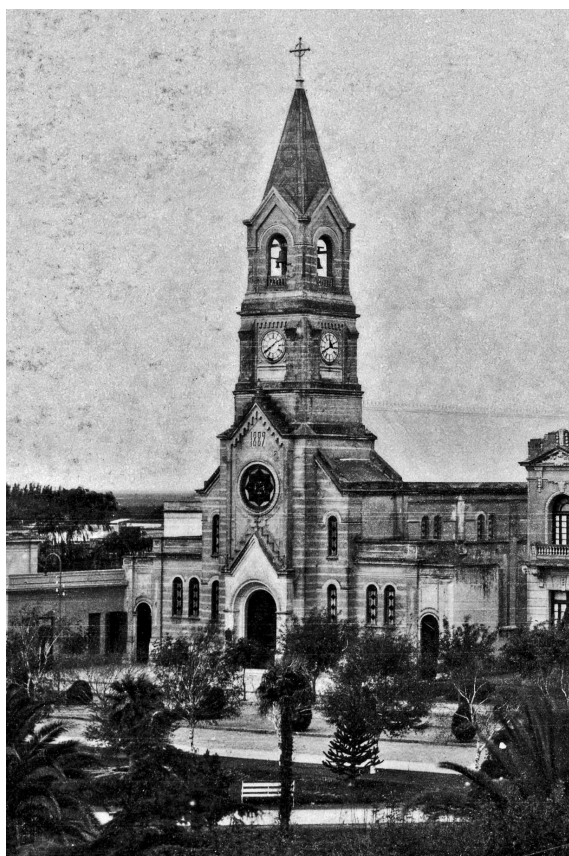


Ilustración 36 Vista lateral de la iglesia de Juárez, construida en 1889, con su torre campanario y reloj, símbolo arquitectónico del control temporal y la jerarquía espiritual en el centro del pueblo. La iglesia, con su estilo romano bizantino, se erige en el corazón de Juárez como un punto de anclaje simbólico y material, donde la fe y el poder se entrelazan en el tejido urbano.

Frente al verde de la plaza y entre el polvo del tiempo, la iglesia de Juárez se alza en ladrillos, arcos y campanas, inscribiendo en la textura del espacio urbano una marca indeleble de piedra y fe, de control temporal y de jerarquías espirituales.

En el frente, la inscripción "1889" testimonia su emplazamiento en la historia material de la ciudad. A su lado, el reloj inserto en la torre campanario emerge como un artefacto de control simbólico y temporal sobre la comunidad: en cada campanada, cada aguja que avanza, se recuerda al cuerpo social que existe un tiempo sagrado y uno secular, ambos mediados por la presencia vigilante de la iglesia en el centro del espacio fundacional.

El estilo romano bizantino se advierte en la simetría de sus líneas, la robustez de su estructura y la serenidad que se desprende de sus arcos. La torre, con su aguja apuntando al cielo, se erige como un dedo que señala lo alto, a la vez que disciplina lo terrenal. Esta arquitectura, inspirada en las grandes construcciones como Santa Sofía de Estambul, reproduce en Juárez, a pequeña escala, un ideal de centralidad y orden cósmico, articulando poder y trascendencia en el tejido de un pueblo que se consolidaba en la pradera bonaerense.

El uso del ladrillo como material dominante, con su coloración terrosa y su textura, refuerza el anclaje de lo sagrado en la materialidad del territorio pampeano, a la vez que remite a la domesticidad y permanencia que las instituciones eclesíásticas buscan transmitir. A través del ladrillo, se construye una continuidad entre el espacio de la casa y el espacio del templo, entre lo cotidiano y lo trascendental.

En el interior, la nave central con su piso de mosaicos en blanco y negro, sus columnas y sus arcos de medio punto, nos transporta a un espacio que busca imponer silencio y recogimiento. El estilo romano bizantino se refleja en la amplitud de la nave, el juego de luces que ingresan por los vitrales y la reiteración de motivos geométricos, inscribiendo en el caminar del feligrés un ritmo casi ritual que acompaña cada paso hacia el altar.



IGLESIA PARROQUIAL DE JUÁREZ (F. C. S.)
Vista de la nave central tomada desde el coro.

Ilustración 37 Iglesia parroquial de Juárez (F.C.S.) detalle de la nave central de la iglesia, con su piso de mosaicos y arcos de medio punto, espacio diseñado para imponer recogimiento y ordenar el tiempo ritual de la comunidad.

Este diseño no es neutro: su monumentalidad produce un efecto de reducción del individuo frente a la autoridad de lo sagrado, educando la percepción y el cuerpo en el gesto de la reverencia. La iglesia se convierte así en una pedagogía espacial del poder, donde la altura de la torre y la verticalidad del campanario marcan una jerarquía simbólica que se refleja en las relaciones sociales de la comunidad.

El reloj en el frente, además de marcar las horas, constituye un artefacto de gubernamentalidad: estructura el tiempo de trabajo, de descanso y de oración; indica cuándo comienzan y terminan las jornadas, inscribiendo la cotidianeidad de la comunidad en un tiempo compartido y regulado desde el edificio religioso. Así, la iglesia no solo marca el calendario litúrgico, sino que interviene en la administración de los ritmos sociales y económicos de la vida local.

La iglesia, en tanto institución y edificio, se constituye en un eje articulador de la plaza fundacional, dialogando con la escuela y la municipalidad, y completando el triángulo de poder que estructura el espacio simbólico del pueblo: Estado, educación y religión. Este trípode configura el campo de fuerzas de la modernidad periférica en la provincia de Buenos Aires, reproduciendo a escala local la matriz civilizatoria que pretendía gobernar

los cuerpos y las almas de la población.



Ilustración 38 La postal de 1915 muestra la iglesia y el palacio municipal de Juárez como símbolos conjuntos de orden, control y progreso. Más que un templo, la iglesia funciona como un dispositivo de poder que organiza el espacio, el tiempo y la moralidad del pueblo. Sus ladrillos, campanas y reloj inscriben en el territorio la pretensión de trascendencia y disciplina que marcó la fundación del pueblo, mientras plantean interrogantes sobre las vidas invisibilizadas, las jerarquías sociales y las tensiones entre moral eclesial y prácticas rurales.

La postal de 1915, donde la iglesia se muestra junto al palacio municipal, cristaliza esta voluntad de orden y progreso, de control y disciplina, en un mismo espacio visual que ofrece a los habitantes de Juárez la imagen de un pueblo organizado, vigilado y en camino hacia un ideal de civilización. La iglesia en este paisaje no es una simple estructura de culto, sino un dispositivo de poder que ordena el espacio y el tiempo, la moralidad y el comportamiento, la fe y la política.

En esta arquitectura se entretejen los hilos de la historia: los ladrillos portan la memoria de las manos que los colocaron; las campanas, los ecos de las celebraciones y de las vigiliass; el reloj, el latido de un tiempo que se impone, se organiza y se hace visible en cada mirada que se alza hacia él.

Con la iglesia de Juárez, el capítulo X de esta historia crítica se detiene para observar cómo el espacio se convierte en una pedagogía silenciosa de poder, donde cada ladrillo, cada arco, cada campanada y cada aguja del reloj inscriben en la materialidad del territorio la pretensión de trascendencia, orden y control que acompañó a la fundación y consolidación del pueblo.

Como cada sección de esta historia crítica, esta tampoco se cierra. Propone, en cambio, interrogantes que interpelan la naturalización del dispositivo eclesial en el espacio local:

¿Qué vidas fueron inscriptas y cuáles quedaron en los márgenes del registro parroquial? ¿Cómo operó la Iglesia como espacio de reproducción de jerarquías sociales, de género y de moral sexual? ¿Qué conflictos, resistencias o silencios se escondieron bajo la supuesta unanimidad del credo católico en el pueblo? ¿Qué tensiones se abrieron entre la moral eclesial y las prácticas cotidianas en el mundo rural? ¿Cómo persistieron las campanas, los rituales y la arquitectura en la memoria material y simbólica de la comunidad?

Porque toda iglesia, incluso la más silenciosa, habla. Y a veces, en sus campanadas más apagadas, resuena la voz de una historia que aún espera ser contada.

El palacio municipal de Benito Juárez: arquitectura del orden y constructores de ciudades

Frente a la plaza, en la cuadrícula que José María Muñiz trazó en 1874, se levanta un edificio que no es solamente una construcción administrativa: el palacio municipal de Benito Juárez constituye una inscripción material del poder, un artefacto de organización del espacio y del tiempo, y un testimonio de la proyección estatal sobre un territorio que hasta hacía poco se encontraba sometido a la incertidumbre de la frontera. Allí donde la cuadrícula había prometido un orden abstracto, el palacio municipal concretó su densidad material, fijando en piedra, cal y hierro la autoridad del Estado y las élites locales sobre los y las habitantes del partido.

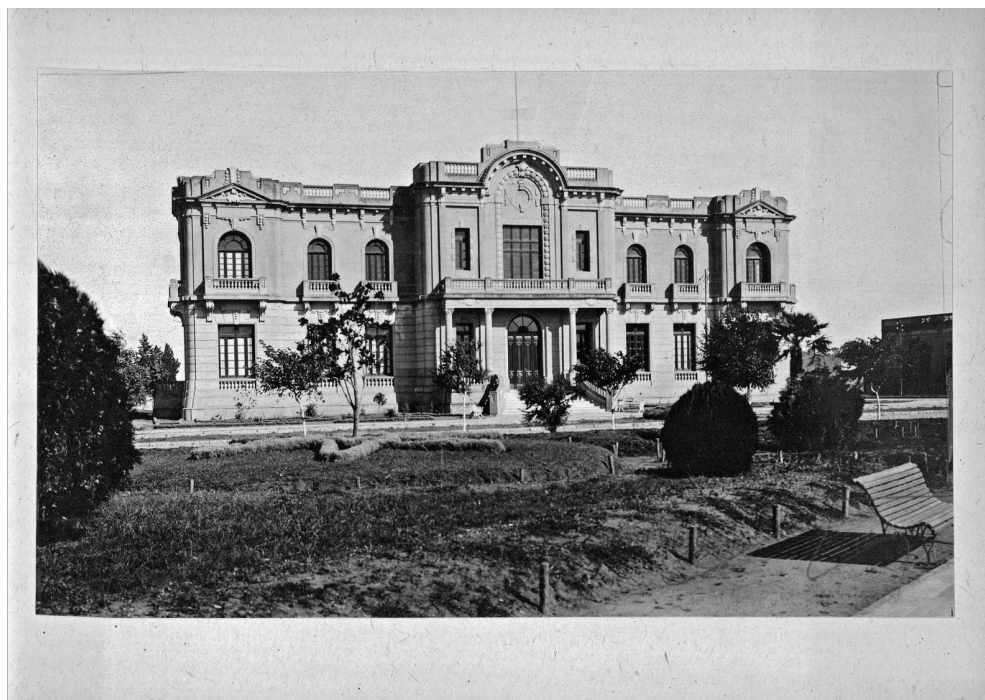


Ilustración 39 La fachada simétrica y monumental del palacio municipal de Benito Juárez, obra de Pedro Benoit padre y su hijo, expresa la materialización del poder estatal y del orden capitalista en el espacio urbano. Este edificio no solo alberga la administración pública, sino que funciona como un dispositivo de autoridad que disciplina el territorio y enseña, a través de su arquitectura, las formas de ciudadanía moderna y el respeto a la legalidad.

La construcción de este edificio, diseñada por Pedro Benoit padre y realizada por su hijo Pedro Juan Benoit, se enmarca en una genealogía de arquitecturas que, a lo largo de la provincia de Buenos Aires, acompañaron la consolidación del orden estatal y del capitalismo agrario. La familia Benoit, integrada por ingenieros, agrimensores y arquitectos, puede ser comprendida como una verdadera "constructora de ciudades", cuyo accionar técnico estuvo vinculado con la instalación de una modernidad disciplinaria e higienista. No se trata únicamente de levantar edificios o trazar calles, sino de establecer un dispositivo que ordena las conductas, disciplina los cuerpos y modela las subjetividades bajo la forma de la ciudadanía moderna.

El palacio municipal de Juárez se inscribe en un estilo ecléctico-academicista con influencias Beaux-Arts, caracterizado por la simetría rigurosa de su fachada, el remate curvo del cuerpo central, las columnas de orden clásico en la entrada principal y las balconadas con balaustradas que miran hacia la plaza. Estos elementos no son meras decoraciones, sino signos de un lenguaje de autoridad y monumentalidad que buscaba, a través de la arquitectura, legitimar un poder político y social en territorios en proceso de incorporación al circuito del capital y del Estado. La arquitectura se convierte, así, en discurso: un discurso de orden, de progreso, de racionalización del espacio y de jerarquización de las relaciones sociales.

La relación entre la plaza y el palacio municipal resulta, en este sentido, inseparable. Si la plaza constituye el aula abierta donde se escenifican los rituales de la comunidad —el izamiento de la bandera, los actos patrióticos, los desfiles escolares, el descanso dominical—, el palacio municipal se erige como el símbolo de la autoridad que regula esos rituales. La proximidad entre ambos espacios construye un escenario de pedagogía cívica, donde los y las habitantes del partido aprenden las formas de la ciudadanía bajo la mirada vigilante de las instituciones.

El aporte de Pedro Benoit padre y de su hijo a la construcción de este edificio y de la iglesia de Juárez se inscribe en una trayectoria que, como se ha documentado, abarca el trazado de ciudades enteras, la fundación de La Plata, la construcción de iglesias y escuelas, la realización de obras de infraestructura sanitaria y de fortificación, y la colaboración en proyectos de urbanización racionalista en sintonía con las ideas higienistas de la época. La figura de Benoit padre, comprometido con el proyecto modernizador de Dardo Rocha, y profundamente vinculado con la masonería, permite comprender cómo los ideales de república, libertad y progreso se articularon con la práctica concreta de trazar calles, diseñar edificios y edificar monumentos.

La materialidad del edificio refuerza su función simbólica. Su estructura portante de mampostería de ladrillo, combinada con un revoque símil piedra París en exteriores, otorga solidez y prestigio a la sede del gobierno local. Las escalinatas de mármol en el acceso principal marcan un umbral jerárquico hacia el interior, donde carpinterías de cedro en puertas y ventanas, junto con rejas de hierro forjado en balcones, consolidan una

estética de orden y distinción. El edificio cuenta con un techo de chapa de zinc a dos aguas, disimulado tras el parapeto superior, y detalles de ornamentación de yeso en cornisas y fachada que completan su impronta academicista.

La distribución funcional responde a su carácter institucional: la planta baja alberga despachos administrativos, archivo, mesa de entradas y sala de espera, mientras que la planta alta se destina al salón de sesiones del Concejo Deliberante, oficinas de secretarías y despacho del intendente, articulados por galerías y pasillos amplios iluminados por ventanales. El remate central con arco de medio punto simboliza la entrada de la luz y la razón al espacio de la administración pública, mientras que la simetría y la monumentalidad de la fachada expresan la autoridad y estabilidad del Estado. Las columnas de orden clásico evocan los valores de república y legalidad, y los balcones con balaustradas retoman una tradición arquitectónica europea que asocia visualmente la arquitectura del poder con la civilidad y la vigilancia.

En este marco, el palacio municipal de Benito Juárez no puede ser leído como un edificio aislado, sino como un nodo dentro de una red de proyectos que acompañaron la transformación del espacio pampeano en espacio capitalista, regularizado y vigilado. Su arquitectura no es una respuesta neutral a las "necesidades de la comunidad", sino una forma material del poder, una pedagogía visual y espacial que enseña a los y las habitantes a caminar, a circular, a reunirse y a comportarse bajo la vigilancia de la autoridad estatal.

Así como la plaza se opone al descampado, el palacio municipal se opone a la informalidad de los ranchos y a la fluidez de los caminos de tierra. Es la institucionalización del orden bajo la forma de piedra y revoque, una presencia monumental que fija las coordenadas de lo legal y de lo ilegítimo, de lo permitido y de lo prohibido. Frente a ella, cada acto cívico se convierte en un acto de reconocimiento de la autoridad, cada paso en la plaza se transforma en un aprendizaje de la disciplina, y cada mirada se encuentra encuadrada en la simetría de la cuadrícula y en la fachada monumental que remite a una idea de progreso.

En definitiva, el palacio municipal de Benito Juárez, construido bajo las ideas y la dirección de los Benoit, se inscribe como un capítulo central en la historia crítica de la fundación del partido. Es testimonio de la manera en que el Estado, las élites y el capital inscribieron su proyecto de modernidad en el territorio, disciplinando el espacio y el tiempo de los y las habitantes, y convirtiendo la plaza y sus instituciones en un escenario pedagógico donde el orden se naturaliza bajo la forma de la arquitectura.

Epílogo: El palacio y sus interrogantes

Este apartado invita a interrogar la naturalización del dispositivo municipal en la vida local. ¿Qué sujetos fueron incluidos y cuáles quedaron al margen en el trazado de la cuadrícula y en los registros de la administración? ¿Cómo operó el palacio municipal como espacio de clasificación, jerarquización y control sobre las vidas de los y las habitantes del partido? ¿Qué resistencias, conflictos o tensiones emergieron bajo la apariencia de neutralidad de la administración pública? ¿Cómo se articularon las decisiones tomadas en sus despachos con los intereses de las élites agrarias y los proyectos de expansión capitalista sobre el territorio? ¿De qué modo la monumentalidad de su arquitectura y su emplazamiento frente a la plaza contribuyeron a forjar una pedagogía del orden y de la disciplina? ¿Cómo persisten hoy sus escalinatas, sus salones y su fachada en la memoria material y simbólica de la comunidad, como testigos de un proyecto de modernidad que se inscribió en piedra, cal y hierro en el corazón del pueblo?

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Cómo participaron la plaza, la escuela, la comisaría, la iglesia y el palacio municipal en la producción cotidiana de jerarquías, comportamientos y formas legítimas de ciudadanía?
 - 02** Cuando recorremos actualmente esos espacios, ¿qué huellas del orden fundacional todavía organizan nuestros movimientos, nuestras miradas y nuestras formas de recordar?
-

Notas

- 78.** El dispositivo no se limita a un objeto o institución en singular, sino que es una red de prácticas, discursos, saberes y arquitecturas que organiza la vida social y produce efectos de subjetivación y de gobierno sobre las personas y las poblaciones. (Foucault, *Microfísica del poder*, 1979, pág. 163 Cap. 11 Poderes y estrategias)
- 79.** (Favelukes, 1994)
- 80.** (Op. cit. Pág. 482.)
- 81.** (Bourdieu, 2007, pág. 85)
- 82.** (Íbid. Pág. 195)
- 83.** (Pineau, Dussel, & Caruso, 2001, págs. 27-52)
- 84.** (Lionetti, 2005)

- 85.** (Op. cit. Pág. 92)
- 86.** (Harvey, Guía de El Capital de Marx, 2014, pág. 62)
- 87.** (Bourdieu, 2007, pág. 179)
- 88.** Benjamin, 2009, Tesis XVII.
- 89.** (Candioti & Yangilevich, 2013)
- 90.** (Yangilevich, 2010)
- 91.** (Casagrande, 2014)
- 92.** (Di Stefano, 2013)
- 93.** (Íbid. Pág. 308)

De la promesa al desencanto

La inmigración bajo la lupa

La inmigración bajo la lupa

"Cuando el país era gaucho, la oligarquía le opuso el mito gringo. Ahora que es gringo, la oligarquía le opone el mito gaucho." Ramón Doll

El mito del progreso: inmigración y exclusiones en la pampa bonaerense

La inmigración, tantas veces narrada bajo la épica del "crisol de razas" y el "progreso agrario", se revela, bajo la lupa crítica, como un dispositivo de transformación del espacio y de los cuerpos, un engranaje en la maquinaria de la Argentina liberal y agroexportadora que en el último cuarto del siglo XIX buscaba consolidar su dominio sobre el territorio y sobre la fuerza de trabajo necesaria para su proyecto de modernización capitalista.

Como en toda esta historia crítica del sudeste bonaerense, los rieles del ferrocarril, la cuadrícula del pueblo, la plaza, la escuela, la iglesia y la comisaría se entrelazan con la llegada de las comunidades inmigrantes, que traen consigo sus saberes, lenguas, prácticas, esperanzas y conflictos, mientras la oligarquía terrateniente y el Estado los incorporan bajo un régimen de disciplinamiento, precariedad e integración subordinada.

El proyecto de poblar: de la Generación del 80 a la traza local

Entre 1880 y 1914 ingresaron a la Argentina más de 4,2 millones de inmigrantes, y la provincia de Buenos Aires fue la principal receptora de estos flujos. Se trató de un proyecto estatal deliberado que ligaba el poblamiento con el "progreso" y la "civilización", pero que se topó con sus propias contradicciones: los inmigrantes llegaron en su mayoría como braceros, peones y arrendatarios, mientras la tierra permanecía concentrada en grandes estancias.

El mito del "colono europeo", idealizado por la élite liberal como pilar del orden y el progreso, se confrontó con una realidad donde los inmigrantes se insertaron bajo condiciones de inestabilidad laboral, con arriendos precarios y migraciones internas permanentes, integrando al mercado a bajo costo la fuerza de trabajo necesaria para el modelo agroexportador.

En Benito Juárez, la llegada de inmigrantes se articuló con la traza ferroviaria y la fundación del pueblo en 1874. El ferrocarril, que ya hemos analizado como herramienta

de estandarización del tiempo y de homogeneización del espacio, también funcionó como canal de ingreso de las familias inmigrantes, que se distribuían en los cuarteles rurales, en el pueblo cabecera y en las incipientes colonias agrícolas que nunca terminaron de consolidarse plenamente.

Una inmigración masiva, pero no propietaria

Las políticas de pasajes subsidiados y la propaganda estatal en Europa aspiraban a traer agricultores que colonizaran la campaña bonaerense, pero la estructura latifundiaria y el mercado de tierras impidieron que la mayoría accediera a la propiedad. Los inmigrantes se insertaron como mano de obra joven masculina en el laboreo rural, en las quintas suburbanas y en los oficios urbanos emergentes, pero bajo una lógica de precariedad y movilidad, que reforzaba el dominio del terrateniente y la inestabilidad de la población trabajadora.

Esta inserción estuvo mediada por redes de paisanaje y de familia, que permitieron algunas trayectorias de ascenso, pero que también fueron funcionales al sistema, ya que facilitaron el reclutamiento de mano de obra y su reproducción generacional.

Cuerpos que llegan, cuerpos que deben ser disciplinados

El ingreso de miles de inmigrantes al sudeste bonaerense fue visto inicialmente con esperanza por la oligarquía: serían "clases laboriosas" que sustituirían al gauchaje rebelde. Sin embargo, la inserción de ideologías anarquistas y socialistas, el surgimiento de demandas laborales y la resistencia al disciplinamiento generaron el pasaje de la figura del inmigrante trabajador a la del "inmigrante peligroso", habilitando un doble proceso de integración y control.

Frente a estos sujetos extranjeros, el Estado se desplegó con sus instituciones ya analizadas en capítulos previos: la escuela para homogeneizar las infancias, la iglesia para moralizar costumbres, la policía para vigilar cuerpos y prácticas, la plaza para nacionalizar festividades, y el ferrocarril para insertarlos en la lógica productiva del agroexportador.

La plaza como escenario, la escuela como taller de homogeneización

Las fiestas patrias en la plaza de Juárez, con banderas argentinas y marchas militares, servían para inculcar un sentido de pertenencia a la "nación" entre hijos de inmigrantes. La escuela, con su régimen disciplinario, su currículum nacional y su vigilancia cotidiana, funcionó como espacio de integración cultural forzada, mientras las celebraciones religiosas católicas reforzaban las jerarquías morales impuestas por la iglesia. Como señaló Ramón Doll, cuando el país era "gaucho", la oligarquía le opuso el mito del inmigrante gringo trabajador, civilizado y productivo. Cuando el país se "hizo gringo" y comenzaron las huelgas y las demandas laborales, la misma oligarquía reactivó el mito gaucho, asociando al gaucho con valores de orden, tradición y sumisión frente al inmigrante rebelde. Este juego ideológico permitió mantener el orden de clase y el control sobre el territorio, justificando el disciplinamiento y las expulsiones bajo la Ley de Residencia y otros mecanismos represivos.

Persistencias de esta primera oleada inmigratoria

La inmigración masiva que atravesó el sudeste bonaerense dejó marcas en los apellidos, en las costumbres culinarias, en las fiestas locales, pero también en las tensiones y desigualdades persistentes. Los inmigrantes se convirtieron en trabajadores invisibles del proyecto agroexportador, facilitadores del progreso ajeno, y rara vez propietarios de su propio destino.

Los hombres y mujeres fueron acogidos por el Estado mientras fueron útiles, y rechazados cuando se tornaron críticos. Sus lenguas fueron toleradas en el hogar, pero censuradas en el aula. Sus sindicatos y mutuales serían vigilados.

Sus hijos serían disciplinados en la escuela y en la plaza, donde se entonaría el himno a la bandera mientras el hambre y el desarraigo seguían marcando sus vidas.

Redes, sociedades y sociabilidad inmigrante

Si la inmigración fue un dispositivo de poblamiento y disciplinamiento al servicio del proyecto agroexportador, su despliegue en el sudeste bonaerense no se limitó a los surcos del arado, las jornadas de laboreo o las paredes austeras de la vivienda rural. Las comunidades inmigrantes se agruparon, resistieron el desarraigo, tejieron redes de cuidado y solidaridad, y crearon instituciones propias en las que se condensaron sus anhelos de dignidad y pertenencia.

En Benito Juárez, como en tantos pueblos atravesados por los rieles y la traza liberal, las sociedades de socorros mutuos, los clubes y las organizaciones comunitarias se convirtieron en espacios de apoyo mutuo frente a la enfermedad, la muerte y el desempleo, pero también en territorios simbólicos donde se negociaban identidades, se sostenían memorias colectivas y se gestaban resistencias cotidianas al disciplinamiento.

El mutualismo como resistencia silenciosa

Frente a un Estado que exigía obediencia, trabajo y asimilación cultural, pero que negaba derechos y protección efectiva, los inmigrantes organizaron sus propias instituciones de ayuda mutua. Así surgieron, hacia finales del siglo XIX, sociedades de socorros que ofrecían asistencia médica, subsidios por enfermedad o muerte, apoyo funerario y, en ocasiones, espacios de recreación, lectura y sociabilidad.

En 1879, se fundó una de las primeras sociedades mutualistas de la región, con el objetivo de proteger a los inmigrantes ante la enfermedad y la precariedad económica. Este tipo de instituciones articulaba la solidaridad comunitaria y reforzaba el sentido de pertenencia entre compatriotas, mientras que tejía lazos de apoyo mutuo que servían de sostén ante un Estado ausente o indiferente.

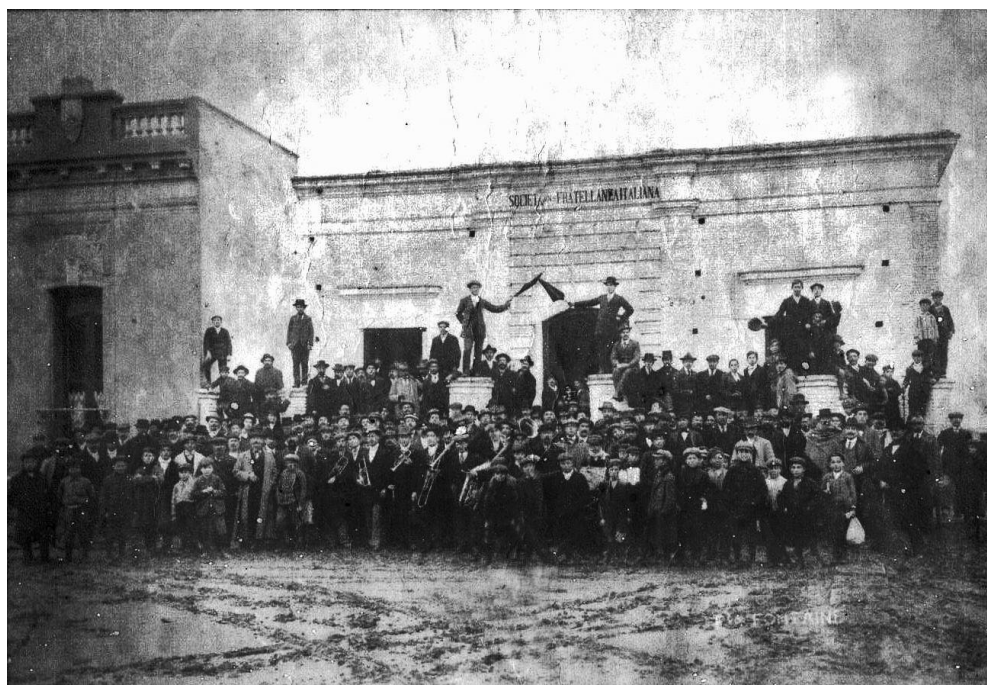


Ilustración 40 La sede de la Fratellanza Italiana de Socorro Mutuo, fundada en 1879 en Benito Juárez, representa el esfuerzo de las comunidades inmigrantes por construir espacios de solidaridad y cuidado colectivo frente a la precariedad, mientras resguardaban sus lenguas, costumbres y memorias en un territorio modelado por el orden liberal y estatal.

El 20 de abril de 1879 se fundó en Juárez la primera institución mutualista de la ciudad, bajo el nombre de "Fratellanza Italiana de Socorro Mutuo"

Las sociedades mutuales inmigrantes no solo funcionaban como refugio frente a las contingencias de la vida cotidiana, sino también como espacios de construcción cultural, en los que se conservaban lenguas, costumbres y festividades propias, resistiendo la homogeneización cultural que la escuela, la plaza y la iglesia intentaban imponer en cada

festividad patria, cada misa dominical y cada manual escolar.

La arquitectura de la sociabilidad

Estas instituciones se transformaron en nodos de sociabilidad comunitaria. Las reuniones en sus sedes, las veladas culturales, los bailes de carnaval y las celebraciones patrias de los países de origen construían un territorio simbólico donde los inmigrantes podían narrar sus propias historias, reconocerse en sus prácticas culturales y tejer redes de contención.



Ilustración 41 La sede de la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos, fundada en 1882 en Benito Juárez, testimonia la fuerza de las comunidades inmigrantes para construir espacios de encuentro, cultura y cuidado colectivo, mientras tejían redes de solidaridad que resistieron el disciplinamiento del orden estatal y la homogeneización cultural.

Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos, fundada en el año 1882. La asociación nucleaba inmigrantes de todas las nacionalidades (italianos, españoles, ingleses y otras), pero principalmente a los franceses.

En el pueblo de Juárez, estas sociedades mutuales adquirieron edificios que se convirtieron en hitos arquitectónicos locales, recordando que la inmigración no fueron solamente brazos que araron la tierra, sino también manos que levantaron paredes, proyectaron teatros, fundaron bibliotecas y organizaron tertulias. Los teatros y cines

gestionados por estas instituciones pasaron a ser espacios de proyección cultural y de disputa simbólica, donde se presentaban obras en lenguas de origen, se proyectaban películas que narraban historias lejanas y se reforzaba la memoria colectiva.

Los márgenes de la integración

Sin embargo, estas organizaciones no estuvieron exentas de tensiones y contradicciones. Si por un lado reforzaban la solidaridad comunitaria, también podían reproducir jerarquías internas según la región de origen, el capital social o el nivel de integración al mercado local. En ocasiones, los sectores más acomodados de la colectividad utilizaban estas sociedades para afianzar sus redes de poder económico y social.

Además, el propio Estado observaba con recelo a estas instituciones, sospechando en ellas espacios de organización política, resistencia sindical y difusión de ideas que podían alterar el orden liberal. La amenaza del "inmigrante peligroso" se proyectaba sobre estos espacios, justificando la vigilancia, la represión selectiva y la presión para que se alinearan con las festividades y valores nacionales.



Ilustración 42 La Sociedad Española de Socorros Mutuos, fundada en Benito Juárez en 1910, se erige como un testimonio de la solidaridad inmigrante, la defensa de la dignidad trabajadora y la construcción de espacios culturales y comunitarios en un pueblo que crecía al ritmo del ferrocarril y la agricultura.

La sociabilidad árabe: entre la diáspora y la dignidad

Hacia finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, llegaron también inmigrantes árabes, quienes, enfrentados a la guerra, el desarraigo y la pobreza, se insertaron en el comercio ambulante, recorriendo el pueblo y la campaña, vendiendo de casa en casa, soportando la precariedad, el racismo y la soledad del exilio.

En este contexto, fundaron en 1924 una sociedad de socorros mutuos que articuló la ayuda sanitaria con la contención emocional y comunitaria, sosteniendo una diáspora que buscaba dignidad y arraigo en un territorio que les exigía integración, pero ofrecía rechazo y precariedad. Este mutualismo árabe, como en otros casos, representaba la dignidad del migrante frente a la adversidad, la construcción de una comunidad en el exilio y la resistencia al disciplinamiento cultural.



Ilustración 43 La fundación de la Unión Siria en 1924 en Benito Juárez simboliza la dignidad de la diáspora árabe frente al desarraigo y la precariedad, sosteniendo redes de ayuda mutua y arraigo cultural en un territorio que exigía integración mientras ofrecía exclusiones.

Entre la nostalgia y la esperanza

Estas sociedades de socorros mutuos en Benito Juárez fueron islas de solidaridad en un mar de precariedad. Fueron también espacios de negociación cultural, en donde se construía identidad mientras se resistía la homogeneización, se tejían lazos de confianza en un territorio de extraños y se soñaba con la posibilidad de un futuro distinto.

En un pueblo que crecía al ritmo del ferrocarril, las trillas, las cosechas y las promesas de la Argentina agroexportadora, los inmigrantes organizados en sociedades mutuales tejieron la trama de una historia invisible, donde la dignidad, el trabajo y la solidaridad cotidiana se convirtieron en formas de resistencia frente a un sistema que los recibía como fuerza de trabajo, pero los desechaba cuando ya no los necesitaba.

Un experimento fallido de orden y poblamiento: el caso de la colonia luxemburguesa en San Antonio de Iraola

En el paisaje del sudeste bonaerense de fines del siglo XIX, marcado por las retóricas del progreso y el orden liberal, la experiencia de la colonia luxemburguesa en la estancia San Antonio de Iraola ofrece un prisma privilegiado para interrogar el mito de la inmigración como promesa de prosperidad y armonía social. Este episodio, breve pero significativo, revela las tensiones entre los ideales de poblamiento, las estructuras de poder estanciero y las condiciones materiales de quienes llegaron con expectativas de tierra y trabajo.

La cosecha custodiada: trabajo inmigrante y orden estanciero en la pampa



Ilustración 44 Luxemburgueses trabajando en San Antonio de Iraola (1891) Fotografía tomada por Francisco "Paco" Ayerza. Traducción: Los agricultores aprecian la cosecha.

En esta imagen detenida de 1891, la cámara de Francisco "Paco" Ayerza captura un instante de la cosecha en la estancia San Antonio de Iraola, donde la comunidad luxemburguesa, apenas dos años antes llegada a la Argentina con sueños de libertad y tierras propias, realiza las labores agrícolas que sustentan el engranaje de la economía exportadora del agro pampeano.

Lo que a primera vista parece una escena bucólica de esfuerzo compartido, con mujeres y hombres moviendo haces de trigo, carros cargados con la cosecha y caballos esperando la próxima orden, es en realidad la representación material del disciplinamiento del trabajo inmigrante bajo el orden liberal de la Argentina agroexportadora^{95, 96}. En el centro de la composición, una mujer transporta sobre su cabeza un manojo de espigas, recordándonos que en estas escenas no hay neutralidad de género: las mujeres también cargaron sobre sus cuerpos el peso de este proyecto migratorio, trabajando junto a sus familias mientras sostenían las estructuras domésticas en un entorno desconocido y muchas veces hostil.

La maquinaria social de la estancia se refleja en la organización de los cuerpos, alineados en una coreografía de la producción que ordena tiempos y movimientos en función del mercado mundial, mientras los terratenientes y administradores supervisaban la escena desde una distancia que aquí, paradójicamente, la cámara difumina pero no suprime. Este trabajo, que debía ser sinónimo de prosperidad y redención social bajo el mito inmigratorio⁹⁷, se desarrollaba bajo contratos de arrendamiento que limitaban la autonomía de las familias, imponiendo cuotas de producción y relaciones de dependencia⁹⁸.

Podemos observar en esta imagen el eco de lo que David Harvey describe como la homogeneización del espacio en función de las necesidades del capital: la pampa se convierte en un escenario uniforme, disciplinado para la agricultura intensiva, donde las yuntas de bueyes, los carros y las trilladoras en perspectiva se alinean con el horizonte bajo la promesa de productividad, mientras que el tiempo de quienes trabajan se subordina a los ritmos de la cosecha, la exportación y el mercado de granos en Europa.

La fotografía, bajo la autoría de un miembro de la elite terrateniente, también nos recuerda que el registro visual de estos procesos está mediado por una mirada de poder⁹⁹. La cámara de Ayerza celebra el progreso de la estancia, inmortalizando una "cosecha abundante" mientras silencia las tensiones que carcomían a la comunidad luxemburguesa: las deudas impagas, las epidemias que diezmaban a sus hijos y las fricciones con las autoridades locales, que denunciaban la autonomía y la supuesta insubordinación de estos inmigrantes que, paradójicamente, habían sido convocados para poblar y "civilizar" el espacio pampeano.

En su aparente sencillez, esta fotografía encierra la paradoja de una época: la inmigración como promesa de integración y progreso, y la realidad de un orden agrario que disciplinaba el trabajo y organizaba la vida bajo el signo de la renta y la exportación, dejando a las familias en una posición de vulnerabilidad estructural, aun cuando ellas mismas se convirtieran en engranajes imprescindibles del proceso de acumulación.

La colonia proyectada: planes de poblamiento y disciplinamiento del trabajo

En 1888, el ingeniero Rómulo Ayerza, vinculado a la familia Iraola y a los círculos clericales católicos, impulsó un proyecto de colonización agrícola en sus tierras de San Antonio, en el partido de Juárez. La propuesta, respaldada por redes eclesiásticas, incluía la radicación de cientos de familias luxemburguesas bajo un régimen de arrendamiento condicionado. El cura redentorista Jean Pierre Didier, junto con su sobrino designado como mayordomo del establecimiento, articuló las gestiones para reclutar a las familias que se comprometieron a viajar a la Argentina, atraídas por la promesa de estabilidad económica y de la construcción de un "pueblo auténticamente luxemburgués" en la pampa.

El arribo de estas familias, acompañadas de un sacerdote y un maestro, en 1889 tras un largo viaje en el buque Strassbourg, se inscribía en la lógica del Estado y las élites terratenientes de la época: poblar la pampa, disciplinar el espacio rural y modernizar la producción agrícola a través de la inmigración europea. La colonia contaba con viviendas estandarizadas, una pequeña iglesia, carnicería, almacén y maquinaria agrícola que permitía avanzar en la mecanización del cultivo de cereales, en línea con las transformaciones del capitalismo agrario en el Cono Sur.

El desencanto: tensiones internas, abusos y crisis sanitaria

Sin embargo, pronto emergieron las fisuras en la experiencia colonizadora. Las condiciones de arrendamiento resultaron onerosas para las familias luxemburguesas, quienes desconocían las complejidades económicas y jurídicas de la Argentina. Las rentas y obligaciones impuestas, el control del cultivo de hectáreas bajo la supervisión del cura y la sospecha de manejos arbitrarios en la administración del proyecto generaron descontento y desconfianza hacia las autoridades religiosas y hacia Ayerza.

Las crisis sanitarias, con brotes de sarampión y viruela que provocaron la muerte de más de una veintena de colonos sin atención adecuada, se sumaron a las malas cosechas de una década marcada por la inestabilidad económica. Mientras tanto, las crónicas locales señalaban la fricción entre la colonia y las autoridades de Juárez, acusando a los luxemburgueses de no someterse a las leyes nacionales y de mantener prácticas de aislamiento que chocaban con la pretendida integración al orden estatal argentino.

La sustitución del sacerdote a cargo, la llegada de un nuevo mayordomo autoritario que debió huir tras intentos de agresión de los colonos y la ruptura de la cohesión interna de la comunidad precipitaron el colapso del proyecto.

El final de un mito: fracaso de la colonia y dispersión de las familias

En 1891, apenas dos años después de su fundación, la colonia luxemburguesa de San Antonio de Iraola se disolvió. La familia Ayerza, inicialmente reticente a liberar a los colonos de sus compromisos contractuales, accedió finalmente a rescindir los contratos, entregándoles herramientas y caballos para que pudieran buscar un nuevo destino. Muchas de estas familias migraron hacia el partido de Tres Arroyos, mientras que otras se dispersaron en busca de mejores oportunidades.

El experimento de San Antonio de Iraola revela las contradicciones de la inmigración como política de poblamiento: bajo el ropaje de la promesa de libertad y prosperidad, se estructuraron dispositivos de control laboral y disciplinamiento de los sujetos migrantes en beneficio de las dinámicas de acumulación agraria del capitalismo pampeano. Las estructuras estancieras no solo pretendieron poblar el espacio físico, sino también organizar el tiempo y las formas de vida de las familias migrantes, encorsetándolas en relaciones de dependencia que chocaron con sus aspiraciones de autonomía.

En el arco de nuestra historia crítica, este caso permite iluminar las tensiones entre el discurso estatal y terrateniente de la "inmigración civilizadora" y las condiciones materiales de existencia de quienes llegaron con la esperanza de fundar un futuro mejor, solo para enfrentar las lógicas de la renta, la explotación y el disciplinamiento del trabajo en la pampa.

Epílogo: Del orden impuesto a los espacios disputados

La primera parte de esta historia crítica ha relativizado el relato fundacional tradicional y ha presentado la fundación del pueblo no como un nacimiento puro, sino como el cierre de procesos de disciplinamiento espacial y social. Allí donde la narrativa oficial habla de pioneros, progreso y voluntad civilizatoria, hemos reconocido el avance de un orden estatal y capitalista que necesitaba abstraer el espacio, regular los tiempos de vida y codificar el territorio mediante escrituras de mensura y traza. Las nociones de espacio abstracto y aniquilación del espacio por el tiempo, desarrolladas por Harvey, el tiempo homogéneo y vacío criticado por Benjamin, y la acumulación originaria analizada por Marx permiten desnaturalizar la idea de fundar como acto exclusivamente heroico. En su lugar aparece una transformación conflictiva que afectó prácticas comunales, ciclos naturales y sociabilidades anteriores.¹⁰⁰

El ferrocarril ha cerrado este ciclo, conectando la localidad a las redes de circulación de mercancías y personas, y anudando el territorio a la lógica de la valorización y la explotación de la tierra. De este modo, hemos asistido a la creación de un espacio de orden, una plaza de geometría precisa, instituciones disciplinarias (escuela, policía, iglesia) y líneas férreas que consolidan la ocupación territorial.

Sin embargo, la historia no comienza allí. El territorio que el liberalismo quiso reescribir como espacio vacío era ya un espacio vivido, narrado, disputado. La segunda parte de esta obra se adentrará en esa historia previa, en esas memorias de resistencia, de existencia

indígena y mestiza, de tolderías como forma de organización no estatal, y de guerras que fueron resistencias al despojo.

Allí, en ese territorio que se quería vacío, nos encontraremos con Yanquetruz, con Otamendi, con la estancia San Antonio como umbral entre el mundo premoderno y la estancia capitalista. El relato se descentra, se llena de otros tiempos y otras voces. Porque toda historia local, si quiere ser crítica, debe atreverse a volver atrás para escuchar las voces que el orden fundacional silenció.

Así, cerramos esta primera parte que ha investido a la fundación como imposición de orden, para abrir la segunda, donde la historia previa se revela como un espacio en disputa, cargado de conflictos, memorias y luchas por habitar la tierra en términos no dictados por el capital y el Estado Liberal.

La historia previa a la fundación; la pampa como espacio en disputa

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Qué revela la experiencia de los inmigrantes de Benito Juárez sobre las distancias entre la promesa nacional de acceso a la tierra y las condiciones concretas del orden agroexportador?
- 02** ¿Cómo modifican las asociaciones mutuales, las redes comunitarias y el fracaso de la colonia luxemburguesa una historia de la inmigración narrada sólo como integración y progreso?

Notas

- 94.** (Doll, 1939)
- 95.** (Germani, 1955) Obra pionera de la sociología empírica argentina, aporta un análisis sistemático de la estructura demográfica y de clases del país a mediados del siglo XX. Varios de sus supuestos acerca de la modernización fueron revisados o discutidos por corrientes posteriores (teoría de la dependencia, marxismo, teorías críticas de la cultura), que han enriquecido el diálogo historiográfico.
- 96.** (Hora, Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945, 2015, págs. 193-248)
- 97.** (Devoto, 2002, págs. 247-293)
- 98.** (De Cristóforis, 2016, págs. 71-86 Cap. 4 La inserción de los inmigrantes en el tránsito del siglo XIX al XX)

99. (Berger, 2000)

100. Benjamin, 2009, Tesis XIII y XIV.

LECTURA TRANSVERSAL

Preguntas para continuar la primera parte

- 01 ¿Qué relaciones pueden establecerse entre la guerra, la escritura administrativa, la mensura, el alambrado, la estancia, las instituciones y el ferrocarril como formas de producción del territorio?
- 02 ¿Cómo se articularon los intereses de los propietarios con las instituciones estatales en la formación del orden local, y qué márgenes de autonomía o conflicto existieron dentro de esa articulación?
- 03 ¿Qué permite descubrir la historia de Benito Juárez que una explicación general sobre el modelo agroexportador argentino podría dejar oculto?

02

Memorias desobedientes

La historia previa a la fundación; la pampa como espacio en disputa

La frontera, el malón y las tensiones del orden

El sudeste bonaerense como espacio en disputa

El sudeste bonaerense como espacio en disputa

La ocupación del sudoeste bonaerense entre 1820 y 1880 fue un proceso constituyente del Estado argentino, donde la violencia genocida se combinó con mecanismos de cooptación y disciplinamiento. Como muestran Daniel Feierstein¹⁰¹ y Silvia Ratto¹⁰², la conquista no fue solo una guerra de exterminio, sino una reorganización total de las relaciones sociales, económicas y territoriales. Los indígenas, lejos de ser "obstáculos al progreso", fueron actores centrales en este drama, resistiendo, negociando y adaptándose hasta que el poder militar y discursivo del Estado los borró de la historia oficial. Hoy, recuperar sus voces es esencial para entender que la frontera no ha desaparecido: sigue viva en las luchas por la tierra, la memoria y el reconocimiento.

La ocupación territorial del sudoeste bonaerense (1820-1880). La frontera como espacio de conflicto, negociación y apropiación

Entre 1820 y 1880, la provincia de Buenos Aires consolidó su expansión sobre la región pampeana y norpatagónica mediante una política fluctuante que combinó guerra, diplomacia y apropiación territorial. Este proceso no fue lineal ni homogéneo, sino que estuvo condicionado tanto por las demandas internas de la sociedad criolla —como la necesidad de ampliar la producción pecuaria para la exportación— como por las dinámicas propias de las sociedades indígenas, cuyas estrategias de negociación, resistencia o alianza variaron según los contextos políticos y económicos.

La frontera, lejos de ser una línea estática, funcionó como un espacio de interacción compleja, donde coexistieron el conflicto violento, el intercambio comercial y la hibridación cultural. Los límites formales del poder estatal llegaban hasta el Río Salado, demarcados por una línea de fortines (Chascomús, Monte, Lobos, Navarro). Sin embargo, más allá de esta frontera nominal, existía un intenso tráfico mercantil con las tolдерías,

donde criollos e indígenas intercambiaban ganado, cueros, aguardiente y manufacturas. A partir de 1815, los estancieros comenzaron a cruzar esa línea con sus arreos, instalándose en tierras indígenas mediante acuerdos directos con los caciques locales. Estas transacciones, aunque a menudo precarias, reflejaban un equilibrio de fuerzas donde la convivencia y el conflicto se entrelazaban.

El avance sobre Tandil y la fundación del Fuerte Independencia (1820-1824)

El período entre 1820 y 1824 marcó un punto de inflexión en la ocupación del sudoeste bonaerense, caracterizado por una alternancia entre parlamentos diplomáticos y expediciones militares:

1820: El gobierno de Buenos Aires firmó tratados con caciques pampas, reconociendo —al menos nominalmente— su autonomía territorial a cambio de paces temporales.

1821: La expedición punitiva de Martín Rodríguez buscó castigar malones, pero también sirvió para explorar tierras aptas para la expansión ganadera.

1822: El coronel Pedro Andrés García negoció parlamentos con pampas, tehuelches y ranqueles, estableciendo acuerdos que, aunque frágiles, permitieron una relativa estabilidad en la frontera.

1823: Se fundó el Fuerte Independencia (Tandil), un hito clave en la avanzada criolla. Su establecimiento no solo implicó la pérdida de tierras de pastoreo para los grupos indígenas, sino también la fijación simbólica del orden estatal en un territorio hasta entonces bajo control nativo.

1824: Una nueva expedición de Martín Rodríguez profundizó la penetración criolla en la región interserrana, consolidando la presencia militar y sentando las bases para la futura expansión agropecuaria.

La fundación de Tandil representó un quiebre en la autonomía indígena, ya que el fuerte no solo funcionó como un puesto militar, sino también como un núcleo de control territorial que facilitó la posterior ocupación estanciera.

Este proceso ilustra lo que Daniel Feierstein denominó genocidio reorganizador: la violencia estatal no buscó únicamente la eliminación física de los indígenas, sino la destrucción de sus estructuras socioeconómicas para reemplazarlas por un orden capitalista y criollo-europeo.

El "Negocio Pacífico de Indios" y las alianzas con los caciques (1826-1852)

A partir de 1826, bajo el liderazgo de Juan Manuel de Rosas, Buenos Aires implementó una política conocida como el "Negocio Pacífico de Indios", un sistema de alianzas basado en el racionamiento de ganado, alimentos y bienes a cambio de servicios militares y acuerdos de paz. Rosas estableció tres círculos de contacto con las sociedades indígenas:

- **Indios amigos:** Grupos asentados en territorio bonaerense, integrados como auxiliares militares o peones en estancias.
- **Indios aliados:** Comunidades que mantenían autonomía pero comerciaban con Buenos Aires, como los ranqueles o algunos grupos pampas.
- **Red diplomática transcordillerana:** Alianzas con caciques mapuches de Chile, que actuaban como intermediarios en el comercio de ganado y armas.

Los "lanceros indígenas" —guerreros reclutados entre los indios amigos— se convirtieron en un pilar de la defensa fronteriza, participando incluso en la represión de la Revolución de los Libres del Sur (1839) y en operaciones contra malones rivales. Sin embargo, estas alianzas eran inestables y pragmáticas: dependían de la distribución de beneficios y podían romperse ante incumplimientos o cambios en el equilibrio de poder. Como señala María Eugenia Alemano, la frontera era un espacio de negociación constante, donde las identidades y lealtades eran fluidas, y donde los caciques actuaban como actores políticos autónomos, no meros sujetos pasivos del dominio criollo¹⁰³.

Esta etapa refleja la tensión entre incorporación y exclusión que caracterizó al genocidio reorganizador: mientras el Estado buscaba integrar a los indígenas como mano de obra subordinada, las comunidades nativas aprovecharon estos acuerdos para mantener cierta autonomía y resistir la pérdida total de sus tierras.

El rosismo y la crisis del sur bonaerense (1838-1841)

El orden fronterizo descrito hasta aquí no puede separarse del rosismo. Rosas articuló milicias rurales, jueces de paz, grandes propietarios, comerciantes y parcialidades indígenas aliadas en una construcción de poder que no eliminó los conflictos, sino que procuró administrarlos. El llamado Negocio Pacífico fue una pieza de ese dispositivo; la política de tierras, la fiscalidad y el control de las autoridades locales fueron otras. Mirado desde el sudeste, el rosismo fue simultáneamente un régimen político, una forma de gobierno de la campaña y una trama de relaciones personales que unía obediencia, protección y acceso a recursos.¹⁰⁴

El bloqueo francés iniciado en 1838 puso esa trama bajo presión. La caída del comercio exterior redujo los ingresos de la provincia, agravó las dificultades de productores y comerciantes y coincidió con medidas fiscales que afectaron de manera directa a la campaña. El gobierno había elevado el canon enfiteúutico, incorporó esas tierras al cálculo de la Contribución Directa y aceleró la venta de superficies que hasta entonces se encontraban en usufructo. La cuestión de la tierra integró, por lo tanto, la crisis, pero no conviene describirla como una simple confiscación preventiva ni como una venta reservada únicamente a federales fieles: las operaciones beneficiaron sobre todo a enfiteutas que ya ocupaban esos campos, aunque el poder político, la información y las redes personales incidieron de manera desigual en las posibilidades de comprar, conservar o ampliar patrimonios.¹⁰⁵

Los Libres del Sur: una crisis política dentro del mundo rural

La rebelión iniciada en Dolores el 29 de octubre de 1839 reunió a estancieros y notables de trayectorias heterogéneas, entre ellos federales antes vinculados al régimen y opositores unitarios. El descubrimiento de la conspiración de Ramón Maza, el asesinato de Manuel Vicente Maza y el fusilamiento de su hijo desarticulaban el componente porteño del plan. El cambio de rumbo de Lavalle dejó, además, a los sublevados del sur sin el apoyo militar que esperaban. La derrota en Chascomús, el 7 de noviembre, cerró la fase principal del levantamiento, pero no la crisis: durante meses continuaron la vigilancia, los embargos, los premios, las sospechas y la recomposición de las autoridades locales.¹⁰⁶

El episodio no debe narrarse únicamente como la reacción espontánea de hacendados despojados, ni como una lucha transparente entre unitarios y federales. El bloqueo, la fiscalidad, la política de tierras, los vínculos con Lavalle y los conflictos internos del federalismo confluyeron en una coyuntura común. Rosas respondió combinando fuerza y clemencia selectiva: responsabilizó a una minoría dirigente, indultó a muchos paisanos presentados como engañados o forzados y preservó así su interlocución con sectores populares de la campaña. La represión no sólo castigó cuerpos y bienes; produjo una nueva lectura política de la sociedad rural, distinguiendo entre jefes traidores y seguidores recuperables.¹⁰⁷

Tandil participó de esa conmoción. El alzamiento vinculado a los Libres del Sur revela que el Fuerte Independencia no era un puesto aislado en una frontera vacía, sino el centro de una comunidad rural politizada, atravesada por redes de propietarios, comerciantes, milicianos, pobladores e indígenas aliados. Tras la derrota, los embargos y las confiscaciones alteraron patrimonios; la reorganización administrativa reforzó los instrumentos de vigilancia y mediación. El cambio de nombre del partido por Chapaleofú y la creación de nuevos partidos en el sur pueden leerse dentro de esa voluntad de

recomponer el control, aunque sería excesivo explicar toda la reorganización territorial como un castigo único y directo.¹⁰⁸

De Tandil a San Antonio: alcance y límites de la relación

Aquí aparece la relación con la historia de Benito Juárez. Entre 1839 y 1854, Chapaleofú comprendió el actual Tandil y áreas extensas de Azul, Rauch, Ayacucho, Balcarce, Lobería, Necochea y Juárez. Los campos que después serían leídos como periferia de San Antonio estaban, por lo tanto, dentro de un espacio político y militar afectado por la crisis rosista. Esta pertenencia regional permite incorporar los Libres del Sur como panorama histórico necesario: explica las instituciones, las lealtades y las disputas que precedieron a la estancia. No demuestra, por sí sola, una genealogía directa entre la rebelión y San Antonio.¹⁰⁹

La hipótesis que guía esta incorporación es más precisa: la crisis de 1838-1841 reordenó las mediaciones entre tierra, autoridad y fidelidad política en el sur bonaerense. Ese reordenamiento condicionó las formas posteriores de acumulación territorial y dejó redes capaces de atravesar cambios de régimen. San Antonio no habría nacido como consecuencia inmediata de Chascomús; se consolidó dentro de un territorio cuya apropiación y administración habían sido moldeadas por las políticas rosistas, por la experiencia de la rebelión y por la posterior recomposición del poder local.

La segunda hipótesis enlaza este proceso con la frontera indígena. Las fuerzas que derrotaron a los Libres del Sur contaron con milicias, tropas regulares y grupos de indios amigos. Después de Caseros, al quebrarse el dispositivo de acuerdos sostenido por Rosas, esos vínculos se volvieron más inestables. El combate de San Antonio de 1855 no fue una prolongación de la rebelión de 1839, pero sí ocurrió sobre un escenario configurado por aquel orden y por su desarticulación: autoridades debilitadas, alianzas indígenas en revisión, intereses estancieros en expansión y un Estado de Buenos Aires que intentaba reconstruir su dominio territorial.

Esta distinción entre contexto, condición e intervención directa es decisiva. Permite relacionar escalas sin fabricar causalidades: el rosismo ofrece el marco; Tandil y Chapaleofú constituyen la mediación regional; San Antonio e Iraola forman el caso que debe probarse con mensuras, expedientes, correspondencia y registros patrimoniales. Donde esas fuentes faltan, el texto formula preguntas e hipótesis, no certezas.

Calfucurá, Urquiza y el gran malón de 1855: La crisis del equilibrio fronterizo

Tras la caída de Rosas en 1852, las relaciones entre Buenos Aires y las sociedades indígenas entraron en una nueva fase de conflicto. El cacique Calfucurá, establecido en Salinas Grandes desde 1840, emergió como el principal líder indígena de la región, tejiendo alianzas tanto con Buenos Aires como con Justo José de Urquiza:

- **1853:** Con apoyo de Urquiza, Calfucurá organizó un gran malón sobre el sur bonaerense, movilizando a más de 4.000 guerreros y arreando alrededor de 100.000 cabezas de ganado. Esta incursión demostró la capacidad de movilización indígena y la fragilidad de los acuerdos previos.
- **1855:** La avanzada de cantones militares en tierras de Catriel provocó otro malón masivo, con el robo de 60.000 vacunos y la captura de 150 cautivos.
- **Respuesta estatal:** La campaña de Emilio Mitre evidenció las limitaciones del Ejército frente a la guerra de movilidad indígena, basada en ataques rápidos y conocimiento del terreno.

Calfucurá no era un "salvaje irredento", sino un estratega político que negociaba con ambos bandos criollos, garantizando el flujo de raciones y comercio mientras defendía la autonomía de su gente¹¹⁰. Su figura encarna la resistencia indígena frente al avance estatal, pero también la creciente presión ejercida por la expansión ganadera y la centralización del poder en Buenos Aires.

De la contención a la ofensiva final: Alsina, Roca y la "Conquista del Desierto" (1862-1880)

Con la consolidación del Estado nacional en 1862, la política indígena se volvió más agresiva y centralizada:

- **Ley 215 (1867):** Ordenó avanzar la frontera hasta el Río Negro, formalizando el proyecto de ocupación total de la Pampa y Patagonia.
- **Adolfo Alsina (década de 1870):** Implementó una estrategia de contención defensiva, construyendo una zanja de 610 km y una línea de 100 fortines para impedir el arreo de ganado. Aunque criticado por su "pasividad", Alsina sentó las bases logísticas para la ofensiva final.
- **Julio A. Roca (1878-1879):** Bajo su liderazgo, se lanzó la "Conquista del Desierto", una campaña militar masiva que liquidó la autonomía indígena:

- **Expediciones ofensivas:** 5 divisiones militares barrieron el territorio, utilizando tácticas de tierra arrasada.
- **Ocupación de la Patagonia:** Miles de indígenas fueron asesinados, capturados o deportados a obrajes, ingenios azucareros y servicio doméstico.
- **Reorganización territorial:** Las tierras conquistadas se distribuyeron entre la oligarquía terrateniente, consolidando el modelo agroexportador.

Este proceso culminó el genocidio reorganizador descrito por Feierstein: la violencia no solo buscó exterminar, sino reescribir el orden social, subordinando a los sobrevivientes indígenas como ciudadanos de segunda clase en un Estado que los había despojado de todo¹¹¹. La frontera, antes un espacio de interacción, se convirtió en un mito fundacional de la Argentina moderna, ocultando bajo el relato de la "civilización" las huellas de un pasado de resistencia y negociación.

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Qué cambia en la interpretación de la frontera cuando deja de concebirse como una línea que separaba la civilización de la barbarie y se reconoce como un espacio de intercambios, negociaciones y soberanías en disputa?
- 02** ¿Cómo se relacionaron la expansión de la propiedad privada, las necesidades del capitalismo agrario y la violencia estatal contra los pueblos originarios?

Notas

- 101.** (Feierstein, Introducción a los estudios sobre genocidios, 2016, págs. 37-64)
- 102.** (Ratto, 2013)
- 103.** (Alemano, 2018)
- 104.** Germinario, 2021, págs. 1-31; Gelman, 2009.
- 105.** Germinario, 2021, págs. 9-12. Entre 1836 y 1843 se escrituraron más de 3,4 millones de hectáreas; la mayor parte de las compras correspondió a los propios enfiteutas. Esta evidencia impide reducir la política de tierras a un reparto exclusivo entre partidarios del gobernador.
- 106.** Germinario, 2021, págs. 12-24.
- 107.** Germinario, 2021, págs. 8-13; Gelman, 2009.

- 108.** Germinario, 2021, págs. 7-9 y 24-27; Barcos y Lanteri, 2013.
- 109.** Reguera, 2004, págs. 109-129.
- 110.** (Cayuqueo, 2019, pág. 120 Calfucurá. El Napoleón de las pampas)
- 111.** (Feierstein, Introducción a los estudios sobre genocidios, 2016, págs. 40-43)

Cantones y tolderías

Combate de San Antonio de Iraola (1855)

Combate de San Antonio de Iraola (1855)

La expansión de la frontera sur bonaerense durante la primera mitad del siglo XIX se sostuvo en un entramado de fortines, cantones y fuertes que funcionaron como puntos de avanzada militar, control del territorio y disciplinamiento de la población rural. Entre esos dispositivos de control, el cantón ubicado junto a la estancia San Antonio operó como un núcleo de vigilancia, reclutamiento y sociabilidad, inserto en una frontera que no era una línea estática, sino un espacio permeable de conflictos, intercambios y tensiones.



Ilustración 45 La imagen aérea de la laguna y la estancia San Antonio, tomada hacia 1930, revela un paisaje que oculta bajo su serenidad aparente las huellas de la frontera sur bonaerense, donde las tolderías, las patrullas y los cercos de las estancias disputaron territorio, libertad y el agua en la expansión capitalista sobre la llanura.

Desde el aire, en esta imagen tomada hacia 1930, se despliega la laguna y la estancia San Antonio como un tapiz de pastos, espejos de agua y manchones de monte implantado que

marcan las líneas de propiedad y de trabajo humano sobre la planicie. Se distingue, en la inmensidad horizontal, la geometría irregular de las chacras y los rectángulos oscuros de las cortinas de álamos y eucaliptos, que resguardan del viento a los ranchos y a los galpones blancos, visibles como puntos diminutos en el horizonte, testimonios de una historia de cercamientos y apropiaciones.

Bajo esta serenidad aparente se encuentran las huellas de un pasado de violencia, disciplinamiento y disputa. Este paisaje, que hoy puede parecer calmo, fue espacio de frontera y de tensión: la laguna era lugar de paso de tolдерías, de aguadas utilizadas por las partidas indígenas y de recorridas de patrullas criollas que vigilaban el horizonte en busca de rastros de caballadas y humaredas. Los espejos de agua, que reflejan el cielo sin sobresaltos, funcionaban como puntos estratégicos en la geografía de la frontera, disputados por las comunidades indígenas que encontraban allí recursos vitales y por las autoridades militares y los y las estancieros que avanzaban con el alambre y la lanza en mano, dispuestos a consolidar un orden que permitiera transformar la tierra en mercancía.

En este espacio se erigía el cantón San Antonio, no como un fortín de empalizadas y torreones, sino como un rancho rodeado por un foso y con un cañón de aviso que perforaba el silencio del desierto para ser escuchado a treinta kilómetros de distancia. Este cantón se articulaba con la empalizada de la estancia misma, recordando que la defensa de la frontera era, en definitiva, la defensa de la propiedad privada en expansión y de la consolidación de un orden capitalista sobre el territorio pampeano.

Aquí, las milicias de Otamendi resistieron el avance de Yanquetruz, y en esas mismas tierras los gauchos eran reclutados bajo el imperio de la ley de vagos, forzados a servir en patrullas, a trabajar en las chacras de los coroneles locales y a sostener con su fuerza de trabajo las estructuras de las estancias que, como esta, se alzaban sobre el despojo y la violencia. Este espacio, donde se superponen las huellas de las tolдерías, las rutas de arreos, los fogones de las partidas y los cercos de las estancias, constituye un escenario material que permite comprender las condiciones de existencia del gaucho y de las comunidades indígenas en la frontera bonaerense.

Las aguas de la laguna San Antonio, hoy quietas, guardan la memoria de un tiempo en que la frontera se vivía como tensión cotidiana, en que la vista del centinela se dirigía hacia el horizonte bajo la luz de la luna y en que el estruendo de un cañonazo rompía la noche para anunciar la inminencia de un ataque o el paso de una partida de maloneros.

Este capítulo se propone recuperar esa historia vivida en la frontera, vinculando las experiencias de Martín Fierro, atrapado en el fortín Miñana, con las de los y las jóvenes reclutadas en el cantón San Antonio; comprendiendo que el espacio geográfico que hoy observamos desde el aire fue, en el siglo XIX, escenario de la disputa por el orden, por la tierra y por la libertad, bajo un régimen de disciplinamiento que consolidaba el avance del

capital en la pampa húmeda.

Un cantón de foso y cañón: especificidades materiales

El cantón de San Antonio no era un fortín en el sentido estricto que transmiten las imágenes más comunes. Era, en esencia, un rancho con paredes de adobe, rodeado por un foso, un brocal y un cañón de aviso. Este cañón no se utilizaba para la defensa directa, sino para lanzar un disparo que resonaba en la madrugada del desierto, de modo que su estampido pudiera escucharse en el fortín más cercano, ubicado a unos treinta kilómetros de distancia. La ausencia de empalizada en el cantón obligaba a que, en caso de ataque, se utilizara la empalizada de la estancia San Antonio como espacio de defensa, como sucedió en la madrugada del 13 de septiembre de 1855, cuando las milicias de Otamendi se enfrentaron a Yanquetruz.

Este dato reviste importancia para comprender las dinámicas de la frontera, pues la defensa en estos espacios no se sostenía exclusivamente en la fortificación militar, sino que se entrelazaba con la infraestructura de las estancias. El límite entre la esfera estatal y la privada se desdibujaba, mostrando cómo la defensa del territorio era, en última instancia, la defensa de la propiedad y de la expansión del orden estanciero en articulación con el poder militar.

El cantón como espacio de sociabilidad forzada

El cantón funcionaba como un espacio de control territorial y vigilancia, pero también como un ámbito de sociabilidad donde se reunían soldados de línea, milicianos reclutados entre los y las pobladoras de la zona y lanceros indígenas aliados. Allí se organizaban patrullas, se velaban las armas durante la noche y se transmitían relatos de incursiones, presencias de malones y avistamientos de columnas de humo en el horizonte.

Como en *El gaucho Martín Fierro*, donde Hernández describe con crudeza la injusticia de las levas y el sometimiento del gaucho a la frontera, el cantón operaba como un engranaje de disciplinamiento social, donde la ley de vagos y mal entretenidos se utilizaba para reclutar forzosamente a hombres jóvenes bajo el argumento de la defensa frente a los malones.

El carácter disciplinario de la frontera: una lectura crítica

Una de las contribuciones de la investigación arqueológica reciente ha sido subrayar que estos espacios no se limitaban a la función defensiva frente a los ataques indígenas, sino que, en muchos casos, operaban como centros de disciplinamiento de la población rural y de introducción de formas de trabajo capitalistas en la región pampeana.

En palabras del arqueólogo Facundo Gómez Romero, los fortines y cantones deben entenderse en el marco de la inserción del capitalismo en las pampas, en un contexto donde la mano de obra disponible —el gaucho— vivía con autonomía relativa, obteniendo medios de subsistencia mediante la caza, la cría de ganado propio y la circulación libre por el territorio¹¹². Frente a esta realidad, el poder buscó disciplinar al gaucho a través de dos mecanismos: su incorporación como peón en las estancias y su reclutamiento en los cantones y fortines.

La frontera, en este sentido, se consolidó como un espacio de reconfiguración de las relaciones de trabajo, donde los hombres eran obligados a aprender prácticas de disciplina y obediencia bajo la forma de patrullajes, trabajos de mantenimiento de las instalaciones, recolección de leña y pasto para los caballos y actividades rutinarias de control del ganado y la circulación de personas. El sistema de guardias y las recorridas entre los fortines cercanos configuraban un panóptico territorial, donde el control se ejercía tanto sobre el enemigo externo como sobre los y las pobladoras rurales.

La "descubierta", práctica habitual en la frontera, consistía en el envío de grupos de milicianos a encontrarse con otros grupos provenientes de fortines cercanos, para intercambiar partes de novedades diarias, que rara vez variaban: se trataba de capturas de algunos animales o del avistamiento de movimientos lejanos. Esta monotonía, erróneamente descrita por testigos contemporáneos como una "barbarie monótona", implicaba, sin embargo, una forma de organización que anticipaba las disciplinas del trabajo capitalista en el campo bonaerense.

El cantón como frontera disciplinaria: geografía, trabajo y control en el mundo del gaucho

La geografía física y humana de la frontera en Azul, tal como la reconstruye Florángel Turón, constituye un escenario que permite comprender de manera más concreta las experiencias vividas por Martín Fierro en el fortín, así como las de otros gauchos forzados a servir en cantones como el de San Antonio¹¹³. La autora subraya que el fortín y el cantón, junto a la estancia y la pulpería, conforman los tres espacios fundamentales en el devenir vital del gaucho en la frontera: la estancia, lugar de subsistencia con libertad relativa; el fortín, espacio de sometimiento bajo la forma de servicio militar obligatorio; y la pulpería, como reducto de sociabilidad y encuentro en un territorio de tensión y violencia permanente.

Turón sostiene que la experiencia de Martín Fierro en Azul se inscribe en la frontera concreta de 1870, en una zona de serranías, arroyos y pastizales donde se encontraban dispersas estancias como Santa Catalina y fortines como el Miñana. En este último, Melitón Fierro (nombre registrado en los documentos de época) habría cumplido su condena impuesta por la justicia de Monsalvo, bajo las órdenes de Álvaro Barros, siendo destinado a un fortín que más parecía una cárcel que un cuartel, en un lugar peligroso y alejado de la naciente población de Azul.

El fortín Miñana, al igual que el cantón San Antonio, carecía de una empalizada significativa y estaba rodeado por un foso que servía para resguardar animales y ofrecía una defensa precaria. Los ranchos de barro donde se alojaban soldados y milicianos se encontraban dispersos, fuera del cerco, de modo que, en caso de malón, hombres y animales pudieran concentrarse rápidamente en el núcleo de resguardo. A diferencia de otras construcciones militares con parapetos y garitas, estos cantones funcionaban como puntos de vigilancia y refugio transitorio, organizando patrullas y control de rastros en las inmediaciones más que como estructuras de combate sostenido. La precariedad del dispositivo defensivo dejaba expuesta a la población local, que debía recurrir a estancias fortificadas cercanas para una defensa efectiva durante los ataques.

Las condiciones de vida en el fortín y el cantón eran extremadamente duras y deshumanizantes. Turón ilustra cómo, en Azul, los soldados, entre quienes se encontraban gauchos reclutados por la fuerza, vivían en ranchos de barro, descalzos y vestidos con ropa precaria, realizando tareas de mantenimiento del foso, cuidando la caballada y, en muchos casos, trabajando en las chacras de los comandantes o coroneles locales, como Ventura y Matías Miñana.

El servicio militar en la frontera se articulaba con el disciplinamiento del gaucho, que, como bien explica Turón, provenía de una economía premercantil donde subsistía

mediante la caza y la pequeña cría de ganado, manteniendo una vida de relativa libertad que chocaba con las necesidades del incipiente capitalismo agrario y con la inserción del espacio pampeano al mercado mundial. El Estado y la oligarquía terrateniente precisaban de esta mano de obra y, en consecuencia, utilizaban el fortín y el cantón como dispositivos de disciplina y control, modelando las conductas y hábitos de trabajo de los y las gauchas bajo las nuevas reglas del orden capitalista emergente¹¹⁴.

En este contexto, se comprende el testimonio de Fierro en el Canto III, cuando afirma:

*¡Y qué indios, ni qué servicio;
si allí no había ni cuartel!
Nos mandaba el coronel
a trabajar en sus chacras,
y dejábamos las vacas
que las llevara el infiel.*

La cita no es un mero recurso literario, sino que se corresponde con la práctica documentada en Azul, donde los coroneles Miñana enviaban a los milicianos a realizar trabajos en sus estancias mientras el servicio en el cantón se transformaba en una forma de trabajo forzado y gratuito, en un régimen de disciplina que se extendía a los cuerpos y a las rutinas de los y las jóvenes que allí quedaban reclutados.

La vida en estos cantones era de monotonía violenta, combinando momentos de espera, tedio y trabajo pesado, con la tensión de las alertas por malones y las prácticas punitivas internas, que incluían el estaqueo como forma de disciplina, como ocurrió en el cantón donde estuvo Fierro:

*Los más viejos rezongaron,
pero a uno que se quejó
en seguida lo estaquiaron,
y la cosa se acabó.*

Este fragmento da cuenta del poder absoluto de las autoridades militares sobre los gauchos, en un espacio donde la ley se confundía con la arbitrariedad y donde el servicio militar obligatorio en la frontera operaba como un mecanismo de disciplinamiento y de inserción forzada al orden capitalista y estatal en expansión.

El Combate de San Antonio de Iraola (1855)

En las primeras luces de septiembre de 1855, un suceso de enorme carga simbólica y política sacudió la pampa bonaerense: la caída del contingente al mando de Nicanor Otamendi en el puesto de avanzada de San Antonio de Iraola frente a las lanzas del cacique Yanquetruz. Este hecho, con frecuencia presentado en las crónicas decimonónicas como un capítulo de heroísmo patrio, es aquí interpretado como un punto de inflexión en el largo proceso de imposición del orden estatal-capitalista en la frontera sur, en clave de lo que Daniel Feierstein conceptualiza como genocidio reorganizador¹¹⁵.

Contexto: La frontera como espacio de negociación y conflicto

Para comprender el combate, es necesario situarlo en la dinámica fronteriza post-rosista (1852-1879), caracterizada por:

Fragmentación del poder criollo: Tras la caída de Rosas, las alianzas con caciques como Calfucurá o Yanquetruz se volvieron inestables. Buenos Aires, en conflicto con la Confederación Urquicista, carecía de recursos para controlar la frontera.

Autonomía indígena: Grupos tehuelches y ranqueles mantenían control sobre rutas ganaderas (ej. arreos a Chile) y territorios al sur del Salado, como Tandil o las Salinas Grandes.

Expansión estanciera: San Antonio de Iraola constituía en 1855 un enclave fronterizo asociado a una extensión de doce leguas y a la red patrimonial de José Gerónimo Iraola. La cadena jurídica exacta de esa tenencia —enfiteusis, transferencias y eventuales compras— requiere todavía ser reconstruida con la mensura y el expediente correspondientes. Pero bajo la superficie de sus pastizales se agitaban tensiones comprobables: la presencia de tolderías y circuitos de intercambio indígena, las alianzas precarias entre estancieros y caciques y las lógicas de la ganadería comercial en expansión.¹¹⁶

El ataque de Yanquetruz a Tandil y San Antonio en 1855 respondió a esta tensión: los malones no fueron simples actos de "barbarie", sino estrategias de presión económica y política para negociar desde una posición de fuerza.

Los días que estremecieron la frontera

Durante ese septiembre de 1855, los caminos polvorientos de la región se poblaron de rumores sobre las incursiones indígenas que arreaban miles de cabezas de ganado. Un contingente bajo el mando de Otamendi, acompañado de húsares, marchó para reforzar la guarnición, encontrándose con una situación de extrema precariedad: las fuerzas destacadas se habían retirado, los fortines carecían de caballadas frescas y las noticias llegaban con retraso entre el Azul, Tandil, Tapalqué y San Antonio.

Oscar Julianelli, historiador y vecino de Juárez, ofrece en *Un alarido en el desierto* una narración detallada y vívida que nos permite recuperar no solo el episodio bélico, sino las lógicas de ocupación territorial, disciplinamiento y desposesión que signaron aquel momento¹⁷. El enfrentamiento se desencadenó tras el rechazo violento de Otamendi a parlamentar con los emisarios de Yanquetruz, quienes, portando señales de tregua, buscaban negociar un paso seguro con el ganado arreado en sus correrías por Tandil y La Tinta. El gesto de romper la misiva del cacique, de mandar estaquear al emisario frente a sus propios ojos, fue interpretado por los indígenas como una afrenta intolerable. Lo que pudo ser una retirada negociada, se convirtió en un ataque furioso.

La madrugada del 13 de septiembre se tiñó de gritos, relinchos y disparos entre los postes del corral de palo a pique. Los caballos, enloquecidos, derribaron cercos y desordenaron las filas; los milicianos, inexpertos, disparaban en la confusión mientras las lanzas rompían el cerco, reclamando el paso del ganado y la sangre de quienes los habían humillado. Al mediodía, Otamendi y sus hombres yacían muertos, con excepción de unos pocos sobrevivientes gravemente heridos, testigos de un combate que fue descrito por cronistas como un infierno de polvo, miedo y acero.

Violencia de frontera, genocidio reorganizador

En la superficie, la historia puede leerse como un episodio militar trágico; en la estructura profunda, se trata de un acto fundacional de violencia que consolidó la extensión del Estado sobre territorios indígenas y mestizos, destruyendo relaciones previas de organización social y territorial. Aquí opera el concepto de genocidio reorganizador de Feierstein, quien describe estos procesos como el reemplazo forzado de un grupo por otro, mediante la destrucción de su modo de vida, su cultura y su espacio. En este caso:

Objetivo militar: La derrota de Otamendi expuso la vulnerabilidad del Estado, acelerando la necesidad de una "solución final" (que culminaría con Roca en 1879).

- **Respuesta estatal:** Tras el combate, Buenos Aires incrementó fortines y expediciones punitivas, avanzando en la militarización sistemática de la frontera.

Ganado como botín: Yanquetruz arreó 28.000 cabezas (20.000 previas + 8.000 de San Antonio) para comerciar en Chile. Esto refleja la economía interétnica que el Estado buscaba erradicar.

Tierras en disputa: La estancia San Antonio, en manos de Iraola, simbolizaba el avance criollo sobre territorios indígenas. Su destrucción fue un acto de resistencia territorial.

Demonización del enemigo: La prensa porteña (ej. La Tribuna) pintó a Yanquetruz como un "salvaje sanguinario", ocultando su intento de parlamentar (el emisario estaqueado por Otamendi).

Mártires de la civilización: Los soldados muertos fueron glorificados (funerales en Catedral), reforzando el mito de la "conquista necesaria".

El avance de las estancias, el alambrado, el uso del territorio para la producción lanar y, luego, bovina y cerealera, no habría sido posible sin este despliegue de violencia sistemática, justificada en el discurso de la "civilización" y la "seguridad". Lo que se presentó como un sacrificio heroico en defensa de la patria fue, en realidad, una fase en la imposición de un orden económico que transformó campos comunitarios en parcelas privadas, eliminando las tolдерías, desplazando familias, arrasando con formas de vida y de ocupación del espacio que no encajaban en la lógica del capital.

Yanquetruz y la agencia indígena: ¿Resistencia o reacción al genocidio?

Tras el combate, el Estado homenajeó a sus caídos con discursos y funerales solemnes, mientras se reforzaban guarniciones y se reclamaba mayor control de la frontera. Pero Yanquetruz y sus lanceros, tras la victoria, no se retiraron al vacío: se dirigieron a negociar el ganado con intermediarios en Bahía Blanca, Patagones y el Chubut, revelando la trama de intercambios y complicidades de frontera que subyace a las narrativas épicas de los partes militares.

El cacique tehuelche no era un mero "bárbaro", sino un líder que:

- **Negociaba desde la fuerza:** Sus malones buscaban forzar acuerdos, como el acceso a mercados (Bahía Blanca, Chile).
- **Explotaba divisiones criollas:** Aliado circunstancial de Urquiza, aprovechó la debilidad bonaerense post-Caseros.

- **Mantenía soberanía:** Controlaba corredores ganaderos clave, integrando a tehuelches, pampas y ranqueles.
- **Su victoria en San Antonio fue efímera:** la falta de unidad entre los cacicatos (Calfucurá, Catriel) y la superioridad logística criolla terminarían imponiéndose.

Así, la batalla de San Antonio de Iraola expone las contradicciones de un sistema que, mientras avanza sobre el territorio, reclama la violencia como herramienta de "orden". La violencia de Yanquetruz, lejos de ser simple barbarie, fue una respuesta a la imposición de un sistema que desconocía sus derechos, sus pactos y su dignidad. El gesto de ofrecer parlamentar y el acto de represalia frente a la humillación del emisario reflejan un código de respeto quebrado por la arrogancia de quienes pretendían ocupar sus tierras.

La estancia tras la batalla

San Antonio, tras aquel combate, se consolidó como un enclave estanciero, incorporándose luego al circuito lanar y al proceso de modernización agropecuaria del sudeste bonaerense. El suelo ensangrentado de septiembre de 1855 se convirtió en tierra de cultivo y de esquila, en un espacio de acumulación y valorización que ocultó, bajo la narrativa de progreso, las violencias y desplazamientos que lo hicieron posible.

Una historia que aún interroga

Recuperar la historia de San Antonio de Iraola en clave crítica permite interrumpir el relato de fundación pacífica y progreso lineal. Nos obliga a recordar que cada hectárea arada, cada alambrado extendido y cada estancia levantada en la pampa tuvieron, como condición de posibilidad, la eliminación de otras formas de vida y la destrucción de comunidades enteras.

En esta memoria, los nombres de Otamendi, Yanquetruz, Mitre e Iraola no son solo personajes de bronce o villanos de un relato simple, sino actores en una disputa histórica por el territorio, por el control del tiempo y por el sentido de la pampa.

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿En qué medida el cantón de San Antonio funcionó como una defensa militar y en qué medida actuó como un dispositivo para disciplinar cuerpos, organizar trabajos y controlar circulaciones?
- 02** ¿Cómo se transforma el combate de 1855 cuando las decisiones de Otamendi y Yanquetruz se analizan como parte de una disputa política y territorial, y no como el enfrentamiento entre la civilización y la barbarie?

Notas

- 112.** (Gómez Romero, 1999)
- 113.** (Camponovo de Turón, 2025, pág. 25 Cap. II La región en ese tiempo)
- 114.** (Camponovo de Turón, 2025, pág. 95 Cap. XIII El fortín Miñana)
- 115.** (Op. cit. Pág. 57-58)
- 116.** La Gaceta Mercantil publicó en 1838 y 1839 nóminas en las que José Gerónimo Iraola aparece asociado a doce leguas. Esas menciones prueban su intervención en el régimen de tierras, pero, sin la mensura y el expediente correspondientes, no permiten identificar por sí solas esas doce leguas con San Antonio ni reconstruir toda la cadena de tenencia.
- 117.** (Julianelli)

José Gerónimo Iraola

El rostro del orden terrateniente

El rostro del orden terrateniente

El retrato como documento



Ilustración 46 Prilidiano Pueyrredón, Retrato de José Gerónimo Iraola. El retrato como emblema de la élite terrateniente que, entre alianzas políticas, redes familiares y violencia de frontera, consolidó la propiedad privada en la pampa.

Prilidiano Pueyrredón retrata a José Gerónimo Iraola como emblema de la élite terrateniente que, entre alianzas políticas, redes familiares y violencia de frontera, consolidó la propiedad privada en la pampa, transformando la tierra en mercancía bajo la promesa del orden y el progreso.

En esta pintura, Prilidiano Pueyrredón —hijo del Brigadier y uno de los máximos exponentes de la retratística decimonónica— nos presenta a José Gerónimo Iraola no solo como individuo, sino como emblema de una clase social que consolidó su poder a través de la tierra, el parentesco y la violencia de frontera.

Con su mano apoyada sobre el respaldo de una silla, el cuerpo de Iraola se inscribe en un salón ornamentado, entre mobiliario afrancesado y simetrías serenas. Su postura no expresa una autoridad ostentosa, sino un control que parece asegurado: un pie adelantado, el chaleco blanco en contraste con la levita oscura y el reloj de bolsillo como signo de una vida regulada. El reloj remite a la disciplina temporal que el capitalismo extendió sobre el trabajo y la circulación. Otra operación, vinculada con ella pero conceptualmente distinta, aparece en la crítica de Benjamin al tiempo homogéneo y vacío: la representación histórica que convierte cada transformación en una etapa necesaria de un progreso continuo. Iraola participa de ese orden material y también de la imagen histórica que lo presenta como destino inevitable de la pampa.¹¹⁸

El hombre, la tierra y las leyes

Si en la imagen que conservamos, pintada por Prilidiano Pueyrredón, José Gerónimo Iraola nos mira con la severidad de quien encarna el rostro de la posesión terrateniente, en su biografía late el pulso de las transformaciones estructurales que describen Banzato, Infesta y Valencia en Las elites de propietarios rurales en el siglo XIX¹¹⁹. Iraola no es un propietario abstracto: su figura condensa el tránsito del desorden de la frontera a la consolidación de la propiedad privada como forma de poder, y del desarraigo forzado de pueblos originarios a la expansión de la ganadería y el ciclo lanar bajo el signo del mercado mundial.

Nacido en 1810, José Gerónimo Iraola se vinculó con el espacio político unitario y con Juan Lavalle. Su trayectoria militar y su emigración a Chile durante el rosismo impiden presentarlo como un beneficiario lineal de la fidelidad federal. A la vez, su historia posterior tampoco puede reducirse a una oposición sin matices: la formación de su patrimonio dependió de una red familiar y comercial que mantuvo vínculos estrechos con el poder rosista. Iraola encarna, precisamente, la movilidad de unas élites capaces de combinar adhesiones políticas, parentescos y negocios en una época de guerras civiles y fronteras cambiantes.¹²⁰

En Santiago de Chile, donde vivió en casa de su cuñado Luis Pereyra Arguibel, Iraola preservó y reconfiguró relaciones mientras en Buenos Aires se afianzaba la dominación rosista. La fuente académica consultada fecha su regreso en 1846. La diferencia con la fecha de 1843 consignada en reconstrucciones previas aconseja no identificar automáticamente el indulto con un retorno inmediato y exige mantener abierta la verificación documental. Lo decisivo para este relato es que su reinserción patrimonial se

produjo a través de la asociación con su cuñado Simón Pereyra.¹²¹

Pereyra ocupaba una posición casi inversa y, al mismo tiempo, complementaria. Era pariente político de Rosas, fue diputado de la Junta de Representantes entre 1836 y 1846, integró comisiones legislativas y sus comercios abastecieron al ejército. Esa proximidad no convierte a Iraola en rosista, pero sí muestra que los negocios familiares podían atravesar las divisiones facciosas. La sociedad Pereyra-Iraola enlazó a un emigrado unitario con un empresario inserto en las estructuras del régimen.¹²²

Esta trama obliga a abandonar una imagen demasiado simple de vencedores y vencidos. Las redes de parentesco funcionaban como reservas de confianza, información y capital capaces de sobrevivir a persecuciones, exilios y cambios de gobierno. El rosismo podía sancionar a un individuo y, al mismo tiempo, mantener relaciones con miembros de su familia o con sus socios. Después de Caseros, esos mismos vínculos facilitaron la continuidad y expansión de los negocios territoriales.¹²³

Algunas reconstrucciones locales vinculan a Iraola con los Libres del Sur. La asociación es verosímil por su cercanía a Lavalle, su identificación unitaria y su exilio, pero todavía no puede afirmarse como un hecho demostrado por las fuentes utilizadas en este borrador. El estudio de Germinario no lo incluye entre los iniciadores y dirigentes principales. Esto no prueba su ausencia de toda colaboración; establece, sencillamente, el límite actual de la evidencia. Una futura consulta de expedientes de embargo, listas de emigrados, correspondencia y mensuras permitiría confirmar o corregir la hipótesis.¹²⁴

Como subrayan Banzato, Infesta y Valencia, la apropiación de tierras en Buenos Aires durante el siglo XIX no fue una simple "colonización del desierto", sino un proceso de concentración de tierras en manos de un grupo reducido de familias ligadas por redes de parentesco, capital y política, donde el Estado actuó como garante del orden jurídico y militar necesario para convertir las tierras en propiedad. Iraola fue un engranaje en ese mecanismo: mientras Pereyra adquiría tierras estratégicas en zonas de frontera o en regiones en proceso de valorización, Iraola se encargaba de "poblarlas" y administrarlas, asegurando su explotación ganadera y su integración progresiva al mercado exportador.

La historia de Iraola es la de un hombre que pasó de la lanza al arriendo y de la política de las armas a la política de las escrituras. La estancia de Tandil le permitió administrar establecimientos en Quilmes, Ramallo, Ayacucho y Juárez. Las noticias impresas de 1838 y 1839 registran su nombre junto a una extensión de doce leguas, pero esa coincidencia no autoriza todavía a identificar sin mediaciones dichas tierras con San Antonio. La afirmación previa —según la cual Iraola habría recibido en 1837 doce leguas de San Antonio por una ley de enfiteusis de ese año— debe quedar, por lo tanto, en suspenso hasta contrastar la mensura y el expediente de la parcela. Lo que sí puede sostenerse es su temprana participación en el régimen de tierras públicas y, más tarde, la inserción de San Antonio en la red patrimonial Pereyra-Iraola.¹²⁵

La tragedia de San Antonio de Iraola en 1855, cuando Yanquetruz arrasó con el contingente de Otamendi y expuso la fragilidad de la frontera bonaerense, obligó a Iraola a abandonar temporalmente su establecimiento. Sin embargo, en 1860, invocando la pérdida sufrida, solicitó al gobierno provincial la renovación de su arrendamiento, en un ejemplo claro del mecanismo que Banzato describe: la capacidad de la élite de utilizar las crisis como argumento para fortalecer su posición y mantener el control sobre tierras estratégicas en la pampa.

La alianza entre capital, parentesco y Estado es visible en cada paso de Iraola. Lo que para el peón era frontera, para Iraola era patrimonio en construcción. Lo que para los pueblos originarios era espacio de circulación y subsistencia, para la familia Pereyra-Iraola era inversión a futuro. Lo que para las instituciones estatales era frontera insegura, para la élite agroexportadora era un espacio en proceso de ordenamiento, donde el avance de las estancias y del alambrado significaba la expansión del mercado de cueros, tasajo y lana. De este modo, el ciclo de vida de José Gerónimo Iraola se integra a la lógica estructural descrita por Marx en los cercamientos, por Hobsbawm en la Era del Imperio, y por Banzato en la historia de la apropiación de tierras en Buenos Aires: la transformación del espacio en propiedad y de la propiedad en capital. La apropiación de tierras que se realizó a través de mecanismos como la enfiteusis (usufructo), donaciones, premios y compras a bajo precio, favoreció a quienes tenían información privilegiada y capacidad de inversión, en particular tras la privatización masiva entre 1836 y 1880. Se estima que alrededor de 300 personas adquirieron cerca de 4 millones de hectáreas, con concentraciones significativas (37% en manos de 34 personas), en un proceso que consolidó a los llamados "especialistas en el negocio" de tierras.

En este capítulo, la figura de José Gerónimo Iraola no es simplemente la de un individuo: es la condensación de una racionalidad histórica que convirtió la pampa en superficie de valorización capitalista. Su retrato, pintado por Prilidiano Pueyrredón, no es solo una obra de arte; es un testimonio de poder. Su biografía no es únicamente el relato de un terrateniente; es la historia de cómo el capital y el Estado, de la mano de redes familiares como los Pereyra-Iraola, arraigaron en la pampa, imponiendo un orden que subsiste en cada alambrado y en cada hectárea, hasta nuestros días.

Retrato de una clase, no de un individuo

Pueyrredón logra, con la sobriedad de la pose y la prolijidad de las pinceladas, congelar en la imagen un orden social y económico. Los detalles del mobiliario, el mármol de la mesa y la lámpara europea no son meros ornamentos: son el lenguaje visual que indica el acceso de Iraola al capital cultural y económico de su época. El retrato, como dispositivo de legitimación, convierte al terrateniente en un sujeto digno de ser perpetuado, inscribiendo su figura en la narrativa del progreso mientras oculta los mecanismos de desposesión que permitieron construir esa escena.

En este sentido, el retrato puede leerse también como un acto de borramiento: la pampa que Iraola controló no está en el cuadro, ni las tolдерías de Yanquetruz, ni los gauchos que huían de las levas forzadas. El salón burgués sustituye al campo y en ese acto lo conquista simbólicamente.

La estancia que nunca vio, la violencia que sí habilitó

Como señala la documentación, es poco probable que Iraola haya conocido personalmente los campos de San Antonio que figuraban bajo su nombre. Su mundo era el de las estancias de lujo en Ensenada, con parques diseñados por el propio Pueyrredón, reflejando una pampa domesticada que existía como idea, como capital, no como experiencia vivida.

Pero esa distancia no implica neutralidad. Desde la comodidad de su casa en "Las Hermanas", Iraola reclamó ante el Estado la tenencia y administración de tierras que, según argumentaba, no podía poblar de forma efectiva por las incursiones indígenas. Este argumento, utilizado como justificación, forma parte de lo que Feierstein conceptualiza como genocidio reorganizador: una estructura que legitima la violencia y el desplazamiento de poblaciones en nombre de un orden superior.

El arte como testimonio del capital

El retrato de Pueyrredón, con su maestría técnica, también es parte de esta historia. La pintura, como la cartografía de Muñiz o los planos de la traza urbana del Pueblo de Benito Juárez, se convierte en un dispositivo de poder. Sirve para construir una memoria oficial que celebra al terrateniente, mientras silencia a quienes habitaban esas tierras antes de que se convirtieran en estancias.

Frente a la serenidad de la imagen, resuenan los ecos de la frontera, el combate de San Antonio de Iraola, las huellas de los caballos de Yanquetruz y las protestas de los gauchos empujados a la marginalidad. El capital, como el óleo, deja su huella indeleble, incluso cuando se disfraza de elegancia y civilidad.

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Qué revela la trayectoria de Iraola sobre las redes familiares, políticas y económicas mediante las cuales las élites convirtieron la tierra pública y fronteriza en patrimonio privado?
- 02** ¿Cómo puede una biografía iluminar relaciones estructurales de poder sin reducir la historia a las decisiones de un individuo excepcional?
-

Notas

- 118.** Benjamin, 2009, Tesis XIII y XIV.
- 119.** (Banzato, Infesta, & Valencia, Las elites de propietarios rurales en el siglo XIX, 2011)
- 120.** Reguera, 2004, págs. 117-119. La autora identifica a Iraola como unitario, señala su emigración a Chile y fecha su regreso en 1846; también reconstruye su sociedad con Simón Pereyra.
- 121.** Reguera, 2004, págs. 117-119. La autora identifica a Iraola como unitario, señala su emigración a Chile y fecha su regreso en 1846; también reconstruye su sociedad con Simón Pereyra.
- 122.** Reguera, 2004, págs. 117-119. Pereyra fue diputado entre 1836 y 1846, integró comisiones legislativas, proveyó al ejército y estuvo emparentado con Rosas.
- 123.** Reguera, 2004, págs. 109-129.
- 124.** Germinario, 2021, págs. 14-24. Iraola no integra la nómina de iniciadores y dirigentes reconstruida en este estudio. La ausencia no demuestra que haya permanecido ajeno a toda colaboración, pero obliga a no afirmar su participación sin una fuente específica.
- 125.** La Gaceta Mercantil publicó en 1838 y 1839 nóminas en las que José Gerónimo Iraola aparece asociado a doce leguas. Esas menciones prueban su intervención en el régimen de tierras, pero, sin la mensura y el expediente correspondientes, no permiten identificar por sí solas esas doce leguas con San Antonio ni reconstruir toda la cadena de tenencia.

El ciclo lanar

La explotación capitalista en San Antonio

La explotación capitalista en San Antonio

De los cercamientos al alambrado

Como sabemos, Karl Marx identificó en los cercamientos ingleses el acto fundacional de la acumulación originaria del capital: el despojo violento de los bienes comunes y la expulsión de los campesinos de la tierra, condición previa para transformar al trabajador libre en fuerza de trabajo disponible para el mercado. Este proceso, que desterritorializó a los sujetos y mercantilizó la tierra, encontró un eco tardío en las pampas: la campaña militar y el avance del alambrado sobre el espacio abierto implicaron el cierre de las comunas pastoriles indígenas y criollas, constituyendo un cercamiento adaptado a la frontera rioplatense.

La estancia San Antonio, vinculada formalmente con José Gerónimo Iraola, se inserta en esta transformación del espacio en mercancía y de la naturaleza en capital. La documentación disponible muestra su relación temprana con una extensión de doce leguas, aunque la cadena jurídica precisa de San Antonio continúa pendiente de comprobación archivística. La enfiteusis, las transferencias de derechos y las ventas de tierra pública constituyeron formas de cercamiento jurídico, complementadas luego por campañas militares que desplazaron poblaciones originarias y rurales y ampliaron las condiciones de explotación capitalista del territorio.¹²⁶

Eric Hobsbawm caracteriza la era del imperio como un período de integración de las periferias al mercado mundial, bajo la hegemonía de potencias industriales que dictaron las pautas de producción y circulación de mercancías¹²⁷. La lana rioplatense, exportada a Gran Bretaña, Francia, Bélgica y los Estados Unidos, formó parte de esa red de intercambio desigual donde las pampas se convirtieron en proveedoras de materia prima para los centros manufactureros del Atlántico Norte.

El ciclo lanar: trabajo, modernización y concentración

La caracterización que Roy Hora ofrece en su Historia económica de la Argentina en el siglo XIX¹²⁸ sobre el ciclo de la lana permite precisar la dimensión económica de la estancia San Antonio durante este período:

La lana desplaza al cuero: Desde mediados del siglo XIX, la cría ovina se convierte en el motor de la economía exportadora, desplazando al vacuno de las mejores tierras bonaerenses e integrando al espacio pampeano a la red atlántica.

Demanda de trabajo intensivo: A diferencia del ganado vacuno, el ovino requiere cuidados constantes, esquila estacional, protección sanitaria y control sobre el rebaño. Esto generó una demanda de mano de obra siete veces superior en quince años (1850-1865) e impulsó la inserción laboral femenina en la esquila.

Tecnificación desigual y cercamientos modernos: Las grandes estancias introducen alambrados, reproductores de raza y bañaderos, elevando la capacidad de carga de los suelos y optimizando el control sobre la producción. La concentración de tierras y el alza de su valor (7% anual entre 1850-1880) dificultan la autonomía de los peones y aparceros, desplazando progresivamente a los pequeños productores y proletarizando a la mano de obra rural.

La renta de la tierra como fuente de desigualdad: Mientras los salarios rurales se triplican en términos metálicos en treinta años, el precio de la tierra se multiplica por quince, consolidando la formación de una poderosa clase terrateniente y marcando el tránsito hacia un capitalismo agrario dependiente de la exportación.

Consolidación de un mercado de trabajo móvil: El ciclo lanar fomenta la llegada de migrantes europeos (20% de la población rural bonaerense hacia 1870), que se integran en la mano de obra asalariada, alimentando la economía exportadora con trabajo barato y disciplinado.

Infraestructura de exportación: La expansión lanar impulsa la mejora de caminos, el tendido ferroviario hacia los distritos laneros y la modernización de puertos, consolidando las conexiones entre la estancia y el mercado atlántico.

La estancia San Antonio, bajo la administración Iraola, representa en este ciclo lanar un nodo periférico del capitalismo global, donde el despojo inicial mediante la enfiteusis se transforma en renta de la tierra, el trabajo intensivo de peones y esquiladoras en plusvalor, y la exportación de lana en divisas que consolidan las fortunas urbanas. El "poblamiento" que reporta Iraola al gobierno de Buenos Aires en 1860 se reduce a unas

pocas construcciones, escaso personal y una presencia intermitente, reflejando que "poblar" no implicaba la producción de comunidad sino el aseguramiento del espacio para su explotación.

El ciclo lanar como máquina de acumulación: imágenes de trabajo y valorización en San Antonio

Las tres imágenes que conservamos de la estancia San Antonio en pleno ciclo lanar son, más que registros de faena rural, una condensación visual de la transformación estructural de la pampa húmeda en el siglo XIX. Estas fotografías, tomadas a fines del siglo XIX, deben leerse en clave de lo que Eric Hobsbawm denominó la era del imperio, donde los flujos de capital global penetraron las economías periféricas, reconfigurando los territorios en función de las demandas de los mercados británicos, mientras que, como señaló Karl Marx en el capítulo sobre los cercamientos, la tierra pasaba de ser un común social a ser una mercancía, imponiendo el trabajo asalariado y la disciplina del capital sobre el campo abierto.

En esta coordenada conceptual se ubica la interpretación de Roy Hora: la lana se convirtió en el primer producto de exportación de la economía argentina moderna, central en la formación del capitalismo agrario local. Como él detalla, entre 1850 y 1870 las exportaciones de lana crecieron explosivamente, y hacia 1880 Argentina se consolidaba como uno de los principales exportadores mundiales de lana sucia y lavada, desplazando gradualmente a la carne salada como producto de exportación predominante. Este auge, que permitió la formación de grandes fortunas estancieras, se sostuvo en dos condiciones: la expansión del mercado mundial (con el Reino Unido como principal comprador de lana fina para su industria textil) y la disponibilidad de mano de obra rural barata y disciplinada, en un territorio previamente cercado y despejado de resistencias indígenas.

El trabajo como engranaje de valorización

En la primera imagen, observamos las instalaciones rústicas, pero funcionales, preparadas para la esquila y el manejo de la majada en San Antonio. Los corrales de madera, el espacio abierto con la laguna de fondo, y la presencia de peones y capataces al pie de la escalera elevada revelan la organización espacial de la estancia en tiempos de esquila: el ciclo de la lana requería la esquila en masa de miles de ovejas, proceso que, como señala Hora, implicaba la contratación de grandes contingentes de esquiladores temporarios, conocidos por su movilidad y por las tensiones que generaban con el patrón, ante el reclamo de mejores condiciones de pago y comida durante la temporada.

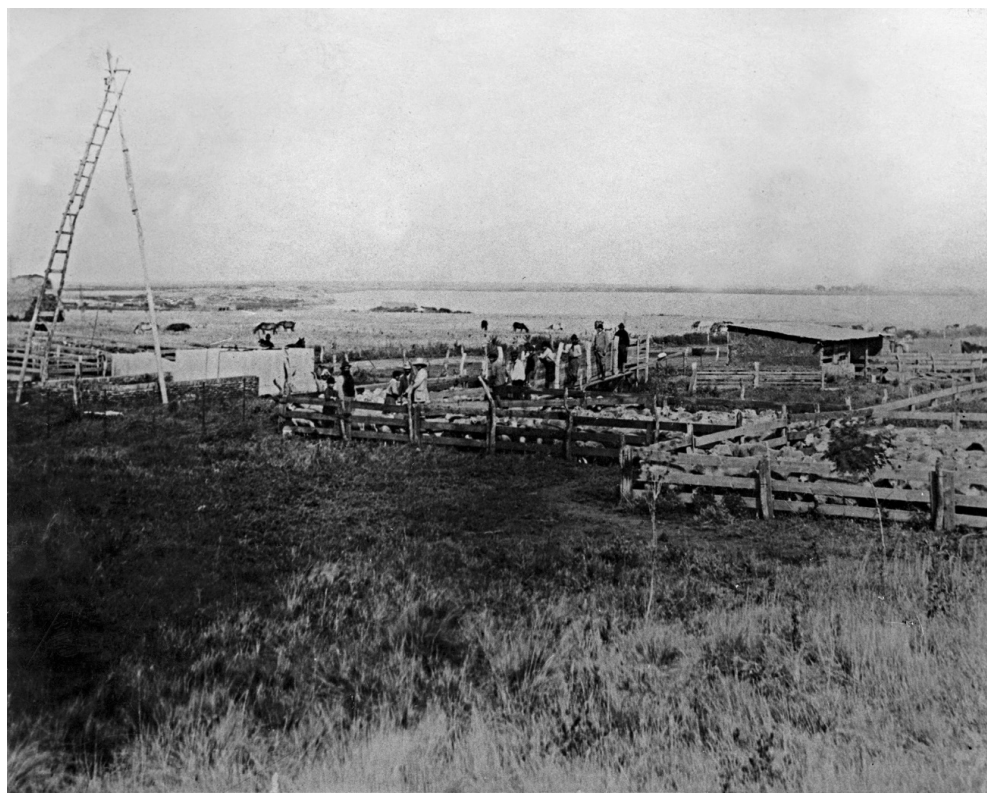


Ilustración 47 Estancia 'San Antonio'. La esquila (1881). Leyenda detrás de la foto: De Pie: Enrique Gandarias capataz, Didier, Ríos, C Gandarias, Sentados: Gandarias y T. Millara. Foto: Francisco Ayerza.

La escalera elevada, desde donde se cargan los fardos de lana en las carretas, materializa la articulación entre el trabajo manual y la logística del transporte. Allí, la lana, una vez empacada en grandes lienzos, se cargaba sobre carretas tiradas por bueyes o caballos que se dirigían hacia la estación ferroviaria, donde el producto se incorporaba a las cadenas de exportación globales. El trabajo del peón rural, frecuentemente mestizo o inmigrante reciente, quedaba así subsumido en la cadena de valorización capitalista que comenzaba en el trabajo de esquila y culminaba en las hilanderías de Manchester o Liverpool.

La higiene de la lana como proceso de valorización

La segunda imagen, que muestra las piletas de baño de ovejas, ilustra otro momento clave del ciclo lanar. Como indica Roy Hora, hacia 1860 comenzaron a construirse instalaciones de lavado en las estancias, destinadas a incrementar el valor de la lana en el mercado exportador¹²⁹. La lana sucia perdía valor, y el lavado previo a la exportación se convirtió en un requisito de mercado. Las instalaciones de baño de ovejas en San Antonio formaban parte de esa transformación técnica de la estancia en empresa capitalista, con infraestructura orientada a maximizar las ganancias, reducir el peso de impurezas y aumentar el precio de venta en el mercado internacional.



Ilustración 48 Estancia 'San Antonio'. El baño de las ovejas (1881). Foto: Francisco Ayerza.

El proceso de baño obligaba a arriar las majadas hacia las piletas, donde los animales eran sumergidos y enjuagados, tarea que requería una coordinación precisa y el empleo de peones que dirigían con garrochas a las ovejas, garantizando un flujo constante y evitando la pérdida de animales. Aquí también se hace evidente el espacio abstracto de David Harvey: la estancia se transforma en una fábrica a cielo abierto, donde cada metro cuadrado se organiza en función de la rentabilidad, y cada peón deviene en pieza de una

maquinaria de producción global.

Transporte y circulación de la riqueza

La tercera imagen muestra una carreta cargada de fardos de lana, lista para iniciar su camino hacia la estación de ferrocarril. Este elemento es fundamental en la historia económica de la Argentina y en nuestra narrativa del sudeste bonaerense: sin transporte, la lana no podía cumplir su ciclo de valorización. La carreta, lenta pero resistente, era el eslabón inicial de la cadena logística, que a partir de 1880 se vio acelerada y transformada con la llegada del ferrocarril, tema que ya hemos trabajado en capítulos anteriores. La imagen de la carreta cargada hasta lo imposible, con el peón montado en la cima de los bultos, simboliza la integración de la estancia a la economía global, en una economía de exportación que articulaba los campos de San Antonio con los puertos de Buenos Aires y, de allí, con los mercados textiles europeos¹³⁰.



Ilustración 49 Estancia 'San Antonio'. Transporte de mercancías. La Carreta (1881). Foto: Francisco Ayerza.

Conclusión: San Antonio en el engranaje del capital

Estas imágenes de San Antonio no son meras postales de la vida rural: son testimonios visuales de cómo la estancia se convirtió en una unidad de valorización capitalista, articulada al mercado mundial, con el peón rural como figura esencial de esta transformación. El ciclo lanar no se limitó a un cambio en la producción; implicó la imposición de nuevas formas de disciplina del tiempo (la temporalidad de la esquila, el calendario exportador) y del espacio (cercamientos, división de potreros, infraestructura de baño y esquila), elementos sin los cuales la lana argentina no hubiera podido competir en el mercado mundial.

En este sentido, la historia de la estancia San Antonio y su participación en el ciclo lanar constituye un ejemplo preciso de cómo los cercamientos y las transformaciones productivas analizadas por Marx, y la inserción en el mercado mundial descrita por Hobsbawm y Hora, se materializaron en el sudeste bonaerense. San Antonio deja de ser un paraje aislado para convertirse en una máquina de extracción de plusvalor, donde cada oveja esquilada y cada fardo de lana cargado en la carreta son la cristalización de relaciones de poder, de transformaciones técnicas y de la subordinación del trabajo y del territorio a las demandas de la acumulación capitalista.

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Cómo conectó el ciclo lanar de San Antonio el trabajo realizado en la estancia con mercados, capitales y demandas situadas mucho más allá de Benito Juárez?
- 02** ¿Qué muestran las fotografías del trabajo rural y qué relaciones de explotación, dependencia y desigualdad permanecen fuera del encuadre?

Notas

- 126.** La Gaceta Mercantil publicó en 1838 y 1839 nóminas en las que José Gerónimo Iraola aparece asociado a doce leguas. Esas menciones prueban su intervención en el régimen de tierras, pero, sin la mensura y el expediente correspondientes, no permiten identificar por sí solas esas doce leguas con San Antonio ni reconstruir toda la cadena de tenencia.

- 127.** (Hobsbawm, 2009, págs. 42-65 Cap. II La economía cambia de ritmo)
- 128.** (Hora, Historia económica de la Argentina en el siglo XIX, 2012, págs. 95-126 Cap. IV La era de la lana)
- 129.** (Íbid. Pág. 103-111)
- 130.** (Íbid. Pág. 111-117)

De la tierra al mercado

La tecnificación agrícola y el orden del capital en la pampa

La tecnificación agrícola y el orden del capital en la pampa



Ilustración 50 Francisco Ayerza retrata en la estancia San Antonio, hacia 1883, un rodeo prolijo de ganado europeo bajo la vigilancia de dos jinetes y dos perros, simbolizando la transformación de la pampa en territorio de producción capitalista, ordenado por alambrados, ferrocarriles y mercados de exportación.

Una pradera densamente poblada de ganado se extiende hasta el horizonte, apenas interrumpida por las siluetas de dos jinetes y un perro que, en posición de vigía y control, delimitan el espacio simbólico de esta escena en la estancia San Antonio hacia 1883, registrada por el lente atento de Francisco "Paco" Ayerza.

La imagen no captura solamente un paisaje; documenta un momento de consolidación del orden capitalista en la pampa bonaerense que Roy Hora estudia con minuciosidad: la transición de la primitiva ganadería vacuna de subsistencia hacia una producción

especializada, integrada y orientada al mercado mundial. El rebaño fotografiado aquí simboliza, en su inmensidad y densidad, la transformación de la tierra y del ganado en capital en movimiento.

En esta escena, el ganado vacuno, prolijo, de razas europeas y cruza con mejoramiento genético, se presenta como resultado de un proceso de varias décadas en el que la estancia San Antonio, al igual que otras grandes propiedades del sudeste bonaerense, abandonó progresivamente las prácticas extensivas y rústicas de la ganadería criolla para adoptar métodos de selección, pasturas mejoradas y control sanitario.

La historia que Roy Hora describe revela cómo la ganadería argentina, tras un largo predominio de la lana, recuperó centralidad hacia fines del siglo XIX con el desarrollo de frigoríficos, redes ferroviarias y la irrupción del mercado de carnes refrigeradas, elementos que afectaron directamente a estancias como San Antonio¹³¹. La imagen de Ayerza se inscribe en esta coyuntura: el ganado que aquí se observa no es solo alimento, es mercancía destinada al puerto, al vagón frigorífico, a los mataderos de Berisso y Dock Sud y, en última instancia, a las mesas de Londres, Liverpool o Hamburgo.

La inmensidad del rodeo representa también la concentración de la tierra y la especialización productiva que caracterizaron la fase exportadora agropecuaria de Argentina. Roy Hora señala que hacia 1895 existían más de 25 millones de cabezas de ganado vacuno en el país, de las cuales una parte significativa se encontraba en Buenos Aires, y que el auge exportador generó un proceso de intensificación del trabajo y la producción, con la incorporación de alambrados, aguadas y subdivisiones de potreros, así como el uso de veterinarios y vacunas, mejorando la sanidad y el peso de los animales¹³².

Aquí, la figura del gaucho a caballo, que vigila y arrea, condensa las tensiones del trabajo rural bajo el orden estanciero: el gaucho, integrado ahora al sistema productivo como peón asalariado o mediero, pasa de la autonomía nómada al control disciplinario de la estancia alambrada, sincronizado con los ciclos del mercado y el ferrocarril. El perro, presente en la imagen, es símbolo del control del rebaño y del espacio, extensión de la autoridad del capataz o del estanciero, quien no aparece en la foto pero cuya presencia se impone en cada hectárea medida y alambrada.

La elección de Ayerza de capturar esta imagen no es neutral: como miembro de las elites terratenientes, vinculado a los Pereyra-Iraola a través de su matrimonio con Josefina Jacobé Iraola, Ayerza comparte el proyecto de modernización que este cuadro busca documentar. La fotografía se convierte en un dispositivo de legitimación de la ocupación del espacio pampeano, mostrando orden, productividad y dominio técnico sobre la naturaleza.

Asimismo, esta imagen puede leerse como la culminación de las dinámicas de cercamiento descritas por Marx: tierras previamente comunitarias, transitadas por pueblos originarios y por gauchos con lógicas autónomas, se convierten en superficies

productivas integradas al mercado global, al mismo tiempo que el paisaje se llena de ganado mejorado, alambrados y divisiones de potreros. El cercamiento no es solo un acto físico, sino una transformación de la relación social con la tierra, que deviene mercancía, renta y capital en expansión.

La estancia San Antonio, que en décadas anteriores había sido escenario de malones, tolderías y conflictos fronterizos, se presenta ahora como espacio pacificado, domesticado por la técnica y el capital, en donde el horizonte de vacas es también el horizonte del capital en expansión en la pampa. El alambrado, invisible en la imagen pero presente en la organización del rebaño, es el límite físico y simbólico que transforma la tierra en propiedad privada, y al animal en mercancía.

Finalmente, esta fotografía de Ayerza, tomada con la calma de quien contempla un orden naturalizado, es en realidad testimonio de un proceso histórico violento y transformador, que inscribe el territorio en las lógicas del mercado mundial, articulando ferrocarril, frigoríficos, capital británico e inmigración como ejes de un proceso que transforma a la pampa en granero y carnicería del mundo.

Así, la estancia San Antonio, capturada en este instante detenido, se convierte en escenario y síntesis del ciclo ganadero moderno en la Argentina, mientras los gauchos, el perro y el ganado, enmarcados por el cielo infinito de la llanura bonaerense, son protagonistas y testigos de la fase ascendente del capitalismo agroexportador que moldeó la historia de Benito Juárez y del país.

Los surcos que traza el capital



Ilustración 51 Francisco Ayerza fotografía hacia 1883 a un campesino inmigrante arando con mulas en la estancia San Antonio, testimonio de la transformación de la pampa en territorio agrícola bajo el orden del capital, donde el surco marca la tierra como mercancía y cada jornada de trabajo se inserta en las cadenas globales de valor.

Esta fotografía, también tomada por Francisco Ayerza en la estancia San Antonio, retrata a un campesino inmigrante maniobrando un arado de mancera guiado por una yunta múltiple de mulas, condensa en una escena inmóvil las profundas transformaciones que la pampa bonaerense atravesó hacia fines del siglo XIX. Lejos de representar un acto individual de trabajo campesino, esta imagen visualiza el momento en que el capital conquista la tierra y la transforma en mercancía, en tiempo de trabajo abstracto, en productividad que se conecta con las demandas del mercado mundial.

El hombre, de espaldas, vestido con ropas de trabajo gastadas y un sombrero que lo protege del sol pampeano, se sienta en un pequeño asiento de hierro, dominando con riendas y látigo la fuerza animal de cuatro mulas que, con sus músculos tensos, tiran de un arado de discos que rompe la superficie de la tierra, la invierte, la airea y la prepara para el ciclo agrícola. Aquí, el arado no es solo un instrumento técnico: es un vector del capital que modela el paisaje pampeano, transformando el pastizal en surco, la pradera en sembradío y la tierra en valor de cambio.

Como señala Roy Hora, el auge de la agricultura cerealera en la pampa, sostenido por la expansión del mercado mundial de granos y la construcción de la red ferroviaria, transformó al sudeste bonaerense en una pieza clave del engranaje exportador argentino¹³³. El trabajo de este inmigrante al mando de su arado forma parte de un proceso en el que la tierra se integra al circuito del capital mediante una "agricultura capitalista extensiva" que, aunque con técnicas rudimentarias comparadas con la maquinaria a vapor y las trilladoras mecánicas, representa un paso decisivo hacia la modernización agrícola.

Los inmigrantes italianos y españoles, en calidad de peones o en menor medida como arrendatarios, medieros o pequeños productores, se insertaron en esta economía agroexportadora, convirtiéndose en la fuerza de trabajo esencial para la expansión del trigo y otros cultivos de rotación en las estancias bonaerenses. Este campesino inmigrante, con su arado y sus mulas, forma parte de la transición que Roy Hora describe como el paso de la "ganadería pastoril" al "modelo mixto agro-ganadero", impulsado por los precios internacionales de la agricultura y el avance del capital británico en el financiamiento de ferrocarriles y la compra de grano.

En términos marxistas, esta imagen representa una fase de la acumulación originaria en la pampa: los cercamientos previos (visibles en las divisiones de potrero que segmentan la estancia), la apropiación privada de tierras previamente comunales o de uso colectivo y la transformación de esas tierras en campos de producción cerealera, constituyen la base material sobre la cual el trabajo vivo del campesino es subordinado a la lógica del capital. Aquí, el arado marca el surco, pero también la temporalidad del capital que disciplina la naturaleza bajo ciclos de siembra y cosecha que coinciden con los embarques en el puerto, las tarifas ferroviarias y las fluctuaciones de la Bolsa de Londres.

Además, como advierte David Harvey, la homogeneización del espacio y la estandarización del tiempo son condiciones de posibilidad del capital para valorizarse. La cuadrícula invisible que este campesino traza con su arado convierte cada metro de suelo en superficie contable, en parcela productiva, en "espacio abstracto" apto para la rotación del capital. Lo que parece una escena bucólica es, en realidad, la consolidación de un orden productivo que inserta a la pampa en las cadenas globales de valor.

El trabajo humano, en este contexto, es a la vez medio de subsistencia del campesino inmigrante y vehículo del capital agrario: el cansancio del hombre, el sudor de su camisa y la tensión de sus brazos en las riendas son traducidos en valor, renta de la tierra y ganancias para el terrateniente ausentista y para los exportadores de granos. Las semillas que aquí se preparan para sembrar terminarán como harina o alimento animal en mercados europeos, cerrando un circuito que transforma cada jornada de este hombre en un eslabón de la economía-mundo.

La fotografía de Ayerza, cargada de intencionalidad estética y política, funciona como un documento de la modernización agraria en clave liberal. Presenta un orden visual de la tierra trabajada, de la disciplina en el trabajo, de la eficiencia del esfuerzo humano y animal subordinado a la productividad y al mercado. A la vez, invisibiliza las violencias previas de despojo de tierras a los pueblos originarios, la precariedad de las condiciones de vida de los arrendatarios y medieros, y la dependencia estructural de la economía argentina de los vaivenes del mercado internacional.

En síntesis, esta imagen, tomada en la estancia San Antonio, condensa la transición de la pampa de un espacio de frontera y tolderías a un espacio de capital y producción agroexportadora, en la que el campesino inmigrante con su arado simboliza la apropiación de la tierra, la extensión del mercado mundial y la subordinación de la naturaleza al capital. La línea que dibuja el arado en el surco pampeano es también la línea de la historia: un trazo firme que marca el avance del capitalismo agrario en la Argentina de fines del siglo XIX.

La cosecha mecanizada: tecnología, capital y trabajo en la pampa bonaerense



Ilustración 52 Francisco Ayerza documenta hacia 1890 la irrupción de la cosechadora mecánica en la estancia San Antonio, símbolo de la mecanización agraria que acelera la producción cerealera y transforma la pampa en espacio de valorización capitalista bajo ciclos de mercado, estandarizando tiempo, espacio y trabajo.

La imagen que nos ofrece Francisco Ayerza, capturada hacia finales del siglo XIX en la estancia San Antonio, inmortaliza un momento de profunda transformación en la estructura productiva pampeana: el ingreso de la cosechadora mecánica en los campos de trigo, traccionada aún por caballos, pero inscrita ya en la lógica de la mecanización que imponía ritmos y escalas productivas hasta entonces desconocidas en el paisaje agrario.

Allí, tres figuras se recortan sobre la planicie interminable, dominando la máquina que corta, trilla y separa el grano del rastrojo en un solo movimiento, acelerando un proceso que antes demandaba días de labor manual intensiva, reduciendo cuerpos a la repetición agotadora de los ciclos de cosecha bajo el sol. El avance tecnológico, analizado por Roy Hora, se revela aquí como vector de modernización capitalista, permitiendo ampliar la escala de producción de los cereales, reducir costos y aprovechar las coyunturas del mercado mundial que impulsaban la demanda de trigo argentino¹³⁴.

Pero como bien advierte David Harvey, la tecnología no se limita a un progreso neutral: constituye un mecanismo para homogeneizar el espacio y estandarizar el tiempo de trabajo, condiciones necesarias para que el capital pueda valorizarse con mayor eficacia en el espacio pampeano. Cada hectárea se mide, se arrienda o se vende en función de su aptitud para ser atravesada por la cosechadora; cada surco recto, cada campo libre de montes o lagunas se convierte en un módulo repetible de explotación agrícola.

Lo que en las imágenes previas se plasmaba como la esquila en galpones prolijamente dispuestos, el arado profundo arrastrado por mulas y las carretas cargadas de bolsas de lana y trigo avanzando hacia la estación del ferrocarril, encuentra aquí una síntesis técnica: la cosechadora como culminación de un ciclo que integra tierra, trabajo y tecnología bajo la lógica de la ganancia. El trigo, una vez cortado, se embolsará y será llevado en las mismas carretas hacia las estaciones, desde donde el tren lo transportará al puerto, enlazando la estancia con el mercado atlántico en una secuencia que visibiliza la inserción dependiente de la economía pampeana en el mercado mundial.



Ilustración 53 Las carretas cargadas de trigo avanzan hacia la estación del ferrocarril, completando el circuito que conecta la tierra pampeana con el puerto y el mercado mundial, y revelan cómo cada surco y cada bolsa de grano forman parte de una economía dependiente que articula campo, transporte y exportación bajo la lógica del capital.

Sin embargo, este progreso encierra contradicciones profundas: la mecanización contribuyó a acentuar las diferencias sociales, permitiendo a los estancieros con mayor capital adquirir estas máquinas y ampliar su superficie cultivada, mientras pequeños arrendatarios y colonos quedaban subordinados a arrendar tierras con alquileres crecientes o a vender su fuerza de trabajo en condiciones precarias durante las cosechas. Como advertía Marx al analizar los procesos de cercamiento y proletarianización en Inglaterra, la tecnología en el agro no emancipa al trabajador, sino que transforma su relación con la tierra en una relación mediada por el capital, que subordina el cuerpo y el tiempo del campesino a los ciclos de la producción para la ganancia.

Esta tensión entre progreso y violencia social remite a la advertencia de Walter Benjamin en su Tesis sobre la historia: la historiografía tradicional, al narrar el pasado desde la perspectiva de los vencedores, oculta las huellas de la opresión. En la Tesis VII, Benjamin escribe: "Nunca hay un documento de cultura que no lo sea, a la vez, de barbarie. Y así como él no está libre de barbarie, tampoco lo está el proceso de transmisión en el que pasa de uno a otro. Por eso el materialista histórico se aleja de él en la medida de lo posible. Considera su tarea cepillar la historia a contrapelo"¹³⁵. La fotografía de Ayerza, en su aparente celebración de la modernización, es también un documento de esa barbarie: el

desplazamiento de peones, la expulsión de comunidades originarias y la proletarización de los gauchos son el reverso silenciado de la cosechadora que avanza sobre el trigo. Leer esta imagen "a contrapelo" exige, como propone Benjamin, desenterrar las voces de los vencidos por este orden agrario, cuyas huellas no aparecen en el encuadre pero sin las cuales el progreso técnico no habría sido posible.

En el caso de San Antonio, la adopción de cosechadoras, sumada al alambrado, al molino de viento y a la subdivisión parcelaria, produjo un paisaje ordenado, racionalizado y estandarizado, donde el capital encontró las condiciones para su valorización acelerada. Los campos que antes fueron espacios de disputa entre tolderías, gauchos y peones transitorios, se convirtieron en superficies controladas, surcadas por maquinaria que imponía nuevos ritmos y que, a su paso, reorganizaba las relaciones laborales y sociales.

Este momento de la cosecha mecanizada, entonces, no es solo una imagen de progreso técnico: es la expresión visual de un orden económico y social que se consolidaba en la pampa, anudando la lógica del mercado mundial, la concentración de la propiedad de la tierra y el avance de las fuerzas productivas en una trama que, como ha subrayado Roy Hora, definiría por décadas el perfil agroexportador argentino, dejando tras de sí una estructura agraria profundamente desigual, sobre la que se levantaron las bases del desarrollo capitalista en el país.

Así, la fotografía de Ayerza se convierte en documento histórico: testimonio del momento en que la cosechadora ingresó a los campos de la estancia San Antonio, marcando el tránsito de un agro extensivo dominado por la ganadería y las prácticas tradicionales, hacia un modelo agrícola tecnificado, subordinado al capital, donde la tierra y el trabajo se transformaron en mercancías sometidas a los vaivenes de los precios internacionales, configurando la pampa como espacio de valorización capitalista en la periferia del sistema mundial.

Epílogo: surcos del capital

La estancia San Antonio, fotografiada por Francisco Ayerza en distintos momentos de su transformación, es mucho más que un escenario de progreso técnico y productivo: es un testigo de las mutaciones profundas que el capitalismo agroexportador impuso sobre la pampa bonaerense, reorganizando el espacio, disciplinando cuerpos y subordinando la tierra y el trabajo a los ciclos del mercado mundial. Entre alambrados invisibles, surcos abiertos por arados y cosechadoras, rebaños de ganado mejorado y gauchos transformados en peones asalariados, la estancia se convierte en un archivo donde se leen las tensiones entre naturaleza, técnica y capital.

Hoy, estas imágenes interpelan nuestra lectura de la historia local: ¿Qué significa reconocer que el "progreso" registrado en estas fotografías fue posible por procesos de

despojo, cercamiento y subordinación de la tierra y el trabajo al capital? ¿Cómo leemos el paso del gaucho nómada al peón asalariado bajo el control estanciero, en sincronía con el tren y el frigorífico, como parte de una transformación estructural que reconfiguró cuerpos, tiempos y espacios en la pampa? ¿Qué nos revela la presencia de la cosechadora en la llanura, vista no solo como avance técnico, sino como símbolo de una mecanización que intensificó las desigualdades sociales, desplazando a pequeños productores y proletarizando a los trabajadores rurales? ¿De qué manera las huellas de las tolдерías, las rutas de arreo y las resistencias indígenas persisten bajo los surcos rectos del arado y de la cosechadora, recordándonos que este paisaje ordenado fue antes espacio de disputa, negociación y violencia? ¿Cómo nos interpela esta historia al pensar nuestras formas actuales de habitar la pampa, donde el alambrado y la división parcelaria siguen organizando el espacio, mientras el mercado global continúa modulando los ritmos de la vida rural?

Porque la estancia San Antonio, en cada fotografía y en cada surco, no es solo un capítulo cerrado del pasado: es un espacio vivo de memoria y disputa, donde los rastros del capital y de las resistencias siguen marcando el horizonte de la llanura.

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Qué cambia en nuestra valoración de la maquinaria agrícola cuando el progreso técnico se analiza junto con la concentración de la propiedad, la transformación del trabajo y el desplazamiento de otras formas de producción?
- 02** ¿Toda innovación técnica conduce necesariamente a una mayor desigualdad o son las relaciones de propiedad y poder las que determinan quiénes reciben sus beneficios y quiénes soportan sus costos?

Notas

- 131.** (Hora, Historia económica de la Argentina en el siglo XIX, 2012, págs. 165-208 Cap. VI El boom exportador)
- 132.** (Íbid. Pág. 184-189)
- 133.** (Íbid. Pág. 189-194)
- 134.** (Íbid. Pág. 194-198)
- 135.** (Benjamin, Tesis sobre la historia y otros fragmentos, 2009, pág. 50 Tesis VII)

La pampa como escenario

Gauchos e inmigrantes bajo la mirada de Francisco Ayerza

Gauchos e inmigrantes bajo la mirada de Francisco Ayerza

El gaucho domesticado: la estetización del despojo en la pampa



Ilustración 54 El lente de Francisco Ayerza captura a un grupo de gauchos junto a su carreta hacia fines del siglo XIX, en una escena donde el alambrado al fondo y la carreta vacía anuncian la derrota de la vida nómada, convirtiendo al gaucho en postal pintoresca de un orden capitalista que domestica su libertad y transforma su figura en folclore sin amenaza.

La imagen capturada por Francisco Ayerza, "el retratista de Martín Fierro", muestra a un grupo de gauchos detenidos en un instante de descanso. Aparecen junto a una carreta, mate y guitarra en mano, rodeados de un paisaje ya cercado, controlado y segmentado por el alambrado y la geometría del capital, bajo la atenta mirada de la lente que inmortaliza la escena. La composición pictórica parece amable, casi costumbrista, como si se tratara

de una postal romántica de la pampa. Sin embargo, en esta estética de la quietud se esconde una derrota: el gaucho, antaño símbolo de libertad y desafío al orden, ha sido domesticado y reducido a objeto decorativo.

Fermín Rodríguez nos advierte que el proceso de "civilización" de la pampa implicó, en términos concretos, la aniquilación de las formas de vida nómadas y autónomas del gaucho, figura que en el *Martín Fierro* de Hernández se constituye en el canto desesperado de un sujeto amenazado de extinción¹³⁶. El alambrado, el Remington, el telégrafo y el ferrocarril no solo transformaron el paisaje físico, sino que también destruyeron la matriz de vida que hacía del gaucho un sujeto libre, convirtiéndolo en peón de estancia, en un obrero rural que intercambiaba su fuerza de trabajo por salario bajo la lógica del capital.

Esta fotografía es testimonio de ese proceso de despojo, pero en su forma más insidiosa: el gaucho que posa para Ayerza ya no es un peligro para el orden, sino un símbolo inofensivo, una curiosidad etnográfica, un remanente que puede ser estetizado sin riesgo por las élites terratenientes. La guitarra y el mate, íconos de sociabilidad gaucha, pierden aquí su potencia de comunidad autónoma y se transforman en atributos de una vida pintoresca, apta para la contemplación del espectador burgués que busca exorcizar sus culpas en la belleza de una figura ya desactivada políticamente.

En términos harveyanos, este proceso se vincula a la necesidad del capital de producir un "espacio homogéneo", que transforme las pampas en superficie de valorización, imponiendo tiempo de trabajo estandarizado, despliegue logístico y disciplinamiento de los cuerpos. El gaucho, que antes encarnaba otro tiempo —el tiempo de la espera en la llanura, el tiempo de la trashumancia, del rodeo y del arreo—, es ahora subsumido a los tiempos del capital: los tiempos de la esquila, de la cosecha, del mercado y del ferrocarril.

Rodríguez plantea que la derrota del gaucho fue la condición de posibilidad de la Argentina agroexportadora. En esta imagen, la carreta misma, vestigio de transporte previo al ferrocarril, aparece vacía, transformada en un decorado, mientras el alambrado al fondo señala el límite del espacio privatizado y productivo. Allí, donde antes existía el campo abierto, el potrero común, la pampa sin cercas, ahora se yergue el símbolo del capital: la tierra dividida, la hacienda marcada, el trabajo subordinado.

La fotografía de Ayerza se convierte así en un documento que revela, en su aparente simplicidad, la artificialidad de la escena gauchesca en el ocaso del siglo XIX. Lo que el lente inmortaliza es el momento en que la figura del gaucho deja de ser sujeto de la historia para convertirse en objeto de la memoria, en folclore controlado y desprovisto de toda capacidad de resistencia, listo para ser exhibido como emblema de una tradición que el capital ha devorado y transformado en mercancía cultural.

En este sentido, el gaucho retratado por Ayerza se convierte en un testigo involuntario de su propia extinción como sujeto político, convertido en postal y propiedad simbólica de

las mismas élites que lo habían perseguido, acorralado y derrotado.

El inmigrante en pausa: entre la máquina y la foto



Ilustración 55 La máquina de vapor para arado pesado se impone en la pampa de la estancia San Antonio mientras, al frente, un hombre y tres mujeres posan con serenidad para la cámara de Francisco Ayerza, en una escena que exhibe la mecanización como emblema de estatus y progreso de las élites, al tiempo que la tierra se transforma en superficie de valorización bajo la lógica del capital.

En esta segunda imagen de Francisco Ayerza, tomada en la estancia San Antonio hacia fines del siglo XIX, la escena se detiene frente al ojo mecánico de la cámara: una máquina de vapor para arado pesado en primer plano, con sus ruedas de hierro y su caldera monumental, y detrás, la hilera de surcos abiertos en la pampa infinita. Sin embargo, lo que más llama la atención no es la potencia de hierro, sino la postura de quienes la acompañan: un hombre de pie, con la mano en la rueda, y tres mujeres junto a él, vestidas con delantal y pollera, con la actitud serena de quienes posan, no de quienes trabajan. En el mismo plano, otros hombres parecen detener su labor para quedar inscritos en la placa de vidrio de Ayerza, inmortalizados en una pausa que los convierte en testigos de un tiempo de transición.

Fermín Rodríguez nos advirtió que la máquina y la fotografía se combinan en el proceso de domesticación de los sujetos de la pampa¹³⁷. En la misma operación en la que la máquina transforma la tierra en superficie abstracta para el capital, la cámara captura y fija los cuerpos en una escena de orden. Los inmigrantes que aquí aparecen, a diferencia del gaucho resistente que debía ser eliminado, son ya sujetos "domesticados", subordinados a la lógica del capital, integrados en el proceso de valorización y convertidos en engranajes de un dispositivo mayor: la maquinaria agroexportadora de la Argentina en la Era del Imperio.

Esta imagen, aparentemente banal, revela cómo el inmigrante se convierte en figura ornamental de la modernidad: su cuerpo se posa, condescendiente, ante el lente que le pide quietud, mientras frente a él la máquina divide el surco con precisión. La llegada de la maquinaria agrícola pesada marca una nueva etapa: donde antes estaba el arado tirado por bueyes o mulas, ahora ruge la máquina a vapor, que acelera el tiempo de trabajo y expande la superficie cultivada. Este avance técnico, interpretado bajo la luz de Marx y Harvey, no es neutral: permite homogeneizar el espacio, estandarizar el tiempo y subordinar todo el ciclo productivo a la lógica de la ganancia.

Pero aquí, en esta fotografía, la máquina también se convierte en espectáculo, aunque en un sentido distinto. No se trata de la máquina como promesa de progreso para el inmigrante jornalero, sino de la máquina como insignia de estatus para los dueños de la tierra. Las mujeres que posan, con sus vestidos cuidadosamente elegidos para la ocasión, no cargan el peso de la subsistencia ni arrastran los surcos con las manos curtidas, sino que se presentan como testimonio visual de la modernidad de su linaje y de la estancia que administran. La máquina se transforma así en telón de fondo para la autoafirmación de clase: confirma que la estancia ha ingresado en la era de la mecanización y del progreso agrario que promueve el Estado y la narrativa del "desierto convertido en granero". Sin embargo, esta modernidad no se democratiza: mientras las élites se apropian de la tecnología como emblema de civilización y poder, el paisaje se disciplina al ritmo de las máquinas, pero no para todos por igual. El campo pampeano queda subordinado a la lógica de la ganancia, en la que la tecnología refuerza jerarquías, desplaza resistencias y homogeneiza el espacio bajo el régimen de la productividad, como bien advierten Marx y Harvey al analizar la relación entre técnica y valorización del capital. La fotografía captura, entonces, una escena que connota distinción social, dominio sobre la tierra y domesticación del territorio, en la que el progreso se posa para la cámara mientras los engranajes del capital continúan girando, silenciosamente, en la profundidad del suelo arado.

El inmigrante posa porque está orgulloso, pero también porque se sabe observado. Sabe que la estancia y la sociedad lo necesitan como mano de obra barata, como vector de modernización, como herramienta para consolidar la estructura agraria pampeana. Pero en esa misma operación, se convierte en "otro" domesticado, en un sujeto que ha sido subsumido en la maquinaria económica de la Argentina agroexportadora. La cámara de

Ayerza lo celebra, pero también lo fija: la imagen deviene un testimonio de cómo el capital necesita cuerpos dóciles que acompañen el surco, que acepten el ritmo de la máquina y que se integren a la "tierra prometida" bajo las condiciones del mercado mundial.

Las mujeres en la foto son claves en esta lectura: ellas marcan la transición del campo como espacio exclusivamente masculino (el gaucho y su caballo) a un espacio familiar e inmigrante, donde la presencia de la mujer asegura la reproducción social y la estabilidad de la fuerza de trabajo. El proceso de domesticación del inmigrante, como señala Rodríguez, se completa en la medida en que la familia se convierte en una célula de reproducción de trabajadores, mientras que la estancia y el mercado se encargan de extraer su plusvalor.

En suma, esta fotografía nos ofrece una síntesis de múltiples procesos que estamos narrando en esta Historia Crítica del Partido de Benito Juárez:

– El avance tecnológico que acelera la producción y disciplina el tiempo de trabajo. – La homogeneización del espacio pampeano, convertido en superficie para el capital. – La domesticación del inmigrante, transformado en sujeto funcional al régimen agroexportador. – El carácter ornamental del retrato, que oculta la explotación y celebra la modernización.

Francisco Ayerza, en su pretensión de registrar la pampa en transformación, captura en esta imagen la paradoja del progreso: la máquina como promesa y amenaza, el inmigrante como sujeto de la esperanza y de la subordinación, el campo como espacio de trabajo y de espectáculo. La fotografía deviene, así, un documento que no solo muestra, sino que participa de la domesticación de las subjetividades rurales, mientras la pampa se convierte en la gran fábrica de alimentos y materias primas del mundo, en el exacto momento en que el capital y el Estado imponen su lógica en cada surco, en cada rueda de hierro, en cada cuerpo que posa para la posteridad.

La desaparición de un saber: el gaucho y el murmullo de la llanura



Ilustración 56 El gaucho de la estancia San Antonio, capturado en la imagen de Francisco Ayerza, representa el último vestigio de una relación orgánica con la pampa, su presencia, silenciosa e imperturbable, encarna la frontera de un modo de vida que desaparece bajo el peso de la modernización y la valorización capitalista del territorio.

En esta imagen tomada por Francisco Ayerza, un gaucho posa sobre su caballo junto a una laguna en la llanura que forma el paisaje en la estancia San Antonio, mientras un perro lo acompaña atento. A diferencia de los gauchos que posan con sus guitarra o los inmigrantes que sonríen junto a la maquinaria, este hombre no parece posar para la cámara, sino continuar, imperturbable, su estar en el mundo, casi indiferente a la presencia del fotógrafo, como si su figura hubiera quedado rezagada en una temporalidad distinta, en un pliegue del tiempo, en la frontera del avance del capital agrario.

La imagen captura el instante anterior a la desaparición de un modo de ser y de habitar la pampa, el momento en que el gaucho aún sostiene su relación orgánica con la tierra, con el cielo, con los rastros y con las señales imperceptibles del ambiente. En la quietud de esta fotografía late el murmullo de un saber que "no necesita brújulas ni mapas" (Rodríguez), un saber indicial, de huellas y olores, de brisas y nubarrones, de lomas y bajos invisibles al ojo europeo.

Fermín Rodríguez señala que "los gauchos e indígenas que habitaban la llanura, capaces de leer 'una historia entera' en un rastro imperceptible, no tenían los mismos límites"¹³⁸ que los viajeros ilustrados, y esta imagen encarna ese umbral: el gaucho es el reverso de lo sublime, pues en lugar de contemplar la llanura como vacío, la lee como plenitud, con un lenguaje corporal que prescinde de sistemas de signos y de la cartografía, desplazándose con una percepción "plegada al conocimiento científico" (Rodríguez).

Lo que la imagen sugiere es el final de ese murmullo anónimo de voces y rastros que habitaban la pampa, de ese "fraseo fugitivo de los cuerpos" que indicaba dónde había agua, pasto, leña, dónde era posible avanzar o detenerse, qué cielo presagiaba tormenta. El gaucho en la fotografía es un vestigio de la pampa hablada, esa que desaparece bajo la "medición del espacio y la homogeneización del tiempo" que Marx y Harvey describen como condición para la valorización capitalista del territorio. Ayerza fotografía, sin saberlo, a un sujeto que está siendo despojado de su mundo: "Escribir el desierto fue borrar del paisaje las huellas de los cuerpos fugitivos de la llanura"¹³⁹.

Este gaucho, con su perro, su caballo y el agua, representa la "propiedad viviente que camina" (Álvaro Barros), el capital biológico de un orden que se sostiene sin trabajo humano, donde la reproducción de la riqueza no requiere sino la extensión de la tierra y el tiempo lento de la naturaleza. Sarmiento aborrecía este orden, donde el gaucho no cultivaba ni domesticaba, donde "la mano del hombre está de más". Lo que en la pampa era placer, la carrera del ganado y la yerra, se vuelve en el matadero extracción, apropiación y beneficio ajeno. El gaucho no tiene necesidades de consumo; su goce está en la libertad salvaje que, para el relato liberal, debe desaparecer.

El gaucho en esta imagen es la frontera del capital, un cuerpo que, a ojos del proyecto civilizatorio, debe ser domesticado, desplazado, sustituido o folklorizado, porque representa una forma de habitar que no genera plusvalía ni se articula con la valorización del capital. Los viajeros, de Head a Darwin, reconocen en ellos una comunidad orgánica que amenaza con ser una alternativa a la modernidad. Es, como recuerda Rodríguez, una "contramodernidad latente" que el relato del progreso necesita suprimir.

En este retrato, el gaucho no busca lo sublime ni lo estético, no busca posarse para la historia: habita la pampa como quien habita un cuerpo. La línea del horizonte se funde con el cielo, la laguna refleja un mundo invertido, y el gaucho se mantiene firme, como si custodiara la memoria de un tiempo en que el espacio pampeano no estaba cuantificado ni subordinado a la lógica de la mercancía. Aquí no hay carreta cargada de lana, ni arado mecánico, ni mujeres posando sonrientes, ni una cosechadora de última generación: hay un gaucho con su caballo, su perro, el agua, y un saber que está desapareciendo, del que solo quedará el eco en la "pampa vacía" del discurso liberal y en la nostalgia del folklore.

Esta imagen nos recuerda que antes de ser capital, la tierra fue horizonte y límite, experiencia y saber, y que la historia crítica del Partido de Benito Juárez no puede

contarse sin narrar esta pérdida: la desaparición de los cuerpos y saberes que habitaban la pampa antes de ser convertida en estancia, capital y exportación.

Cercamientos, ruinas y el ángel de la historia

Las tres imágenes de Francisco Ayerza, abordadas como un ensayo fotográfico sobre la transformación de la pampa durante la segunda mitad del siglo XIX, adquieren una dimensión más profunda si se contemplan a la luz del ángel de la historia. En la tesis IX, Benjamin parte del *Angelus Novus* de Paul Klee e imagina un ángel que dirige la mirada hacia el pasado mientras una tempestad lo empuja hacia el futuro. Donde la historia progresiva reconoce una cadena de acontecimientos, el ángel contempla una única catástrofe que amontona ruinas a sus pies. Su gesto no expresa indiferencia: quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. No puede hacerlo porque la tempestad que llamamos progreso lo arrastra sin cesar. ^{140, 141}



Ilustración 57 Angelus Novus (1920) de Paul Klee. El ángel de la historia de Paul Klee, reinterpretado por Walter Benjamin, nos invita a mirar la transformación de la pampa no como un progreso lineal, sino como una acumulación de ruinas y despojos. Mientras el capital avanza impasible, este ángel contempla las vidas desplazadas, los cuerpos disciplinados y la violencia estructural oculta tras la ilusión de modernización y orden.

El relato del progreso invita a interpretar la máquina de vapor, el gaucho solitario y el arado que abre surcos como emblemas de avance, civilización y orden. La perspectiva de Benjamin interrumpe esa evidencia y obliga a examinar aquello que cada imagen deja fuera del encuadre. Los cercamientos, las ruedas de hierro y los surcos pueden remitir al despojo territorial, al desplazamiento de pueblos originarios, al disciplinamiento de cuerpos y a la subordinación de la producción local al mercado mundial. Sin embargo, la imagen no prueba por sí sola cada uno de esos procesos. La lectura crítica debe articularla con expedientes, catastros, testimonios, estadísticas y otras fuentes. Benjamin ofrece una pregunta sobre los costos del progreso; la investigación histórica debe demostrar las respuestas.¹⁴²

Benjamin sostuvo un diálogo decisivo con el materialismo histórico y mantuvo una relación intelectual con el Instituto de Investigación Social, aunque su pensamiento no puede reducirse a una doctrina uniforme de la Escuela de

Frankfurt. Su crítica cuestiona la confianza en el progreso automático, el desarrollo técnico como garantía de emancipación y la dominación de la naturaleza. La expresión razón instrumental pertenece de manera más directa a Horkheimer y Adorno. En Benjamin, la crítica adopta una forma singular porque reúne materialismo, teología judía y un impulso mesiánico que rechaza la espera pasiva de un futuro asegurado.¹⁴³

José Pablo Feinmann destaca el carácter antiteleológico de esta concepción: ninguna corriente de la historia conduce de manera necesaria hacia la liberación. La catástrofe no constituye un accidente exterior al progreso, sino su reverso persistente. Esta observación resulta fundamental para la historia de Benito Juárez. La expansión ferroviaria, la traza urbana y el aumento de la producción no deben juzgarse como falsos avances ni como males absolutos. Deben analizarse como procesos contradictorios que distribuyeron beneficios, costos, posibilidades y pérdidas de manera desigual.¹⁴⁴

Eduardo Grüner incorpora otra prevención necesaria: la memoria de los vencidos no ofrece una reserva pura, completa y disponible. El pasado llega bajo la forma de fragmentos, silencios y ruinas. La política de la memoria decide qué montaje construye con esos materiales. Por esta razón, la historia crítica no puede idealizar una pampa anterior a la estancia ni presentar a los pueblos originarios, los gauchos o las comunidades rurales como mundos homogéneos y carentes de conflictos. Debe restituir su agencia, sus diferencias y sus disputas sin convertir la derrota en una esencia romántica.¹⁴⁵

Ricardo Forster permite recuperar la dimensión mesiánica que impide reducir a Benjamin a una filosofía pesimista de las ruinas. La redención no consiste sólo en iluminar o conmemorar el pasado. El presente debe reconocer las demandas que quedaron incumplidas, apropiarse de una memoria cuando relampaguea en un instante de peligro e interrumpir la continuidad de la dominación. La débil fuerza mesiánica no promete reparar de manera íntegra lo destruido, pero atribuye a cada generación una responsabilidad frente a las generaciones derrotadas.^{146, 147}

Las imágenes de Ayerza permiten suspender la narrativa triunfal del progreso agroexportador y formular preguntas sobre lo que no fue contado. Las condiciones laborales, el desplazamiento de los pueblos originarios y la subordinación de ritmos comunitarios no siempre permanecen visibles en la superficie fotográfica. Aparecen como problemas cuando la imagen entra en constelación con otras fuentes y con las preocupaciones del presente. Cada máquina, cada campo cercado y cada cuerpo situado ante la cámara conserva una tensión entre modernización y subordinación; el análisis histórico debe precisar cómo actuó esa tensión en cada caso.¹⁴⁸

La imagen del ángel propone a los lectores y las lectoras una posición crítica: mirar hacia el pasado sin aceptar como natural la victoria de quienes impusieron su orden. Esta mirada no exige negar toda transformación técnica ni convertir cada innovación en barbarie. Exige reconocer las vidas, los saberes y las posibilidades que el relato progresivo

relegó. Una historia local a contrapelo no clausura las luchas del pasado; las relaciona con el presente y pregunta qué formas de injusticia continúan bajo nuevos nombres. Su horizonte no es la prolongación de la catástrofe, sino la posibilidad política de interrumpirla.¹⁴⁹

Este capítulo se cierra entonces con una pregunta que desborda el pasado: ¿cuántas otras imágenes, cuántas otras postales, cuántas otras figuras se conservan hoy como íconos pintorescos de un pasado, cuando en verdad fueron las víctimas de un proceso sistemático de expropiación y dominación que permitió el surgimiento de la Argentina agroexportadora y capitalista?

Epílogo: Rastros y silencios

Al cerrar este recorrido visual por la estancia San Antonio, las imágenes de Ayerza no se agotan en lo que muestran. También interpelan por sus silencios. Si cada fotografía constituye un documento de cultura y, al mismo tiempo, de barbarie, corresponde preguntar qué archivos permiten reconstruir las prácticas desplazadas por la estancia capitalista. La cosechadora, el arado y los cercamientos fueron avances técnicos, pero también participaron en relaciones sociales que distribuyeron de manera desigual la propiedad, el conocimiento y el trabajo. La cámara registra máquinas, animales y figuras humanas; el análisis debe dirigir la atención hacia los bordes, los gestos, las jerarquías y las ausencias, sin transformar cada detalle en una prueba autosuficiente. La pregunta final afecta también al presente: cuando contemplamos estas imágenes idílicas, ¿actuamos como espectadores neutrales o como herederos de un orden que naturalizó la tierra como mercancía y el trabajo como sacrificio? La pampa ya no es la misma, pero las huellas de aquel orden todavía organizan parte de nuestra experiencia.¹⁵⁰

Capas geológicas, huellas humanas y memorias del territorio

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Cómo participa la mirada de Francisco Ayerza en la transformación del gaucho y del inmigrante en figuras pintorescas de un orden social que ya había limitado su autonomía?
- 02** ¿Qué otras historias podrían surgir si las fotografías se leyeran desde sus márgenes, sus ausencias y los saberes que la imagen no consigue registrar?
-

Notas

- 136.** (Rodríguez, 2010, págs. 297-311)
- 137.** (Rodríguez, 2010, pág. 398)
- 138.** (Rodríguez, 2010, pág. 368)
- 139.** (Rodríguez, 2010, pág. 199)
- 140.** (Benjamin, Tesis sobre la historia y otros fragmentos, 2009, pág. 60 Tesis IX)
- 141.** Benjamin, 2009, Tesis IX, pág. 60.
- 142.** Feinmann, 2002.
- 143.** Forster, 2014.
- 144.** Feinmann, 2002.
- 145.** Grüner, 2018.
- 146.** Forster, 2014.
- 147.** Benjamin, 2009, Tesis II, V, VI y XVII.
- 148.** Benjamin, 2009, Tesis V, VI y XVII.
- 149.** Benjamin, 2009, Tesis VII, pág. 50.
- 150.** Benjamin, 2009, Tesis VII, pág. 50.

Preguntas para continuar la segunda parte

- 01** ¿Qué cambia en la historia de la formación territorial bonaerense cuando la frontera se concibe como una región de relaciones móviles y no como un límite fijo entre dos mundos?
- 02** ¿Qué conexiones pueden establecerse entre el cantón, la estancia, el trabajo forzado, la expansión lanar y las campañas militares como dimensiones de una misma reorganización del territorio?
- 03** ¿Cómo modifica la agencia de los pueblos originarios, los gauchos y los trabajadores inmigrantes una narración centrada exclusivamente en el avance del Estado y de los propietarios?

03

El paisaje como archivo

Capas geológicas, huellas humanas y memorias del territorio

De fósiles y gauchos

Darwin y la historia en la larga duración

Darwin y la historia en la larga duración

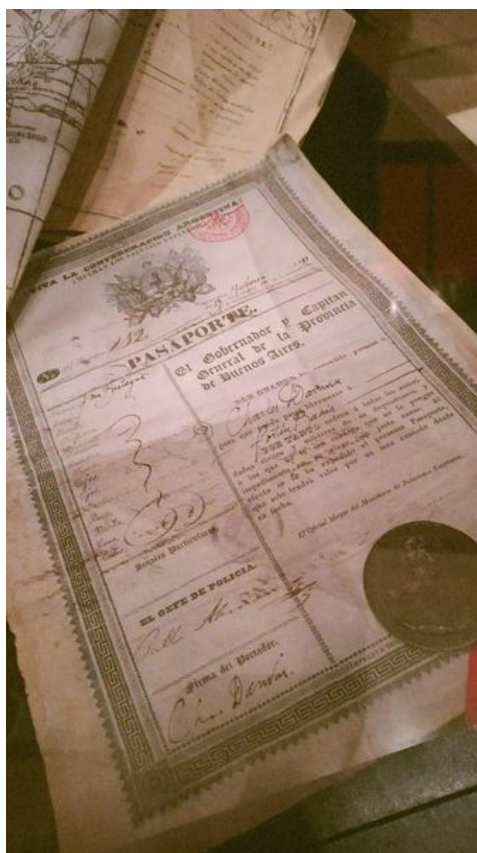


Ilustración 58 Pasaporte otorgado por el gobierno de Juan Manuel de Rosas a Charles Darwin en 1833, documento que habilitó su tránsito por la frontera pampeana. Este pliego, con sus sellos y firmas, simboliza la autoridad estatal que regulaba el acceso y control de un territorio en proceso de apropiación y transformación bajo un proyecto agroexportador.

Sobre la mesa, bajo la luz amarillenta de un museo o un archivo que respira polvo y tiempo, reposa este pasaporte extendido por el gobierno de Juan Manuel de Rosas a Charles Darwin en 1833. Una hoja, apenas un pliego delgado y amarillento, donde la tinta que se ha corrido en algunos trazos y las firmas que se superponen con distintas caligrafías recuerdan que la historia no se escribe únicamente en libros: se imprime en papeles frágiles, en sellos que sellan trayectorias, en firmas que validan un tránsito y, al

hacerlo, inscriben un cuerpo extranjero en el paisaje en disputa de la pampa sudeste.

Este documento, que a simple vista podría parecer apenas un trámite administrativo, es en realidad un artefacto político de primera magnitud, un testimonio material del cruce de dos proyectos de mundo: de un lado, el joven naturalista inglés, observador implacable de fósiles y de gauchos, de megafauna extinta y de la violencia en los fortines, de la infinita llanura y de las puntas de boleadoras arrojadas en la persecución de un avestruz. Del otro lado, el Estado rosista, emergente en la frontera pampeana, empeñado en consolidar su poder sobre un territorio 'desierto' pero que no era vacío sino atravesado por la presencia persistente de pueblos originarios, de comerciantes, de gauchos pobres, de soldados, de pulperías aisladas y de indios "mansos" cooptados en la lógica de la guerra de frontera.

Este pasaporte legitima la presencia de Darwin en un espacio que ya estaba siendo estructurado por el alambrado invisible de la autoridad estatal, permitiéndole observar los estratos de la tierra y las capas de la sociedad mientras cabalga por los campos que, tiempo después, serían alambrados y divididos en estancias, estructurando un modelo agroexportador que transformaría radicalmente el paisaje y la sociedad pampeana.

El sello del gobierno de Buenos Aires, visible en el ángulo superior, y las rúbricas que se despliegan a lo largo del documento, son símbolos de una autoridad que se proyecta sobre el espacio, pero también sobre la movilidad de los cuerpos: sin este pasaporte, Darwin habría sido un extranjero más, expuesto a la sospecha y al control en un territorio de frontera. Con él, se convierte en un testigo privilegiado de un territorio en transición, habilitado para atravesar postas y fortines, para detenerse a observar la Sierra de la Ventana, para compartir fogones con gauchos y baqueanos, para registrar en sus diarios las tensiones que latían bajo la superficie de la pampa.

El pasaporte, con su tipografía elegante y su lenguaje administrativo, se convierte así en un dispositivo de inscripción política y colonial, un documento que autoriza a un representante del imperio británico a recorrer tierras en disputa bajo la mirada vigilante del Estado rosista. Este papel que hoy yace inmóvil en un archivo es el testimonio de una circulación que no era libre, sino condicionada por estructuras de poder que regulaban quién podía transitar, observar y narrar el paisaje.

Este documento no es un residuo muerto: es un testigo de la historia larga de la pampa, de la transformación de un espacio geológico en un territorio político, de la conversión de la tierra en propiedad y del paisaje en recurso. El pasaporte que Rosas otorgó a Darwin es también un símbolo de la confluencia de temporalidades: la del tiempo geológico que Darwin buscaba descifrar en las toscas y fósiles; la del tiempo biológico de las especies en lenta transformación; y la del tiempo político de la frontera, de la guerra, de las alianzas y las traiciones, de la violencia estructural que preparaba el terreno para la expansión del capital y del Estado.

Cuando Darwin recibe este pasaporte, su viaje por las pampas se convierte en un viaje autorizado, pero también en un recorrido vigilado. Su cuaderno de notas, sus instrumentos de medición y sus observaciones sobre la extinción de especies y el paisaje de la pampa se entrelazan con la violencia de una frontera que buscaba borrar la presencia indígena mientras avanzaba con el coraje y la brutalidad de los cuerpos armados, imponiendo el orden de un Estado que soñaba con la homogeneidad.

Este pasaporte, en su aparente neutralidad burocrática, es un documento que conecta la historia natural con la historia política. Entre las líneas de este papel se encuentra la historia de un territorio en transformación, donde el suelo fértil y los pastizales ondulados se preparaban para ser convertidos en mercancía, mientras el joven Darwin, que cabalgaba por esos campos, recogía las pistas que le permitirían pensar un mundo sin teleología, gobernado por el azar y la selección natural, donde la armonía no era más que el resultado de una lucha perpetua por la existencia.

Así, este pasaporte es un portal hacia ese momento de mutación, cuando la pampa, habitada por gauchos, indios y soldados, se convertía en escenario de las observaciones que cimentarían una de las revoluciones científicas más importantes de la historia, al tiempo que el Estado avanzaba sobre el territorio, preparando el espacio para la fundación de pueblos, para la traza de caminos y para el alambrado, inscribiendo en la tierra el orden que aún hoy configura nuestro presente.

La naturaleza en disputa: Darwin, la pampa y el umbral de la modernidad

El viaje de Charles Darwin a las pampas del sur bonaerense en 1833, recorriendo territorios que más tarde serían alambrados y nombrados como Partido de Azul, Partido de Benito Juárez, Partido de Tres Arroyos, etc. se inscribe en un tiempo largo, en el sentido braudeliano, donde las capas geológicas y los procesos biológicos se entrelazan con los pasos de un joven naturalista que interroga la tierra, el hueso y el sedimento con el mismo afán de lectura con el que un paleógrafo interroga un manuscrito antiguo¹⁵¹.

En estas llanuras, Darwin se convierte en un lector de un paisaje que se le ofrece como archivo: cada fragmento de tosca, cada fósil emergido de la erosión, cada roca y cada huella de megafauna extinta se configuran como signos de una historia inmensa y silenciosa, anterior a toda escritura humana, pero que se deja escribir en sus cuadernos con el pulso de quien percibe en los detalles materiales las pistas de un mundo en transformación.

La pampa que Darwin recorre no es un vacío, sino un escenario de procesos de lenta mutación. El espacio, a primera vista monótono, se revela ante su mirada como un laboratorio de transformaciones graduales, donde los movimientos imperceptibles de

placas, las acumulaciones de loess, los cambios climáticos y las extinciones de especies actúan como agentes de modificación constante. Como señala Janet Browne, el tema subyacente que recorrería toda la obra de Darwin es el gradualismo: "todo sucedía poco a poco"¹⁵². Influido por Charles Lyell, Darwin sostiene que el tiempo, el azar y la reproducción gobiernan la Tierra y que los cambios que modelan el mundo no responden a cataclismos extraordinarios sino a la suma de procesos mínimos, repetidos de manera persistente, que generan efectos profundos a lo largo de milenios.

Este principio, observado en el ondulado paisaje pampeano, se cristalizaría más tarde en la formulación de su teoría de la selección natural. La naturaleza, como un criador silencioso e insensible, examina cada ligera variación, elimina las desfavorables, conserva y acumula las que son beneficiosas, operando "cada día y cada hora, en todo el mundo", como escribiría Darwin, por el mejoramiento de cada ser orgánico en relación con sus condiciones de vida. En esta perspectiva, las pampas, con sus suelos fértiles, su fauna de guanacos, venados, ñandúes y sus vestigios de megafauna pleistocénica, se convirtieron en un espacio de observación privilegiado de esta lucha silenciosa por la existencia, donde cada brizna de pasto, cada insecto y cada ave eran piezas de un entramado de competencia y de adaptación sin final predeterminado.

Darwin abandonó el "misterio de los misterios", sustituyendo la noción de adaptación perfecta de la teología natural de Paley por la imperfección y el azar, afirmando con claridad que las especies "no son inmutables". Frente a la creencia en un diseño divino que otorgaba utilidad a cada rasgo, Darwin propuso una naturaleza sin meta, sin teleología, sin finalidad trascendente, donde los organismos cambian al azar, y donde un insecto puede estar tan perfectamente adaptado como un ser humano, pero sin que ello implique jerarquía ni progreso inevitable.

La pampa que Darwin recorrió se transformó así en un escenario de lectura de la naturaleza histórica, donde las leyes naturales reemplazaban a las explicaciones sobrenaturales. El orden aparente de la naturaleza, que durante siglos había reforzado la convicción de armonía y utilidad divina, se desmoronaba en las observaciones de Darwin, dando paso a la concepción de un mundo gobernado por leyes de competencia, de lucha por la supervivencia y de azar. Como recuerda Browne, tras Darwin, "nadie podía contemplar el mundo orgánico y su marco natural de un modo que recordara a la mirada anterior"¹⁵³.

La teoría de la selección natural, que Darwin bosquejaba mentalmente mientras cabalgaba por las pampas, establecía una analogía poderosa entre la cría artificial en granjas y la selección que realiza la naturaleza. Del mismo modo que los humanos modelan las especies domésticas, la naturaleza "escoge" a los mejor adaptados, siendo ellos los progenitores de la generación siguiente. Sin embargo, a diferencia de Lamarck, Darwin no postulaba un avance necesario ni una fuerza interna de perfección: no hay dirección obligatoria ni meta final en la historia de la vida, solo variaciones, azar y

selección.

En la perspectiva de Darwin, la pampa se convirtió en un espacio donde lo visible se articulaba con lo invisible: en cada capa de sedimento, en cada fósil de gliptodonte, en cada hueso de megaterio se leían las huellas de extinciones y adaptaciones, procesos que se prolongaban en el tiempo con un ritmo ajeno al pulso humano. Mientras cabalgaba junto a tropas de Rosas, observando las distancias interminables, Darwin percibía ese "placer negativo" que la inmensidad produce, como si la escala de la llanura revelara un tiempo geológico indiferente a la historia humana, pero en el cual esta historia debía inscribirse.

Este paisaje, que más tarde sería parcelado, alambrado y convertido en soporte del orden capitalista agroexportador, era, en el momento de Darwin, un escenario de procesos biológicos, geológicos y climáticos en plena mutación, poblado por grupos humanos cuyas presencias quedaban invisibilizadas por la narrativa del desierto, pero cuyas huellas, como las de los animales y las rocas, persistían en el archivo profundo del paisaje.

Así, la pampa que Darwin recorrió en 1833 es el prólogo de la historia crítica de la fundación del Partido de Benito Juárez: un espacio que no era un vacío, sino un territorio vivo y mutable, un archivo de huesos, sedimentos y transformaciones graduales, donde las observaciones de un joven naturalista británico tejieron, sin saberlo, un relato de cambio y lucha que resonaría en las explicaciones de la vida y del mundo, abriendo paso a una modernidad científica que leería la tierra y la vida sin necesidad de un orden trascendente.

Darwin, los gauchos y la política del espacio pampeano

Este viaje de Charles Darwin por las pampas del sur bonaerense, no fue solamente un ejercicio de observación científica de huesos fósiles, rocas y megafauna extinta: fue también un encuentro con un espacio habitado, con sujetos concretos que moldeaban, con sus vidas y prácticas cotidianas, un territorio en constante tensión política y social. Este paisaje, que a ojos europeos se presentaba como un desierto disponible para ser interpretado y clasificado, era en verdad un espacio en disputa, donde las huellas de pueblos originarios, gauchos, soldados y comerciantes se cruzaban con la violencia y la promesa de orden que la frontera colonial buscaba imponer.

El joven Darwin, ilustrado y británico, cargado de sus prejuicios de clase y de época, se encuentra en este espacio con indios, criollos y gauchos, registrando en sus diarios observaciones que, sin proponérselo, retratan un mundo complejo, lejos de la imagen simplificada de un territorio vacío. Describe a los "cerca de seiscientos indios aliados de Rosas" como hombres de "fina raza", mujeres que cabalgan con destreza y realizan tareas pesadas en los campamentos, y observa con atención sus prácticas de caza con boleadoras,

su orgullo por los objetos de plata y la organización social que distingue roles entre hombres y mujeres en el campamento. Sin embargo, no escapa a la visión eurocéntrica que asocia la "ausencia de cultura" con las condiciones materiales precarias de estos grupos, invisibilizando las estructuras simbólicas, sociales y espirituales que organizaban sus vidas.

En este paisaje, Darwin percibe el temor constante al "peligro indígena" que impregnaba las conversaciones de gauchos y soldados en las postas y en los caminos. Registra con minuciosidad el miedo de sus compañeros de viaje al divisar jinetes a lo lejos, el escrutinio de cada movimiento en el horizonte, la tensión que se resuelve, en ocasiones, en la revelación de que aquellos "posibles indios" eran mujeres en busca de huevos de avestruz. Estas escenas, que podrían leerse como anécdotas de viaje, revelan en cambio la cotidianidad del miedo en la frontera, un miedo que justificaba la violencia y naturalizaba la idea de que el espacio pampeano debía ser "pacificado" para la expansión de la civilización y el capital¹⁵⁴.

Darwin también documenta los relatos de los combates en la Sierra de la Ventana, donde las mujeres indígenas, perseguidas, se refugiaban en las cumbres arrojando piedras para defenderse, y la brutalidad de los campamentos de "indios mansos" al servicio del ejército de Rosas, donde la embriaguez y la sangre coagulada eran parte de una cotidianidad salvaje a ojos del naturalista inglés. Estas descripciones exponen la complejidad de un espacio donde los pueblos originarios eran aliados y enemigos al mismo tiempo, funcionales al orden de la frontera y, a la vez, víctimas de la violencia estructural que impulsaba la expansión del Estado sobre sus territorios¹⁵⁵.

La figura del gaucho, tan central en las crónicas de Darwin, se presenta cargada de ambigüedad: por un lado, lo retrata como un sujeto cortés, hospitalario y valiente, diestro en el uso del lazo y las boleadoras, capaz de atrapar avestruces o vacas a galope tendido, con un sentido de la dignidad y el coraje que Darwin reconoce como superior al de los habitantes de las ciudades. Por otro lado, observa con preocupación la violencia cotidiana, el uso constante del cuchillo, los asesinatos por disputas menores, el alcohol, el juego, y la aparente falta de una estructura de justicia eficaz. Registra con asombro cómo las disputas a cuchillo buscaban desfigurar al adversario, dejando cicatrices como marcas de la violencia social, y cómo el acceso abundante a caballos y alimentos minaba la laboriosidad de estos hombres, alimentando una cultura de la espera, de la inmediatez y de la dependencia de los ciclos lunares y los feriados que interrumpían la continuidad del trabajo.

Darwin describe una sociedad donde la justicia era relativa y el poder económico determinaba las consecuencias de los delitos, donde el viajero debía confiar en sus armas y en su astucia para protegerse, en un espacio donde la autoridad estatal era frágil y se sostenía precariamente en la presencia militar y en la alianza circunstancial con caciques locales. Esta descripción deja entrever una estructura social fragmentada, donde las

lealtades personales, las redes de favores y la violencia regulaban el orden en ausencia de instituciones estables, un retrato que anticipa las dificultades que enfrentaría el Estado argentino en su expansión sobre las pampas.

A través de estos registros, Darwin deja ver que la pampa que atravesó no era un vacío inerte, sino un espacio densamente habitado, cargado de tensiones políticas, económicas y culturales. Las pampas eran recorridas por pueblos originarios que resistían y negociaban su supervivencia, por gauchos que representaban un sujeto social ambivalente, portador de habilidades únicas y de una cultura autónoma, pero también de prácticas de violencia cotidiana que la mirada europea interpretaba como signos de barbarie.

En esta pampa, donde las huellas fósiles de la megafauna extinta se mezclaban con las huellas de caballos, boleadoras y fogones, Darwin observa un paisaje en transformación, donde la naturaleza y la historia humana se entrelazan, donde la violencia de la frontera acompaña la expansión de la cría de ganado y la apertura de rutas, donde el avance de Rosas se superpone con la extinción de especies y el desplazamiento de pueblos. Este escenario de tensiones y cambios se convertirá en el soporte material de la futura expansión del alambrado, de la estancia y del capital agroexportador, configurando la base territorial sobre la que se fundará, décadas más tarde, el Partido de Benito Juárez.

Así, el paso de Darwin por la pampa bonaerense se convierte en un testimonio de un momento de mutación histórica, donde un territorio que será cartografiado, alambrado y ordenado bajo el signo del capital y del Estado, se presenta aún como un espacio de resistencias, de adaptaciones, de estrategias de sobrevivencia y de violencias cotidianas que configuran una sociedad heterogénea y compleja.

En sus descripciones, se adivina ya el giro epistemológico que su obra impondrá a la ciencia, desplazando la interpretación de la naturaleza y la vida hacia una lectura secular, materialista y sin finalidad, al tiempo que documenta, con el candor de quien no sospecha la magnitud de su propia revolución, el latido de una pampa que palpita con presencias humanas, conflictos sociales y naturalezas en disputa.

La pampa que Darwin recorrió y describió, en el umbral de la modernidad capitalista y de la construcción estatal, es la misma pampa que sostendrá el alambrado, la traza de caminos y la fundación de pueblos como Benito Juárez. Sus anotaciones, cargadas de asombro, temor y juicio, componen un archivo involuntario de presencias y conflictos, recordándonos que antes del orden del loteo, hubo vidas, tensiones y prácticas que tejieron las primeras redes de un espacio que jamás fue un vacío.

Epílogo: naturaleza, historia y frontera

La pampa que Darwin recorrió en 1833 no era un vacío, sino un territorio ondulado por presencias, huellas y tensiones, donde las capas de tosca guardaban fósiles de megafauna y las rutas eran surcadas por gauchos, pueblos originarios y tropas de frontera. Allí, entre huesos antiguos, boleadoras lanzadas a galope y fogones que iluminaban las noches frías, el joven naturalista británico tomó notas que hilaban el tiempo largo de la geología con la fragilidad de la vida humana, inscribiendo en sus cuadernos un relato de mutación que transformaría para siempre la manera de leer la naturaleza y su historia.

Hoy, este paisaje nos interroga: ¿Qué significa para nuestra memoria local saber que Darwin cruzó estas tierras antes de que se convirtieran en alambrados y estancias, dejando en sus cuadernos la impresión de un espacio vivo, habitado, en transformación? ¿Cómo se entrelaza en nuestra historia la coexistencia de tiempos geológicos y tiempos sociales allí donde se superponen fósiles de megaterios, rastros indígenas y las huellas de caballos gauchos en el barro de la llanura? ¿Qué nos dice la lectura darwiniana de la pampa, con su énfasis en la competencia, la adaptación y el azar, sobre los modos en que este territorio fue interpretado, ocupado y ordenado bajo la lógica del capital y del Estado? ¿Cómo incide en nuestra forma de mirar el espacio pampeano reconocer que antes de toda frontera y de toda traza urbana existieron otras formas de habitar, otras presencias y memorias que resisten bajo cada pastizal y cada piedra?

Porque la pampa que recorrió Darwin no fue un escenario vacío para la expansión del capital, sino un archivo de temporalidades superpuestas que aún hoy nos interpelan, recordándonos que el suelo que habitamos contiene otras historias, otras voces y otros tiempos que siguen reclamando ser escuchados.

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Qué relaciones aparecen entre historia natural e historia social cuando el recorrido de Darwin se sitúa en una pampa atravesada por conflictos territoriales, presencias indígenas y políticas de frontera?
- 02** ¿Cómo cambia la historia de Benito Juárez cuando el paisaje deja de funcionar como simple escenario y se reconoce como un archivo que conserva temporalidades anteriores al Estado, la estancia y el alambrado?

Notas

- 151.** Fernand Braudel explica en *La historia y las ciencias sociales* su propuesta de distinguir tres niveles de temporalidad en la historia: el tiempo largo de las estructuras casi inmóviles (geografía, mentalidades colectivas), el tiempo medio de las coyunturas socioeconómicas y el tiempo corto de los acontecimientos y decisiones políticas. Esta concepción, conocida como larga duración, permite al historiador y a la historiadora analizar procesos históricos atendiendo tanto a los cambios profundos como a los hechos inmediatos, integrando así diferentes escalas de análisis en la investigación histórica. (Braudel, 1968, págs. 60-106 Cap. III La larga duración)
- 152.** (Browne, 2007, págs. 45-69 Cap. II Una teoría sobre la cual trabajar)
- 153.** (Browne, 2007, pág. 60)
- 154.** (Darwin, 1921, págs. 59-90 Cap. IV De Río Negro a Bahía Blanca)
- 155.** (Op. cit. Pág. 151-155 Cap. VI De Bahía Blanca a Buenos Aires)

El espacio pampeano como archivo vivo

Historia mineral y social

Historia mineral y social



Ilustración 59 Cerro El Sombrero, en el sistema de Tandilia, se destaca como un hito geológico y arqueológico que revela la presencia de grupos cazadores-recolectores antes de la instalación de la frontera y la expansión estanciera. Sus rocas y cumbres guardan la memoria de prácticas de vida y saberes ancestrales que dialogan con el paisaje pampeano profundo. Foto: César Marini

Elevándose con sobriedad mineral en el centro oriental del sistema de Tandilia, el Cerro El Sombrero se recorta contra el horizonte como un signo geológico y humano, una eminencia discreta que a simple vista se confunde con la suavidad ondulada de la llanura, pero que al ser interpelada desde la perspectiva braudeliana del *temps long*, se revela como un pliegue del tiempo profundo, un nudo de temporalidades que condensa las memorias del espacio pampeano antes de la frontera, antes del alambrado, antes de la estancia¹⁵⁶.

Su cumbre, coronada por afloramientos de cuarcitas y calizas que resistieron la erosión de milenios, se constituyó durante la transición Pleistoceno-Holoceno en un espacio significativo para las bandas de cazadores-recolectores que habitaban la pampa, lugar de encuentro entre la geografía mineral, la agencia humana y las prácticas de habitar el paisaje con un sentido que conjuga la necesidad y el símbolo.

Las investigaciones arqueológicas han revelado que esta cima, lejos de ser un mero accidente orográfico, se erigió como sitio a cielo abierto de actividades múltiples, donde la cultura material se manifestó en una densidad artefactual que atestigua la manufactura y el uso intensivo de herramientas líticas: bifaciales, artefactos elaborados por picado, abrasión y pulido, puntas cola de pescado que constituyen una firma tecnológica de aquellas poblaciones en tránsito entre dos eras. Los desechos de manufactura dispersos entre las rocas, los núcleos preparados para el traslado a otras latitudes y las huellas de uso reveladas por análisis microscópicos y de residuos lipídicos, dibujan una cartografía de gestos y prácticas que articulan la subsistencia con el pensamiento técnico y simbólico.

La elección de materias primas no fue azarosa: las rocas seleccionadas, a veces con claros valores simbólicos, eran transformadas en instrumentos que garantizaban la continuidad de la vida, pero también expresaban una relación con la tierra que excedía lo utilitario, inscribiendo en la superficie de las herramientas una memoria del lugar de donde provenían.

El emplazamiento del sitio en la cima del cerro aporta claves esenciales sobre la espacialidad de estos grupos: la visibilidad, la accesibilidad y la visibilización del sitio transformaban a El Sombrero en un hito paisajístico desde el que se controlaban visualmente amplios sectores del entorno, facilitando la observación de manadas de guanacos o venados, el seguimiento de rutas de caza y la vigilancia de eventuales incursiones de otros grupos. Esta característica no sólo obedecía a una lógica práctica, sino que también inscribía al cerro en una geografía del sentido: un lugar de referencia, de regreso, de memoria, que condensaba significados en cada retorno estacional o en cada paso ritual de los grupos que frecuentaban estas tierras.

La cima de El Sombrero puede leerse, en este sentido, como un observatorio arcaico, un mirador donde la movilidad de las bandas cazadoras-recolectoras encontraba un punto de anclaje momentáneo en su tránsito por la pampa. La estructura social igualitaria de estas sociedades se refleja en el carácter comunitario de estas ocupaciones, donde hombres y mujeres compartían tareas vinculadas a la recolección de rocas, la manufactura de instrumentos y el procesamiento de cueros y vegetales, inscribiendo en este paisaje una huella humana que dialogaba con el ritmo geológico y climático.

De este modo, bajo la apariencia de llanura monótona, el sudeste bonaerense constituye un palimpsesto sedimentario y biológico donde las sierras de Tandilia, las cuencas y las extensas planicies se erigen como archivos de larga duración, estructurando el espacio

que será alambrado y loteado recién en el siglo XIX.

Las canteras indígenas de Barker y San Manuel, activas desde hace al menos 6.000 años, forman parte de este archivo, expresando el vínculo entre humanidad y geología. No es casual que Charles Darwin, en 1833, se detuviera en estos paisajes para interrogar sus rocas y sedimentos, percibiendo en las capas de tosca, en las cuarcitas y en los huesos de megafauna, las huellas de temporalidades profundas que se extendían mucho más allá de las fronteras políticas emergentes¹⁵⁷.

La prehistoria pampeana, en sentido braudeliano, se expande como "tiempo largo", donde cada nivel geológico se articula con desplazamientos de fauna y flora, variaciones climáticas y migraciones humanas tempranas, componiendo un territorio que antecede y condiciona al capital y al Estado, que más tarde intentarán domesticarlo mediante la homogeneización parcelaria.

Primeras ocupaciones humanas: cazadores-recolectores y movilidad planificada

Los primeros grupos humanos llegan al actual Benito Juárez hace 14.000 años, en un mundo poblado aún por megamamíferos, practicando una ocupación del espacio caracterizada por alta movilidad y adaptaciones tecnológicas¹⁵⁸. Estos grupos, cazadores-recolectores igualitarios, establecían campamentos cerca de lagunas y arroyos como La Barrancosa, donde el agua garantizaba vida, mientras guanacos, venados y ñandúes eran cazados estratégicamente.

La evidencia de herramientas de molienda indica la recolección y procesamiento de vegetales, complementando la caza. La cuarcita de Barker y Tandilia era materia prima estratégica, extraída, trabajada y distribuida a cientos de kilómetros, expresando circuitos de movilidad, intercambio y planificación territorial, con rocas que "viajaban" como núcleos preparados en cantera, utilizadas para fabricar puntas de proyectil, raspadores y herramientas cotidianas.

Esta circulación de materias primas y el hallazgo de escondrijos de roca en lugares de ocupación recurrente evidencian un uso del espacio con planificación anual y estacional, que da cuenta de un paisaje vivo, en constante resignificación por parte de estos grupos.

Innovaciones y conflictos en el “tiempo largo” de las pampas

Hacia los 12.000 años AP, surgen innovaciones como las puntas cola de pescado y posiblemente el propulsor, permitiendo una caza más eficiente y alterando las estrategias de ocupación del paisaje. La desaparición de la megafauna modifica el repertorio de presas, posicionando al guanaco y a la fauna menor como presas centrales¹⁵⁹.

El hallazgo de entierros en Arroyo Seco con puntas de proyectil clavadas revela que las relaciones entre grupos no fueron idílicas, y que las disputas por recursos y accesos a canteras podían generar conflictos, anticipando comportamientos más territorializados en momentos tardíos, cuando el acceso a los afloramientos requería negociaciones. Estos episodios muestran que el paisaje pampeano fue también escenario de tensiones y pactos, y no solo un espacio vacío aguardando la ocupación colonial.

Esta capacidad de los primeros grupos cazadores-recolectores de leer, interpretar y clasificar rastros y señales en el espacio pampeano se inscribe en lo que Carlo Ginzburg denomina el paradigma indicial¹⁶⁰, heredero de la experiencia cinegética milenaria que enseñó a hombres y mujeres a reconstruir la presencia y el movimiento de presas no visibles a partir de fragmentos mínimos y signos dispersos. Tal como el cazador que, en la planicie barrancosa, se agachaba para observar una rama quebrada o un mechón de pelo enredado en un cardo, realizando complejas operaciones mentales con velocidad, aquellos grupos que habitaron las tierras del actual Benito Juárez operaban con el espacio como un palimpsesto de huellas a descifrar y a narrar. Porque, como sostiene Ginzburg, la propia idea de narración pudo haber surgido en aquellas sociedades de cazadores, en tanto el desciframiento de rastros se organizaba en secuencias narrativas elementales: "alguien pasó por aquí", "algo ocurrió aquí".

En este sentido, el espacio pampeano, lejos de ser un vacío aguardando la colonización, constituía un texto vivo, cuya lectura se realizaba a través de un conocimiento conjetural articulado con la experiencia directa, componiendo una forma temprana de historia de cada paraje transitado. Cada piedra de cuarcita tallada, cada raspador abandonado junto a La Barrancosa, cada punta de proyectil rota, no eran vestigios inertes, sino signos en un lenguaje de la materia, remitiendo a estrategias de caza, desplazamientos, pactos de recolección y disputas por los afloramientos de piedra, en un territorio que se actualizaba en las relaciones entre grupos.

El paradigma indicial, en su historicidad, no se limita a la caza de guanacos o venados, sino que se expresa en la colocación de escondrijos de núcleos de cuarcita, en la selección de sitios de campamento, en la disposición de los cuerpos en entierros con artefactos líticos y en las trayectorias de circulación de materias primas. Estas acciones implicaban un saber situado y un conocimiento práctico, fundado en la conjetura, la inferencia y la

singularidad del rastro, resistiendo a la cuantificación y conservando el vínculo con lo irrepetible de cada ocupación del espacio.

En esta perspectiva, las y los cazadores-recolectores comprendían el paisaje como un texto en el que cada señal formaba parte de una sintaxis de huellas, actualizadas en cada temporada, en cada negociación y en cada conflicto insinuado en un entierro con puntas de proyectil clavadas. El sudeste bonaerense se revela así como un territorio modelado por hombres y mujeres que aplicaban, sin nombrarlo, un paradigma de lectura indicial que anticipa las operaciones de reconstrucción histórica que siglos después realizarán quienes interrogan estos fragmentos materiales hallados en superficie o excavados con cuidado.

Tal como el paradigma indicial se prolonga desde la caza paleolítica hasta la filología y la microhistoria, la piedra tallada, el rastro de un fogón o las huellas fosilizadas en el barro integran una cadena de signos que permiten reconstruir la historia no escrita de aquellos primeros habitantes, su relación con la megafauna, sus innovaciones tecnológicas y sus vínculos con el ambiente. Antes de la estancia y del alambre de púas, ya existía una territorialidad compleja, un modo de habitar y resignificar el espacio en cada paso, en cada gesto de caza y en cada pacto comunitario.

Darwin y la lectura geológica del paisaje pampeano

La visita de Charles Darwin ofrece un puente narrativo para esta historia: el joven naturalista, en su viaje de 1833, lee las pampas como un laboratorio natural donde huesos fósiles, capas sedimentarias y vegetación se articulan en un relato de mutaciones y transformaciones. Lo que Darwin percibía como "indicios de transformaciones de las especies" en los estratos y fósiles pampeanos, dialoga con la forma en que estos grupos humanos precoloniales transformaban, a su escala, el paisaje, interviniendo en él con tecnologías de piedra, fuego y movilidad.

El mismo paisaje que Darwin exploró, y que consideró clave para sus ideas evolutivas, es el que más tarde sería dividido en estancias, cercado y convertido en soporte del capitalismo agroexportador, ocultando bajo alambrados las huellas de quienes habitaron y moldearon la tierra antes de la frontera colonial.

La arqueología como ciencia del presente

Esta historia de la ocupación humana precolonial es inseparable de los desafíos contemporáneos. La arqueología se convierte en herramienta crítica para pensar el presente, mostrando que las poblaciones indígenas no fueron actores pasivos de una historia que comenzó con la llegada del europeo, sino sujetos activos con historias, conflictos, tecnologías y trayectorias propias.

Este relato, vinculado con la persistencia de linajes genéticos indígenas en la población actual y con las problemáticas de desplazamiento, migración y exclusión de poblaciones originarias y migrantes al interior de la pampa bonaerense, proyecta la historia larga del paisaje pampeano hacia el presente, cuestionando los mitos de homogeneidad y progreso lineal que el alambrado y el capital buscaron imponer.

Epílogo: huellas en la piedra

El Cerro El Sombrero, con sus rocas talladas y sus laderas salpicadas de fragmentos de historia, no es apenas un relieve aislado en la llanura: es un testigo silente de presencias humanas que habitaron y transformaron el paisaje antes de toda frontera, toda traza urbana y todo alambrado. Allí, en la cima, donde la vista alcanza el horizonte ondulado de la pampa, los cazadores-recolectores imprimieron en la piedra no solo su necesidad de subsistencia, sino también gestos de cuidado, técnica y simbolismo.

Hoy, este cerro interroga nuestras lecturas de la historia: ¿qué significa para la memoria local reconocer que estas tierras estuvieron habitadas durante milenios por comunidades con agencia propia? ¿Cómo se inscribe en nuestra historia local la coexistencia de tiempos geológicos y tiempos humanos, allí donde Darwin buscó huellas fósiles y donde las manos indígenas dieron forma a las piedras? ¿Qué nos dice la persistencia de estos sitios sobre nuestra manera de entender el paisaje pampeano, más allá de su reducción a recurso o propiedad?

Porque el Cerro El Sombrero no es solo un punto en el mapa: es un pliegue de temporalidades que resiste en cada roca y en cada lasca, recordándonos que la tierra que habitamos contiene otras memorias, otras presencias, otras historias, que aún hoy nos interpelan.

LECTURA ABIERTA

Preguntas para continuar la lectura

- 01** ¿Qué ocurre con los relatos fundacionales cuando la historia del territorio comienza miles de años antes de la creación del partido y de la aparición de sus documentos escritos?
- 02** ¿Qué responsabilidades plantea en el presente el reconocimiento del paisaje, los sitios arqueológicos y las huellas indígenas como partes de una historia común que no puede reducirse a propiedad o recurso económico?

Notas

- 156.** (Op. cit. Pág. 74)
- 157.** (Op. Cit. Pág. 118-119 Cap. V Bahía Blanca)
- 158.** (Politi, 2012)
- 159.** (Messineo, Gutiérrez, & Politis, 2009)
- 160.** (Ginzburg, Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia, 2008, pág. 144 y ss.)

LECTURA TRANSVERSAL

Preguntas para continuar la tercera parte

- 01** ¿Qué cambia en nuestra concepción de la historia local cuando las temporalidades geológicas, ambientales y humanas se incorporan a una narración dominada tradicionalmente por fechas políticas e instituciones estatales?
- 02** ¿Cómo se relacionan las transformaciones de la naturaleza con las formas históricas de apropiación, trabajo y poder que organizaron el espacio pampeano?

03 ¿Puede el paisaje conservar memorias que los archivos escritos omitieron, y qué nuevas formas de lectura requiere ese reconocimiento?

Tabla de ilustraciones

- 01 Capítulo XVI** · Cándido López, Después de la batalla de Curupaytí, 22 de septiembre. Bajo el humo de Curupaytí se prefigura el alambre de la pampa bonaerense: el campo sembrado de cuerpos anuncia el avance del capital y del Estado, allí donde la muerte se convierte en preludio de alambrados, mercados y tierras parceladas.
- 02 Capítulo XV** · Mariano Roldán y su familia en ‘Sol Argentino’. La fundación de Benito Juárez se inscribió en las tramas de ocupación y disciplinamiento del espacio pampeano, donde la estancia capitalista operó como dispositivo de poder y el alambrado selló las transformaciones que las campañas militares habían preparado.
- 03 Capítulo XV** · Mariano Roldán (derecha) junto a empleados. Estancia ‘Sol Argentino’, circa 1900. Núcleo fundacional del Partido de Benito Juárez. La creación del partido, lejos de ser un acto administrativo neutral, formó parte de la acumulación originaria en la pampa: cercó tierras, desplazó poblaciones y legalizó la apropiación capitalista del territorio bajo la forma de ley.
- 04 Capítulo XV** · Mapa de 1825 muestra la región de las Pampas en Argentina, incluyendo la línea de frontera establecida en 1818. Se puede ver que la zona de la “Sierra de la Ventana” ya era conocida en esa época. El mapa también indica la ubicación de ríos como el Río Salado y la presencia de territorios ocupados por pueblos originarios.
- 05 Capítulo XV** · Roldán, Mariano (1834-1923) Primer juez de paz de Benito Juárez, encarnó la articulación entre propiedad y justicia, ejerciendo funciones judiciales, administrativas y militares desde su estancia. Su figura ilustra el modo en que la ley se fundó en la tierra y en el poder de los propietarios durante la ocupación capitalista del sur bonaerense.
- 06 Capítulo XIV** · ‘Establecimiento Sol Argentino’. Visita del ex Presidente Bartolomé Mitre, una de las avenidas, lleva su nombre. Estanciero y visitante recorren una de sus avenidas arboladas, emblema de la racionalidad productiva y simbólica del orden capitalista que consolidó la pampa bonaerense. El espacio ordenado de la estancia se opone al rancho criollo, inscribiendo en la tierra una nueva lógica de propiedad, jerarquía y control.
- 07 Capítulo XIV** · El lavabo de la estancia Sol Argentino encarna la transformación del espacio doméstico en un dispositivo de orden, jerarquía y confort, integrando higiene y previsión en la lógica de domesticación capitalista de la pampa. Pieza del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.
- 08 Capítulo XIV** · Llavero de la estancia Sol Argentino: artefacto de poder cotidiano que revela la microfísica disciplinaria del espacio doméstico. Cada llave —catalogada por función— codifica y reproduce roles sociales, accesos y jerarquías en un régimen de gobierno capilar, donde los mecanismos más sutiles operan como tecnologías eficaces de control. Pieza del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.
- 09 Capítulo XIV** · Tintero y sellos de Mariano Roldán. La palabra se convertía en orden y la letra en ley: el escritorio como núcleo de mando donde la escritura organizaba el territorio, administraba cuerpos y fijaba límites en la estancia capitalista pampeana. Piezas del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.
- 10 Capítulo XIV** · Sable obsequiado por el general Ignacio Rivas a Mariano Roldán. Más que un objeto, una trama de lealtades políticas, violencias fundadoras y redes de poder que inscriben al Partido

en la historia armada del Estado liberal argentino. Pieza del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.

- 11 Capítulo XIV** · En el año 1898 visitó la estancia Sol Argentino, el ex Presidente Bartolomé Mitre, recibido por el fundador de nuestro partido, Mariano Roldán. Foto: Miguel De Santi
- 12 Capítulo XIV** · Poncho conservado en el museo local de Benito Juárez. Prenda de trabajo, abrigo y símbolo, este poncho evoca la pampa heterogénea desplazada por la 'civilización del traje'. Más que un resto textil, es un archivo de memorias silenciadas en la historia del orden capitalista rural. Pieza del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.
- 13 Capítulo XIV** · Plato de loza con el sello de la estancia Sol Argentino y el nombre de Mariano Roldán. Este objeto cotidiano se convierte en marca de propiedad y disciplina, inscribiendo en cada comida la jerarquía del orden estanciero y la pedagogía del autocontrol en la pampa liberal del siglo XIX. Pieza del Museo Municipal del Patrimonio Cultural y Natural de Benito Juárez pertenecientes a su fundador Mariano Roldán.
- 14 Capítulo XIV** · Jean Pierre Léon Pallière, Idilio criollo (c. 1860). Una escena de la pampa abierta donde el comer se vive sin mesa ni plato, sin horarios ni protocolo: el cuerpo en contacto con la tierra, la comida compartida, la intimidad sin jerarquías. Este idilio contrasta con la lógica de la estancia moderna, donde la vajilla, la mesa y el comedor segmentado instauran la pedagogía del autocontrol y la jerarquía del orden estanciero.
- 15 Capítulo XIII** · El ciclo lanar. 'Tipos de ovejas de la campaña bonaerense'. Revista del Plata, noviembre de 1853.
- 16 Capítulo XIII** · Los peones de la estancia Sol Argentino, registrados en la planilla de sueldos de 1910, reflejan la jerarquía y la segmentación del trabajo rural bajo el capitalismo, donde cada cuerpo, cada tarea y cada salario ordenan el espacio productivo y naturalizan la desigualdad.
- 17 Capítulo XII** · 'El plano de la traza de Juárez de 1874 convierte el suelo en cuadrícula y mercancía, imponiendo un orden geométrico que anticipa la valorización capitalista del espacio, al tiempo que borra las huellas de la vida rural y las geografías sociales preexistentes.
- 18 Capítulo XII** · La incorporación del Plano N° 1 del Ejido de Juárez, realizado por el agrimensor José María Muñiz en 1873, ofrece una oportunidad invaluable para interpretar visual y conceptualmente la forma en que el capitalismo emergente organizó material y simbólicamente el espacio en el sudoeste bonaerense durante el último tercio del siglo XIX.
- 19 Capítulo XII** · Plano topográfico del Partido de Juárez (1890) Aporte de la Gerencia General de Catastro y Geodesia de la Provincia de Buenos Aires, a través de la gestión de la Arq. Ana Julia Belocchio de la Secretaria de Obras Públicas de la Municipalidad de Benito Juárez.
- 20 Capítulo XI** · La galera San Julián testimonia una movilidad colectiva y densa que entrelaza cuerpos, tiempos y voces en el umbral del orden ferroviario, configurando una forma de habitar el viaje en la pampa antes de la estandarización impersonal de los rieles.
- 21 Capítulo XI** · La estación del Ferrocarril Sud (1915) en Benito Juárez materializa la maquinaria temporal del capital, convierte el territorio pampeano en un nodo de tránsito regulado, subordinando la vida rural a horarios y recorridos que conectan al pueblo con el mercado. Impone al espacio local el pulso del capital y sus exigencias de velocidad y previsibilidad.
- 22 Capítulo XI** · Carretas cargadas de lana esperan su turno en la estación del Ferrocarril Sud en Benito Juárez, en un momento en que la tracción a sangre persiste como tecnología de transporte, mientras el tren comienza a reorganizar los flujos de la producción lanar hacia el

mercado mundial.

- 23 Capítulo XI** · El mapa ferroviario de 1889 inscribe a Benito Juárez en la red radial del Ferrocarril Sud, transformando el territorio en mercancía y subordinando la pampa a la lógica del capital y del Estado que, bajo la promesa de progreso, convierte distancias en tiempo y caminos en rieles.
- 24 Capítulo XI** · El tanque y los molinos de agua en Benito Juárez son vestigios donde el pasado se manifiesta como presencia y ausencia, símbolos de una modernidad inconclusa que intentó dominar el espacio y el tiempo. Foto: César Marini
- 25 Capítulo XI** · Las ruinas ferroviarias de Benito Juárez son vestigios materiales de un tiempo globalizado, evidencia silenciosa de redes transoceánicas e ingeniería imperial que transformaron la pampa en nodo del capitalismo mundial.
- 26 Capítulo XI** · La estética de la ruina, lejos de ser un simple recuerdo nostálgico, revela la resistencia de la historia clausurada y la capacidad crítica para interrogar las promesas incumplidas de la modernidad.
- 27 Capítulo XI** · Estos restos no solo evocan la infraestructura perdida, sino también la derrota del progreso lineal, cuestionando la violencia del tiempo homogéneo impuesto sobre una geografía diversa y errática.
- 28 Capítulo XI** · La ruina de la estación, más que abandono, es un testimonio ambiguo donde convergen la racionalidad humana y la fuerza inexorable del tiempo. Los ladrillos de la estación ferrocarril sud en Benito Juárez sostienen la memoria material de un proyecto político que buscó imponer un orden homogéneo y duradero al territorio pampeano.
- 29 Capítulo XI** · Estación ferrocarril, Benito Juárez. Foto: Arq. Alicia Lapenta (década del 80). Esta fotografía forma parte de una colección fotográfica que fue registrada durante una jornada realizada por ICOMOS.
- 30 Capítulo XI** · Estación ferrocarril, Benito Juárez. Foto: Arq. Alicia Lapenta (década del 80). Esta fotografía forma parte de una colección fotográfica que fue registrada durante una jornada realizada por ICOMOS.
- 31 Capítulo XI** · Estación ferrocarril, Benito Juárez. Foto: Arq. Alicia Lapenta (década del 80). Esta fotografía forma parte de una colección fotográfica que fue registrada durante una jornada realizada por ICOMOS.
- 32 Capítulo X** · ‘Vista parcial de la plaza independencia’ en Benito Juárez, espacio urbano diseñado para articular y proyectar el poder estatal, concebida como centro cívico regulado, materializa el modelo de ciudadanía liberal mediante un diseño que condiciona las prácticas sociales y naturaliza las jerarquías.
- 33 Capítulo X** · ‘Escuela N° 1 con sus directoras y alumnos de ambos sexos’, un espacio clave en la consolidación del proyecto estatal de civilización, donde se internalizaba la autoridad y se modelaba el tiempo social de la ciudadanía liberal emergente.
- 34 Capítulo X** · Fotografía del aula del colegio La Salle en 1930, escenario del modelo pedagógico disciplinario que organizaba cuerpos y saberes bajo una lógica panóptica de vigilancia y control. El docente observa desde una posición dominante mientras los alumnos, alineados y concentrados en sus cuadernos, reproducen el orden regularizado y las normas de la escuela moderna.
- 35 Capítulo X** · Personal de la subcomisaría del partido de Juárez hacia 1920, ubicado en la esquina de Maipú (actual 25 de Mayo) y C. Zibecchi, reflejo de un aparato estatal en expansión territorial y

social. La subcomisaría, operaba como dispositivo de control y vigilancia en la campaña, proyectando poder sobre un territorio percibido como inestable y heterogéneo.

- 36 Capítulo X** · Vista lateral de la iglesia de Juárez, construida en 1889, con su torre campanario y reloj, símbolo arquitectónico del control temporal y la jerarquía espiritual en el centro del pueblo. La iglesia, con su estilo romano bizantino, se erige en el corazón de Juárez como un punto de anclaje simbólico y material, donde la fe y el poder se entrelazan en el tejido urbano.
- 37 Capítulo X** · Iglesia parroquial de Juárez (F.C.S.) detalle de la nave central de la iglesia, con su piso de mosaicos y arcos de medio punto, espacio diseñado para imponer recogimiento y ordenar el tiempo ritual de la comunidad.
- 38 Capítulo X** · La postal de 1915 muestra la iglesia y el palacio municipal de Juárez como símbolos conjuntos de orden, control y progreso. Más que un templo, la iglesia funciona como un dispositivo de poder que organiza el espacio, el tiempo y la moralidad del pueblo. Sus ladrillos, campanas y reloj inscriben en el territorio la pretensión de trascendencia y disciplina que marcó la fundación del pueblo, mientras plantean interrogantes sobre las vidas invisibilizadas, las jerarquías sociales y las tensiones entre moral eclesial y prácticas rurales.
- 39 Capítulo X** · La fachada simétrica y monumental del palacio municipal de Benito Juárez, obra de Pedro Benoit padre y su hijo, expresa la materialización del poder estatal y del orden capitalista en el espacio urbano. Este edificio no solo alberga la administración pública, sino que funciona como un dispositivo de autoridad que disciplina el territorio y enseña, a través de su arquitectura, las formas de ciudadanía moderna y el respeto a la legalidad.
- 40 Capítulo IX** · La sede de la Fratellanza Italiana de Socorro Mutuo, fundada en 1879 en Benito Juárez, representa el esfuerzo de las comunidades inmigrantes por construir espacios de solidaridad y cuidado colectivo frente a la precariedad, mientras resguardaban sus lenguas, costumbres y memorias en un territorio modelado por el orden liberal y estatal.
- 41 Capítulo IX** · La sede de la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos, fundada en 1882 en Benito Juárez, testimonia la fuerza de las comunidades inmigrantes para construir espacios de encuentro, cultura y cuidado colectivo, mientras tejían redes de solidaridad que resistieron el disciplinamiento del orden estatal y la homogeneización cultural.
- 42 Capítulo IX** · La Sociedad Española de Socorros Mutuos, fundada en Benito Juárez en 1910, se erige como un testimonio de la solidaridad inmigrante, la defensa de la dignidad trabajadora y la construcción de espacios culturales y comunitarios en un pueblo que crecía al ritmo del ferrocarril y la agricultura.
- 43 Capítulo IX** · La fundación de la Unión Siria en 1924 en Benito Juárez simboliza la dignidad de la diáspora árabe frente al desarraigo y la precariedad, sosteniendo redes de ayuda mutua y arraigo cultural en un territorio que exigía integración mientras ofrecía exclusiones.
- 44 Capítulo IX** · Luxemburgueses trabajando en San Antonio de Iraola (1891) Fotografía tomada por Francisco “Paco” Ayerza. Traducción: Los agricultores aprecian la cosecha.
- 45 Capítulo VII** · La imagen aérea de la laguna y la estancia San Antonio, tomada hacia 1930, revela un paisaje que oculta bajo su serenidad aparente las huellas de la frontera sur bonaerense, donde las tolderías, las patrullas y los cercos de las estancias disputaron territorio, libertad y el agua en la expansión capitalista sobre la llanura.
- 46 Capítulo VI** · Prilidiano Pueyrredón retrata a José Gerónimo Iraola como emblema de la élite terrateniente que, entre alianzas políticas, redes familiares y violencia de frontera, consolidó la propiedad privada en la pampa, transformando la tierra en mercancía bajo la promesa del orden

y el progreso.

- 47 Capítulo V** · Estancia ‘San Antonio’. La esquila (1881). Leyenda detrás de la foto: De Pie: Enrique Gandarias capataz, Didier, Ríos, C Gandarias, Sentados: Gandarias y T. Millara. Foto: Francisco Ayerza.
- 48 Capítulo V** · Estancia ‘San Antonio’. El baño de las ovejas (1881). Foto: Francisco Ayerza.
- 49 Capítulo V** · Estancia ‘San Antonio’. Transporte de mercancías. La Carreta (1881). Foto: Francisco Ayerza
- 50 Capítulo IV** · Francisco Ayerza retrata en la estancia San Antonio, hacia 1883, un rodeo prolijo de ganado europeo bajo la vigilancia de dos jinetes y dos perros, simbolizando la transformación de la pampa en territorio de producción capitalista, ordenado por alambrados, ferrocarriles y mercados de exportación.
- 51 Capítulo IV** · Francisco Ayerza fotografía hacia 1883 a un campesino inmigrante arando con mulas en la estancia San Antonio, testimonio de la transformación de la pampa en territorio agrícola bajo el orden del capital, donde el surco marca la tierra como mercancía y cada jornada de trabajo se inserta en las cadenas globales de valor.
- 52 Capítulo IV** · Francisco Ayerza documenta hacia 1890 la irrupción de la cosechadora mecánica en la estancia San Antonio, símbolo de la mecanización agraria que acelera la producción cerealera y transforma la pampa en espacio de valorización capitalista bajo ciclos de mercado, estandarizando tiempo, espacio y trabajo.
- 53 Capítulo IV** · Las carretas cargadas de trigo avanzan hacia la estación del ferrocarril, completando el circuito que conecta la tierra pampeana con el puerto y el mercado mundial, y revelan cómo cada surco y cada bolsa de grano forman parte de una economía dependiente que articula campo, transporte y exportación bajo la lógica del capital.
- 54 Capítulo III** · El lente de Francisco Ayerza captura a un grupo de gauchos junto a su carreta hacia fines del siglo XIX, en una escena donde el alambrado al fondo y la carreta vacía anuncian la derrota de la vida nómada, convirtiendo al gaucho en postal pintoresca de un orden capitalista que domestica su libertad y transforma su figura en folclore sin amenaza.
- 55 Capítulo III** · La máquina de vapor para arado pesado se impone en la pampa de la estancia San Antonio mientras, al frente, un hombre y tres mujeres posan con serenidad para la cámara de Francisco Ayerza, en una escena que exhibe la mecanización como emblema de estatus y progreso de las élites, al tiempo que la tierra se transforma en superficie de valorización bajo la lógica del capital.
- 56 Capítulo III** · El gaucho de la estancia San Antonio, capturado en la imagen de Francisco Ayerza, representa el último vestigio de una relación orgánica con la pampa, su presencia, silenciosa e imperturbable, encarna la frontera de un modo de vida que desaparece bajo el peso de la modernización y la valorización capitalista del territorio.
- 57 Capítulo III** · Angelus Novus (1920) de Paul Klee. El ángel de la historia de Paul Klee, reinterpretado por Walter Benjamin, nos invita a mirar la transformación de la pampa no como un progreso lineal, sino como una acumulación de ruinas y despojos. Mientras el capital avanza impasible, este ángel contempla las vidas desplazadas, los cuerpos disciplinados y la violencia estructural oculta tras la ilusión de modernización y orden.
- 58 Capítulo II** · Pasaporte otorgado por el gobierno de Juan Manuel de Rosas a Charles Darwin en 1833, documento que habilitó su tránsito por la frontera pampeana. Este pliego, con sus sellos y firmas, simboliza la autoridad estatal que regulaba el acceso y control de un territorio en proceso

de apropiación y transformación bajo un proyecto agroexportador.

59 Capítulo I · Cerro El Sombrero, en el sistema de tandilia, se destaca como un hito geológico y arqueológico que revela la presencia de grupos cazadores-recolectores antes de la instalación de la frontera y la expansión estanciera. Sus rocas y cumbres guardan la memoria de prácticas de vida y saberes ancestrales que dialogan con el paisaje pampeano profundo. Foto: César Marini

Referencias

A

- Aisenberg, B. (2005). La lectura en la enseñanza de la historia: las consignas del docente y el trabajo intelectual de los alumnos. *Lectura y Vida*, 26(3), 22-31.
https://www.lecturayvida.fahce.unlp.edu.ar/numeros/a26n3/26_03_Aisenberg.pdf
- Aleman, M. E. (2018). La mano invisible. Liderazgo, economía política y relaciones sociales en el mundo indígena del sudeste pampeano (1770-1830). *Cuadernos del sur*, 41-62.
- Amaral, S. (1998). *The Rise of Capitalism on the Pampas. The Estancias of Buenos Aires, 1785-1870*. Cambridge : Cambridge University Press.
- Astarita, R. (7 de Mayo de 2024). *Rolando Astarita [Blog]*. Obtenido de <https://rolandoastarita.blog/2024/05/07/liberales-propiedad-de-la-tierra-y-acumulacion-primitiva-en-argentina/>

B

- Banzato, G., & Valencia, M. (2005). Los jueces de paz y la tierra en la frontera bonaerense, 1820-1885. *Anuario del IEHS* (20), 211-237. Obtenido de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5401/pr.5401.pdf
- Banzato, G., Infesta, M. E., & Valencia, M. (2011). Las elites de propietarios rurales en el siglo XIX. *Seminario Interdisciplinario: Pueblos y campaña en la extensión territorial pampeana durante los siglos XVIII y XIX*. La Plata: Instituto de Historia, Teoría y Praxis de la Arquitectura y la Ciudad Facultad de Arquitectura y Urbanismo.
- Barcos, M. F., & Lanteri, S. (2013). Tierras públicas y construcción del Estado en Buenos Aires durante el siglo XIX: las donaciones ejidales y condicionadas en una visión comparada. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. Emilio Ravignani'*, tercera serie (38), 43-77.
https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6998/pr.6998.pdf
- Barriera, D. G. (2022). La historia regional argentina y el archipiélago malvinense: comprender desencuentros, fabricar conexiones. *Quinto Sol*, 26(2), 1-24.
<https://doi.org/10.19137/qs.v26i2.6516>
- Benjamin, W. (1972). *Obras Libro 1 / Vol. 2*. Madrid: Taurus.
- Benjamin, W. (2009). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Berger, J. (2000). *Modos de ver*. Barcelona : Editorial Gustavo Gili.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Braudel, F. (1968). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- Browne, J. (2007). *La historia de El origen de las especies de Charles Darwin*. Barcelona: Debate.
- Burke, P. (2005). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Crítica.

C

Camponovo de Turón, F. (2025). *Martín Fierro en su paso por Azul*. Azul: s/d.

Candioti, M., & Yangilevich, M. (2013). La justicia en la construcción del orden estatal. En M. (. Ternavasio, *Historia de la provincia de Buenos Aires: de la organización federal a la federalización de Buenos Aires (1821-1881)* (págs. 179-204). Buenos Aires - Gonnet: Edhasa - UNIPE.

Casagrande, A. (2014). “Amor a la ociosidad”. Justificaciones sobre la persecución de los vagos en Buenos Aires (1776-1865). En O. Barreneche, & Á. Oyhandy, *Leyes, justicias e instituciones de seguridad en la provincia de Buenos Aires (Siglos XIX a XXI)* (págs. 33-57). La Plata: Centro de Investigaciones Socio-Históricas Instituto de Investigaciones en Humanidades y Cs. Sociales (UNLP-CONICET).

Cayuqueo, P. (2019). *Historia secreta mapuche 1*. Santiago de Chile: Catalonia.

D

Darwin, C. (1921). *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*. En el navío S.M. Beagle. (Vol. I). Madrid: Calpe.

De Cristóforis, N. (2016). *Inmigrantes y colonos en la provincia de Buenos Aires: una mirada de largo plazo (siglos XIX-XXI)*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.

Devoto, F. (2002). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Di Stefano, R. (2013). La Iglesia, de la reforma eclesiástica a las leyes laicas. En M. Ternavasio, *Historia de la provincia de Buenos Aires: de la organización federal a la federalización de Buenos Aires (1821-1880)* (págs. 293-316). Buenos Aires - Gonnet: Edhasa - UNIPE.

Doll, R. (1939). *Acerca de una política nacional*. Buenos Aires: Difusión.

E

Elias, N. (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Estrada, M. (1948). *Muerte y transfiguración de "Martín Fierro"*. México: Fondo de Cultura Económica, dos volúmenes.

F

Favelukes, G. (1994). *La plaza, articulador urbano (1810-1870)*. Buenos Aires: Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas.

Feierstein, D. (2000). *Seis estudios sobre genocidios. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión y exterminio*. Buenos Aires: Eudeba.

Feierstein, D. (2016). *Introducción a los estudios sobre genocidios*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica - EDUNTREF.

- Feinmann, J. P. (10 de agosto de 2002). La historia como catástrofe. *Página/12*.
<https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-8709-2002-08-10.html>
- Fernández, S. R. (2018). La historia regional y local, y las escalas de investigación. Un contrapunto para pensar sobre desafíos historiográficos. *Quinto Sol*, 22(3), 13-20.
<https://doi.org/10.19137/qs.v22i3.3337>
- Forster, R. (2014). *La travesía del abismo. Mal y modernidad en Walter Benjamin*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

G

- Gelman, J. (2009). *Rosas bajo fuego: los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Germani, G. (1955). *Estructura social de la Argentina*. Buenos Aires: Raigal.
- Germinario, C. (2021). El Levantamiento de los Libres del Sur (1839): un abordaje desde el estudio de redes. *Prohistoria. Historia, políticas de la historia* (36), 1-31.
<https://doi.org/10.35305/prohistoria.vi36.1517>
- Gojman, S. (1994). La historia: una reflexión sobre el pasado. Un compromiso con el futuro. En B. Aisenberg y S. Alderoqui (comps.), *Didáctica de las ciencias sociales. Aportes y reflexiones* (pp. 42-62). Buenos Aires: Paidós.
- Gillian, R. (2020). *Metodologías visuales. una introducción a la investigación con materiales visuales*. Murcia: Centro de Documentación y Estudios Avanzados de Arte Contemporáneo. CENDEAC.
- Ginzburg, C. (2008). *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- Ginzburg, C. (2010). *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Grüner, E. (2018). La negatividad es el eje de toda posible crítica. Conversación con Eduardo Grüner. *Plural. Antropologías desde América Latina y del Caribe*. <https://asociacionlatinoamericanadeantropologia.net/revistas/index.php/plural/article/download/56/31/146>
- Gómez Romero, F. (1999). *Sobre lo arado: el pasado. Arqueología histórica en los alrededores del Fortín Miñana (1860-1869)*. Azul: Biblos.

H

- Harvey, D. (1990). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Londres: Basil Blackwell Ltd.
- Harvey, D. (2012). *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2014). *Guía de El Capital de Marx*. Madrid: Akal.

- Harvey, D. (2018). *Justicia, naturaleza y geografía de la diferencia*. Madrid: Traficantes de sueños .
- Hobsbawm, E. (2009). *La era del imperio (1875-1914)*. Buenos Aires: Crítica.
- Hora, R. (2012). *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hora, R. (2015). *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Huyssen, A. (2006). Nostalgia for Ruins. *Grey Room*, 6-21.

J

- Julianelli, O. (s.f.). *Un alarido en el desierto*. Benito Juárez: Edición de autor.

L

- Le Goff, J. (1983). *Tiempo, trabajo y cultura en el occidente medieval*. Madrid: Taurus.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Lionetti, L. (2005). La función republicana de la escuela pública: la formación del ciudadano en Argentina a fines del siglo XIX. *Revista Mexicana de investigación educativa*, Sección Investigación: pp.1225-1259.

M

- Mac Cann, W. (1939). *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. (J. L. Busaniche, Trad.) Buenos Aires: Academia Nacional de Letras.
- Marx, K. (2004). *El Capital* (Vol. III). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Messineo, P., Gutiérrez, M. A., & Politis, G. (2009). Las primeras poblaciones indígenas de la región. En M. L. Endere, & J. L. Prado, *Patrimonio, Ciencia y Comunidad* . Olvarría: Ediciones INCUAPA.

P

- Panettieri, J. (1982). *Los trabajadores*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Pineau, P., Dussel, I., & Caruso, M. (2001). *La escuela como ma´quina de educar : tres escritos sobre un proyecto de la modernidad* . Buenos Aires: Paidós.
- Politi, G. (2012). Las poblaciones prehispánicas. En H. Otero, *Historia de la provincia de Buenos Aires: tomo 1. Población, ambiente y territorio* (págs. 211-248). Buenos Aires: Edhasa.

R

- Ratto, S. M. (2013). La frontera y el mundo indígena. En M. Ternavasio, *Historia de la provincia de Buenos Aires: de la organización federal a la federalización de Buenos Aires: 1821-1880* (págs. 247-268). Buenos Aires - Gonnet: Edhasa - UNIPE.
- Reguera, A. (2004). Terres d'État, affaire de particuliers (Argentine, XIXe siècle). *Études rurales* (169-170), 109-129. <https://doi.org/10.4000/etudesrurales.8058>

Retana, C. (2014). *Las artimañas de la moda: Hacia un análisis del disciplinamiento del vestido*. La Plata: Tesis de posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Obtenido de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.982/te.982.pdf>

Rodríguez, F. (2010). *Un desierto para la nación: la escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

S

Santa Cruz, F. S. (2017). *Historia de mi pago chico*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken.

Simmel, G. (1935). Las ruinas. *Revista de Occidente*, 211-220.

V

Viñas, D. (1982). *Indios, ejército y fronteras*. México: Siglo XXI.

Y

Yangilevich, M. (2010). Crónicas de conflicto y desilusión. Prefecturas de campaña, juzgados de paz y comisarías en Buenos Aires (1857-1859). En D. Barrera, *La justicia y las formas de la autoridad: organización política y justicias locales en territorios de frontera* (págs. 129-154). Rosario: ISHIR CONICET-Red Columnaria.

Agradecimientos

A Oscar Julianelli, Julio Carril, Saúl Santa Cruz y María Silvina Irouleguy, por sus investigaciones, sus escritos y su compromiso sostenido con la historia local.

Mi especial agradecimiento a Ramiro Álvarez y Leandro Andreoli, quienes, con esfuerzo, pasión y dedicación, sostienen el Archivo Fotográfico Benito Juárez.

A Santiago Pacheco, de la Subdirección de Patrimonio Cultural y Archivo Histórico de la Municipalidad de Benito Juárez, y a la Municipalidad de Benito Juárez, por sostener los espacios y las tareas que mantienen viva la memoria histórica de nuestra comunidad.

A César Marini y Guillermina Tolosa, por sus extraordinarias fotografías, capaces de revelar paisajes, detalles y huellas que permiten descubrir un Benito Juárez muchas veces invisible.

Acerca del autor



GONZALO DARRIGRAND JUNTO A SIMÓN.

Gonzalo Darrigrand

Egresó como profesor de Historia en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata y se licenció en Educación en la Universidad Nacional de Quilmes. Su trabajo se sitúa en el cruce entre la historia social, la pedagogía y la didáctica de las ciencias sociales.

Sus investigaciones y proyectos editoriales estudian las relaciones entre cultura, sociedad, territorio y ambiente. Desde una perspectiva crítica vinculada con el materialismo histórico, interroga la cultura material, los archivos locales, las memorias silenciadas y las huellas que el poder, el trabajo y las desigualdades dejan sobre el paisaje.

También estudia matemáticas y se interesa por el pensamiento lógico, la programación y el diseño web. La literatura latinoamericana y la cultura audiovisual forman parte de sus modos de leer el presente. En esta fotografía lo acompaña Simón.

Tan sólo hallé la tapera

Objetos, territorios y memorias en la historia de Benito Juárez

La tapera es la forma material de una ausencia. Este ensayo interroga las transformaciones que hicieron posible que un hombre volviera a su pago y encontrara deshecho el mundo que lo sostenía.

Objetos, fotografías, documentos y paisajes permiten leer la historia del Partido de Benito Juárez como una trama de propiedad, trabajo, memoria y poder.